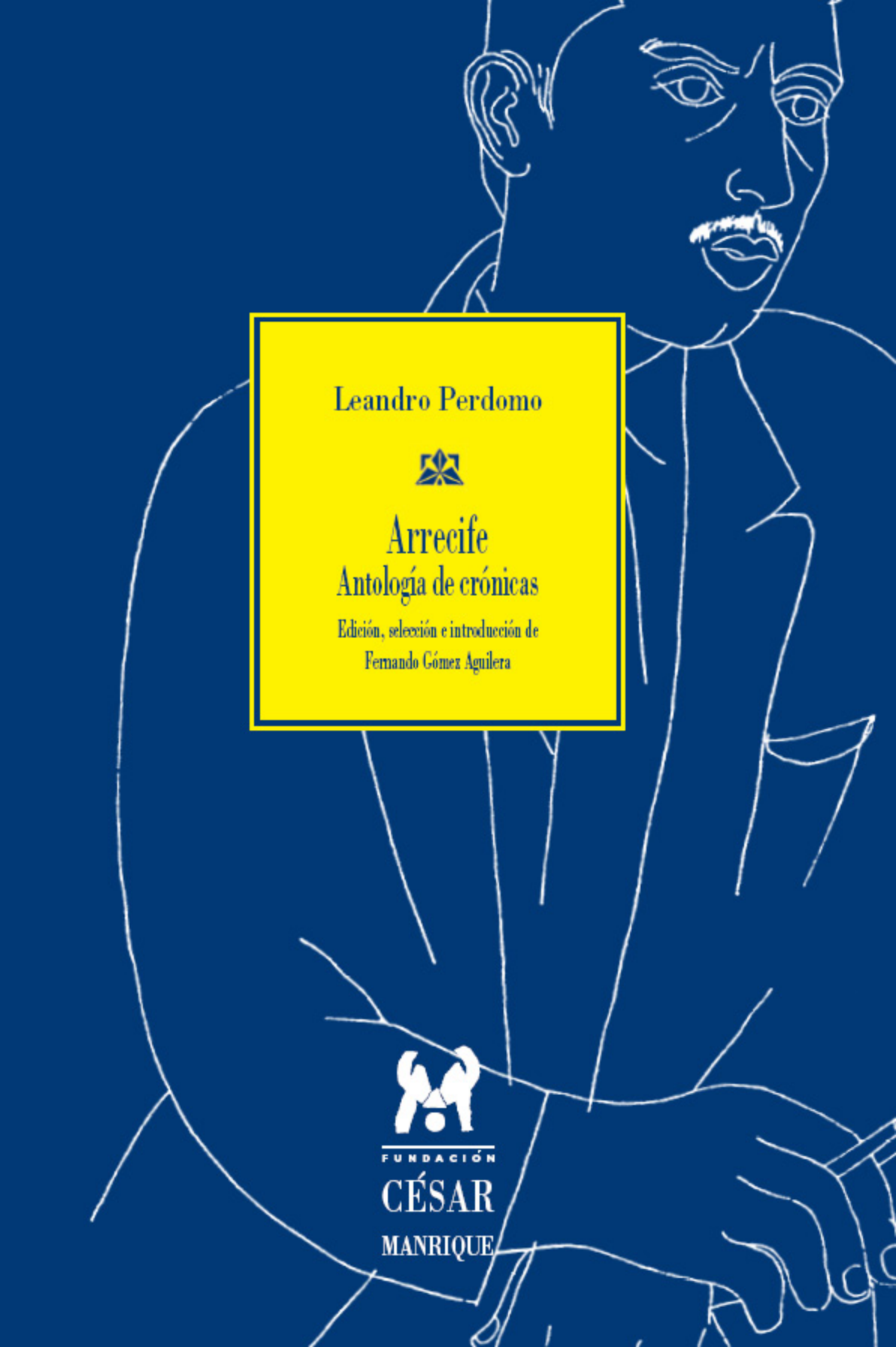




Leandro Perdomo



Arrecife
Antología de crónicas

Edición, selección e introducción de
Fernando Gómez Aguilera



FUNDACIÓN

CÉSAR
MANRIQUE

Arrecife



TORCUSA

Diseño de la colección: Alberto Corazón

© Herederos de Leandro Perdomo

© de la selección e introducción: Fernando Gómez Aguilera

© de las fotografías: Centro Fotográfico y Cartográfico del Ejército del Aire, Alberto Lasso,
Francisco Rojas Fariña y Archivo de *La Provincia*

Reservados todos los derechos de esta edición
para la Fundación César Manrique.
Taro de Tahíche, 35509 Tegui, Lanzarote. Islas Canarias.

ISBN: 84-88550-29-4

Depósito legal: M-47671-1999

Imprime: Cromoimagen S.L., Albasanz, 14 Bis. 28037 Madrid.

Impreso en España. Papel reciclado.

Leandro Perdomo

Arrecife
Antología de crónicas

Edición, selección e introducción de
Fernando Gómez Aguilera



A Leandro Perdomo, amigo,
maestro de vida, *in memoriam*.

Para Margarita, Carla y Alonso,
que encienden los días: por su compañía y protección.

Para Arrecife: una facción necesaria de su rostro.

Índice

Introducción	17
Bibliografía básica sobre Leandro Perdomo	77
Nota sobre la edición	83
Agradecimientos	89
Crónicas	93
Dolor y miseria en nuestros barrios	97
La chalana	101
El chapuzón	107
Era un creyente	111
El cementerio	115
Nuestro Arrecife, hoy	117
El alma atrás	121
¿Dónde está el poeta?	125
Una esperanza	129
El Puente, remozado	133
San Ginés <i>el Bueno</i>	139
Cuando se siente la muerte	143
Moros en el Charco	147
El viejo caserón	153
El Charco en litigio	157

Una fiesta marinera	161
137 son pocos	163
La gran zambullida	167
El perro roncote	171
La calle Porlier	177
Saneamiento y descontaminación	181
La Plazuela	185
La escalinata y el farol	191
Las Cuatro Esquinas	195
El último café-bar	199
El Echadero de los Camellos	203
El Lomo	207
La Recova	211
Puerto Naos	215
La Barraca	221
La Vega	225
La calle de La Porra	229
Luto por mi primo Leandro	233
Los tres callejones	237
La calle de Juan el Bobo	241
Las borrachas	245
La ausencia eterna de Domingo Noda	249
Aquellos celadores de Arrecife	255
El caso de la hermana de María Cruz	259
Los tripudos del volante	263
La salvación del cura y <i>El Torto</i>	267
Esa mortífera rueda	271
¡Pero fuertes babiecas!	277
Pero... ¡qué garganta!	281
Inmortal en tu isla	285
Ni tan silenciosas ni tan viejas	287
La democracia y el amor	291
Los rendijeros	295
Las orquestas de San Ginés	301

Las botas del muerto (Recuerdos de un día de Navidad)	305
Pepita <i>la Sevillana</i>	309
Entierros de ricos, entierros de pobres	313
A la vuelta con San Ginés (El ventorrillo de dos pisos)	317
Agustín de la Hoz y la generosidad	323
El poeta y los tuchidos	327
Fuerte mujer honrada	331
Los tres alcaldes Ramírez	335
Los calvos y las pelucas	339
 Apéndice de voces canarias	 345
Referencias bibliográficas de las crónicas	363

Retrato de Leandro Perdomo
(Manolo Millares, 1953)



Introducción

Leandro Perdomo y Arrecife.

Crónicas de amor y desencanto

Fernando Gómez Aguilera

El año más triste del reinado de Alfonso XIII: 1921

Leandro Perdomo ve la primera luz en Arrecife. En la capital de Lanzarote, nace en mayo de 1921, año que Alfonso XIII reconociera como el más triste de su reinado (1903-1931). España está sumida en un marasmo político, en una crisis crónica e institucionalizada, como consecuencia del fracaso del bipartidismo de Maura y Canalejas, una alternancia fosilizada en la inercia parlamentaria. El sistema se muestra incapaz de ofrecer respuestas, de modo que el país sufre una sucesión de frustraciones políticas y sociales que no constituyen sino las naturales afloraciones de una arraigada crisis estructural. Nadie pone en duda la inoperancia de los partidos tradicionales, caciquiles, incapaces de adaptarse a las demandas sociales tanto de la burguesía como de la clase obrera.

A partir de 1917 y hasta el año 1923, en que se instaura la dictadura del general Primo de Rivera, la descomposición se acelera, acentuándose la inestabilidad social y la violencia política. Trece gobiernos se suceden en cinco años. En torno a la crisis de 1917, la tendencia alcista de los precios azota a los ciudadanos, afectando, sobre todo, a los productos de primera necesidad; el paro arroja cifras alarmantes; se suce-

den las protestas obreras, y aflora el malestar militar. Los problemas van en aumento, el país se convulsiona: inestabilidad en Cataluña, insuficiencia del gobierno de concentración nacional, desarrollo creciente del terrorismo sindicalista...

En 1921, año en que nace Leandro Perdomo, los sucesos calamitosos se acentúan: en mayo, es asesinado Eduardo Dato por anarquistas catalanes; y dos meses más tarde, el conflicto marroquí estalla en las manos del Gobierno, sumiendo al país en la consternación: el ejército rifeño de Abdel-Krim inflige pavorosas derrotas a las tropas españolas en Igueriben, Annual y Monte Arruit. Ese mismo año, el Gobierno de la nación conoce tres presidentes: Bugallal, Allende Salazar y Antonio Maura.

La infancia del escritor transcurrirá coincidiendo con la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929) y la II República (1931-1936). Son años de dificultades en Lanzarote, cuya base productiva está conformada por las actividades agrícolas y pesqueras. Fernando Cerdeña Bethencourt preside el Cabildo Insular en 1921, constituido el 16 de marzo de 1913, al amparo de la Ley de Cabildos de 1912. Una oligarquía caciquil local —terrateniente absentista y, en menor medida, comercial—, que sigue las consignas de las élites políticas de Gran Canaria, maneja los hilos del poder económico, político y social. En 1930, el 71% de la población es analfabeta. Como consecuencia de su pobreza endémica y de la crisis mundial del año 29, la Isla atraviesa por circunstancias difíciles: los pescadores reclaman ayuda para mejorar su alimentación, prácticamente reducida a gofio, demandando que se les proporcionen garbanzos, lentejas y judías; un jornalero público gana entonces 2,5 pesetas diarias y un trabajador de las Salinas de Janubio percibe 2 pesetas; en fechas próximas a 1936, se computan más de mil parados, y la tradicional emigración de ultramar continúa sumando hijos de la Isla¹. Un panorama

¹ Vid. Miguel Suárez Bosa, Sergio Millares Cantero y José Alcaraz Abellán, "Política y sociedad en Fuerteventura y Lanzarote durante el primer tercio del siglo XX", recogido en *V Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Fuerteventura, Servicio de Publicaciones del Cabildo Insular de Fuerteventura / Servicio de Publicaciones del Cabildo Insular de Lanzarote, 1993, tomo I, págs. 231-258.

sombrío en tiempos difíciles sobre el que la guerra civil aún vendría a arrojar más sombras.

Una infancia al borde del mar

En la casa paterna de la antigua calle Porlier —hoy calle del alférez Cabrera Tavío—, Leandro Perdomo abre la página inicial de su vida, asoma los ojos al mundo. Nace en una calle arraigada en el corazón de Arrecife, próxima al mar, plena de pálpito urbano y de vitalidad humana: “las calles —escribiría— son como las personas: o tienen carácter o no lo tienen; o tienen originalidad o sólo el mimetismo de lo original; o tienen alma o no tienen sino cascarón, la cáscara del alma”². Su calle Porlier es calle de enjundia, con pulpa y alma, una calle pintoresca, armada de personalidad y ataviada de sabor rancio, cuya topografía no dejaría de recorrer la memoria del escritor a lo largo de su vida: la tienda de Isabelita, frente a la latonería de don Roque; el comercio de Vicente Torres; la oficina de correos, tan diligentemente atendida por señor Gabriel; la pensión de doña Rosario, frecuentada por viajeros y maestros recién llegados a la Isla; el gramófono de don Castín haciendo sonar una vez y otra la célebre “Ramona”; el boliche de señor Victoriano; y, en fin, la zapatería de los hermanos Saavedra, tan entretenidos en disputas y tertulias cinegéticas como en la reparación de zapatos. Una calle que los martes y los viernes, con la llegada del Correílo —cordón umbilical de Lanzarote con el mundo durante tantos años—, se vestía de sueños y de bullicio, agitada por una actividad especial. En los paseos costumbristas que relató en sus crónicas, Perdomo no dejó de frecuentar ni de saborear la memoria de su calle natal:

Quizás sea la calle con más enjundia de Arrecife. Calle corta, de escueta envergadura; pero con un atavío sentimental, que pocas, muy pocas calles de

² Leandro Perdomo, “La calle Porlier”, *La Provincia*, 1.11.73; recogido también en Leandro Perdomo, *Desde mi cráter*, Lanzarote, edición del autor (Imprenta Lezcano, Las Palmas de Gran Canaria), 1976, págs. 139–142; y en esta antología, págs. 177–180.

Lanzarote y fuera de Lanzarote tuvieron antaño tan arraigada personalidad³.

En la calle Porlier, sobre la franja litoral, se alumbra una vida que no cesará en su querencia de mar ni en la frecuentación de los puertos, a pesar de que, a partir de noviembre de 1957, el cronista se viera obligado a residir alejado de las orillas marinas, primero en Bruselas y más tarde en Tegui. Es el horizonte de la infancia, la costumbre marinera y porteña de su primera vida. Así lo reconocería en 1973, cuando ya residía en la Villa:

Hoy, siempre que puedo, merodeo por los rincones costeros de esta isla mía natal, a veces con la caña a cuestas, a veces sin caña, pero con una gran ilusión de olas, y singladuras, y rumbos, y pleamares, y bajamares a cuestas. Yo, internado tierra adentro, necesito más que nadie ver el mar, y ése es mi sino. ¡Ah ese sino de los hombres, de algunos hombres! ¡Oh Prometeo encadenado!⁴.

Con el paso de los años, Perdomo se convertirá en el cronista de Arrecife por excelencia, en el escritor que, al dejar memoria de su propia peripecia humana, de su circunstancia y de su entorno, trazará simultáneamente el rostro y la compostura vital de la ciudad como nadie había hecho hasta entonces en la literatura. Leandro recompone y fija la imagen del Arrecife de la primera mitad de siglo. Desde una voluntad realista y una vocación regionalista, perfila la faz social y urbana del Puerto, pero, sobre todo, azuzado por la voracidad de los tiempos y las aceleradas transformaciones que sufre la Isla, formula su imaginario.

³ *Ibidem*.

⁴ Leandro Perdomo, "La gran zambullida", *La Provincia*, 29.8.73; en *Desde mi cráter*, págs. 136–138; y en esta antología, págs. 167–169. Sobre el mismo tema, insiste en "La escalinata y el farol": "En esas deambulancias a contrarrumbo y sin dirección única que acostumbro hacer de un extremo a otro del caparazón arrecifeño, inconscientemente, mis pasos a menudo buscan el mar, las orillas del mar, los aledaños ribereños frente a los arrecifes rocosos, que resaltan en la marea baja flotando en las marismas, y en los charcos de aguas blancas a veces, no tan blancas otras [...]. Es mi afición marinera. Es mi soterrada y redomada inclinación a faenas náuticas, mi enclave anímico, mi *entretien* vital. ¿O no será mi *hobby*, acaso? Quién lo sabe... Al menos, esos paseos cara al océano sé que me sirven de evasión o, quizás sería mejor decir, de liberación del pensamiento cuando el pensamiento se retuerce encadenado", *La Provincia*, 20.12.73; recogido también en *Desde mi cráter*, págs. 146–148; y en esta antología, págs. 191–193.

En el Puerto de Arrecife, transcurre su infancia y su primera juventud. Allí encauza sus más tempranas inquietudes periodísticas y literarias, hasta que, en 1946, se traslada a Las Palmas de Gran Canaria. Una infancia, en los años veinte y treinta, lenta, que fijaba su residencia más frecuentada en los bordes del mar, a la sombra de balandras y balandros, de goletas y pailebotes, impregnada de salitre y de bulliciosa escasez. La ciudad, un pueblo entonces de unos 5.000 habitantes, se desenvolvía al ritmo de la vela y del dromedario⁵. En el Echadero de los Camellos disponía de su peculiar estación central, su centro de comunicaciones diarias, descrito con detalle por el cronista en sus apuntes costumbristas:

Era una estación de transportes única en su género. Mercancías y viajeros se amontonaban a un lado y otro esperando la salida o la llegada. Los camellos, unos echados y otros de pie, esperaban pacientes la orden del camellero para dejar de rumiar y emprender la marcha con su carga a cuestas [...]. En el Echadero de los Camellos la gente no se impacientaba. Todos esperaban tranquilos a que les llegara su turno, y las mercancías iban siendo entongadas en el serón, o en la silla, o en el vaso. Arriba, en la cruz, iba el hombre, y atrás, enganchado a la trajarra, el chiquillo. La mujer solía ir en el

⁵ En la segunda mitad de los cuarenta, Arrecife contaba en torno a los 9.000 habitantes, mientras que un siglo antes apenas sumaba unos 2.500 vecinos, que Miguel Pereyra (1835-1907), en la "Introducción" a sus *Tipos de mi tierra* —publicado en la Imprenta de La Laguna, Tenerife, 1897—, redujo a 500, probablemente persuadido tanto por la placidez y familiaridad de la vida diaria en el Puerto, como por la evocación nostálgica y bucólica del solar natal a que le induce la lejanía de su residencia en Tenerife. Vale la pena recordar aquí un fragmento de la entrañable semblanza de la ciudad que el escritor trazó en 1897, refiriéndose entonces al Puerto de mediados del siglo XIX en que se desarrolló su infancia. Un pueblo al margen del mundo, aislado en su retiro oceánico:

Realizábanse los adelantos de la época sin que le afectasen de modo directo, y apenas si de él eran advertidos.

Sólo por referencias sabíase allí que surcaban veloces los mares, venciendo la potente fuerza de los vientos y el empuje de las olas, ciudades flotantes; que la palabra, en alas del rayo, rápida como él y como él deslumbradora, cruzaba tierras y océanos llevando a regiones remotas el pensamiento del genio y la idea hermosa y fecunda de la solidaridad y fraternidad humanas.

Mi pueblo era entonces una especie de limbo.

Una o dos veces al mes recibía noticias de la capital de la provincia; y de él sólo se acordaban los gobernantes cuando de imponerle y cobrarle alguna gabela se trataba.

Y en este estado de olvido, de apartamiento y de ignorancia, pasaban unos tras otros los años sin aportar a sus habitantes más que rumores, no bien determinados ni percibidos, de la vida, de las costumbres, de los goces, de la existencia en fin, de un mundo a él cercano por la distancia material, muy distante por sus diferencias esenciales.

No databa de mucho tiempo, en la época a que me refiero, la fundación de este pueblo marítimo; poco extensa era su parte urbanizada, escaso su vecindario —no pasarían de quinientos los vecinos—, y su comercio de exportación e importación muy reducido.

Limitábanse sus elementos de vida a la pesca del salado, al tráfico de cabotaje, a los productos de un cultivo naciente entonces, más tarde rico venero de efímeras prosperidad y riqueza, y a cambios con los pueblos del interior de artículos indispensables para la vida por granos y otros frutos de la tierra.

burro, especie de prolongación del camello, que hacía de remolque, o servía de remolque. El burro venía a ser algo así como la trastienda del camello, donde se depositaba —viajaba— la carga sobrante o la mujer⁶.

Con el catón, la pizarra y el pizarrín, Leandro asiste como pupilo a las clases de don Jaime en la escuela del Echadero, pero también a la de don Adolfo, y a la de don Mario y don Benito en La Marina. Antes de comenzar a recibir la instrucción matutina —y a la salida, a mediodía—, los niños se dirigen a la Recova —donde los domingos y días de fiesta se celebran las competiciones de lucha canaria— a ayudar a las campesinas que, en las primeras horas de la mañana, llegan de los campos con la fruta y las verduras cargadas en sus asnos. No es cosa de filantropía infantil. Les mueve la recompensa del durazno o del guayabo recién cogidos del árbol y la cabalgada a lomos del pollino con que las buenas mujeres corresponden a su espíritu de colaboración:

Desde el amanecer iban llegando las mujeres morenas con el sombrero de paja y el pañuelo tapándoles el rostro, montadas en sus burros, las alforjas repletas de rábanos y otras hortalizas y frutos frescos de la huerta arenosa o del jable. Los chiquillos acechábamos y, según iban llegando las mujeres, les ayudábamos a descargar las alforjas y, montados en el burro, galopábamos por detrás del Matadero hasta las cuadras, frente al Charco de San Ginés. Después, comiéndonos el durazno o el membrillo que recibíamos en pago, esperábamos la hora de la escuela [...]. A las doce, al salir de la escuela, salíamos todos de nuevo corriendo a llevarle a cada mujer su burro⁷.

Como cualquier otro niño, Perdomo vive intensamente las calles y callejones de Arrecife. Junto al Charco de San Ginés —adonde van a botar sus barquitos— y a La Marina —continente de cabosos y fulas, de santorras, lisas y bogas—, funda su territorio de juegos y correrías. Los

⁶ Leandro Perdomo, “El Echadero de los Camellos”, *La Provincia*, 26.1.74; en *Desde mi cráter*, págs. 155-157; y en esta antología, págs. 203-205.

⁷ Leandro Perdomo, “La Recova”, *La Provincia*, 2.3.74; en *Desde mi cráter*, págs. 161-163; y en esta antología, págs. 211-214.

días de tormenta y tiempo sur, con la marea alta, La Plazuela se inundaba, y allí acudían los chiquillos a jugar con sus barquitos de vela o de hojalata y a pescar cabosos, al amparo de las casas de Manuel Camejo, de Eduardo el Relojero y del viejo caserón de la Guardia Civil⁸. El mar aún se relacionaba con el tejido urbano sin solución de continuidad, formando una entrañada unidad, un mismo cuerpo porteño, con hombres, casas y calles.

Había días en que el confín del entretenimiento lo delimitaba el callejón contiguo a la casa. Allí los niños tenían su particular campo de fútbol, donde golpear la pelota de trapo, además de su gallera menor. Con sus quíqueres, soñaban plantarle cara a los bravos gallos de sus mayores o, cuando menos, recrear sus arranques de valentía. De los callejones y de aquella íntima y desnuda memoria de infancia, guardaría vivo recuerdo el escritor:

Yo amé mucho, desde chinijo, a los callejones. En un callejón sin salida, con portón de rejas, por atrás de la calle Porlier, dando a La Porra, me crié. O, mejor dicho, me crié jugando a la pelota con los hijos de señor Victoriano y de señor Marcelo el Caminero, y otros chiquillos, y cuidando quíqueres [estimulados] por las fieras peleas de gallos ingleses de nuestros padres. Y si no que se lo digan a Enrique Miranda y a Gonzalo Cabrera, que lloraban ya siendo galletones, y yo lloraba con ellos frente al quíquere preferido perdido, ensangrentado de degüello o huido, que esto era la vergüenza del dueño del quíquere. Lucha canaria, fútbol con pelota de trapo cosida con hilo carreto y alpargatas recosidas con alambre de pescar, y riñas de quíqueres: éstos eran nuestros deportes infantiles en el callejón, el mismo callejón que aún existe, pero sin portón y sin chiquillos que jueguen, vacío, mustio, muerto en el silencio y la soledad de algún coche que allí aparca y de algún perro que allí mea⁹.

⁸ Leandro Perdomo, "La Plazuela", *La Provincia*, 12.12.73; en *Desde mi cráter*, págs. 143-145; y en esta antología, págs. 185-187.

⁹ Leandro Perdomo, "Los tres callejones", *La Provincia*, 25.12.74; en *Desde mi cráter*, págs. 152-154; y en esta antología, págs. 237-240.

Leandro reconstruye el universo infantil de la calle, revivido por el recuerdo como distrito del paraíso, una historia mil veces contada por la literatura. Es un tiempo de infancia determinado por el signo del entorno vital, de la ciudad, humana y próxima, sentida como pertenencia en una época lenta y precaria, amarrada a la ansiedad del horizonte, a las salidas y llegadas de barcos y gentes, a la naturaleza inmediata y al afán de relato. Años ensimismados y anhelantes, de infancia “sacrificada y desgarrada”¹⁰, ceñidos al pulso de la discreta espera, sin apenas una pelota para correr tras ella o unos zapatos con los que avanzar hacia la portería y chutar:

La pelota es para el niño el mejor juguete. La pelota fue para nosotros, los chiquillos de allá de los años veinte y treinta, el mejor regalo de Reyes. “¿Qué le pides a los Reyes Magos?”. Y el muchacho pobre, el hijo de padres esmirriados, contestaba sin reparos: “Una pelota”. Los niños ricos, los niños de papá, pedían generalmente una bicicleta. Y se la ponían. Los que pedíamos una pelota y nos conformábamos, no siempre recibíamos la pelota, sino un trompo o un pito, trompo de a perra gorda y pito de a perra chica. Y entonces recurriamos al trapo, a la pelota de trapo grande y pesada recosida por dentro con calcetines viejos sudados, que, a veces, al chutar, quedábamos con el pie desbaratado¹¹.

Juegos, escuela, callejeo y un sinfín de historias escuchadas a los mayores en las tertulias, a las que tan continuada atención prestara Leandro Perdomo en Arrecife, pero, sobre todo, durante los largos veranos en la casona familiar paterna de La Vegueta o en el caserón de sus abuelos en Tegui. Historias de gentes de antes, gentes de alma y nobles virtudes. Relatos de indianos y hombres valientes, de camelleros y roncotes, de costumbres y miserias, en cuya narración, la tradición oral agregaba ficción heroica a la realidad.

Mientras tanto, los adolescentes continuaban sus aventuras acrobáti-

¹⁰ Leandro Perdomo, “Las botas del muerto (Recuerdos de un día de Navidad)”, *Lancelot*, n.º 239, 26.12.87; y en esta antología, págs. 305–307.

¹¹ *Ibidem*.

cas desde lo alto del Puente de las Bolas, convertido en atalaya de sus saltos y chapuzones juveniles, cuando no se dirigían al campo de fútbol de La Barraca, en La Destila, a probar y demostrar sus habilidades deportivas. Leandro Perdomo, que inició su actividad periodística a mediados de los cuarenta confeccionando una hojilla deportiva que le encargó Alfredo Morales, jugó al balón en el equipo juvenil del Club Deportivo Arrecife que formara Ginés de la Hoz. Eran los meses inmediatamente anteriores al estallido de la guerra civil. Tenía entonces catorce años y celebraba con júbilo el cambio de la pelota de trapo por el balón de cuero:

Después, más mayorcitos, adolescentes de catorce y quince años, cuando Ginés de la Hoz —el mismo que llegó con el tiempo a ser alcalde de Arrecife— formó un equipo juvenil, pasamos de la pelota de trapo a la pelota de goma y al balón. Domingo *el Catorro* y yo, amigos de siempre, no lo queríamos creer: darle patadas a un balón de verdad, de cuero, había sido nuestra mayor aspiración y lo habíamos conseguido. Mirábamos a Ginés de la Hoz como a un dios que nos proporcionó camiseta y zapatos para defender los colores del C. D. Arrecife, yo de extremo izquierda, *El Catorro* de medio central. Pero antes hay que ver las peripecias que pasamos al querer ser futbolistas de verdad, jugando con un balón de verdad, de cuero. Íbamos a La Barraca, campo de fútbol abierto donde hoy está el Instituto Agustín Espinosa, y allí nos pasábamos horas y horas en reñidas competiciones entre equipos formados al azar, pasando toda clase de penurias y siendo la peor, la más dolorosa, la falta de zapatos. *El Catorro* jugaba casi siempre descalzo, y yo, con alpargatas viejas y rotas, de suelas de goma de ruedas de camión, que me hacían sudar los pies como a una bestia, tantas veces recosidas con hilo de bala o alambre de pescar. Éramos tan desgraciados y ansiábamos tanto jugar con zapatos, aunque fueran viejos y rotos, que cuando lográbamos, por las mañan que fueran, conseguir un par, lo compartíamos. Él jugaba con un pie descalzo y el otro enzapatado, y yo, la alpargata en uno y el zapato en otro. Cuando llegaba el descanso, hacíamos el cambio de pie, izquierdo por derecho y derecho por izquierdo¹².

¹² *Ibidem*.

El motor de la luz continuaba apagándose a medianoche. A las doce, cesaba su cansado rugido, confundido con el sueño de las gentes, envueltas ya por el manto de la oscuridad. Como a todos envolvió el trágico episodio de la guerra civil, que vino a ensombrecer las vidas de niños, jóvenes y mayores. Guerra de amargo recuerdo en las crónicas de Perdomo, quien vio cómo su padre, de inclinaciones liberales, era perseguido, perdiendo sosiego y, según su testimonio, parte de su hacienda. Leandro tiene quince años cuando se declara la guerra. Ha comenzado ya los estudios de Bachillerato en el Instituto de Arrecife, donde Juan Millares Carló —padre de sus amigos José María, Agustín y Manolo Millares— sería su profesor de Letras. Tras cerrarse el centro en pleno conflicto civil, los estudios se verán interrumpidos. En el Arrecife de 1936-38, frecuenta la amistad de los Millares, desplazados a Lanzarote tras estallar la guerra como consecuencia de la persecución y represión franquista que sufrió el joven Agustín y que padecería también el propio Juan Millares Carló. Al principio se alojarían en la fonda de don Claudio, más tarde en la casa de La Plazuela que luego sería cuartel de la Guardia Civil, y finalmente en una vivienda de la calle de Canalejas¹³.

Por este tiempo, el joven Leandro ya cultiva su afición a la lectura. Cuando apenas contaba once o doce años, su primo Leandro Fajardo Perdomo lo introdujo en los libros mientras compartían tiempo de verano en La Vegueta y, más tarde, acabada la guerra, le daría clases particulares de Literatura en Arrecife. A lo largo de su vida, el cronista recordaría con gratitud y con reconocimiento la tutela y la protección de su primo, maestro de lecturas y de humanidad, a su juicio “el hombre más culto y sapiente de Lanzarote [...] y el más bondadoso, más dadivoso, más generoso en sentimientos y en el saber, su principal riqueza”¹⁴. En su biblioteca, comienza a leer a Blasco Ibáñez y a Neruda, a Alberti y a García Lorca, a Víctor Hugo, a Alejandro Dumas y a Dante, pero, sobre todo, a los novecentistas y a la generación del 98. Baroja y Unamuno —también

¹³ Manolo Millares, *Memorias de infancia y juventud*, Valencia, IVAM Centre Julio González, 1998, págs. 42-53.

¹⁴ Leandro Perdomo, “Las cartas de Unamuno”, *Lancelot*, n.º 296, 4.2.89.

Valle-Inclán—, sus pasiones literarias más fuertes, toman cuerpo:

Una afición persistente, muy grande, a la lectura, desde mi primera juventud, gracias a un primo mío y tocayo, Leandro Fajardo Perdomo, me llevó a devorar libro a libro y letra a letra, a la generación entera del 98, desde Unamuno a Ortega, desde Pío Baroja a Pérez de Ayala, sin olvidar al genial gallego, a Valle-Inclán¹⁵.

Poco a poco, fragua en el escritor el romanticismo cultural que nunca le abandonaría, alimentando su vida bohemia y desangelada, vivida como un encendido y entrañado gesto idealista, quijotesco, desnudo y esencial, aunque también misérrimo y extravagante. En el Arrecife de la segunda mitad de los treinta y primeros años cuarenta, Leandro asiste a las tertulias de *Los Moros Notables*, celebradas habitualmente en el zaguán del Casino viejo y, en verano, en la acera, donde instalaban sus sillas de mimbre. En el Casino, se organizan fiestas y bailes, se celebran reuniones y se hace uso de su biblioteca. La tertulia tiene sus momentos álgidos después de la comida y después de la cena. Acompañado de su amigo Leopoldo Díaz Martín, Perdomo se convierte en asiduo oyente. Los jóvenes escuchan las argumentaciones y, en ocasiones, la oratoria de sus mayores, lo más granado de la sociedad cultural arrecifeña de entonces. Muchos de ellos se habían beneficiado del magisterio de Isaac Viera —su profesor de preceptiva literaria—constituyéndose en herederos de las inquietudes culturales que el Círculo Republicano había fomentado en Arrecife, entre cuyos animadores se encontraban Tomás Lubary y Andrés Fajardo, quienes impartían clases gratuitas de formación. La nómina de *Los Moros Notables*, tan admirados entonces, no desaparecería de su memoria: Leopoldo Díaz Suárez, Andrés Fajardo Ferrer, Eugenio Rijo Rocha, Andrés Salas, Miguel Armas Martinón,

¹⁵ Carta de Leandro Perdomo remitida a Luis León Barreto, fechada el 16 de enero de 1987, en la que responde a un cuestionario de una entrevista que sería publicada en *La Provincia*, 30.1.87, y en *Lancelot*, 7.2.87. Se cita aquí la carta original. A su primo Leandro Fajardo Perdomo, le dedicó la crónica “Luto por mi primo Leandro”, *La Provincia*, 27.11.74; recogida también en *Desde mi cráter*, págs. 117-120; y en esta antología, págs. 233–236. En *El Eco de Canarias* publicó la columna “Recordando a un lanzaroteño de pro: Leandro Fajardo Perdomo”, 13.12.79.

Manuel Arencibia, Carlos Sáenz Infante, Rafael Medina... Más tarde, sus “descendientes” celebrarían su propia tertulia, reuniéndose en torno a la palabra: Leandro Perdomo, Leopoldo Díaz Martín, Aquilino Fernández Ramírez, Emilio Sáenz Feo, Domingo Ortega, José Molina Aldana, Alfredo Matallana... Jóvenes que, en sus paseos por el Charco de San Ginés y por La Marina —en el Muelle Chico—, solían cruzarse y sentarse en compañía de la figura anciana y desmantelada de Isaac Viera, el periodista, el poeta “pobre y solitario”, el prosista corrosivo de *Costumbres isleñas*, a quien Leandro admiraría —al igual que mostrará su reconocimiento a la voz popular de Víctor Fernández Gopar, *El Salinero*— por su vida aventurera de trotamundos, su bohemia, su pobreza y su voz crítica:

[...] se me tropezó en la memoria la figura desmantelada de barco al paio de aquel anciano que se arrastraba con su bastón por las calles de Arrecife colindantes al Charco. Llevaba siempre su raído gabán desteñido, que no se quitaba nunca —¿acaso para dormir?— ni en invierno ni en verano, y el gabán parecía mismamente el velamen de los viejos pesqueros costeros de la corvina africana que arribaban al Puerto de Naos después de la tormenta¹⁶.

Un joven fondeado en el Puerto

Arrecife dibuja el escenario de la vida y los afanes de Leandro Perdomo hasta que, en 1942, abandona temporalmente la Isla para cumplir con sus obligaciones militares en Las Palmas. Desde la capital gran-canaria se trasladará a Madrid ese mismo año, después de solicitar una prórroga, con la infructuosa intención de cursar estudios de periodismo. En Madrid, permanecerá tan sólo cinco meses, tiempo, no obstante, suficiente para que sus proyectos se desmoronen. Sin que le haya sonreído la fortuna, en diciembre de 1942 debe abandonar Madrid precipitadamente y regresar a Lanzarote para reanudar sus obligaciones militares. En Arrecife, desempeñará la función de secretario del coronel-juez de Plaza, Ildefonso Valls, hasta licenciarse en noviembre de 1945.

¹⁶ Leandro Perdomo, “El poeta y los tuchidos”, *Lancelot*, n.º 275, 3.9.88; y en esta antología, págs. 327–330.

Tiene veinticuatro años. Ha seguido con atención los relatos referidos por sus mayores, conoce detalladamente no sólo las aventuras indianas de sus bisabuelos —Marcial Borges, *El Indiano del Peñón*, y Manuel Spínola Bethencourt— sino también las de otros muchos lanzaroteños. Y es depositario de un variado repertorio de sucesos insulares protagonizados por hombres y mujeres del pueblo, anónimos y humildes, seres humanos del *alma atrás*. El desaliño de su indumentaria, su incapacidad manifiesta para el orden y la mínima disciplina, su natural bondadoso y voluntarista, arraigado en el deseo de justicia social y de solidaridad con los desheredados, le hacen merecedor de la estima y el aprecio de los demás. Es también un joven festivo, dispuesto a convocar la alegría en cualquier momento, excelente conversador y brillante narrador oral, ocurrente, amante de anécdotas y cuentos que ganan en enjundia por el giro humorístico y el personal sesgo hiperbólico e interpretativo con que sabe adornarlos. Leandro encarna ya un personaje singular.

La juventud de Arrecife no tiene demasiadas alternativas de entretenimiento, ni posibilidades de que coincidan jóvenes de uno y otro sexo. Los vigilados bailes en alguna de las tres sociedades de la capital, los bailes de candil —donde Leandro tocaba al violín “Tristeza de amor”, en realidad la única canción que integraba su repertorio de cuerda— y las fiestas de los pueblos convocan su presencia, aunque sin satisfacer sus ansias de libertad y expansión:

Porque en aquellos años teníamos muchas veces que ir a los campos si queríamos bailar, pues en Arrecife, si al cura le daba la gana, prohibía el baile y estábamos listos. El Casino y el Culantrillo y la Democracia cerrados, muchos domingos nos tirábamos al campo y después, al regreso, casi siempre de madrugada, a la calle de La Porra, a desfogar¹⁷.

Son, efectivamente, tiempos de represión sexual, de estricta moral católica, en convergencia con tantas otras restricciones que llevan el

¹⁷ Leandro Perdomo, “La democracia y el amor”, *Lancelot*, n.º 204, 24.4.87; y en esta antología, págs.291–294.

sello inconfundible de la época. Un puritanismo que no dejaba de insuflar energía a la actividad prostibularia de la calle de La Porra, innumerables veces recordada por el cronista, en sus años de madurez y vejez, con ternura y sentimiento solidario. Recuerdo conmovido con el que rinde homenaje a las *viejas putas del silencio* —Pepita la Sevillana, Arabia, Abisinia, La Maganza, La Potra, Cristobalina, La Pitera, La Farola...—:

Heroicas ramera las ramera de la calle de La Porra. Aquí cabe la churciliana frase aquella, lanzada al cielo londinense en plena guerra mundial refiriéndose a los jóvenes aviadores ingleses, de “nunca tan pocos hicieron tanto por tantos”... Una docena escasa de mujeres enfrentadas a toda una población masculina enardecida que allí, en la calle de La Porra, iba a buscar lo que en esos sitios siempre se busca: parranda, alcohol, borrachera, sexo¹⁸.

Un recuerdo extensivo a las prostitutas que conocería más tarde, ya finalizada la guerra civil, durante su estancia en Las Palmas, mujeres hacia las que siempre manifestó respeto y consideración, víctimas de la miseria y del oprobio de la posguerra y del régimen franquista:

[...] voy a tratar de romper una lanza en pro de las prostitutas de antes, de las de mi época, de aquellas pobres mujeres de los años cuarenta y cincuenta calamitosos y viles como jamás en la historia de España yo creo que se han visto. Por esta calamidad del vivir en una sociedad empobrecida bajo un régimen de mierda, muchas, una cantidad grande de mujeres, ejercieron la prostitución como único medio de escapar, de sobrevivir, de no morirse de hambre¹⁹.

Época de miseria y de amores encadenados, estrictamente regulados, sometidos a permanente vigilancia. Relaciones castradas en un tiempo de penumbras que hipertrofiaba la anomalía. En la recta final de su vida, el escritor aludiría a aquella etapa de su juventud con voz de

¹⁸ Leandro Perdomo, “La calle de La Porra”, *La Provincia*, 24.8.74; en *Desde mi cráter*, págs. 173-176; y en esta antología, págs. 229-232.

¹⁹ Leandro Perdomo, “Prostitutas y prostitutos”, *Lancelot*, n.º 265, 25.6.88. Al mismo tema dedicó también otras crónicas, vid. “Aquellas viejas putas del silencio”, *Lancelot*, n.º 146, 15.2.86; “Ni tan silenciosas ni tan viejas”, *Lancelot*, n.º 148, 6.3.86; y “Las más desgraciadas”, *Lancelot*, n.º 167, 19.7.86.

lamento, elogiando, al mismo tiempo, la libertad consustancial a la democracia en todos los órdenes. Pero, sobre el elogio, se escucha el sonido de fondo del lamento:

Fue muy desgraciada nuestra juventud de la guerra y la posguerra. A más de las escaseces de alimentos y las penurias económicas a que nos vimos sometidos, sin un trabajo digno y sin recursos para sobrellevar una vida digna, estaban los impedimentos, las trabas sociales, los obstáculos y barreras que se encontraba el joven enamorado para amar libremente, integralmente, a la mujer elegida. El que lograba besar a una muchacha, fuera su novia o no, tenía que hacerlo a escondidas, esperando la ocasión de la sombra o la tiniebla en el encuentro fugaz, acechando como un perro de caza el rastro del conejo o como un gato en la azotea la aparición propicia de la hembra inexistente. Fueron muchas penurias, muchos tormentos los que pasamos los jóvenes de aquellos años, largos años de desconsuelos y miserias [...].

Era terrible. Fue muy terrible y desgraciada nuestra juventud en estas cuestiones del amor, de las relaciones, del contacto macho-hembra. Por eso hoy yo digo que los jóvenes actualmente, después del advenimiento de la democracia, no saben la riqueza que tienen, comparando con nosotros²⁰.

En el centro de la memoria festiva de Perdomo, se alzan las fiestas patronales de Arrecife, las fiestas de San Ginés, con los bailes en la explanada del muelle de Las Cebollas, en el Casino y en la Democracia. Fiestas de música tocada por las orquestas llegadas desde Las Palmas, en cuya compañía la juventud bailaba sin ceder al cansancio:

[Las orquestas] venían en el Correílo un viernes para irse al otro viernes. Una semana entera. Una semana [en] que nosotros, los jóvenes, no parábamos de bailar, mañana, tarde y noche. Las dos eran a cual mejor, la de la Sociedad Democracia y la del Casino. Por la mañana, a la salida de misa —durante las Fiestas había misa cada día, por orden del obispo cuando no del cura— y de las once más o menos, quedábamos fajados bailando hasta la una, la hora del almuerzo; después el asalto, por la tarde, y a la noche,

²⁰ Leandro Perdomo, “La democracia y el amor”.

nada más terminar la cena, a la Democracia otra vez, o al Casino, sonando aquellas orquestas horas y horas, a veces hasta el amanecer.

Aquéllos sí eran músicos. Aquellos hombres, verdaderos artistas de la nota y el pentagrama, eran incansables, poco menos que héroes o casi héroes. Y eran músicos de verdad. Cada uno tocaba varios instrumentos, no a la vez, claro, sino cuando se cansaban de soplar —el saxofón, la trompeta, el trombón de vara— se cambiaban al violín, a la viola, al contrabajo²¹.

Fiestas de isa y de parranda, de timple y de ventorrillo, con sabor a carne en adobo y a vino peleón, que tenían su coso en La Marina, en torno al viejo Quiosco, donde se asistía a un trasiego constante de gentes forjadas en la costumbre de una vida áspera, cuajada de privaciones, apenas sin horizonte de asueto:

En esta explanada [del muelle de Las Cebollas] era donde se centraba el fragor de la fiesta, donde culminaban el calor y el entusiasmo de un pueblo entregado día y noche, durante una semana entera, a festejar a su patrono bebiendo y cantando sin descanso en los ventorrillos de tablas de cajón y sacos viejos pintados, que se apretujaban alrededor del anciano Quiosco. El Quiosco, siempre colorado, de tablas coloradas, era como el anfitrión, el que acogía a las múltiples casetas de distinto tipo y tamaño llamadas ventorrillos. Y en los ventorrillos no cesaba la juerga, ni de noche ni de día, mezclándose las parrandas unas con otras al filo de las madrugadas, el timple llevando siempre la voz cantante, porque el timple, en la parranda conejera, fue siempre nervio y alma²².

Pronósticos. Un semanario en el corazón de Arrecife

Leandro Perdomo comienza a forjar el carácter y la figura de su propio personaje, el más literario y humano de todos los suyos, al

²¹ Leandro Perdomo, “Las orquestas de San Ginés”, *Lancelot*, n.º 220, 15.8.87; y en esta antología, págs. 301–304.

²² Leandro Perdomo, “Pero... ¡qué garganta!””, *La Provincia*, 13.8.82; y en esta antología, págs. 281–283.

tiempo que se consustancia con la ciudad y con sus gentes. Acumula memoria y se arrima a la vida. No ha podido continuar los estudios, pero frecuenta los libros. Siente afecto sincero por la cultura y está en tiempo de buscarle un horizonte a su vida. A finales de 1945, cierra el capítulo de sus obligaciones militares. Para entonces, ya había publicado en la prensa regional su primera colaboración, dedicada a reseñar la pintura de César Manrique, y había afrontado el prólogo de su aventura periodística, confeccionando durante unos meses un boletín deportivo, que en su último tramo de vida incluía alguna noticia local relevante:

Quisieron las circunstancias que mi vida literaria se iniciara en el periodismo, curiosamente con una página semanal de información deportiva, allá por el año 1945, a cambio, ¡fíjese usted!, de un salario semanal de quince pesetas²³.

La escritura de Leandro Perdomo se desarrolla básicamente en el espacio del periodismo impreso, salvo su obra *Diez cuentos*, cuyos relatos no fueron publicados en la prensa. El resto de sus libros recoge crónicas y cuentos previamente dados a conocer en diarios y revistas. Así pues, las páginas de los periódicos constituyen el ámbito natural de producción, de aparición y de recepción de sus escritos, que adoptan la forma de la crónica en su inmensa mayoría, a excepción de algunos cuentos cortos, un relato —*Relato parcial de una isla*— y diversos textos de difícil clasificación. La huella de la urgencia, inmediatez y escasa elaboración de la escritura periodística marcó su propio estilo literario, coloquial, descuidado, directo, y al mismo tiempo intenso, dotado de gran capacidad comunicativa. Pero, además del periodismo de colaboración o de opinión, el periodismo de redacción fue también actividad profesional de Perdomo, que puso en marcha y dirigió dos publicaciones periódicas, *Pronósticos*, en Arrecife —su segunda etapa, en Las Palmas—, y *Volcán*, en Bruselas, durante su periodo de emigración europea (1957-1968).

²³ Zaida Zeidan, "Leandro Perdomo: el retorno del poeta", *Carta de España (Revista de Emigración e Inmigración)*, n.º 449, septiembre de 1991, pág. 26.

El día 1 de enero de 1946 sale a la calle el primer número de *Pronósticos* (*Semanario deportivo, literario y artístico de los clubs adheridos de la Provincia*) —a partir del día 19 del mes siguiente, n.º 8, pasará a subtitularse, más exactamente, *Semanario deportivo, literario y artístico de Lanzarote*—, al precio de cincuenta céntimos, fundado por Miguel Jiménez Marrero y dirigido por Leandro Perdomo. Su redacción y administración se establece en la calle del alférez Cabrera Tavío, n.º 4, la misma en que Perdomo había nacido. *Pronósticos* se materializa inicialmente en la Imprenta Minerva, hasta noviembre de 1946 —n.º 45—, en que su director se traslada a Las Palmas para editarlo en la Imprenta Espino. En el n.º 45 de la calle de León y Castillo, se instalará la nueva redacción, que compartirá trabajo en la elaboración del periódico con la oficina de la calle del alférez Cabrera Tavío. En Lanzarote, Guillermo Topham, en calidad de redactor-jefe, permanecerá ocupándose del grueso de noticias insulares, de recibir los periódicos, que llegaban los viernes en el Correillo, y de garantizar la distribución de la publicación.

Pronósticos nace con vocación deportiva, pero, en realidad, se convertiría en un periódico de contenido literario, que incorpora ligera información local en las secciones “Misceláneas”, “Vida local”, “Sucesos” y “Cosas de la ciudad” —al cuidado de *Guito*—, con especial atención a Arrecife, sin dejar de dar cabida al deporte lanzaroteño, aunque con interés decreciente. Sometida cada edición a la censura preceptiva, las posibilidades de informar libremente eran escasas.

La publicación comienza elaborándose íntegramente en Arrecife. Sus iniciales cuatro páginas, cortadas a 28 x 40 cm, son escritas y confeccionadas en la redacción de la calle del alférez Cabrera Tavío, hasta que la escasez de papel provoca que, a los tres meses de vida del periódico²⁴, el director se vea obligado a reducir su contenido a dos páginas, llegándose incluso a imprimir en papel de envolver. Esta carencia se sal-

²⁴ A partir del n.º 15, 9.4.46, y hasta el n.º 44, 5.11.46, el semanario reduce su contenido a dos páginas —una hoja—, con la excepción de los números 20, 22, 23, 26 y 28, que se imprimen a cuatro páginas. A partir del n.º 45, 12.11.46, ya impreso en Las Palmas, *Pronósticos* recuperará sus dos hojas iniciales, manteniéndolas hasta el final con la salvedad de algún número suelto que sale a la calle con seis páginas.

vará cuando *Pronósticos* pase a producirse en Las Palmas.

En las páginas de la publicación, colaboran lanzaroteños —la mayoría radicados en la capital— que hacen del semanario su campo de experiencias literarias: *Fidel Roca* [Rafael Medina] —con sus numerosos artículos sobre Arrecife—, Guillermo Topham, Luis Fajardo Hernández, Manuel López Guerra, *Marcial Bethencourt* [Virgilio Cabrera], Abel Cabrera, *Waldo* [Leopoldo Díaz], Leopoldo Díaz Suárez, Agustina Ayala, Casto Martínez, Pedro Ferrer, Pancho Lasso, Adolfo Topham, Pedro Medina, Antonio Becerra... Todos hacen posible el periódico, que debe arrostrar numerosos problemas de financiación para su mantenimiento, habida cuenta de las dificultades a la hora de captar publicidad en una época de miserable posguerra. Y al frente de unos y otros, en constante actividad para hacer posible la aventura informativa, Leandro Perdomo, la energía voluntarista de su juventud, el romanticismo cultural que alimentó su afecto por la letra impresa y la palabra hablada, su afán idealista. Coincidiendo con el primer aniversario de *Pronósticos*, Guillermo Topham, colaborador directo de Perdomo y él mismo, años más tarde, protagonista de otra gran gesta periodística lanzaroteña, *Antena*, reconocería la labor del director del periódico:

Cuando un día del año 45 nuestro joven director don Leandro Perdomo Spínola dio a conocer en una “peña” de amigos su decisión irrevocable de publicar en nuestra ciudad un pequeño órgano de prensa, todos, absolutamente todos los presentes, exclamaron: “¡Leandro, tú no estás bien de la cabeza!”.

Recuerdo que Leandro estrujó nerviosamente entre sus manos las descoloridas solapas de su vetusto chaquetón negro; removió, impertérrito, sus desmelenadas melenas y, soltando una de esas sus cataratescas carcajadas, abandonó el local.

Semanas después, y a pesar del reconcentrado ambiente de desfavorabilidad, *Pronósticos* vino al mundo. Y vino al mundo, que conste para conocimiento de todos, sólo por eso: porque él se lo propuso.

Leandro bregó días tras días sin tregua ni descanso. Haciendo gala de su proverbial tozudez, hizo polvo ese cúmulo de obstáculos que siempre se

oponen a la realización de toda difícil empresa, particularmente cuando se trata de nuestra isla.

[...]

Y es que Leandro en *Pronósticos* lo es todo: director, administrador, cronista, redactor, corrector y hasta... ordenanza y repartidor²⁵.

En efecto, para poder dar vida al periódico, Leandro debe hacer de todo: dirigir, redactar noticias deportivas, diseñar las páginas, buscar publicidad, solicitar y recoger los artículos de los colaboradores, llevar las cuentas, elaborar columnas firmadas con distintos pseudónimos cuando fallan los colaboradores... Una actividad desbordante, propia del viejo periodismo heroico, que apenas le deja tiempo para escribir crónicas que no sean exigidas por las circunstancias. De ahí que escriba relativamente pocos textos creativos en *Pronósticos*, como también escribirá escasamente en *Volcán*.

Arrecife es el centro vital del periódico, tanto en lo que se refiere a colaboradores como a lectores, suscriptores y círculos críticos que plantean resistencia a la publicación. Leandro Perdomo y Guillermo Topham se quejan en diversas ocasiones del escaso respaldo popular, de los impagos por parte de lectores suscritos y de anunciantes, de las descalificaciones al periódico y de la incomprensión general con que en Arrecife se corresponde su esfuerzo. Expusieron sus sentimientos explícitamente en dos artículos: “Nuestro semanario. Su verdad, sus colaboradores y otras cosas”, y “Hablando claro”. Si, en el primero, el director de *Pronósticos* hace referencia a las caídas y momentos difíciles de su semanario “mal comprendido unas veces y más mal (*sic*) pagado otras”²⁶, en el segundo, *Guito*, alude al servicio prestado a la comunidad por el periódico: “Habremos tenido nuestros errores, reconocidos en nuestras propias páginas, pero hemos resuelto problemas y asuntos

²⁵ Guillermo Topham, “El caso de *Pronósticos*”, *Pronósticos*, 28.1.47.

²⁶ Leandro Perdomo, “Nuestro semanario. Su verdad, colaboradores y otras cosas”, *Pronósticos*, n.º 79, 11.7.47.

que, de no existir el periódico, jamás se hubieran solucionado”²⁷. Y continuaba expresándose con rotundidad sobre el desafecto mostrado por los ciudadanos, sobre su soledad periodística:

Con la esperanza de que nuestros hermanos lanzaroteños se dieran cuenta de la importancia y trascendencia de nuestra misión, continuamos trabajando en espera de ese calor y ese apoyo tan necesario en esta clase de obras. Pero en vano. La mayoría de los lanzaroteños, salvo raras y honrosas excepciones, llevados indudablemente por esa escalofriante apatía que a todos los nativos de esta isla del fuego nos caracteriza en esta clase de asuntos, no han querido contribuir con la exigua aportación económica que se le exigía al sostenimiento del semanario²⁸.

La actualidad de la ciudad —sucesos, carencias y dotaciones, visitas, movimientos de personas, deportes...— aparece frecuentemente en la publicación, reseñada en las secciones de que se ocupa Guillermo Topham o en los artículos firmados por *Melquíades* —pseudónimo de Leandro Perdomo—. Se realiza el seguimiento de las obras públicas impulsadas en Arrecife, como el Parador de Turismo —comenzado en 1946—; se agradece a la Autoridad las infraestructuras construidas en años anteriores —los cuarteles, la Casa del Niño, el hospital—; y se elogian las mejoras en general. Pero se da paso también, tímidamente, a la reclamación y la denuncia, encubierta tras la bruma de una demoledora —y sustanciosa— retórica, con la que se pretende eludir la censura y hacer llegar la queja a la oligarquía local del Régimen. Un buen ejemplo lo constituye el siguiente párrafo extraído de un artículo del que es responsable *Melquíades* [Leandro Perdomo]:

Al lado de las diversas mejoras que en el orden local se han llevado a cabo en nuestra ciudad, al lado de tantos problemas insulares resueltos, continúan otros con la misma o quizá mayor urgencia de solución que antes. Y no

²⁷ *Guito* [Guillermo Topham], “Hablando claro”, *Pronósticos*, n.º 89, 26.9.47.

²⁸ *Ibidem*.

vayamos a referirnos al eterno problema del agua, siempre en vías de solución; ni tampoco al no menos urgente de nuestro puerto y su escala de vapores Península-África, de carácter plenamente económico, encauzado también por vías de más o menos pronta resolución. No vayamos tampoco a referirnos a nuestro Centro de Higiene, con su aparato de rayos X inútil, ni asimismo a otros de menor cuantía como son nuestro deficiente alumbrado eléctrico, la posibilidad de unos modestos arbolitos en nuestras calles y la no menos saludable posibilidad de un water público en el parque sin plantas de nuestra Marina. No. Sino que fijaremos nuestra atención en un solo lugar y en un solo motivo, que no es precisamente de índole cultural, como la falta de escuelas de primera enseñanza y la construcción a medias desde hace tanto tiempo de nuestro Instituto de Enseñanza Media. Fijaremos la atención en nuestro cementerio, si es que debe darse nombre de cementerio a esas cuatro pobres tapias de mampuesto y barro, de huecos repletas²⁹.

Crítica ampliada por Perdomo al proceso de mercantilización de Arrecife, a su crecimiento comercial, que se constituirá en uno de los temas recurrentes de sus escritos a partir de la década de los setenta, al regreso de Bélgica. En el artículo “Arrecife, ciudad comercial”, publicado en *Pronósticos* en mayo de 1946, se encuentra el antecedente de esa importante vertiente temática de sus crónicas, abordada con permanente voluntad crítica:

Pero de todos los aspectos que como capital la definen —capital de isla— sobresale imponente su amplio nivel comercial. Es enorme, casi con caracteres de terrible, la cantidad de comercios que actualmente en Arrecife existen; parece como si el comercio, y lo que es más, el comerciar, fuera la única pauta y módulo del vivir arrecifeño. Hasta los mismos profesionales parecen tener por el comercio una gran estima; muchos, a la par que ejercitan su carrera o bien su oficio, se dedican de lleno a quehaceres comerciales.

²⁹ *Melquiades* [Leandro Perdomo], “Sobre todas las cosas, el cementerio”, *Pronósticos*, n.º 38, 24.9.46.

¡ARRECIFE, CIUDAD COMERCIAL! Pueblo de mercaderes, arribo de negociantes llegados de todas las rutas. Y esto... ¿por temperamento y carácter de sus hijos o porque es mejor, más útil y más provechosa la labor de compra-venta que aquellas otras actividades del hombre en su lucha constante por la existencia?³⁰.

Meses más tarde, se retoma el tema en el periódico, en un artículo firmado por *Melquíades*. Pero aquí se extiende la reflexión al negocio del mercado negro, el estraperlo, que, como consecuencia del racionamiento, de la escasez y la miseria de la posguerra, se extendió por el país. Un asunto espinoso a la hora de ser tratado en la prensa del momento. *Melquíades* lo afronta directamente, con firme voz acusadora:

Soportamos la escasez y estamos dispuestos al mayor de los sacrificios en bien de todos. Pero de eso a vivir enfermos en la miseria para que unos grupos de “desaprensivos ejercitadores del comercio” se enriquezcan, vivir en pleno sacrificio para que “unos cuantos malhechores adinerados” hinchen sus estómagos y fortunas, es lo que nadie está dispuesto a consentir³¹.

Denuncias y demandas críticas que son deslizadas con cautela en las páginas del semanario, conviviendo con el tono dominante impuesto por la noticia local y el artículo creativo, de naturaleza literaria, como las colaboraciones de *Fidel Roca* [Rafael Medina Armas], dedicadas con frecuencia a cantar los monumentos y bellezas naturales de Arrecife. El paisaje, el tejido humano y popular de la ciudad, está presente en las páginas del periódico a través de sus personajes más singulares y conocidos —Panchito el Negro [Francisco Torres]; Ramón el *Caramba*; Manuel *Famara*; Eduardito el *Relojero* [Eduardo Díaz]...—, que protagonizan, en la primera etapa del semanario, la sección “Siluetas populares”, de cuya redacción, chispeante y teñida de enjundia literaria, se ocupará el director. En el segundo número de *Pronósticos*, Perdomo delimita el perfil de la

³⁰ Leandro Perdomo, “Arrecife, ciudad comercial”, *Pronósticos*, n.º 29, 7.5.46.

³¹ *Melquíades* [Leandro Perdomo], “Negocio y mercado negro”, *Pronósticos*, n.º 40, 8.10.46.

sección, respondiendo a lo que, con el tiempo, será una de las características de sus crónicas: el interés por los tipos populares, su capacidad para trazar, con ternura y humor piadoso, el retrato físico y espiritual de seres humanos, las más de las veces desplazados socialmente:

Es la [personalidad] que vamos a presentar y exponer a los lectores en esta misma página y columna de este adolescente semanario: la personalidad popular de un pueblo. En cada número aparecerá una silueta popular con personalidad suficiente, como producto neto y legítimo del ambiente arrecifeño.

[...]

En Arrecife, pueblo en sus pliegues más recónditos plenamente humorista, su personalidad popular [...] reviste la más pintoresca gama de colores y matices. Lo vemos en el Parnaso callejero, amena exposición de caricaturas individuales que llenan el ambiente de palpitancias (*sic*) y risas. La broma, el chiste, la ocurrencia, etc., y ¡el apodo!, la grande especialidad del humor conejero. Seguramente —sin exagerar— no existe otro lugar en el planeta donde se le pintipara (*sic*) un mote a cualquiera con más gracia y jeito. Puede decirse que Arrecife es el pueblo donde se “fabrican motes legítimos”³².

Se trata de breves e intensas columnas, semblanzas a ratos poéticas, de ágil ritmo yuxtapuesto, sincopadas, teñidas de humor, escritas en clave de adivinanza, de indudable calidad literaria, trazadas al amparo de una escritura moderna, de ecos espinosianos, en la que brilla un sorprendente Leandro Perdomo. Sirva de muestra la primera que se publica, en el n.º 3, el 15 de enero de 1946, referida a Ramón Leva Leva:

En rotativo vaivén de nave dismantelada lo vemos llegar. Pasa. Entre dientes el humo reseco de su reseca cachimba, se aleja. Nos ha dejado un opaco adiós, de contrapunto, escalonado en surco de intermitentes escalas.

Volvemos la vista. Hay una estela de ritmos. Ritmo de rumiante arador. Horizontal escalera se extiende infinita. No es de materia ni le cabe forma.

³² Leandro Perdomo, “Siluetas populares con personalidad suficiente”, *Pronósticos*, n.º 2, 8.I.46.

Peldaño eterno de gorra desviserada. Rústico plantón en la acera, donde a cada planta abriga un soco.

Faz de balde que aroma la ruta de los puentes. Una sola expresión, escueta, tajante, espanta la intrepidez infantil que le hace cola. Artífice del mandado, desmanda a la chiquillería que hace leva en su torno (sic).

Retorna siempre; de un punto a su rabo. De éste salta al punto.

Irremisible condenación: subir siempre bajando³³.

Con el traslado de Perdomo a Las Palmas, a finales de 1946, para continuar la publicación de su periódico, la nómina de colaboradores se ve notablemente enriquecida. A lo largo de 1947 se incorporan las firmas de los integrantes de *Antología cercada* (Las Palmas, 1947): José María Millares, Ventura Doreste, Agustín Millares, Pedro Lezcano y Ángel Johan³⁴. Isidro Miranda, Sebastián de la Nuez y María Rosa Alonso, entre otros, también publican en las páginas del semanario

³³ Leandro Perdomo, "Caricaturas literarias", *Pronósticos*, n.º 3, 15.1.46.

³⁴ Las colaboraciones de los poetas de *Antología cercada* se prodigaron en *Pronósticos* a lo largo de 1947 y 1948, publicando tanto poesía como ensayos.

José María Millares se inició en *Pronósticos* con la composición poética "Los túneles" (n.º 54, 14.1.47). Publicó además los siguientes poemas: "Canto a las siete de la mañana" (n.º 55, 21.1.47), "Canto al futuro" (n.º 57, 4.2.47), "Canto a las fábricas, I" (n.º 58, 11.2.47), "Canto a las fábricas, II" (n.º 59, 18.2.47), "Canto a las fábricas, III" (n.º 61, 7.3.47), "Canto a las fábricas, y IV" (n.º 62, 14.3.47), "Soledades" (n.º 74, 6.6.47), "Octavas populares" (n.º 79, 11.7.47), "Poemas submarinos (Fragmentos)" (n.º 93, 24.10.47), "Náufrago, I" (n.º 95, 7.11.47), "Navidad (Poema dramático en un acto)" (n.º 101, 19.12.47), "Fue la guerra..." (Poema dramático en un solo acto)" (n.º 105, 16.1.48), y "Compañero" (n.º 114, 19.3.48).

El primer artículo de Ventura Doreste publicado en *Pronósticos* fue el titulado "Introducción, I", dedicado al poeta Cristóbal del Hoyo y Sotomayor, vizconde de Buen Paso, (n.º 72, 23.5.47). Asimismo, publicó: "El lenguaje literario" (n.º 74, 6.6.47), "Disertación sociológica, I" (n.º 76, 20.6.47), "Notas" (n.º 77, 27.6.47), "Unos fragmentos" (n.º 80, 18.7.47), "Nietzsche y Europa" (n.º 81, 25.7.47), "Del ensayo" (n.º 82, 1.8.47), "Del cuarto cuaderno" (n.º 84, 15.8.47), "La poesía y el hombre, I" (n.º 87, 12.9.47), "Juan Guillermo, en el Gabinete Literario, I" (n.º 88, 19.9.47), "Apuntes sobre el 98" (n.º 90, 3.10.47), "Gallos en Venezuela, I" (n.º 92, 17.10.47), "Gallos en Venezuela, II" (n.º 93, 24.10.47), "De la originalidad" (n.º 95, 7.11.47), "Dos sonetos" (n.º 104, 9.1.48), "El arte de ver, I" (n.º 104, 9.1.48), y "La poetisa Pino Ojeda" (n.º 109, 13.2.48).

Agustín Millares comenzó su colaboración con el poema "Ejército disperso" (n.º 69, 2.5.47), dedicado a Pepe Ginory y Agustín Suárez, sus amigos de Arrecife. Asimismo, publicó: "Canción subterránea" (n.º 76, 20.6.47), "Mensaje de Navidad" (n.º 102, 26.12.47), "Gandhi" (n.º 111, 27.2.48), "Paul Muni" (n.º 113, 12.3.48) y "Andando bajo la lluvia" (n.º 115, 26.3.48).

Pedro Lezcano publicó el poema titulado "Biografía" (n.º 77, 27.6.47).

De Ángel Johan se imprimió un ensayo en dos entregas: "De la poesía y su expresión, I" (n.º 78, 4.7.47) y "De la poesía y su expresión, II" (n.º 80, 18.7.47).

lanzaroteño³⁵. Cuentos, poemas y artículos de reflexión o de crítica literaria de calidad y valor histórico-literario van apareciendo, semana tras semana, en sus páginas. *Pronósticos* constituye un valioso documento para revisar y estudiar la obra inicial de los autores citados, además de su aportación a la poesía rehumanizada, a la poesía comprometida española de mitad de siglo, que plantea tanto las difíciles relaciones del hombre con su circunstancia, como el drama humano individual.

Extenuado por la miseria general, por la falta de apoyos publicitarios y por la deficiente administración del propio director, persona más bohemia e inconstante que dada a la disciplina y los rigores de la escrupulosa contabilidad, *Pronósticos* publica su último número, el 115, el 26 marzo de 1948. Con su desaparición, Lanzarote y Arrecife pierden su única voz pública relativamente independiente, un medio de comunicación y de cohesión social que no tendría continuidad hasta el nacimiento de *Antena*, fundado y dirigido por Guillermo Topham en 1953, cuya aparición Perdomo saludaría con entusiasmo:

El advenimiento de *Antena* toma para mí categoría de acontecimiento [...]. Hoy, que los deportes y el comercio han querido adueñarse del hombre desde los pies a la cabeza; hoy, que la vida no parece concebirse sino bajo ese signo atroz, bajo esa burda y exasperante actividad de comprar y vender lo que se come —y lo que se viste—, *Antena*, con sólo robar unos minutos a ese ejercicio, con sólo robar cachos de lectura Pueyo o rosa, simplemente, justificará ciertamente su razón de ser. Todo no va a ser cosecha, zafra, economía. El hombre es algo más que esto y la vida, mucho más que eso³⁶.

³⁵ Isidro Miranda comenzó a colaborar en *Pronósticos* con un soneto dedicado a Abel Cabrera: “En los linderos del espanto...” (n.º 73, 30.5.47). Publicó también los poemas “Canción de muertos” (n.º 81, 25.7.47), “La hoja” (n.º 85, 22.8.47), y “Elegía (Fragmento)” (n.º 89, 26.9.47); la reseña crítica titulada “Antología cercada” (n.º 84, 15.8.47); y el cuento “La nariz de don Miguel” (n.º 108, 6.2.48). Sebastián M. de la Nuez publicó “Figuras de verbena” (n.º 99, 5.12.47), “La apuesta” (n.º 102, 26.12.47), “La señora loca” (n.º 106, 23.1.48), “El convento de los Dominicos” (n.º 107, 30.1.48), “Impresiones” (n.º 109, 13.2.48), “Desde el Paseo Largo” (n.º 111, 27.2.48) y “Una calle” (n.º 114, 19.3.48). De María Rosa Alonso se imprimió “Evocación y nostalgia del timple” (n.º 91, 10.10.47).

³⁶ Leandro Perdomo, “El chapuzón”, *Antena*, 7.4.53; y en esta antología, págs. 107–109. El primer número de *Antena* (*Semanario Deportivo-Cultural*) salió a la calle el 31 de marzo de 1953, perdurando hasta 1970.

A finales de 1946, Leandro Perdomo se traslada a Las Palmas, donde contraerá matrimonio y nacerán sus cinco hijos. En la capital grancanaria, vivirá una vida intensa y bohemia, al calor de la literatura, de las tertulias y de las colaboraciones en los periódicos, mientras los embates de la penuria lo golpean con displicencia y maltratan a su familia. Un tiempo inclemente que le expulsa de Canarias en 1957, comenzando una etapa de más de dos lustros de emigración en Bélgica. Hasta agosto de 1968, no regresará a Lanzarote. Son prácticamente veintidós años fuera de Arrecife, su ciudad natal. Cuando se instala de nuevo en la Isla, fija su residencia en Teguiise. Desde su atalaya vital de la Villa, mirará al Puerto, a Lanzarote y al mundo, pero, sobre todo, alojará su palabra en el paisaje de la memoria.

Una mitología conductora

Arrecife está presente en la obra de Leandro Perdomo desde que comienza a escribir hasta prácticamente el final de sus días, bien a través de crónicas destinadas a tratar asuntos específicos de la ciudad, bien mediante referencias incluidas en escritos en los que aborda cualquier otro tema. En el universo de su literatura, el Puerto ocupa un distrito preciso, recorrido y nombrado por el cronista en sus accidentes esenciales. Cuando Perdomo retorna a Lanzarote a finales de los sesenta, la Isla ha iniciado su metamorfosis, un proceso de profundas transformaciones estructurales de las que el escritor será testigo y observador crítico. Regresa a su tierra natal tras más de veinte años de ausencia, habiendo mediado circunstancias históricas decisivas, así el desarrollismo franquista de la década de los sesenta y los prolegómenos del giro de Lanzarote hacia la economía turística, hechos que inciden notablemente en la estampa de la Isla, en su figura; pero también en su tejido humano y en los valores y las relaciones sociales. Leandro Perdomo llega de Bruselas —donde ha fundado y dirigido la revista *Volcán*³⁷— per-

³⁷ El primer número de *Volcán* apareció en Bruselas el día 6 de abril de 1963. La intención de su fundador era, como declaraba en el editorial del n.º 1: “brindarle a la colonia española radicada en estas tierras

trechado de memoria antigua y de nostalgia insular, encontrándose con una realidad muy distinta a la que él había dejado, sometida entonces a una intensa inercia transformadora. Ciertamente, se instala de nuevo entre sus gentes en un tiempo umbral, en una coyuntura en la que están en marcha diversas mutaciones que no han hecho sino comenzar a fraguar. Y Arrecife es el laboratorio por excelencia. El escritor se convertirá en notario de la época y ofrecerá testimonio de los sucesos que sobrevienen.

En octubre de 1957, mientras aún residía en Las Palmas y apenas un año antes de iniciar su estancia como emigrante en Bélgica, había escrito una crónica titulada “Nuestro Arrecife, hoy”, publicada en *Antena*, en la que comentaba:

Quizá, hasta aquí, haya sido Agustín Espinosa quien con mayor acierto interpretara a Arrecife, con sus “bu”, rectificando aquella primera impresión de pueblo chato, tumbado, descolorido, sin color. Espinosa quiso calar hondo en el meollo de Arrecife, y yo creo que sí, que algo llegó a calar. Mas Arrecife necesita hoy de una nueva interpretación. Han pasado los años y Arrecife permanece en su ancestral postura, agazapado, dormido, ausente de sí mismo, sin la pasión vigilante de su arte inédito, sin estro, sin literatura. Ha venido con los años ensanchándose, eso sí, firmemente creciendo, pero sólo esos dioses bien pagados de la actual civilización, el hierro y el cemento, han logrado encaramarlo a positivos valores frente a una historia

un órgano cultural [...], darle a todos, a todos los españoles que un día fueron obligados a alejarse de la patria en busca de mejores horizontes, un medio de expresión y comunicación espiritual”.

La revista salía a la calle cada quince días y fue confeccionada, durante su primera etapa, en la redacción de la rue de Céleri, barrio de Saint Gilles. Leandro se ocupó directamente de la dirección de *Volcán* hasta su regreso a Lanzarote el 5 de agosto de 1968. En Bruselas, dejó como responsable a su redactor-jefe, Diego Guigou, quien debía responder a determinados acuerdos pactados con el director y propietario de la publicación, Leandro Perdomo. A partir de mayo de 1969, Guigou comenzó a incumplir los compromisos contraídos con Perdomo, de modo que, a finales de ese año, se rompieron las relaciones entre ambos. El director de *Volcán*, afectado por una dolencia cardíaca y sin posibilidades de viajar a Bélgica, intentó entonces recuperar el control de su revista desde Lanzarote. Sería en vano. A comienzos de 1970, la publicación, en manos de Diego Guigou, pasaría a denominarse *España-70/Volcán*, hasta que, en diciembre, ya sólo se hacía constar en su cabecera *España-70*. Se consumaba así la desaparición de la revista fundada por el escritor lanzaroteño, quien siempre recordaría con indignación y tristeza lo que a su juicio no fue sino un doloroso expolio.

mínima, nula, inexistente. Esto mismo puede decirse hoy de tantos pueblos de acá y de allá. Y es que cruzamos una época de achicamiento absoluto del espíritu, vencido éste por la embestida brutal de los hechos³⁸.

Se trata de un párrafo sustancioso. Encierra una suerte de ideario que el escritor desarrollará a partir de los setenta. Se reclama una nueva lectura de Arrecife, subraya la esclerosis cultural y espiritual de la ciudad y marca distancias con respecto al materialismo. En realidad, Leandro Perdomo alude en su escrito a la inexistencia de un relato integral y actualizado de Arrecife que dé sentido a su historia y a su ser, y que sirva también de referente y de contención en un tiempo de desgarrones. Habla de la carencia de una mitología, de una guía material y espiritual, de un mapa y de un relato.

En esa dirección se orientará su empeño de cronista, su contribución fundacional: la construcción del imaginario de Arrecife, la escritura de un relato esencial que dilucide su identidad. Pero, al mismo tiempo, enjuiciará críticamente el progreso material, reclamando la concurrencia del crecimiento espiritual; señalará la debilidad de la historia formal propia, incapaz de actuar como vínculo social; y, con un fondo idealista de pensamiento, reivindicará la cultura como razón esencial del hombre. Todos son aspectos que constituyen ideas mayores y recurrentes en la aproximación del escritor a Arrecife. Conducen su visión y alimentan la peculiar arquitectura de su relato.

A lo largo de muchas de sus crónicas escritas, sobre todo, en los setenta —parte importante de ellas recogida en los libros *Lanzarote y yo*³⁹, *Desde mi cráter*⁴⁰ y *Crónicas isleñas*⁴¹—; pero también en artículos

³⁸ Leandro Perdomo, "Nuestro Arrecife, hoy", *Antena*, 8.10.57; y en esta antología, págs. 117–119.

³⁹ Leandro Perdomo, *Lanzarote y yo (Crónicas y cuentos, 1972)*, Lanzarote, Cabildo Insular de Lanzarote, 1974.

⁴⁰ Leandro Perdomo, *Desde mi cráter*, Lanzarote, edición del autor (Imprenta Lezcano, Las Palmas de Gran Canaria), 1976.

⁴¹ Leandro Perdomo, *Crónicas isleñas*, Lanzarote, Cabildo Insular de Lanzarote, 1978.

publicados en *La Provincia* y *Lancelot* en los ochenta, Perdomo va creando una suerte de mitología urbana y espiritual de la capital y de la Isla, urde el tejido mítico insular y de la ciudad, modela su arquetipo. Su estrategia es bien distinta de la de Agustín Espinosa, el gran mitógrafo literario de Lanzarote, a quien Leandro leyó, admiró e incluso imitó en su juventud. Formalmente se vincula más a la iconografía indigenista de la primera pintura de César Manrique que al artificio verbal vanguardista del escritor tinerfeño. Sus actitudes literarias, sus lenguajes y sus poéticas son antagónicas, sin vinculación posible. Por el contrario, Perdomo y Espinosa coinciden en la voluntad de alumbrar una *guía integral*, una *nueva interpretación* de Lanzarote y, en el caso del escritor lanzaroteño, de su capital. Se aproximan en la afirmación espinosiana de que “una tierra sin tradición fuerte, sin atmósfera poética, sufre la amenaza de un difumino fatal [...]”. Coinciden, en fin, en la identificación de un vacío central en la biografía insular y arrecifeña —la inexistencia de un referente mitológico—, y en la articulación de una respuesta a través de la palabra escrita: la creación de una *mitología conductora*. Pero los caminos por los que optan, las formalizaciones literarias, son divergentes e, incluso, opuestas.

Al comienzo de su *Lancelot*, 28º - 7º (1929), Espinosa rechaza explícitamente la explicación costumbrista y anecdótica de Lanzarote, al modo de las *Costumbres canarias* de Isaac Viera⁴² o del libro *Tierras sedientas* de Francisco González —prescinde en su cita de Miguel Pereyra y su libro *Tipos de mi tierra*⁴³—. Estas obras, sin embargo, podrían constituir referencias de parentesco para la escritura de Perdomo, en modo mayor, sin duda, que la prosa de Espinosa. Escribe el autor de *Crimen*:

Lanzarote ha sido explicado de manera anecdótica, inafectiva. Esto ha significado —significan— libros como *Tierras sedientas* de Francisco González, o

⁴² Isaac Viera, *Costumbres canarias*, Lanzarote, Cabildo Insular de Lanzarote / A.S.C. Litoral-Elguinaguaria, 1994.

⁴³ Miguel Pereyra de Armas, *opus cit.*

Costumbres isleñas de Isaac Viera. Únicos precedentes literarios (?) de mi libro.

La música que salve a un pueblo, a un astro o a una isla, no será nunca música de esta clase. Sino música integral. Sino la creación de una mitología. De un clima poético donde cada pedazo de pueblo, astro o isla, pueda sentarse a repasar heroicidades. Sino aquella literatura que imponga su módulo vivo sobre la tierra inédita [...].

Lo que yo he buscado realizar, sobre todo, ha sido esto: un mundo poético; una mitología conductora [...] ⁴⁴.

Ciertamente, las crónicas periodísticas de Leandro Perdomo, aunque de tonos diversos, con frecuencia hunden sus raíces en la anécdota y en la prosa costumbrista. No obstante, cuando utiliza el registro del costumbrismo lo renueva a fuerza de personalizarlo, rompiendo los moldes más planos del género; y si acude a la anécdota, la emplea como imagen visual, como gesto icónico, humorístico o pedagógico de una empresa con mayor fondo. Leandro es, pues, por tramos, un costumbrista heterodoxo. No resulta acertado encorsetar el conjunto de su producción bajo la etiqueta de costumbrismo. Es ésa una operación reductora y simplificadora. De cualquier modo, Espinosa, tan vocacionalmente vanguardista y literario, difícilmente se hubiese sentido próximo a la escritura de Perdomo, deudora de la oralidad, manifestación de un nuevo *mester de juglaría* ⁴⁵, letras fermentadas en odres viejos, condimentadas con especias de sabor a tradición por un autor que nunca pretendió imponer “su módulo vivo sobre la tierra inédita”.

Pero por sendas distintas puede llegarse a destinos coincidentes. Ambos escritores aportan un imaginario de Lanzarote y, en el caso de Perdomo, también de Arrecife. Leandro construye su relato desde el interior popular y tradicional de la Isla y de la capital. La música de sus heroicidades es estricta intrahistoria, silencio cotidiano y anónimo, cos-

⁴⁴ Agustín Espinosa, *Lancelot 28° - 7°*, Tenerife, Interinsular Canaria, 1988, pág. 9.

⁴⁵ Vid. Pedro Lezcano, Solapa de la contraportada del libro de Leandro Perdomo *Desde mi cráter*: “[Leandro Perdomo] ha ejercido diez oficios distintos, mas sin abandonar su auténtico mester de juglaría, vocacional e insobornable”.

tumbre escueta, paisaje desnudo. En ese entorno, arraiga su atmósfera poética —áspera y desmadejada, pero esencial y cálida—, manifiestamente perseguida. El acto fundacional, periférico a su palabra y a cualquier voluntad literaria explícita, se desarrolla a partir de una lectura afectiva del entorno y de la memoria colectiva. Su mitología es figurativa y sentimental, ligada a la realidad y al ser humano, veraz y concreta, impura y geográfica, local y tradicional, colectiva a la vez que volcada hacia el pasado, popular y memoriosa: una mitología de epopeya y, también, una arqueología.

Por el contrario, la mitología fundada por Espinosa tiene base lingüística y literaria. Es abstracta y pura, universal y moderna, individual y proyectada hacia el futuro, una mitología culta y creacionista: “Mi intento es el de crear un Lanzarote nuevo. Un Lanzarote inventado por mí. Siguiendo la tradición más ancha de la literatura universal”⁴⁶. Sin duda, se sitúa aquí la diferencia más radical entre ambas propuestas, porque Perdomo pretende aislar y fijar la imagen del Lanzarote esencial, eterno, delimitar su imaginario, sin inventar nada, antes al contrario, recogiendo la voz y el sentimiento popular, reiterado por la tradición oral, en tanto que Espinosa objetualiza la Isla y proclama su voluntad de inventarla “en términos de lenguaje”⁴⁷.

En el hecho de que la visión costumbrista de Perdomo sea susceptible de convertirse en *guía integral*, concurre una circunstancia histórica y sociológica muy precisa que contribuye a fortalecer notablemente su propuesta literaria, hasta transfigurarla: las profundas transformaciones sufridas por Lanzarote a partir de la década de los sesenta —e incluso con anterioridad en el caso de la capital—, de modo que se altera tanto su personalidad tradicional como sus actividades productivas y su característico paisaje físico y humano. La lectura literaria que ofrece Leandro Perdomo se constituye así en mapa y guía del ser histórico del

⁴⁶ Agustín Espinosa, *opus cit.*, pág. 10.

⁴⁷ Nilo Palenzuela, “Introducción”, *ibidem*, pág. XVI.

lugar y de sus gentes, por entonces en franco proceso de disolución.

En el caso de Arrecife, identifica los hitos urbanos cargados de memoria histórica y los adoba de sustancia humana; relata actividades engullidas por el desarrollo u hoy alteradas; rescata la vida de múltiples personajes marginales; reconstruye el tejido urbano antiguo: en definitiva, estatuye la identidad de la ciudad, con tono elegíaco y proximidad nostálgica, sin renunciar a incluir pinceladas líricas y abundantes observaciones críticas sobre el presente, además de análisis urbanísticos y sociales, propios de un atento periodismo de opinión. Perdomo delimita el espacio de reconocimiento colectivo, pone por escrito la memoria popular y le inyecta contenidos éticos. Haciendo calas en los elementos paisajísticos y humanos lanzaroteños y arrecifeños, a través de una operación selectiva, plantea una lectura simbólica del alma de la Isla y de la capital, para trazar su cartografía esencial, la de su natural invisible, alumbrada mediante la interpretación de lo real visible trascendido. En esa operación, aísla los universales lanzaroteños y porteños y marca las cotas de la topografía física y espiritual, en un tiempo en que todo se desvanece acosado por el fragor de la modernización.

Las crónicas que se recogen en la presente antología hilvanan ese relato originario, figuran las distintas facetas del mito de Arrecife —según la mirada de Leandro Perdomo— con una profundidad y ambición como nunca se había leído en la literatura ni en la prensa escrita⁴⁸. El propósito fundador de esa *nueva interpretación* lo encauzará el escritor

⁴⁸ No lo hizo Espinosa, que sólo quiso sobrevolar Arrecife, interesado, sobre todo, en la más jugosa mitología integral de Lanzarote; ni Isaac Viera, que apenas detuvo su pluma en la ciudad; ni Agustín de la Hoz, más interesado en escribir, con voz personal, una historia del Puerto, que en penetrar en su razón y su enjundia vital; ni, en fin, Miguel Pereyra, en sus *Tipos de mi tierra* (1897), que, si bien trazó el perfil de personajes capitalinos —el boticario, la doncella, Clarita, doña Marta, el señor Luis...— y se ocupó en dibujar, a grandes rasgos, el Arrecife de mediados del siglo XIX, su boceto resulta incompleto, desvitalizado y abstracto. Las aproximaciones que, desde la poesía o desde la prosa publicada en periódicos locales de la época, se han hecho a la ciudad, cantando sus lugares, resultan asimismo parciales y discontinuas, la mayor parte insustanciales o retóricas. Tienen interés algunos de los artículos de Rafael Medina, *Fidel Roca*, que, en diferentes ocasiones, escribió sobre el Puerto. Algunas de las colaboraciones de Virgilio Cabrera Medina y de Abel Cabrera Díaz conservan todavía hoy frescura. La meritoria y continuada contribución de Guillermo Topham, *Guito*, se circunscribe más a la labor informativa que a la escritura creativa.

en las páginas de los periódicos cuando se instale de nuevo en Lanzarote a finales de 1968, ahora en Teguiise, pueblo del que guardaba gratos e intensos recuerdos de infancia, pues, de niño, allí visitaba a su abuelo Francisco Spínola y a sus tías abuelas Esperanza y Francisca Spínola, que vivían en la misma casona que él habitaría a partir de su regreso.

En cuanto que constructor de un imaginario, Leandro Perdomo se sitúa en un espacio de observación e interpretación dramático, determinado por la confrontación entre la memoria idealizada del pasado y el análisis crítico del presente. Esa tensión germinal es la que alumbra sus artículos. Desde esa perspectiva ensambla su lectura mítica. Es un cronista subjetivo, parcial, decantado hacia el recuerdo, hacia la tradición y la costumbre, que enjuicia lo viejo como verdadero —considera que la tradición conlleva una valoración moral positiva—, en tanto que se distancia de lo nuevo, identificado con la deshumanización y el interés por la posesión material⁴⁹.

Éste no es mi pueblo. Un nuevo Arrecife

Para quien llevaba sin tomar contacto con Lanzarote más de diez años, eran patentes los cambios experimentados por Arrecife y por toda la Isla a finales de los sesenta. Durante la primera mitad de la década —y ya en adelante de forma creciente, con particular intensidad en el primer lustro de los ochenta—, se acelera el ritmo de la construcción turística, el número de visitantes y el desarrollo de las infraestructuras. En el origen de la cadena de alteraciones sufridas con la aparición de nuevos escenarios sociales, territoriales y económicos, hay que situar el intenso proceso de transformaciones que conlleva el giro emprendido por la Isla hacia la economía turística. La construcción experimenta una fuerte actividad, urbanizándose áreas en la proximidad de la costa, creciendo la ocupación del territorio. El comercio y los servicios son, a su vez, arrastrados por esta dinámica expansiva. Se desata la fiebre especu-

⁴⁹ Vid. Leandro Perdomo, “La Plazuela”.

ladora y el dinero y los movimientos financieros inversores van en aumento. Los cambios se suceden con rapidez. Las sustituciones son inmediatas. Parece haberse encontrado una respuesta fácil a la endémica pobreza insular y quien más quien menos quiere subirse al nuevo carro de la abundancia. Son tiempos de avidez después de mucha penuria histórica, aunque sólo se esté en los comienzos. A muy pocos —César Manrique y su entorno, además de voces aisladas— parece preocuparles las consecuencias de una transformación rápida y descontrolada. Escasos son quienes, en estos momentos de euforia, advierten sobre la necesidad de ordenar el crecimiento, de ralentizar el proceso, de administrar prudentemente la situación.

Es por entonces cuando Leandro Perdomo más escribe sobre el lugar en que nació, contrastando el presente con la evocación elegíaca del pasado de la ciudad, de sus calles y de sus gentes, una memoria que el escritor retrotrae, sobre todo, a la época de su infancia y de su juventud, los años veinte y treinta. Arrecife es un municipio joven, fundado en 1798 —se convierte en capital de la Isla en torno a 1852—, aunque su relevancia como puerto haya que remontarla al siglo XV. Si su historia portuaria —Puerto del Arrecife— hunde las raíces en los siglos, su biografía como pueblo, primero, y como ciudad, después, es más breve y contemporánea que antigua. A finales del siglo XVIII y durante los primeros años del XIX, comienza a fortalecerse como núcleo poblacional en una dinámica favorecida por el auge comercial que provoca el cultivo de la barrilla. La comercialización, a través del puerto, de la barrilla, la cochinilla, la cebolla, el tomate, la batata y el tabaco a lo largo del siglo XIX consolida progresivamente la condición urbana de Arrecife, que en torno a 1890 contaba ya con unos 3.000 habitantes⁵⁰. El crecimiento natural de la ciudad continúa durante el primer tercio de nuestro siglo

⁵⁰ Sobre la historia de Arrecife, puede consultarse: Agustín Millares Cantero, “Arrecife, el puerto de la barrilla (En torno a los orígenes y desarrollo de una ciudad burguesa canaria entre el antiguo y el nuevo régimen)”, *Boletín Millares Carló*, vol. III, n.º 5, 1980; Francisca María Perera Betancort, “Claves históricas de Arrecife”, en VV. AA., *Patrimonio Histórico de Arrecife de Lanzarote*, Lanzarote, Cabildo de Lanzarote, 1999, págs. 25-41; A. Sebastián Hernández Gutiérrez, “Urbanismo y arquitectura del municipio bicentenario”, *ibidem*, págs. 47-81; y Agustín de la Hoz, *Lanzarote*, Lanzarote, Cabildo de Lanzarote, 1994, (2.ª edic.), págs. 25-80.

y es por estos años cuando configura su personalidad, cuajan sus señas de identidad y asienta los posos, al decir de Leandro Perdomo, testigo de ese momento crucial en el devenir del Puerto, que recreará y fijará. En 1975, lo recordaba el escritor, al tiempo que advertíay lamentaba la pérdida de su fisonomía, prácticamente coincidiendo en el tiempo con la maduración de su carácter como pueblo grande. Poca vida se le concedía al ser de Arrecife —ser trágico—, que sufría mudanza cuando ni siquiera había cristalizado:

El Arrecife del ayer inmediato, no lejano, aquel Arrecife que, a través de los siglos —sí, siglos—, fue forjándose y llegó a ser la capital lanzaroteña por mérito indiscutible, y después, al correr de los años veinte y treinta y cuarenta, adquirió una peculiaridad propia inconfundible en el amplio marco del retablo social isleño —de todo el Archipiélago—, aquel Arrecife “con cara”, hasta que después empezaron a desbaratársela, tuvo su bobo único [...] ⁵¹.

Es también en la década de los setenta cuando el escritor construye la estructura básica de su mitología urbana y humana del Puerto, como consecuencia del choque emocional que las transformaciones observadas producen en él a su llegada de Bruselas. El cronista, en 1972, dice no reconocer su pueblo y, por tanto, no reconocerse en él:

Arrecife es mi pueblo, donde nací, y por eso, al bajar de la guagua y dirigirme al centro de la capital, me digo, no sin cierta contentura: “Éste es mi pueblo”.

Pero la contentura se me va menguando según camino y contemplo el bullir de la ciudad. Al rato, en medio del tráfigo de las gentes que entran y salen de los comercios, de los ruidos de tanto coche y tanto motor, de los olores —que no vienen del Charco de San Ginés, ni mucho menos—, la frase se me vuelve interrogante: “¿Es éste mi pueblo?”.

Sigo andando, deambulando. Recorro en poco tiempo, a pie y sin precisar de coche ni de vehículo de rueda alguno, la ciudad de cabo a rabo. Y después de verlo todo, al contemplar los esbeltos edificios modernos y los callejones

⁵¹ Leandro Perdomo, “La calle de Juan el Bobo”, *La Provincia*, 19.I.75; en *Desde mi cráter*, págs. 181-184; y en esta antología, págs. 241-244.

chatos que quedan y la barahúnda callejera y tanta cara extraña, la expresión se me vuelve categóricamente negativa: “Éste no es mi pueblo”⁵².

A partir de esta percepción, Perdomo revisa críticamente la concepción lineal del progreso, arma su resistencia. Se dispone a una observación crítica y fundamenta su rechazo: el progreso económico, la saturación material tiene su reverso en la recesión espiritual, en la pérdida de virtudes, en la disolución del alma. A su juicio, afecta a toda la Isla, pero Arrecife lo ejemplifica de manera singular. Se constituye así una simetría que aflora permanentemente en las crónicas de esta época: progreso material equivale a debilitamiento ético y cultural, porque el bienestar y el exceso trasmutan sustancialmente los referentes, los valores personales y sociales. Es el gesto adusto y moralista, también romántico y disidente, de Leandro Perdomo —que hizo categoría de la pobreza y la adversidad—, su gesto radical de resistencia ante el signo de los tiempos:

Y, sin embargo, aquí está el mal. La abundancia acarrea siempre, o suele acarrear, la ruina espiritual y después el vicio. Acostumbrados a la vida fácil y placentera, sin problemas económicos, los humanos no se conforman y piden más. Más fiestas, más fiestas...

Entregados a la fiesta total, a la diversión y al regocijo perennes, ¿quién les mete la poesía? Y aquí hemos llegado a la conclusión, aquí se va aclarando el argumento. Arrecife, con tanto primor material y riqueza, se convertirá tarde o temprano en un pueblo muerto falto de poesía. Los poetas, los poetas salvan a los pueblos [...].

Sin un poeta, Arrecife no se salvará, no podrá salvarse [...]. Y no le quepa duda a nadie: cuando en cada país del mundo gobierne un poeta, el mundo estará salvado.

¡Pobres de los pueblos sin poetas! ¿Dónde está el poeta de Arrecife?⁵³

⁵² Leandro Perdomo, “El alma atrás”, *La Provincia*, 7.4.72; en *Lanzarote y yo*, págs. 23-24; y en esta antología, págs. 121–123.

⁵³ Leandro Perdomo, “¿Dónde está el poeta?”, *La Provincia*, 14.4.72; en *Lanzarote y yo*, págs. 25-26; y en esta antología, págs. 125–127.

“Éste [Arrecife] no es mi pueblo”, escribe, sintiéndose desarraigado, como le ocurriría desde su regreso, aislado en la Villa vieja —que guardaba el sabor de lo antiguo—, distanciado de la “sociedad arrecifeña, tan metalizada y comercial”⁵⁴, reclamando el espíritu libre y creativo, sensible y desinteresado de un poeta para “salvar” a Arrecife: el espíritu frente a la materia, la creatividad frente a la vulgaridad, la generosidad frente al oportunismo. La ciudad pierde su sustancia, y el escritor no la identifica como su pueblo habida cuenta del cualitativo cambio formal, exterior, que ha sufrido:

[...] en unos pocos años, la ciudad creció vertiginosamente, se ensanchó, dobló el número de sus moradas y sobrepasó en el doble las listas de apellidos por orden alfabético del padrón municipal; construyó otro muelle de atraque más amplio, más marinero, donde pueden hacer maniobra los barcos de superior tonelaje; fabricó hoteles más altos que la torre de la iglesia, que sigue igual —y esto a San Ginés, humilde santo, sé que no le importará—, y, ganándole terreno al mar, edificó la gran avenida poblada de árboles exóticos y muchas chumberas; adecentó y amplió las playas, antes reductos sucios de cacharros oxidados y porquerías de chiquillos; y, como un “no va más espléndido y rotundo”, realizó el proyecto del internacional aeródromo cercano a la urbe, donde aparatos de todas las naciones posan diariamente sus alas de acero sin miedo a las tormentas...⁵⁵.

Pero también, y quizás sobre todo, deja de sentir la ciudad como suya por la mutación que ha experimentado en lo que concierne a sus valores esenciales, hasta quedar difuminado su ser antiguo, que fue conformándose, generación tras generación, atento a “los valores superiores del hombre”:

Lo que pasa..., lo que pasa en este caso particular de Arrecife es que

⁵⁴ Leandro Perdomo, “Una esperanza”, *La Provincia*, 19.4.72; en *Lanzarote y yo*, págs. 27-28; y en esta antología, págs. 129-131.

⁵⁵ Leandro Perdomo, “San Ginés el Bueno”, *La Provincia*, 19.8.72; en *Lanzarote y yo*, págs. 35-37; y en esta antología, págs. 139-142.

Arrecife ha progresado, ha evolucionado mucho, pero únicamente en un sentido, en una sola trayectoria: lo material. Y esto es lo malo y es de lo que yo me quejo. Arrecife ha dado un salto enorme de gigante en pocos años. Ha sido asombroso —no fabuloso— y yo dudo de que en España otro pueblo haya cambiado tanto en tan poco tiempo. El cuerpo de Arrecife —su cuerpo material de cemento y hierro— ha crecido desmesuradamente en un tiempo récord, y esto hay que alabarlos. La censura, la magia está en que se le ha venido dejando atrás el alma... [...].

El hecho está a la vista de todos. ¿Dónde se encuentra, dónde está el alma de Arrecife? Yo no la veo. Antes sí tenía Arrecife alma. Antes, hace veinte, treinta, cuarenta años, en Arrecife había reuniones y tertulias de tipo cultural, en las que se hablaba de arte, de literatura, de política y de toros y de mujeres, como aditamento esto último obligado en toda reunión de hombres. Antes, en Arrecife, había una preocupación por los valores superiores del hombre [...]⁵⁶.

Observación y conciencia crítica

El cronista pone el dedo en la llaga, ahonda en la herida de la ciudad, en una grieta que, con el tiempo, por unas u otras razones, con una etiología u otra, se dilatará incidiendo en el malestar urbano y la crisis general que la afecta actualmente. Perdomo, testigo atento de su tiempo, trata las consecuencias sociales del crecimiento acelerado que ha tenido que soportar Lanzarote en apenas tres decenios. A lo largo de los años setenta, observa críticamente las repercusiones que las rápidas transformaciones tienen en las gentes y en el entorno y advierte sobre el deterioro. A la sensibilidad ambientalista, añadirá siempre su preocupación por el sujeto, su querencia humanista.

La metáfora del cuerpo y del espíritu, central para desentrañar su lectura insular de esos años, sobrevuela aquí y allá sus artículos. En este contexto, subraya la necesidad de alimentar el alma, al tiempo que denuncia

⁵⁶ Leandro Perdomo, "El alma atrás".

con insistencia la unidimensionalidad material con que se construye la época. Leandro Perdomo encarna la figura del cronista que dibuja el perfil de los días, pero más allá de la pintura del paisaje físico y humano, introduce el bisturí en las entrañas de su tiempo. Observa el latido de su circunstancia, anota la transformación, la valora, convoca el recuerdo y plantea los términos de su resistencia ante un mundo que se disuelve inexorablemente. Así escribe la biografía de la ciudad, abarcando, entre memoria y testimonio, prácticamente el panorama completo del siglo.

Frente a los bruscos y veloces cambios que se suceden, el escritor no se limita al lamento y al elogio del pasado. Su actitud de rechazo no se manifiesta como una sistemática negación del progreso. Reacciona contra una situación concreta: el suceso Lanzarote-Arrecife, que presenta caracteres específicos, como consecuencia de la brusca sustitución de una economía basada en la agricultura y la pesca por actividades productivas vinculadas al turismo y al sector servicios, en el corazón del libre mercado y de la sociedad de consumo. Ese paso adquiere tintes revolucionarios en la Isla, por su aceleración, su voracidad y la aculturación que provoca. No hay margen de tiempo para una transición progresiva, siguiendo el curso de los relevos generacionales naturales, de modo que la brusquedad de las mutaciones incide notablemente en el tejido social, en los sistemas de valores comunitarios y en la integridad del territorio. Ante este fenómeno concreto, el escritor articula su respuesta alternativa. Además de remitirse al ayer y contraponerlo como paradigma en muchos casos, elabora un periodismo de opinión crítico, en el que dialoga y ofrece respuestas a cuestiones particulares del momento.

Leandro Perdomo denuncia el encumbramiento y la consolidación de los valores materiales, de actividades comerciales y financieras, responsables, a su juicio, de la conformación de una “sociedad metalizada y bursátil y mercantilista y fieramente egoísta que nos ahoga —o mejor sería quizá decir añauga— a cada paso, y que no parece sino que la más

⁵⁷ Leandro Perdomo, “Agustín de la Hoz y la generosidad”, *Lancelot*, n.º 273, 20.8.88; y en esta antología, págs. 323–325.

grande aspiración del ser humano es el dinero, la ganancia [...]”⁵⁷. El escritor, austero e idealista, acuciado durante toda su vida por la escasez y, en ocasiones, por la miseria, manifestó constantemente su rechazo al lujo, a la riqueza y a la especulación, que combatió con ferocidad e insistencia. Su defensa y práctica de la solidaridad humana, la consideración a los desplazados y marginados, y su inequívoco sentido de la justicia social le asistían en el rechazo a las prácticas guiadas por el materialismo y el afán de poder económico. En su sistema de pensamiento, se asociaban a la corrupción moral y a la degradación cultural y social: “En Arrecife no se ve arte ni se ve literatura, y sí mucho devaneo comercial y mucha zozobra financiera [...]”⁵⁸. Apesadumbrado por la tiniebla cultural que envuelve al Puerto de los años setenta, inmerso en el “pesimismo que impone la realidad presente de mi pueblo en orden a los valores espirituales”⁵⁹, reacciona dando una vez y otra la voz de alarma, procurando mover las conciencias y denunciando la trivialización de las manifestaciones culturales:

Que suene al menos la campanilla de alerta frente a los problemas del orden del espíritu y la cultura. Que no consista todo, como hasta aquí, en cemento, asfalto y hierro, tipismo y folclore. Menos tipismo y menos folclore, señores, y más enjundia en las razones del progreso⁶⁰.

Su alarma se apoya en la convicción de que los nuevos comportamientos desnaturalizan el *alma antigua* de la ciudad, de la Isla. Así, se pregunta por el alma de Arrecife, para, en efecto, responderse lacónicamente: “Yo no la veo”. A partir de este hecho, saca conclusiones, argumenta su pesimismo, al tiempo que hace el elogio de la componente inmaterial y espiritual de la vida, de la que, a su modo de ver, no deben prescindir las ciudades:

⁵⁸ Leandro Perdomo, “Nuestro Arrecife, hoy”.

⁵⁹ Leandro Perdomo, “Una esperanza”.

⁶⁰ *Ibidem*.

Vamos a ver... Si Arrecife no tiene alma, difícilmente podrá llegar lejos. Se quedará en la estacada. No se ha visto que hombre, pueblo o nación hayan alcanzado gloria personal sin ese empuje de fondo y trasfondo que dan las potencias creadoras del espíritu. A los pueblos, como a los hombres, les sucede que pueden gozar de una salud física esplendorosa —no fabulosa— y después de un período o fase prepotente, de repente se derrumban: no tenían alma o les faltaba alma. Sin embargo, individuos y pueblos de precaria salud física, flacos, hambrientos, han realizado heroicas gestas porque más allá del cuerpo empobrecido se les proyectaba el alma, las potencias creadoras del alma, soplo cósmico, soplo divino...⁶¹.

Las alteraciones introducidas debilitan también, hasta borrarlo, el encanto de la ciudad, su sabor y su impronta, desaparecidos como consecuencia de la adopción de nuevos patrones constructivos que, a partir del desarrollismo franquista de los sesenta, provocan la sustitución de las casas terreras y casonas —construidas tradicionalmente por los maestros de obra— por edificios despersonalizados y anodinos, que, con su altura y su mediocridad arquitectónica, ahogan las calles y el tejido urbano. En definitiva, se asiste a estos sucesos porque se está consolidando un proceso de artificialización de la Isla y de su capital: “Se han empeñado en ir desbaratando lo natural y sustituyéndolo por lo artificial [...]”⁶². La transformación se le aparece radical:

Ha cambiado tanto la fisonomía insular en unas pocas décadas, que el mismo Arrecife, si no fuera por el Castillo de San Gabriel enhiesto y el Puente de las Bolas y el Charco de San Ginés, que siguen iguales, no sería reconocible por nuestros propios padres si revivieran. Y es una lástima. Porque Arrecife, el antiguo Arrecife chato y aplastado y sin un árbol, tenía, a pesar de todo, sus encantos⁶³.

⁶¹ Leandro Perdomo, “¿Dónde está el poeta?”.

⁶² Leandro Perdomo, “La escalinata y el farol”.

⁶³ Leandro Perdomo, “Pero... ¡qué garganta!”.

En sus razonables opiniones —vigentes aún, en muchos casos— sobre el modo en que debiera afrontarse la remodelación y actualización urbana de la capital, Perdomo rechaza el crecimiento vertical de la ciudad:

Y digo, y pregunto: ¿por qué todas esas moles insulas de cemento no las levantan allá, más lejos, hacia El Reducto, por allá del cementerio, cabe “La Gufona”, por ejemplo? Que crezca la ciudad hacia el Sur o hacia el Norte o hacia donde sea, pero no hacia arriba, matando lo verdadero, que es lo viejo... ¿O acaso no?⁶⁴.

Asimismo, reclama la conservación del casco histórico, y propone la configuración de un ensanche y la construcción de aparcamientos en los bordes de la ciudad. Denuncia la pérdida de identidad de los barrios; insta a proteger el patrimonio arquitectónico y cultural existente en Arrecife —la Recova, los viejos caserones, las tradicionales fiestas de San Ginés, el Charco...— y, dando cuerpo a una preocupación que aflora en unos escritos y otros, censura enfáticamente su destrucción —Quiosco de la Música, Mareta de Tegui, casonas...—:

Con el Quiosco de la Música de Arrecife y con la Mareta de tierra bermeja y roja de la Villa se ha cometido un terrible desafuero. Creo que han sido los dos casos de destrucción del paisaje —paisaje histórico y humano— más nefastos que se han llevado a cabo en la Isla⁶⁵.

En fin, sus opiniones y sugerencias conforman una especie de sintético tratado de urbanismo de aplicación en Arrecife:

Mis únicas consideraciones son las siguientes: que Arrecife es llano y cuenta con mucho terreno, sobre todo en sus extremos oeste y sur [...] para su prolongación y crecimiento y para levantar avenidas y parques y aparcamientos y zonas verdes y demás, y demás...; que Arrecife no tiene por qué

⁶⁴ Leandro Perdomo, “La Plazuela”.

⁶⁵ Leandro Perdomo, “El Puente, remozado”.

crecer “parriba”, como, por ejemplo, Las Palmas irremediamente por mor del Risco, ni amazacotarse y asfixiarse bajo el cemento y el hierro en su viejo casco urbano, porque Arrecife es plano y abierto, horizontal y acostado, chato, como proclamó Espinosa; que, en las modernas ciudades europeas que yo conozco, como, por ejemplo, Bruselas, la norma ha sido, y es, el crecimiento en planos horizontales y dejar quieto, como estaba, como siempre fue, el núcleo primigenio, el anciano casco [...]; que todas las capitales que se precian de históricas así como al mismo tiempo de futuristas tienen su zona moderna y su zona vieja, su zona antigua, a la que respetan y cuidan y miman como un legado primoroso e incanjeable [...]; que a Arrecife, de seguir las cosas así, poco le quedará de su ancestral fisonomía, al habérsele ya desbaratado la estampa a muchas calles y la genuina estampa que presentaba su cara marinera, con el colorado Quiosco de la Música al centro, sus escalerillas musgosas al mar, su Caseta de Baños y su paseo adoquinado con bancos de madera y bancos de piedra, de arquitectura arcaica; que eso de los aparcamientos [...] yo lo comprendo muy bien, puesto que aliviaría las congojas de muchos usuarios del volante, pero eso, hoy, en Arrecife, pequeña ciudad todavía [...] no constituye problema vital, por cuanto se puede construir un gran *parking* municipal en las afueras, y caminar es bueno [...]⁶⁶.

Su palabra encarna la voz social, el sentir de la comunidad. Y esto es así tanto más cuanto que el cronista escribe también desde la escucha popular, atento a su latido. Otras veces, se convierte en conciencia, crea opinión. En su análisis crítico del pueblo grande, creciente, que es Arrecife, se expresa combativamente cuando aborda el crecimiento del parque automovilístico y el acoso que sufre el peatón, a quien se le usurpa el espacio colectivo, ciudadano, en favor del coche. Perdomo defiende los derechos del viandante, y se decanta por el uso del transporte público y la regulación de la intensidad del tráfico. El escritor llega de Bélgica, conoce Europa y, en unas circunstancias en que muchos se arrojaban sin matices y sin cuestionamientos a los brazos del progreso, plantea interrogaciones, esgrime ideas avanzadas, preocupado por la sostenibilidad urbana:

⁶⁶ Leandro Perdomo, “El Charco en litigio”, *La Provincia*, 6.7.73; en *Desde mi cráter*, págs. 133-135; y en esta antología, págs. 157-159.

Cada día más y más coches, ya no caben en la chata ciudad aplanada y ajetreante. No hay ya donde aparcar y el peatón se las ve y se las desea para cruzar la esquina y difícilmente andar por lo que en sí le pertenece, por las aceras, cubiertas en su mayor parte por la apretada fila de artefactos motorizados.

Pero esto es lo de menos. El sufrido ciudadano lo aguantará todo, ruidos, jumaseras y embestidas, con tal de que la ciudad trepide y haga honor a su rango capitalino. Hay que sacrificarlo todo al progreso, dicen muchos, sin pensar en que muy pronto, si no se busca remedio a tiempo, la ciudad se convulsionará ahogada en el tráfico continuo de la rueda y el motor⁶⁷.

El espacio público convoca aquí y allá su atención. Es consciente de la escasez de zonas de ocio, de parques y jardines, y llama la atención sobre las carencias de la ciudad. Pide que se compense la creciente construcción de nuevas edificaciones con la creación de áreas de uso comunitario, invitando, incluso, a la expropiación para la obtención de terreno público, en función del interés general:

En todas las capitales que se precian de tales se ha visto cómo la piqueta de repente arremete y arrasa una manzana de casas y allí se plantan árboles y se clavan unos bancos para que los viejos reposen y respiren, y los niños jueguen y respiren. Sí, yo he pensado que el Ayuntamiento de Arrecife, como otros ayuntamientos, puede y debe expropiar también lo que haya que expropiar en vistas al bien común, para darle a la ciudad respiradero, para el bienestar y salud de todos los habitantes, de todos los ciudadanos...⁶⁸.

El Charco de San Ginés y Puerto Naos, dos de los hitos simbólicos de la capital, entran en sus páginas. Su actitud conservacionista le lleva a lamentar las obras de remodelación del primero, cuyos hedores atribuye a la “digestión maltrecha y [los] ardores de tripa” que le causa el estrangulamiento de Puerto Naos. En lo que concierne al puerto pes-

⁶⁷ Leandro Perdomo, “Esa mortífera rueda”, *La Provincia*, 29.I.78; en *Crónicas isleñas*, págs. 18-19; y en esta antología, págs. 271-273.

⁶⁸ Leandro Perdomo, “El Echadero de los Camellos”.

quero, encenagado y sin respiración, sugiere liberarlo de la asfixia que se le provocó con el cerramiento, restaurando el flujo natural de las corrientes. Un debate, de nuevo, actual⁶⁹.

Leandro Perdomo manifiesta pronto su conciencia de los límites ambientales y de la fragilidad del territorio insular, según puede leerse en sus crónicas de los años setenta. En circunstancias de acentuada crisis, a consecuencia de ciclos intensivos en la construcción, su prosa denuncia sin ambages la ocupación de territorio y las constantes agresiones al paisaje, el deterioro de la Isla. Es una escritura beligerante, comprometida, de denuncia, que se incluye en una línea de trabajo periodístico significativa en el conjunto de su producción. En 1973, escribe con voz pionera:

A Lanzarote la están hundiendo. Así como salió del mar, según la teoría de la Atlántida, volverá a hundirse irremediamente bajo el mar. ¿O es que —pregunto yo— podrá soportar la Isla el peso de tanto cemento y tanto hierro?

[...] No se ha pensado en otra cosa que en construir, en construir más y más, porque la construcción es el negocio más rentable, y todo quisque construye, porque todo quisque quiere ser propietario y ganar más, cada vez más...

Ya me parece que lo cité, en otra ocasión, al refrán ese que dice que la ambición rompe el saco. En Lanzarote, como continúen las cosas así, va a haber mucho saco roto. Hay que ir despacio, amigos. Hay que detenerse un poco a pensar en las consecuencias, lejanas o más o menos cercanas, de tanta ambición, de tanto afán de lucro, de tanta fiebre de ganancias, de tanta locura⁷⁰.

Y advierte sobre la velocidad excesiva y la conveniencia de pensar en las consecuencias futuras que para Lanzarote tendrá un proceso de desarrollo tan agresivo y acelerado. Será una preocupación dispersa en

⁶⁹ Vid. Leandro Perdomo, "Puerto Naos", *La Provincia*, 14.3.74; en *Desde mi cráter*, págs. 164-166; y en esta antología, págs. 215-217.

⁷⁰ Leandro Perdomo, "La gran zambullida".

sus artículos hasta el final de sus días. Así, se interrogaba dramáticamente en diciembre de 1989:

¿Se está a tiempo todavía de evitar la catástrofe final, de que la Isla se masifique y se cementifique (*sic*) hasta que ya no sirva para nada, ni para acoger al vil turista de alpargata —el del bocadillo— cada vez más prolífico? Nuestros hijos, nuestros nietos se verán atrabancados frente al cemento sin tener por donde huir, acorralados, expoliados. La Isla no es un continente, no es una nación, tiene sus límites extremados⁷¹.

El escritor anota sus dudas sobre la consistencia de una dinámica económica que instaaura el monocultivo del sector servicios y provoca el retroceso progresivo de las actividades agrícolas y pesqueras. En fin, pone sobre la mesa el carácter antinatural de cuanto está sucediendo y se preocupa por el deterioro del paisaje y la cultura tradicional, del ser isleño. Le duele la Isla y expresa sus juicios con contundencia:

Mira, me dijo mi pariente, mira cómo por todas partes revientan a la Isla. Eso son tractores, palas mecánicas que no descansan de noche ni de día, con sus dientes de acero que se ahondan en la tierra para dar cabida al cemento, al negocio, a la especulación. Que haya uno nacido aquí para ver esto, cómo se comen la Isla y la devoran. Porque si esto sigue no habrá en Lanzarote un mínimo lugar donde nazca la hierba...⁷².

Los efectos sobre la comunidad y, por supuesto, sobre las personas individualmente suscitan su atención. Comprueba, con preocupación, que se invierten los valores, se quiebra el sentido personal de la solidaridad y se adelgaza el grosor moral del conjunto de la sociedad, como consecuencia del culto rendido a los nuevos dioses y de la corrupción, que denuncia:

⁷¹ Leandro Perdomo, "Qué vergüenza", *Lancelot*, n.º 339, 2.12.89.

⁷² Leandro Perdomo, "Un hombre, más que un pueblo", *Lancelot*, n.º 189, 30.12.86.

Se ha cometido tanto atropello en Lanzarote, se han hecho tantos negocios sucios incautándose (*sic*) de tierras que pertenecían a pobres gentes y engañando y explotando a pobres gentes, que se impone una fumigación total del ambiente, una desinfección plena del ente moral, un dragado a fondo de las conciencias⁷³.

De mano de un pensamiento firme, acompañado de una actitud de moralista severo que no dejó de caracterizarle, reclama que, tras el saneamiento físico de Arrecife, se aborde “la descontaminación de las mentes, el saneamiento moral de las personas”. Sin esconder la cabeza bajo el ala, ejerciendo un periodismo de opinión valiente y sincero, libre, pide regeneración y actitudes de dignidad colectiva. Alude a la otra cara de la moneda planteada por la nueva situación económica insular, dirigiendo la mirada al ser humano y a su interacción con la circunstancia. Es su pertinente discurso sobre las contaminaciones espirituales y las responsabilidades:

Y digo o, mejor, insisto en que, después de que Arrecife quede limpio y descontaminado en su configuración material de casas, calles, plazas, avenidas, playas y marismas, hay que limpiarlo interiormente, alma adentro. Para ello no se necesita dinero ni recurrir a los altos poderes públicos, sino simplemente una actitud de dignidad colectiva —voy a denominarlo así— por parte del pueblo, de los hombres y las mujeres de Lanzarote que aún, ¡y gracias a Dios!, no se han dejado arrastrar por la corriente esa materialista y depravante (*sic*) que de unos años acá azota y barre a la Isla como un vendaval⁷⁴.

En el periodismo y la literatura de Leandro Perdomo, se advierte un protagonista central: el hombre. En torno a su eje gravita el universo narrativo del escritor. Sus pasiones, frustraciones, sentimientos y grietas interiores le conciernen de manera particular. El palpito humano —su desgarró y su ansiedad— envuelve la escritura existencial del cronista.

⁷³ Leandro Perdomo, “Saneamiento y descontaminación”, *La Provincia*, 30.II.73; en *Desde mi cráter*, págs. 9-10; y en esta antología, págs. 181-183.

⁷⁴ *Ibidem*.

El alma del hombre y el alma de los pueblos, la voz de los desposeídos y la grandeza humana de los marginados, tratados con ternura y piedad, laten con intensamente en sus crónicas y cuentos. Y si Perdomo miró al paisaje con dedicación es porque sobre su volumen físico permanecían las huellas y rastros de los hombres y mujeres que lo habitaron. Paisaje y paisanaje. En su diálogo continuado con Lanzarote y con Arrecife, se detuvo con insistencia en su arquitectura interior, en el espíritu y en el lado humano.

A bordo de la memoria

La pintura de Arrecife que Leandro Perdomo ejecuta no se resuelve en una fotografía, sino en la creación de un imaginario. Un imaginario que funda sus raíces en la ciudad de la memoria, rescatada de entre sus cenizas por el escritor mediante un proceso más selectivo y simbólico que exhaustivo. Leandro no describe la ciudad al completo. Su relato de Arrecife no está conducido por una voluntad analítica. Se detiene en los trazos que configuran el rostro más humano y popular de la ciudad, también el más pintoresco. Es en este tramo donde sus crónicas más se acercan al costumbrismo. Artículo a artículo perfila el mapa y la guía espiritual de Arrecife, efectúa el levantamiento topográfico del mito de la ciudad, detallando su trama urbana y vital más esencial. Se recuperan los sonidos, los olores, las figuras y los lugares característicos del Puerto. Un Puerto humano, en sintonía con el hombre que lo habita, un pueblo con nombres propios, reconocible en una incipiente identidad histórica.

A la hora de componer el rostro humano del lugar, su inclinación y afecto por las presencias humildes y marginales son explícitos, en tanto que evita el espacio protagonizado por la burguesía local, hacia la que no siente ninguna simpatía. Los antiguos caciques de la oligarquía terrateniente que se reunían en el Casino viejo le merecieron más respeto que la nueva burguesía comercial, a la que criticó con aspereza. Pero, sobre todo, sentía aprecio por los señores del campo que no practicaron el

absentismo y, a lomos de camello, encumbraban las viejas virtudes de la valentía, la honradez, la generosidad y la caballerosidad. De cualquier modo, el distrito social en el que mayoritariamente se desenvuelve su literatura es el ocupado por los hombres y mujeres sencillos, anónimos, y por los desposeídos. Así, cuando pinta el rostro social de Arrecife, se detiene en los roncotes y los celadores, en los carreros y los camelleros, e incluye en su mundo a los bobos oficiales, las putas y las borrachas. Escribe, con ternura y compasión, desde la entraña de la intrahistoria, mirando hacia lo insignificante y pequeño, hacia las vidas silenciosas y desplazadas, hacia quien sufre o es, simplemente, bueno, iluminando su lado más humano, su condición más eterna. Nunca dejó de reivindicar la necesidad de que alguien se ocupara de relatar esa otra cara de la realidad, “el callado hecho humano que resuelve por lo bajo los fundamentos de la vida”⁷⁵:

A veces hay que hablar de la historia pequeña, la callejera, la que no trasciende [a] los textos académicos y libros de enseñanza, la que se compone de hechos y sucedidos y comportamientos de hombres que, sin ser ilustres, tuvieron una vida digna y si no paradigmática, sí ejemplarizante en el quehacer humano y social del pueblo que los vio nacer, vivieron y fenecieron⁷⁶.

El cronista recorre las calles y los barrios de la ciudad. Presta atención a la entraña urbana, deambula literariamente por su corazón: la calle Porlier, La Plazuela, la calle de La Porra, el Puente de las Bolas, la Caseta de Baños, los tres callejones, el Casino, el Muelle Chico, el muelle de La Pescadería, el Echadero de los Camellos, la Recova, el Charco de San Ginés... Allí busca su razón de ser. Desciende a la memoria y deja testimonio de la naturaleza antigua de los lugares, con palabra y voz nostálgicas y afectivas. Porque entre su recuerdo y el presente se interpone el paso del tiempo, las mudanzas de una circunstancia histórica reciente que ha devorado tanto las imágenes de la memoria como a sus protago-

⁷⁵ Leandro Perdomo, “La chalana”, *Falange*, 24.1.53; y en esta antología, págs. 101–104.

⁷⁶ Leandro Perdomo, “Los tres alcaldes Ramírez”, *Lancelot*, n.º 305, 8.4.89; y en esta antología, págs. 335–338.

nistas, abortando el proceso de configuración natural de la personalidad de Arrecife. Frente al pasado, idealizado, el escritor contrapone dramáticamente la desazón del presente. No obstante, es consciente del signo de desamparo y miseria que ha marcado la historia de Lanzarote. Y porque lo conoce y sabe que el hambre y la adversidad no degradaron el carácter propio del hombre isleño, su idiosincrasia, sino que, antes al contrario, lo conformaron, reclama respeto para la memoria histórica, al tiempo que rechaza las agresiones al territorio y la sustitución de las costumbres y los valores humanos que el presente provoca:

Porque antes en Lanzarote, isla desnuda y huérfana, desamparada, había épocas en que se morían de hambre no sólo los animales [...] sino también humanos: jóvenes, viejos, mujeres, niños, sobre todo, niños. No había más que pasar un par de años sin llover. Los campos se resecan y el gofio y las batatas faltaban hasta el extremo de tener que comer raíces de la hierba muerta, para escapar, tanto animales como humanos. Así fue Lanzarote, y esto lo digo para que se entere ese cúmulo de millonarios y multimillonarios nacidos y no nacidos en la Isla; toda esa caterva de nuevos ricos de aquí y los que vinieron de allá y aquí se han opiparado (*sic*), se han hinchado, se han forrado hasta las ternillas [...] inundándonos de cemento despiadadamente y llevándose los dineros a mansalva, devorando como cuervos, extirpando, exprimiendo a la Isla hasta el último cogollo, sin dejar un resquicio virgen de naturaleza antigua, si no los atajan. Si no los atajan, porque todavía habrá tiempo de salvar algo, algún rincón, alguna montaña, algún barranco, alguna loma⁷⁷.

Testigo de una época de profundos cambios, Leandro canta la tragedia del ser y del no ser. Alumbra crónicas de la pérdida en las que el tono elegíaco subraya una indudable intensidad emotiva, crónicas que hacen explícito el naufragio de la memoria ante un Arrecife que pierde su identidad ancestral, que se disuelve en un marasmo de mutaciones dispersas y desarraigadas, anodinas y mediocres, hasta sepultar su alma. Así, por ejemplo, al recordar la antigua Plazuela, escribe desde la escisión:

⁷⁷ Leandro Perdomo, "Mi burro *Malascarcha* y el amor", *Lancelot*, n.º 198, 14.3.87.

La Plazuela, antes, tenía un particular encanto. La Plazuela guardaba en su periferia de casas chatas una impronta, un marchamo inconfundible, un sello especial de dibujo y color, que muchas plazas verdes impecablemente trazadas para sí quisieran su prestancia, y su desvío, y su albedrío. No tenía un solo arbolito y, cuando el tiempo sur arreciaba con tormenta, en las mareas altas La Plazuela se inundaba, quedaba nagada, y allí los chiquillos, si queríamos, jugábamos a barquitos de vela y hojalata y a la pesca improvisada del cabozo. El oleaje entraba por el callejón del Casino, llegaba a La Plazuela y en el remanso se encharcaba formando un lago aprisionado entre zagúan y zagúan y el achaflanado chaplón de piedra viva. Bueno... más que lago voy a decir laguneta, que ya está bien.

[...]

Qué distinta la actual fisonomía... Con sus altos aleros y sus ventanas achataadas y sus amplios escaparates comerciales, hoy La Plazuela es un trozo urbano más de una calle cualquiera de cualquier ciudad moderna o de un pueblo cualquiera. No dice nada, no significa nada, no proyecta al cielo abierto nada que huela a vida intensa y honda, a ideal, a pensamiento y meditación y lucubraciones detrás de la persiana⁷⁸.

Ha vivido Arrecife intensamente. Su vida ha contraído fuertes vínculos con la ciudad, que conoce a fondo. Y no vacila a la hora de concentrar la imagen capitalina en sus arquetipos. En esos emblemas reconoce los hitos urbanos centrales, el cuerpo de su simbología esencial, “razones fundamentales del alma rezagada de Arrecife”⁷⁹:

Siempre estuvo resumido Arrecife en sus tres escuetos elementos: Puente de las Bolas, Castillo, Charco de San Ginés. Tres argumentos, tres razones muy personales y muy poderosas del Puerto de Arrecife en su trayectoria histórica, y humana, y paisajística⁸⁰.

Y de entre todos, detaca el Puente de las Bolas, al que su infancia

⁷⁸ Leandro Perdomo, “La Plazuela”.

⁷⁹ Leandro Perdomo, “San Ginés el Bueno”.

⁸⁰ Leandro Perdomo, “El Puente, remozado”.

estuvo tan estrechamente ligada, atalaya de juventud, vigía de La Marina, faro de Arrecife:

No le cabe a nadie duda de que el Puente de las Bolas es lo más auténtico y genuino de nuestra capital, lo que más carácter le da de puerto viejo, o viejo puerto, lo que salta a la vista y se eleva en el paisaje arrecifeño con propiedad absoluta de vestigio histórico, arquitectónico, castrense y otras muchas cosas más de un pasado que se aleja y se pierde en los albores de la conquista de la Isla y los avatares bélicos por los que pasó la Isla después de la conquista...⁸¹.

Con frecuencia, se ocupa también del Charco de San Ginés, estación ineludible si se trata de dejar constancia de la radical vinculación de la ciudad al mar, en cuyo horizonte arraiga su origen. Leandro bucea en la condición marinera de Arrecife, su primera razón de ser, su carta de nacimiento, mandato genético del Puerto. Dibuja estampas de fondo marino y escribe sobre los roncotes, elogiando su entereza y dignidad, la extrema dureza de su trabajo:

Muchos pobres desarrapados escapaban gracias a la lucha feroz del roncote frente a las costas de África, que, en sus pequeños barcos de un palo —balandra—, palo y medio —balandro— y dos palos —goleta—, hacía que en Lanzarote no faltara el mínimo alimento necesario. La vida era dura. La lucha por la vida era feroz y los hombres de la mar, con las manos llenas de bichocas y la piel curtida por soles y vientos y tormentas regresaban al hogar después de meses de ausencia, encanijados como guerreros antiguos después de la derrota, con el sable caído, desnudos, ateridos⁸².

Hace el elogio de Puerto Naos, abandona sus pasos por El Lomo, barrio marino y pescador, el “alma roncotal de la ciudad”, y vuelve a detener su mirada ensoñadora en el Charco, en donde la capital tiene

⁸¹ *Ibidem*.

⁸² Leandro Perdomo, “Fuerte mujer honrada”, *Lancelot*, n.º 276, 3.9.88; y en esta antología, págs. 331–334.

“uno de sus más pintorescos y románticos encantos, su más —quizá— sensible cuerda poética, su más firme piedra de toque en el atractivo fisonómico y el embrujante estilo de pueblo mariner y oceánico, eminentemente roncotil”⁸³.

El cronista no olvida los barrios, de cuyo crecimiento ha sido testigo. Los interpreta en su diferencia: La Vega, resumen del trasfondo agrario y campesino de Arrecife, cuna de carreros y transportistas que dejaron su huella en la ciudad; El Lomo, mariner y; La Destila o La Barraca, “con su peculiar fisonomía de mezcla entre barrio de pescadores a barquillo y a la caña y de profesores, comerciantes y oficinistas”⁸⁴.

En la tensión dramática sobre la que se construyen muchas de sus crónicas, la memoria representa el polo opuesto a la observación crítica del presente. Encarna su refugio, el repertorio que le provee de valores, la representación de su mapa mítico porteño e insular. A su catálogo ha accedido mediante sus propias experiencias, pero también a través de la tradición oral, de la memoria colectiva, en cuyo manantial abreva su *escritura verídica*, como una y otra vez declara. Perdomo es un juglar; mas no sólo, pues juega, asimismo, el papel de conciencia crítica ciudadana, a la manera de un creador de opinión. Habla con naturalidad y espontaneidad, queriendo que su palabra sea la palabra de todos. Una palabra sencilla y emotiva que fija el imaginario, la memoria y el mito contemporáneo de un Arrecife desaparecido sin apenas haber dejado huellas sobre sus propias cenizas.

Una prosa sencilla y antirretórica. El registro de la oralidad

En una crónica de 1989, publicada en *Lancelot*, escribía Leandro

⁸³ Leandro Perdomo, “Moros en el Charco”, *La Provincia*, 16.12.72; en *Lanzarote y yo*, págs. 43-44; y en esta antología, págs. 147-149.

⁸⁴ Leandro Perdomo, “La Barraca”, *La Provincia*, págs. 31.3.74; en *Desde mi cráter*, págs. 167-168; y en esta antología, págs. 221-223.

Perdomo: “Viene un pariente mío, bastante cercano, y me dice: ‘[...] te recomiendo que cuides más la prosa, esa prosa tuya a veces enrevesada, y te ajustes a las normas clásicas del escribir periodístico...”⁸⁵. El cronista fue siempre consciente de la naturaleza de su estilo, del carácter escueto y sencillo de su escritura, descuidada y desnuda, sin afectación, acorde con el mundo literario herido y desmembrado, marginal y humilde, en el que se desarrollaron sus historias y sus referencias periodísticas.

La prosa de sus crónicas y cuentos tiene un sello ascético, como si su savia estuviera extraída de la raíz de la aulaga o de la entraña del malpaís; prosa áspera al paladar, informada por una decidida voluntad anti-rretórica. Leandro Perdomo escribe como habla, en la naturalidad oral encuentra su norma. Su escritura enlaza con la tradición de la oralidad insular, a la que él da continuidad por escrito. Narra celebrando la escucha, trasladando a la letra impresa las palabras ancestrales de la comunidad. Es un bardo, un juglar que habla con la voz y el gesto de la calle: “No; yo investigo a lo vivo, basado en los vivos, oralmente, por lo que oigo, al preguntar, de boca a oreja”⁸⁶.

El ritmo y la construcción sintáctica son desmadejados, intrincados y laberínticos en ocasiones, como conducidos por la cadencia azarosa de la conversación coloquial, tal como el propio periodista reconoce en 1973:

[...] yo quiero hacerles hoy un canto a los viejos caserones [...] Un canto a mi manera, prosaicamente, rutinariamente, sin versos ni entonaciones rítmicas y acentuadas porque para eso están los poetas. Yo soy prosista y no puedo hacer otra cosa que brindarles mi prosa escueta, mi prosa desbarajustada, desquiciada; pero... —ténganlo por seguro— hinchada de sentimientos y querencias y añoranzas prendidas a las desgarraduras del tiempo que se va y no retrocede, barranqueras de la vida, rastrojeras de la muerte que sepul-

⁸⁵ Leandro Perdomo, “El hombre del garrote”, *Lancelot*, n.º 303, 25.3.89.

⁸⁶ Leandro Perdomo, “Mis investigaciones sobre Bernabelito”, *Lancelot*, n.º 166, 12.7.86.

tan la huella de la juventud lejana, huidiza, arrepentida, paralítica...⁸⁷.

Aquí y allá aparecen formas de la conversación cotidiana y usos elípticos populares de nuestra lengua, que Perdomo no traduce a su versión culta o escrita. Su referente constante es el habla de la calle, en su modalidad del español de Canarias propio de Lanzarote, sobre todo en lo que concierne al léxico, pero también en el empleo de determinadas expresiones y peculiaridades morfológicas y sintácticas. No suele recurrir a la escritura fonética para caracterizar el habla vulgar de los personajes; no obstante, sus crónicas constituyen un repertorio valiosísimo del vocabulario tradicional de la Isla, hoy en franca recesión. Los canarismos son incorporados al discurso con naturalidad, sin resultar postizos o justificados por la intención de construir tipismo lingüístico. Fluyen, por lo general, sin estridencias, integrados, acentuándose su uso en las crónicas publicadas en *Lancelot* durante su última etapa.

El tono de las crónicas es muy variado. Algunas constituyen auténticos artículos de opinión en los que se abordan asuntos de actualidad, en ocasiones con voz crítica, de denuncia; otras se disponen sobre una estructura narrativa y cuentan un suceso que sirve de escenario para analizar alguna idea o algún hecho cercano. El cuadro costumbrista y el recuerdo del pasado son frecuentes, al igual que las crónicas dedicadas a trazar semblanzas de personajes. Asimismo, el elogio funeral y los artículos de tono grave, meditativo y moralista, o también lírico, tienen cabida en su producción, trazando un panorama literario de registros variados.

La escritura de Leandro Perdomo es directa. Se reconoce en una gran capacidad figurativa, plástica, muy efectiva a la hora de dar cuerpo a ideas y situaciones. Huye de la abstracción, apoyándose en imágenes y relatos complementarios concretos. Se trata de una prosa representati-

⁸⁷ Leandro Perdomo, "El viejo caserón", *La Provincia*, 22.3.73; en *Desde mi cráter*, págs. 9-10; y en esta antología, págs. 153-155.

va y denotativa, movida por el deseo de comunicar con la mayor claridad al mayor número de lectores, independientemente de su registro cultural. El escritor nunca ocultó la condición del destinatario de sus obras:

Me gustó la palabreja y la escogí, la ingresé en el acervo de mi corto y pobre vocabulario, como hombre sin estudios mayores ni títulos, como hombre del pueblo, hijo del pueblo, que escribe —porque lo dejan— para el pueblo ese sufrido que trabaja y sufre y ama, y no para los cultos, los titulados, los resabidos y resabiados de siempre [...] ⁸⁸.

Con esos materiales y esa disposición literaria, el escritor es capaz, no obstante, de desarrollar una intensa capacidad narrativa, continuación de sus excelentes dotes como narrador oral y animado contertulio, con las que su prosa contrae deudas ciertas. Perdomo contaba historias haciendo gala de extraordinarias condiciones naturales para el relato, asistido por una activa inclinación a gesticular y escenificar el suceso referido.

En sus textos, pinta con gran vitalidad escenarios y vidas, animados por el temblor de lo verdadero, de las presencias con alma. Es un retratista intenso, para quien la voluntad de veracidad, en lo que concierne al contenido de sus escritos, se convierte en un principio de escritura reiterado una vez y otra, adoptando una actitud más próxima al periodista que al fabulador:

Así que sépanlo todos de una vez: yo no invento nada —ojalá tuviera yo ese don de la creación y la inventiva—, yo transcribo, copio, repito lo que oigo en la calle, en las esquinas, en las tertulias de café, en la ciudad como en el campo, y no lo que leo en los libros, como otros ⁸⁹.

Perdomo se declara escritor realista o, más, notario y transmisor,

⁸⁸ Leandro Perdomo, "Rimbombante", *Lancelot*, n.º 208, 23.5.87.

⁸⁹ *Ibidem*.

una especie de amanuense comunitario. Sin embargo, en la inclinación hiperbólica, en su peculiar y subjetiva interpretación y selección de los hechos, y en la distorsión humorística —tan característica de su obra—, en ocasiones hasta histriónica, se hallan algunos de los recursos más efectivos y personales de su universo literario. Las situaciones y criaturas a las que alude están impregnadas de emotividad y de fuerza. Es una escritura palpitante, sin artificio, que huele a caserón y a tea, adobada con humores humanos. Y de algún modo, como el propio narrador que-ría, es también una escritura coral, polifónica, en la que están recogidas las voces de la colectividad, la respiración natural del pueblo.

**Bibliografía básica
sobre Leandro Perdomo**

ÁLAMO, Néstor, “Un escritor bajo su almendro”, prólogo a la edición del libro de Leandro Perdomo *Lanzarote y yo*, Lanzarote, Cabildo Insular de Lanzarote, 1974.

ARMAS MARCELO, J. J., “Para beber en la madre del viento”, *Lancelot*, n.º 522, 26.6.93.

CALERO MIRANDA, José, “Recordando a Leandro Perdomo”, *Diario de Las Palmas*, 28.6.93.

COLL, Jorge, “Tertulia con Leandro Perdomo”. Entrevista publicada en cuatro entregas, *Lancelot*, n.º 45, 25.11-1.12.83; n.º 47, 9-15.12.83; n.º 48, 16-22.12.83; y n.º 49, 23-29.12.83.

COLL, Jorge, “Esencia de escritor”, *Lancelot*, n.º 522, 26.6.93.

DÍAZ PACHECO, Agustín, “Leandro Perdomo, una obra a rescatar”, *Lancelot*, n.º 522, 26.6.93. Publicado también en *La Gaceta de Canarias*, Suplemento “Gaceta de Arte y Literatura”, con el título “El escritor periférico”, 26.6.93.

DORESTE, Ventura, Nota crítica publicada en la solapa de la primera edición del

libro de Leandro Perdomo *El puerto de La Luz (Tipos y estampas)*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Líber, n.º 2, 1955.

FALCÓN CEBALLOS, Óscar, “Lanzarote, apresado. Escolios sobre el último libro de Leandro Perdomo”, *El Día*, 14.4.76.

GARCÍA ALCALDE, Guillermo, “Desde mi cráter, de Leandro Perdomo”, *La Provincia*, 16.3.76.

GARCÍA DÉNIZ, Emilio, “El triángulo perfecto”, *Lancelot*, n.º 522, 26.6.93.

GÓMEZ AGUILERA, Fernando, “Recuperar el pulso de la escritura”, *La Provincia*, Suplemento “Cultura”, n.º 189, 19.11.92. Publicado también en *Lancelot*, n.º 490, 21.11.92.

GÓMEZ AGUILERA, Fernando, “Leandro Perdomo: palabra de vida”, *Volcán*, 2.^a época, n.º 0, Ayuntamiento de Tegui, mayo de 1991. Publicado también en *Diario de Las Palmas*, Suplemento “Cartel”, 16.11.94, 30.11.94 y 7.12.94. Un extracto apareció también en *Lancelot*, n.º 522, 26.6.93.

GÓMEZ AGUILERA, Fernando, “Leandro Perdomo: la resistencia del nómada” (Entrevista), *Lancelot*, n.º 496, 2.1.93.

GÓMEZ AGUILERA, Fernando, “Leandro Perdomo: crónica de la insumisión”, *Lancelot*, n.º 522, 26.6.93.

HERNÁNDEZ NAVARRO, Andrés, “Lanzarote y Leandro Perdomo”, *Hoja del Lunes*, 22.7.74.

HOZ, Agustín de la, *Apuntes para una historia del periodismo canario (Lanzarote)*, Manuscrito inédito, Las Palmas de Gran Canaria, 1961, págs. 54-57. Archivo Agustín de la Hoz (Lanzarote).

HOZ, Agustín de la, “Un periodista lanzaroteño en Bruselas (I)”, *Antena*, 9.11.65.

HOZ, Agustín de la, “Un periodista lanzaroteño en Bruselas (y II)”, *Antena*, 16.11.65.

JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Sebastián, “Lanzarote y yo: crónicas y cuentos, 1972”, *El Eco de Canarias*, 27.7.74.

JORDÉ [José Suárez Falcón], “Un espejo del puerto de La Luz”, *Antena*, 3.5.55.

LEÓN BARRETO, Luis, “Leandro Perdomo: minero, cambullonero y hombre de letras”, *La Provincia*, 30.1.87. Publicado también en *Lancelot*, n.º 193, 7.2.87.

LEÓN ROBAYNA, Nazario, y José PERDOMO FERNÁNDEZ, *Acercamiento poético*, Lanzarote, Excmo. Ayuntamiento de Arrecife, Casa de la Cultura Agustín de la Hoz, 1990, vol. II, págs. 121-129.

LEZCANO, Pedro, “Leandro Perdomo” (Nota biográfica en la solapa de *Desde mi cráter*), *Desde mi cráter*, Lanzarote, Edición del autor (Imprenta Lezcano, Las Palmas de Gran Canaria), 1976.

O’SHANAHAN, Alfonso, “Prosa y periodismo. El caso de Leandro Perdomo y su majalula Bentejuina”, en *Encuentro de escritores canarios*, Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1994, págs. 47-50.

PADRÓN QUEVEDO, Pedro, “La pintura manuscrita de Leandro Perdomo”, *La Provincia*, 20.7.74.

PERDOMO, Facundo, “Conocer a Leandro Perdomo”, *La Provincia*, 6.4.73.

PERDOMO APARICIO, Mario Alberto, “Leandro Perdomo: apuntes de su perfil humano” (Intervención en el acto de homenaje a Leandro Perdomo “Un acercamiento a la obra literaria de Leandro Perdomo”, dentro de la *III Semana de la Literatura Infantil y Juvenil*, organizada por el Ayuntamiento de Tías, 24.4.91).

PERDOMO APARICIO, Mario Alberto, “Desde mi cráter”, *Volcán*, 2.ª época,

n.º 0, Ayuntamiento de Tegui, mayo de 1991.

PERERA, Jesús María, “Lanzarote: Leandro Perdomo y sus *Crónicas Isleñas*”, *El Eco de Canarias*, 17.4.79.

QUINTANA, José, “Leandro Perdomo en una lectura de *Nosotros, los emigrantes*”, *El Eco de Canarias*, 1.2.76. Revisado y publicado con el título “Lanzarote: la isla dolorida por la muerte de Leandro Perdomo”, *El Día*, Suplemento “Domingo”, 15.8.93.

RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge, *Primer ensayo para un diccionario de la Literatura en Canarias*, Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias, Col. Clavijo y Fajardo, 1992, págs. 237-238.

SANTONJA, Pedro, “Semblanza biográfica de Leandro Perdomo y prólogo a *Nosotros, los emigrantes*”, *El Día*, Suplemento cultural “Archipiélago Literario”, n.º 314, 26.6.93.

TOPHAM, Guillermo, “Leandro Perdomo y *Lanzarote y yo*”, *La Provincia*, 12.12.74.

VERA SUÁREZ, José, “Tras once años de ausencia, Leandro Perdomo regresa a la Isla”, *La Provincia*, 20.9.68.

VIERA, Julio, “Retrato a Leandro Perdomo (Boceto)”, *Antena*, 8.4.58. Publicado también en *Diario de Las Palmas*, 18.4.58, en *El Eco de Canarias*, 15.3.70 y en *La Provincia*, 22.8.73.

VIERA, Julio, “Leandro Perdomo, escritor volcánico”, *La Provincia*, 30.4.76.

VIERA, Julio, “Una camella llamada Bentejuina Dromeria (Dedicado a Leandro Perdomo, volcánico escritor lanzaroteño)”, *Diario de Las Palmas*, 2.1.93. Publicado también en *Última Hora*, Palma de Mallorca, 12.1.93, y en *Lancelot*, n.º 498, 23.1.93.

**Nota
sobre la edición**

Arrecife, antología de crónicas de Leandro Perdomo, recoge cincuenta y siete colaboraciones periodísticas del escritor publicadas entre 1946 y 1989. Su vinculación es temática: se centran en la capital de la isla de Lanzarote o hacen referencia a algún aspecto de la ciudad. No se incluyen todas y cada una de las crónicas que sobre Arrecife escribió Leandro Perdomo, sino una selección, eso sí, muy amplia, susceptible de ofrecer una visión completa de las inquietudes y recuerdos de Perdomo en relación con la ciudad en que nació. Los artículos aquí agrupados nunca fueron reunidos por su autor en un libro, por lo que la responsabilidad de su oportunidad o inconveniencia debe recaer exclusivamente sobre el antólogo y editor, que consideró que tenían entidad suficiente para conformar un volumen.

Las crónicas que integran esta antología aparecieron con anterioridad, independientemente, en distintos medios de comunicación de Canarias: *Pronósticos*, *Antena*, *Falange*, *La Provincia*, *El Eco de Canarias* y *Lancelot*, en los que Leandro Perdomo colaboró a lo largo de su vida. Algunas de ellas —las escritas en los años setenta— fueron también incorporadas a libros dados a la imprenta por el autor, constituidos, básicamente, por crónicas previamente dadas a conocer en la prensa escrita: *Lanzarote y yo*, *Desde mi cráter* y *Crónicas isleñas*. Para su publicación en

nuestra antología, se han cruzado los textos aparecidos en la prensa y en los libros y, en ocasiones —cuando se conserva—, se ha utilizado también el manuscrito original. En casos de divergencia textual, se ha tomado como referencia la última versión publicada, que se corresponde con la que aparece en los libros. Si algunos términos de la versión más próxima presentaban dudas o eran incorrectos, se han fijado en nuestra edición cotejando los textos y optando por la solución que a nuestro juicio resultaba más exacta. El orden que siguen las crónicas es cronológico.

La puntuación se ha unificado y corregido, habida cuenta de las diferencias de criterio que podían existir en textos entre cuya publicación mediaba más de cuarenta años de diferencia y, también, de la urgencia y escaso cuidado con que se imprimieron en los medios de comunicación escritos de la época, desajustes no siempre subsanados en las ediciones en libro. Las voces locales —los canarismos— se presentan normalizadas ortográfica y tipográficamente, para facilitar su integración en el discurso literario, al igual que sucede con los neologismos creados por el escritor —un procedimiento verbal característico de su escritura—, por ejemplo, *culturalizado*, *languidizada* o *futbolizado*... Se añade un glosario final que ayuda a la comprensión de las palabras propias del español de Canarias. Los vulgarismos aparecen entrecomillados, del mismo modo que algunos usos especiales de palabras y expresiones. No se corrigen las referencias de las calles que aparecen en las crónicas, respetándose su denominación coloquial; así, por citar un caso, se leerá *calle La Porra* y no *calle de La Porra*. En general, se ha optado por emplear mayúscula inicial en los nombres de lugares y monumentos significativos de la ciudad —incluida la denominación común—, considerándolos en su conjunto como un nombre propio: *Puente de las Bolas*, *Quiosco de la Música*, *Charco de San Ginés*, *Puerto Naos*...; sin embargo, se escribirá *muelle de Las Cebollas*, *puerto de Los Mármoles* e *islote de Fermina*. Se respetan algunas peculiaridades del estilo de Leandro Perdomo en la ortografía de la frase, como el empleo de comas antes de la conjunción copulativa en secuencias enumerativas. Los apodos se escriben en cursiva.

En lo que concierne al uso de las preposiciones, un aspecto proble-

mático en una escritura de tono popular como la de Leandro Perdomo, se respetan las omisiones de carácter coloquial, del tipo *darse cuenta que*, en lugar de *darse cuenta de que*: “Con esto pueden darse cuenta ustedes cómo andaba la cosa...”; o *acordarse que*, en lugar de *acordarse de que*, propio de la lengua escrita: “Me acuerdo que los pitidos del barco...”. También se conservan en el texto giros y expresiones locales, tales como *al través de* —por *a través de*—, opciones vulgares como *alante*, y construcciones pronominales del tipo *se los dije* por *se lo dije* (a ellos/a ustedes), característica del español hablado en Lanzarote. La naturaleza de la escritura de Perdomo y su propia vocación en el uso de los registros populares justifican la decisión. Sin embargo, se ha optado por corregir algunos usos preposicionales incorrectos y palabras mal empleadas, además de determinadas concordancias pronominales, sin que en ningún caso se altere el tono y la peculiaridad estilística de Leandro Perdomo. De cualquier modo, siempre que se produce una interpolación, una supresión o cualquier intromisión en el texto original —que no ocurre muchas veces—, aparece indicado entre corchetes.

F.G.A.

Agradecimientos

En el desarrollo de la investigación sobre la vida y la obra de Leandro Perdomo, de la que me ocupo desde hace casi dos lustros, he contraído numerosas deudas de gratitud. Debo, en primer lugar, hacer referencia a la amistad y la generosidad con que el propio escritor me honró durante los últimos años de su vida. Desde el año 1989 hasta su muerte en junio de 1993, nos reunimos con frecuencia periódica, una vez por semana —los lunes, por lo general—, en su casona de Tegui, compartiendo la palabra y la memoria en tertulias de grato recuerdo. En aquellos encuentros recogí amplia información, guardada en cintas magnetofónicas y notas manuscritas, a la que he acudido para redactar tanto la introducción de esta antología como otros trabajos en curso sobre el escritor. Me recompensaron también con un magisterio humano que nunca olvidaré y al que, como hombre, confío no traicionar nunca.

De Alejandra Perdomo Ramírez, hija de Leandro Perdomo, no he recibido sino apoyo constante y cuanta colaboración le he solicitado. Su paciencia y disponibilidad han representado una valiosa ayuda en mi trabajo. El resto de hijos del escritor, Leandro, Justiniano, Marciano, Manolo y Juliana tienen mi gratitud por la confianza que han depositado en mí. Julio Viera ha respondido a mis cartas y a mis consultas, aportándome informaciones siempre útiles. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento.

Beatriz Belón me ha proporcionado fotocopias y ha realizado rastreos de documentación sin cuyo concurso indudablemente hubiera resultado más enojoso llevar a término mi tarea. Chelo Niz e Irene Gómez no han escatimado ni tiempo ni buen ánimo para atender mis peticiones y darles respuestas diligentes. De Bisi Quevedo he recibido apoyo tanto en la recogida de documentación cuanto en consultas concretas, además de haber leído atentamente mis textos. A Fernando Ruiz le agradezco las conversaciones que hemos compartido en torno a Leandro Perdomo y las sugerencias que me hizo llegar sobre mi introducción, siempre oportunas.

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Juan Gopar Barrios —buen conocedor del pasado marinerio de la Isla— y a Luis Morales Padrón por la información que me proporcionaron para elaborar el apéndice de voces canarias que figura al final del libro. Leopoldo Díaz Martín, amigo de Leandro Perdomo, tuvo la amabilidad de atenderme y responder a mis dudas, ofreciéndome la asistencia de su memoria.

La Fundación César Manrique, y en particular su presidente, José Juan Ramírez, desde el primer momento acogió con satisfacción la iniciativa de publicar esta antología, poniendo a mi disposición los medios necesarios para que fuera posible. Reconozco las facilidades que se me han dado para desarrollar mi trabajo y expreso mi gratitud.

Sin la compañía de Margarita Amat, sin su apoyo y colaboración en labores de archivo y corrección, apenas me hubiera sido posible afrontar la dilatada travesía del estudio de la vida y la obra de Leandro Perdomo —de cuya dedicación este libro constituye tan sólo un apunte—, desde hace muchos años una presencia familiar en nuestra vida, incluida la de nuestros hijos, Carla y Alonso. Les debo tanto tiempo enajenado, que difícilmente podré restituírselo, aunque, por lo que a mí respecta, cada una de las palabras y de las decisiones de esta obra merecedoras de acierto son suyas. El resto, si se juzgara inconveniente o errado, a mí exclusivamente ha de atribuirse. El indudable mérito de las crónicas —auténticas protagonistas de este libro— sólo recae, como es natural, sobre su autor, Leandro Perdomo.

F.G.A.

Crónicas



Arrecife, 1935.

Foto: Centro Fotográfico y Cartográfico del Ejército del Aire.

Dolor y miseria en nuestros barrios

Bucear en todos los rincones y hacer eco de las realidades todas que informan y definen el ambiente social de un pueblo es deber ineludible de todo periódico, sea éste grande o pequeño, rico o pobre. Por eso hoy quiero traer a las columnas de *Pronósticos* un aspecto de la vida arrecifeña. Voy a ocuparme de un asunto del que hasta ahora no había querido, no había podido ocuparme. Trátase de la miseria y dolor que pesa sobre muchas familias pobres de Arrecife.

No se esconde a la vista de nadie el estado de pobreza de nuestros barrios. No obstante la labor que por parte de algunas personas y entidades viene realizándose, tampoco se oculta la indigencia y miseria de muchos hogares. En los suburbios de Arrecife, hay tristeza, dolor, enfermedad.

Viven muchos de nuestros pobres en la más completa degradación material y humana. Quienes mejor lo saben son ellos mismos y también,

forzosamente, la profesión médica y alguna que otra congregación. El resto de los ciudadanos, los que vivimos envueltos en la atmósfera de un mayor o menor bienestar, tal vez no sepamos ni la mitad del cuento.

Con tal de dar un decidido carácter de validez a lo expuesto, presentaré un hecho que he tenido ocasión de presenciar personalmente. El relato es verídico y las frases del diálogo textuales.

Por una de las principales calles de la población, camina una niña. Esta niña es morena, de ojos negros y tristes. Al caminar, lo hace de un modo indeciso, incierto, mirando a todas partes. Parece como si estuviera asustada. Se ve que busca algo que no encuentra, y se ve que un dolor inocente, una amargura de niño, le lleva el alma aterida.

Yo, que casualmente camino en la misma dirección, veo cómo piensa y duda al penetrar en casa de una familia más o menos acomodada de la ciudad. Entonces observo y logro oír lo que en aquella antesala entreabierta se habla.

—Yo... vengo yo a ver si usted quiere que le haga los mandados —dice la niña.

—Pasa. Acércate... —le dice la señora, una buena señora de Arrecife.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta.

—Ocho —contesta la inocente.

Y prosigue el diálogo en la siguiente forma:

SEÑORA.—¿Dónde vives?

NIÑA.—En El Lomo.

S.—¿Quiénes son tus padres?

N.—Yo no tengo padre, mi padre se ahogó. Sólo tengo madre, pero no la veo sino cada muchos días.

S.—¿Y no tienes hermanos?

N.—Siete.

S.—¿Y por qué quieres tú acomodarte?

N.—Para comer. Yo le hago los mandados por la comida, pero si me deja quedar aquí por las noches.

S.—Hija mía..., eso sí que es imposible. Yo no tengo donde dejarte.

N.—Aunque sea en un rinconcito.... Yo no molesto mucho.

S.—Pero... ¿y qué tienes tú que no quieres quedarte en tu casa?

N.—Es que en mi casa está mi hermano enfermo y está siempre “peliando” y dando gritos y a mí no me gusta verlo...

S.—¿Y tu madre?

N.—Con mi madre es con la que pelea, pero ella no se queda allí, sino en la casa donde trabaja.

S.—¿Y entonces quién cuida a tu hermano el enfermo?

N.—Él mismo, y mi hermana la grande, que también cuida a los chiquitos.

S.—¿Y qué tiene tu hermano?

N.—Echa sangre por la boca cuando tose.

S.—¿Y no lo va a ver el médico, no toma medicinas?

N.—Él tiene unas pastillas que dicen que son para la tos.

S.—¿Y no se alimenta... Le dan mucho de comer?

N.—Lo que hay, y cuando no hay... no.

S.—¿Las niñas de Acción Católica no le llevan cosas?

N.—¡Una vez le llevaron tantos regalos!... Plátanos, un paquete de gofio, chocolate...

S.—¿Y quién compra en tu casa la comida?

N.—Mi hermana saca las cartillas cuando mi madre le da las perras; pero cuando no se las da, yo no sé...

Y aquí quiero terminar. Creo que con lo expuesto hay suficiente para darnos cuenta de la realidad, de la terrible realidad que tenemos delante. Yo no sé si ello tiene remedio o no, si es o no posible remediarlo. Pero lo que sí sé es que nuestros pobres son nuestros y a nosotros nos cumple hacer por ellos. Todos, sin excepción, somos responsables.

La chalana

El toro va tan tranquilo por la campiña hasta que muge. Muge el toro cuando, por cualquier causa, resopla el aire olores de sangre. La sangre hace a la res brava sacudir frenética su cornamenta. Al manso rebaño hace abrir los ojos y elevar la mirada, nada más. Pero la sangre, nosotros, los humanos, tenemos que verla, olerla; tenemos que sentir de cerca el cálido flujo. El rebaño humano es así. Lanza el grito cuando ve venir el rojo elemento que puede alcanzarlo, salpicarlo. Si éste se debate en lontananza, el rebaño humano duerme.

Hace poco, en estas mismas páginas, muy bien lo dijo un articulista. Es verdad que junto a los grandes acontecimientos que a diario se esfuerza por resolver la historia, se da el callado hecho humano que resuelve por lo bajo los fundamentos de la vida. De aquéllos, la prensa hace eco indispensable de su razón de ser. Éste, en cambio, de vez en cuando es que aparece; pero siempre, siempre, manchado de rojo. Sin grandes titulares, sin esas rimbombancias periodísticas de los grandes

sucesos políticos o económicos, el simple hecho humano, por sus caracteres trágicos, se descuelga en las columnas del periódico como un aviso de lo que podrá suceder a nuestro rededor. Entonces es cuando abrimos los ojos y, quizás, empezamos a gritar.

Hoy, pues, antes de que culmine ese hecho trágico, y ante la realidad que existió días pasados, queremos alzar un poco la voz. Se trata, lectores, simplemente, de la chalana. Yo la llamo así, chalana, porque a mí me lo parece, aunque algunos digan que mejor denominación es la otra, la de lancha.

La chalana es esa chalana que el Correílo utiliza para carga y descarga en los puertos sin muelle [de El] Hierro y La Gomera. Esa chalana, el viernes último, saliéndose de sus funciones puramente cargueras, hizo en Arrecife nada menos que de guagua. Sí, señores, de guagua. Porque hasta la cola que se formó en el muelle no envidia a ninguna cola de las mejores ni a la del Frontón ni a la del parque de Santa Catalina a determinadas horas. Según testigos presenciales, la chalana se portó como la más valiente guagua, casi como esas guaguas hermosas, panzudas, que liquidan una cola al momento. La chalana sorteó por tres veces el vendaval y recorrió las distancias heroicamente. Porque dicen que pudo en uno de sus viajes muy bien darse una virazoncita, una media vuelta. Parece que las olas no eran olas cualesquiera, sobre todo aquéllas que llegaban al costado del Correílo majaderas, empujonas. También parece que hubo saltos a porfía de los viajeros, que se disputaban la escala como lugar seguro. ¿Hubo realmente peligro, ese peligro que se comenta por todos los que asistieron al espectáculo? No podrá sopesar el que esto escribe las posibilidades de desgracia en tales ejercicios marineros. Únicamente, por vía de información particular, se asegura que la seguridad de la vida en esos momentos es algo completamente inseguro. Y eso basta. La sola probabilidad de que la chalana un día, si se repite la cosa, meta lo que se llama proa en el agua, la muerte, eso tan serio, no se quedará a la zaga. Éste es el criterio de muchos que presenciaron la labor de guagua que el viernes pasado, entre el muelle de Arrecife y el Correílo, hizo la chalana del Correílo.

Y ahora, ante la eventualidad de cualquier interpretación inadecuada, hemos de hacer constar que en esta ocasión el Correílo no atracó por el mal tiempo, sino por estar atracado un velero en el trecho de muelle reservado siempre al vapor correo. Pudo verse muy bien que el *Palma* se acercó y hasta hizo maniobras de atraque, teniendo que dar marcha atrás y quedarse a la jira.

Sabemos que esos correílos nos tienen la paciencia maltrecha —la paciencia de hombres del siglo de la velocidad—. Y eso nadie puede tenérselo a mal. Hoy, nosotros, los hombres nacidos en este siglo, que presumimos de haber conquistado todos los espacios en un tiempo mágico; hoy, que hacemos mofa de aquellos fotingos orgullo de nuestros abuelos; hoy, que miramos atrás, hacia aquellos tiempos de don Cristóbal y admiramos la pachorra de don Cristóbal descubriendo un mundo y conquistándolo; hoy..., hoy, cada Correílo, cada viaje del Correílo es, tiene que ser, una ofensa, un insulto a nuestra dignidad de hombres de este siglo. En ellos, en esos correílos, nuestros abuelos viajaron mejor que nosotros. De Arrecife a Las Palmas tardaban ocho horas simplemente. Pero las calderas ya son calderas viejas y esa travesía no baja de las catorce horas. Esto todos lo saben. Así lo supo hace ya tiempo *Marcial Bethencourt* cuando, con aquella prosa certera, motejó implacable la realidad. De “serrucho de madera nudosa” calificó [al] artefacto flotante, de “enclenque perro con cansino andar de noria”, y en su exaltación llegó a subir de tono hasta decir que allí, “botados en la tercera, eran fulminados por la miseria los hombres, peristaltiqueados y vomitados luego sobre el muelle”. *Marcial Bethencourt*, aquel hombre, viajó mucho en los correílos, siempre en tercera.

Como puede apreciarse, todo lo decimos. Pues no vaya nadie a creer en el prurito de atacarle[s] a esos centenarios cascos con su quilla y su chimenea —y algunas cosas más—, que, al fin y al cabo, todas las semanas traen y llevan alegría —sí, alegría al lado de tanta miseria— de una isla a otra.

Con satisfacción, y, si nos apuran mucho, hasta con cierto orgullo,

proclamamos aquí la valentía del *Palma* en este caso. El Correílo, hay que decirlo, esta vez se portó como un hombre lanzándose al ataque pese al tiempo. Del velero es mejor no hablar porque no somos roncotes.



Correílo La Palma en el muelle comercial de Arrecife, años 20.

Foto: Aquiles Heitz. Archivo fotográfico de Alberto Lasso.

El chapuzón

La noticia ha llegado rauda y gloriosa. Yo la veo llegar empujando la esperanza, arrastrando la esperanza. La noticia se ha descolgado como olímpico acróbata trampolín abajo de la ilusión nuestra. Ni más ni menos.

Creo que ha llegado *Antena* en una hora interesante. Porque, a más de nuestros valores turísticos —esos valores manoseados hartamente y, por tal, maltratados, acaso con afán sincero—, otros de diversa índole podrán ahora tomar una adecuada orientación. Los problemas hay que vivirlos, sentirlos, y la belleza, para cantarla, hay que saberla amar, amarla fraternalmente, frenéticamente, con amor de pobres. Por eso nadie mejor que el propio lanzaroteño para narrar la Isla, para proyectar la Isla y decir de su historia y de sus sueños. Almas hay ahí bien nacidas, de amplia sensibilidad, nobles y firmes como las rocas de Tamia, que saben también de artes y problemas. Lanzarote, estoy seguro, no necesita el verso de poetas trashumantes. Las Montañas del Fuego son las Montañas del Fuego por encima de todo, y los Jameos serán siempre los Jameos

para nosotros, que preferimos el silencio ante esas inspiraciones bastardas, rabonas, cojas y hasta lisiadas. Ahora que —eso sí— agradecemos la intención, en todo caso, si la intención ha sido buena. Pero preferimos el silencio, el silencio pleno y rotundo.

El advenimiento de *Antena* toma para mí categoría de acontecimiento. Hace días un conejero, aquí también radicado hace años, me decía: “Ahora, ahora es cuando Lanzarote necesita un periódico. Ahí está esa avenida, la eternamente suspirada avenida marítima, paralizada, anquilosada en sus comienzos. Entonces sí que nuestra capital sería capital. Yo no sé, pero es que cada vez temo más la ancestral desidia y temo no llegar a ver el Arrecife soñado” ... Este hombre, este conejero legítimo hace tiempo que no vive en Lanzarote, fue desplazado hace tiempo. Y así ama a su isla. Yo quise ver en él un cariño enfermo, de desterrado, nostálgico y aparente. Pero no. Yo sentí el hondo entusiasmo de sus palabras, que vibraban, que se ahogaban, que se resistían. Hay todavía hijos de Lanzarote que lo son de verdad.

Pero aunque *Antena*, al igual que aquel *Pronósticos*, luche y no logre el esfuerzo final, el solo hecho de existir, el simple salir por las calles voceando su existencia, lo justifican. Hoy, que los deportes y el comercio han querido adueñarse del hombre desde los pies a la cabeza; hoy, que la vida no parece concebirse sino bajo ese signo atroz, bajo esa burda y exasperante actividad de comprar y vender lo que se come —y lo que se viste—, *Antena*, con sólo robar unos minutos a ese ejercicio, con sólo robar cachos de lectura Pueyo o rosa, simplemente, justificará ciertamente su razón de ser. Todo no va a ser cosecha, zafra, economía. El hombre es algo más que eso y la vida, mucho más que eso.

Sí... Hoy, que nuestra isla siente también la apretada garra materialista que acogota al mundo, *Antena* surge queriendo sacudir ese marasmo cósmico, además, característico. Igual que aquel viejo perro *Kley*, tirado al mar un día por chiquillos deportistas, Lanzarote se estremece y engrifa. Pero el chapuzón le curó a *Kley* amplias pupas escondidas de su cuerpo. El chapuzón está reconocido que es bueno. Yo quiero ver el

arribo de *Antena* como un chapuzón.

No he querido en estas líneas otra cosa que celebrar el acontecimiento, modestamente, sinceramente. Unirme en sentimiento a todos los que, tanto ahí como fuera, lejos, pensamos que la vida es algo más que comer, ir al cine y hablar de fútbol.

Era un creyente

En su sección “Hijos ilustres”, publicó *Antena*, hace poco, la biografía —ligerísima, plenamente periodística— de nuestro vate que en vida lo fue don Isaac Viera. Hoy, en su recuerdo, vaya una anécdota que quizá diga algo ignorado del poeta lanzaroteño, poco comprendido y peor interpretado.

Fue un día cualquiera de mayo cuando don Isaac Viera recaló con su levita parda por la esquina. Sentado en el bar de la esquina, don Isaac quiso descubrirme el secreto de su vida errante. Yo le oí, y don Isaac —dios mitológico de un mundo desaparecido— habló:

—En América, poeta y periodista, troté de república en república cual corcel de sangre y raza. Aquí, en este pueblo, no se sabe de mí lo ilustre. Yo he ilustrado a muchos con mi pluma, con mi pluma amenacé a más de uno y a muchos mandé que hojearan el Espasa. Allí me vieron. Se convencieron, mas lenguas arrabaleras vocearon mi autobombo.

¡Mentirosos! El Espasa reclamó la consignación y yo remití mi fotografía.

Quien conoció a don Isaac en aquella época postrera de su vivir en Arrecife ha de reconocer que el viejo, pese a sus defectos, era un viejo estupendo. Hablaba, hablaba y para escucharlo había que hacer alarde cierto de nariz. Mas aquel día su elocuencia atajó todo aroma. Cuando días después el anciano caía en plena calle tumbado por la miseria y por Arrecife corrió la noticia de su muerte, yo quise grabar en el recuerdo aquella última charla del poeta pobre y solitario. Fue su última lección de Café. Fue su último verso, escrito en prosa. Fue también como una confesión, un arrepentimiento. Porque don Isaac Viera, como se verá, era un creyente.

—Hoy, este tibio día de mayo me remonta el alma al Paraguay —prosiguió—. Y para que usted sepa quien yo he sido en el fondo de mí mismo, le voy a contar esto... Calumniado, perseguido, la guerra del Chaco tocaba a su fin cuando mi cabeza fue cotizada al último precio. Se empeñaron [en] que yo con mi pluma había puesto en peligro la victoria de los victoriosos y me persiguieron. Yo, que nunca corro, tuve que correr. Salí a campo traviesa por aquellas tierras quemadas, desoladas por la guerra. Una noche, dos noches, tres noches hicieron de mí un trasnochador desventurado. Había que ganar la frontera y la frontera quedaba muy lejos. Sin comer y sin dormir, yo, que mis mejores sonetos los improvisé siempre en plena digestión de pavo o pollo, estaba asustado de mí mismo, de mi correr, de mi huir implacable. Y llegó el momento en que, desfallecido totalmente, me dije: “Isaac..., ésta es tu última, de ésta no te escapas”. Pero escapé.

Don Isaac se revolvió dentro del mustio levitón y, con un mirar tremendo de cansancio de aquellos ojos que fueron niños, miró hacia el castillo pardo y recortado de San Gabriel.

—Sí... Escapé. Perdida ya toda esperanza, divisé al fin una luz. Se me redoblaron las fuerzas y al rato tocaba yo en aquella casa, casucha más bien, que me pareció un palacio. Al segundo toque de mi puño temblo-

roso, sonó un disparo. Me petrifiqué. Se abrió la puerta, y un anciano, fusil en ristre, me encañonaba. “¡Soy un cristiano, un perdido, un fugitivo!”. Buen hombre. Pasé, conté por encima mis penas y me harté. Con la tripa llena, quise entonces improvisar un soneto a la jovencita de ojos de cielo que me miraba asombrada. Mas... “Ahora a rezar —dijo el viejo—, que mayo finaliza”. Yo, satisfecho, sonreí y, sin darle mayor importancia, dije que no rezaba desde niño, pero que procuraría acordarme. “¿Es posible que usted no sepa rezar?” —me insinuó con cierto aire de violencia—. Hice un esfuerzo... una partida de esfuerzos de memoria inverosímil... y recé el Ave María. El hombre se serenó. Y rezamos el rosario en familia, el rosario de mayo. Y en aquel silencio y aquel murmullo santo, por primera vez en mi vida creí ciegamente.

Don Isaac Viera, trotamundos, poeta, periodista y bohemio, era un creyente, señores.

El cementerio

Ni triste solar de muertos ni vergel umbrío, nuestro cementerio está en línea media entre lo tétrico y lo idílico. No es, para los vivos, fúnebre escenario de la tragedia suprema del dolor, lienzo de la pena, estampa de la infinitamente amarga realidad que nos acecha; y no es, en su dibujo y armonía, paisaje edénico. Ni Itálica famosa ni mustio collado...

En nuestro cementerio hay tumbas tristes y túmulos alegres. Hay flores, muchas flores azules y rosadas y pletóricas de vida; cruces inclinadas de palo pobre y erectas cruces altas, majestuosas y olímpicas. Hay árboles prepotentes de verde, optimistas; y hierbas humildes como suspiros, rastrojos mustios, hojarasca yerma y parda, seca de pena. Hay alegría y hay dolor en el enorme silencio inmenso de nuestro cementerio bajo el rumor del mar.

Todos los cementerios no tienen mar. Ésa es una gran ventaja de nuestro cementerio, su gran atracción, su atractivo mágico. El mar igua-

la, barre las diferencias posibles, sintoniza el sueño profundo y eterno con su perenne acorde sobre la paz de todos.

Cuando yo entré por primera vez en nuestro cementerio —era ya hombre, por la barba y por la edad—, me sobrecogió, más que la extensión y la cantidad incalculable de las tumbas, el canto impertérrito del mar sobre las losas. Recorrí en mi visita todos los rincones, miré y remiré los distintos huertos, leí y releí los múltiples epitafios diversos, y nada me hizo sentir tan hondamente la paz como el sonoro mensaje de las olas incesantes. Comprendí entonces que el mar es símbolo en la tierra de la verdad suprema, que el mar, lanzando incansable su roncar sobre la costa, avisaba así a los cuerpos sin las almas del postrero mandamiento: la igualdad. Él cantaba para todos, sin interrupción, y no había tormenta. Aquel día comprendí también otras cosas, dándome por primera vez cuenta de que los cementerios, los de acá como los de allá, tienen todos en sí de común la espalda.

La tumba humilde con la cruz sobre la tierra, el nicho incrustado y paralelo y el mausoleo aislado y elegante con el resplandeciente mármol repujado de nuestro cementerio cobijan, todos, la misma verdad: un féretro, el hueso que reposa, un cadáver que descansa cara al cielo.

Los cementerios todos tienen una sola espalda. Me lo ha dicho el mar en su incesante rumor sobre el silencio muerto de las losas y las tapias.

Nuestro Arrecife, hoy

Quizá, hasta aquí, haya sido Agustín Espinosa quien con mayor acierto interpretara a Arrecife, con sus “bu”, rectificando aquella primera impresión de pueblo chato, tumbado, descolorido, sin color. Espinosa quiso calar hondo en el meollo de Arrecife, y yo creo que sí, que algo llegó a calar. Mas Arrecife necesita hoy de nueva interpretación. Han pasado los años y Arrecife permanece en su ancestral postura, agazapado, dormido, ausente de sí mismo, sin la pasión vigilante de su arte inédito, sin estro, sin literatura. Ha venido con los años ensanchándose, eso sí, firmemente creciendo, pero sólo esos dioses bien pagados de la actual civilización, el hierro y el cemento, han logrado encaramarlo a positivos valores frente a una historia mínima, nula, inexistente. Esto mismo puede decirse hoy de tantos pueblos de acá y de allá. Y es que cruzamos una época de achicamiento absoluto del espíritu, vencido éste por la embestida brutal de los hechos.

Así se ve cómo, igual que en Arrecife, en pueblos de allá y de acá, el arte, por no ser arte, se ha deshumanizado, evadiéndose muy baladro-

namemente hacia la abstracción, al tiempo que el deporte y los negocios en la pobre mente humana se han conflagrado, también baladronamente, malandrinamente. ¡Ah...! Le queda ese consuelo a Arrecife. En Arrecife no se ve arte ni se ve literatura, y sí mucho devaneo comercial y mucha zozobra financiera; pero es que en los otros pueblos, en los de acá como en los de allá, ocurre la misma cosa.

Y no quiero que se me tache aquí de hostigador, impertinente o disidente. No habrá de ser mi intención desbravar torpes rencores, ya que a quien más se le hablan al oído las verdades es a quien más de verdad se ama. En estos días se apresta Arrecife a celebrar su gran fiesta, y yo quisiera desde aquí, largos años ausente del lar, vivir esos días dichosos de mi pueblo. Quisiera respirar a pulmón lleno su aire, palpar caminando paso a paso y a trozos sus calles, oír su voz: el rumor susurrante de la brisa y el murmullo adormecido de las olas. Mas... sólo podré eso revivirlo en el recuerdo. Es lo menos que puede hacer todo arrecifeño legítimo que en estas fechas se encuentre desplazado. Así, yo apporto la colaboración más modesta de mi pluma y así cumplo con uno y con otro, con mi pueblo y con la invitación cariñosa del amigo.

En primer lugar, como no soy poeta ni hago versos, habré de excusarme de no pergeñar un canto a la Isla, quizá... la más sufrienda y castigada en su paralelo por los elementos implacables de la naturaleza. La escasez de pluvio este año, que reseco los campos y muchas gargantas, y la abundancia desmedida del rayo solar y viento africano, que machacó fieramente remachando las esperanzas postreras puestas por el hombre en la higuera y en la parra, hacen que la isla de Lanzarote sea considerada hoy la más desgraciada entre las Islas. Si a esto se añade la lucha últimamente sostenida por esos alquimistas que arribaron presurosos queriendo ver oro en la piedra, y siendo vencidos al fin por la realidad más dura de la piedra, entonces, si esto se añade, digo, no hay duda del sino desdichado de la Isla.

Y no siendo poeta, ¿qué decir, qué frases buscar, bellas, que agraden? El pensamiento se retuerce, el tópico salta y el lugar común brinca

infantilmente a la piola por desolados vericuetos, trechos y recovecos del cerebro: nada.

Por ende, se impone la inquisición. Procuraré inquirir sobre Arrecife el argumento más simple de las sencillas formas. En Arrecife tienen lugar las Fiestas y en esas fiestas Arrecife se desnuda, se vira al desnudo con todo el acervo vital de su perenne humor. Porque en estas fiestas, Arrecife, a más de Arrecife, es la Isla entera. Quiero decir: vibra, late, se estremece y sacude íntegramente la Isla, con todas sus angustias, en el Arrecife que ríe y canta noche y día sin cansancio de la fiesta.

Y es aquí donde el anzuelo prende la carnada ideal. El esquivo pez de la intención humana, generalmente avieso, se enreda aquí y cae, engarzado, saltando en el alambre, sobre la tierra, saltando y agonizando en la verdad: aire que ahoga, luz del sol que quema y mata.

Así es Arrecife. Trincado por el labio, se sacude. No quiere morir asfixiado y coge su dolor, el dolor entero de la Isla, y lo esparce al viento, respirando en las Fiestas su viejo optimismo heroico, el de siempre.

Esa fama de pueblo achatado, mendicante y lastimero, habrá de ser vencida en estos días. Las horas se sucederán hartas de euforia, y los corazones henchidos cantarán en animado movimiento festivo, desde la prima al alba. Eso para que no se diga de Lanzarote, del hombre de Lanzarote, que no guarda arrestos sino para la queja, la lágrima y el llanto. Arruinada en su economía, Lanzarote resiste la desgracia y no pide, sino que da. En estos días, Arrecife borbotará alegría por todos sus costados, haciendo saber el temple de su alma, regalando su optimismo, brindando a todos, creyentes y no creyentes de su natural abolengo y firme, a libar en la copa rutilante de su festivo humor. Que Arrecife no invita jamás, no lo ha hecho nunca, a beber en la taza miserable del lamento.

Vayan, marchen todos a Arrecife en estos días, gloriosas calendas. Yo les garantizo unos días inolvidables en medio de los días llenos de temores y angustias por los que atraviesa la Isla y rueda el mundo.

El alma atrás

De vez en cuando, desde este retiro donde me encuentro, elevado en cuesta, a diez kilómetros de Arrecife, yo pienso en Arrecife. Y de vez en cuando también, yo bajo a Arrecife. Siempre en guagua, hasta que tenga la tartana.

Arrecife es mi pueblo, donde nací, y por eso, al bajar de la guagua y dirigirme al centro de la capital, me digo, no sin cierta contentura: “Éste es mi pueblo”.

Pero la contentura se me va menguando según camino y contemplo el bullir de la ciudad. Al rato, en medio del tráfico de las gentes que entran y salen de los comercios, de los ruidos de tanto coche y tanto motor, de los olores —que no vienen todos del Charco de San Ginés, ni mucho menos—, la frase se me vuelve interrogante: “¿Es éste mi pueblo?”.

Sigo andando, deambulando. Recorro en poco tiempo, a pie y sin precisar de coche ni de vehículo de rueda alguno, la ciudad de cabo a rabo. Y después de verlo todo, al contemplar los esbeltos edificios modernos y los callejones chatos que quedan y la barahúnda callejera y tanta cara extraña, la expresión se me vuelve categóricamente negativa: “Éste no es mi pueblo”.

Y ya estoy viendo a muchos, según han venido leyendo, gritar o gritarme: “¡Recalcitrante, conservador, retrógrado!”, y otras cosas más.

Pero no, pueden ustedes estar seguros de que no soy nada de eso. Quizá sea todo lo contrario. Quizá sea más bien, por mi carácter y modo de pensar, y pese a la existencia apartada que llevo del mundanal ruido, un progresista. Soy, sin duda alguna, un partidario del progreso. Nunca me gustaron los carcas que se aferran al pasado y vegetan anquilosados en la tradición y las viejas costumbres y para los cuales toda innovación es un atentado a la moral, al bien social, a la virtud... No, no me confundan. Yo amo el progreso, la evolución, el resurgir y el devenir de los pueblos y de los hombres. La antigua máxima de “renovarse o morir” la hago mía en toda su extensión.

Lo que pasa... lo que pasa en este caso particular de Arrecife es que Arrecife ha progresado, ha evolucionado mucho, pero únicamente en un sentido, en una sola trayectoria: lo material. Y esto es lo malo y es de lo que yo me quejo. Arrecife ha dado un salto enorme de gigante en pocos años. Ha sido asombroso —no fabuloso— y yo dudo de que en España otro pueblo haya cambiado tanto en tan poco tiempo. El cuerpo de Arrecife —su cuerpo material de cemento y hierro— ha crecido desmesuradamente en un tiempo récord, y esto hay que alabarlo. La censura, la magua está en que se le ha venido dejando atrás el alma... Se cuidó al niño y se hizo todo para que creciera engordando, sin cuidarse para nada del alma del niño. El mozalbete es muy bonito, muy hermoso, corpulento y regordete; pero al mozalbete se le quedó el alma atrás, adolescente sin alma, adulto sin alma, hombre sin espíritu, niño hombre calavera...

El hecho está a la vista de todos. ¿Dónde se encuentra, dónde está el alma de Arrecife? Yo no la veo. Antes sí tenía Arrecife alma. Antes, hace veinte, treinta, cuarenta años, en Arrecife había reuniones y tertulias de tipo cultural, en las que se hablaba de arte, de literatura, de política y de toros y de mujeres, como aditamento esto último obligado en toda reunión de hombres. Antes, en Arrecife, había una preocupación por los valores superiores del hombre. Antes existía y se notaba y resaltaba la inquietud del hombre como ser pensante. Preocupación por los problemas sociales, culturales, religiosos...

Hoy, la realidad está ahí, en la calle, a la vista de todos. Máxima preocupación, por no decir única: el dinero. Afán de la mayoría, por no decir de todos: el negocio. Afición de todos, pues a esto no escapa nadie: conducir un coche y hablar de fútbol.

¿Dónde están, en Arrecife, hoy, aquellas tertulias de viejos y jóvenes? Yo no las columbro... Y para remachar diré que ni banda de música municipal tiene Arrecife ni quiosco donde ejecutar los domingos sus conciertos. Y esto ya es el colmo.

¿Adónde va Arrecife? ¿Hacia dónde camina? ¿Qué será de nuestra capital de la Isla dentro de veinte, treinta años?

Después de caminar, deambular y divagar por las calles de Arrecife buscando a mi pueblo, al pueblo donde nací y fui niño y me hice hombre, aburrido me vuelvo a Tegui. Aquí, en Tegui, no me aburro —¿no vendrá el verbo aburrirse del sustantivo burro?—. Porque Tegui es un pueblo al que todavía le queda alma. Todavía hay personas que no piensan solamente en el dinero, la riqueza, los negocios, el fútbol y tener coche bonito, sino en algo más. El que no lo crea, que venga una tarde a la tertulia de trastienda de casa Maximiano. Yo lo invito.

¿Dónde está el poeta?

En crónica anterior titulada “El alma atrás”, hice —¿o me hice?— la pregunta: ¿Adónde va Arrecife, hacia dónde camina? Hoy quiero aquilatar un poco el concepto.

Arrecife, sin duda alguna, camina actualmente seguro de sí mismo. Como los héroes legendarios y como los gallos ingleses de raza, va ciego en la pelea; pero va seguro, firme, batiéndose, rebatiéndose... Aquel pueblo chato, aplastado, sin color, que le tiene miedo al mar y se resiste al viento y a toda suerte de tormentas, como, si mal no recuerdo, me parece que dijo Agustín Espinosa, va “palante”, y de pueblo chato y aplastado se ha convertido en pueblo empinado y arrogante. Esto es cierto.

Pero había dicho yo, y lo afirmé categóricamente, que a Arrecife le dejaron el alma atrás, y esto es lo malo. ¿Adónde puede ir un pueblo sin alma? Ésta es la cuestión, éste es el problema —¿hamletiano?—.

Vamos a ver... Si Arrecife no tiene alma, difícilmente podrá llegar lejos. Se quedará en la estacada. No se ha visto que hombre, pueblo o nación hayan alcanzado gloria personal sin ese empuje de fondo y trasfondo que dan las potencias creadoras del espíritu. A los pueblos, como a los hombres, les sucede que pueden gozar de una salud física esplendorosa —no fabulosa— y después de un período o fase prepotente, de repente se derrumban: no tenían alma o les faltaba alma. Sin embargo, individuos y pueblos de precaria salud física, flacos, hambrientos, han realizado heroicas gestas porque más allá del cuerpo empobrecido se les proyectaba el alma, las potencias creadoras del alma, soplo cósmico, soplo divino...

La verdad es que Arrecife goza actualmente de un emporio económico envidiable. La riqueza se palpa, se respira en el ambiente. Unos más, otros menos, todo el mundo tiene dinero. Nadie pasa hambre. Los propios obreros, antes tan expoliados, se hacen valer y gastan los billetes como cualquier señorito de renta fija heredada o adquirida a través del negocio turístico. Todos, los productores como los empresarios, viven bien. El que quiera tiene coche, y televisión, y nevera... No se puede pedir más.

Y, sin embargo, aquí está el mal. La abundancia acarrea siempre, o suele acarrear, la ruina espiritual y después el vicio. Acostumbrados a la vida fácil y placentera, sin problemas económicos, los humanos no se conforman y piden más. Más fiestas, más fiestas...

Entregados a la fiesta total, a la diversión y al regocijo perennes, ¿quién les mete la poesía? Y aquí hemos llegado a la conclusión, aquí se va a aclarar el argumento. Arrecife, con tanto primor material y riqueza, se convertirá tarde o temprano en pueblo muerto falto de poesía. Los poetas, los poetas salvan a los pueblos. ¿Y qué poetas salvarán a Arrecife si ya no le queda ninguno? Siempre, y hasta hace poco, Arrecife tuvo poetas: Leopoldo Díaz Suárez, los hermanos Zerolo, Isaac Viera, Gonzalo Molina, Francisco Jordán... Hoy, ni uno, que yo sepa.

Sin un poeta, Arrecife no se salvará, no podrá salvarse. Mao Tsē-tung, el gran poeta, salvó a la China. Y no le quepa duda a nadie: cuando en cada país del mundo gobierne un poeta, el mundo estará salvado.

¡Pobres de los pueblos sin poetas! ¿Dónde está el poeta de Arrecife?

Una esperanza

Todo no va a ser derrotismo. Todo no van a ser censuras. Todo no va a ser queja, improprio, frase lapidaria, amonestación, ditirambo, porfía, arremetida, rigorismo, reconvención, requerimiento... No. Hay también que ser ecuanímes, consecuentes, mesurados. Hay que guardar siempre en los fondos del seso —fíjense bien que digo seso y no sexo—, aunque todo alrededor aparezca desolado y muerto, una migaja de optimismo, un resquicio de esperanza.

Por muy burdo y tosco y turbio y desolador que aparezca el panorama, hay que procurar vislumbrar la pincelada de luz que ilumine el sendero. Por eso yo, hoy, pese al pesimismo que impone la realidad presente de mi pueblo en orden a los valores espirituales, porque amo a mi pueblo y quiero lo mejor para él, trato de vislumbrar —o columbrar— esa pincelada de luz que salve el panorama cultural de Arrecife de la oscuridad, de la tiniebla espesa que lo envuelve.

Esta pincelada de luz salvadora he querido yo verla, o entreverla, al través de la conferencia de Camilo José Cela. [En] la espaciosa sala de la Casa del Mar, abarrotada de mujeres y hombres en su mayoría jóvenes, mientras el ilustre académico dejó oír su voz profunda de bajo abaritonado, no se oyó una mosca, sino algún que otro estornudo irremediable.

Esto quiso decir mucho. Para mí quiso decir que, en el fondo, la sociedad arrecifeña, tan metalizada y comercial —tan paganizada con tanto pago y cobro—, siente también, y a pesar de todo, el aguijón de otros quehaceres más altos en el hombre. El respeto y la atención con que fue escuchada la charla, que ni el zumbir de un mosquito se oyó aunque estábamos en Puerto Naos —muy próximos al Charco—, quiere decir mucho, significó mucho, más de lo que el acto en sí encerraba o representaba por lo insólito y por la categoría del actor: un académico de la Real [Academia] Española de la Lengua y uno de los mejores novelistas hispanos del momento.

En mi afán de que Arrecife se salve de la muerte completa, al hablar así sé que me expongo a ser calificado de ingenuo porque el argumento en sí ya lo es, argumento simple, inconsistente, un tanto superfluo, acaso hasta simplón... Por eso he de agarrarme a otro de más calibre. Voy a agarrarme a las palabras previas a la conferencia por parte del alcalde, quien dijo y prometió que la corporación municipal de Arrecife en adelante se preocuparía de empujar, a la par del desarrollo material, el cultural, creando presupuestos anuales para actos literarios y artísticos, conferencias, conciertos, etc.

Ya era hora. Al fin sonó el aldabonazo, y, si no aldabonazo, campanillada. Que suene al menos la campanilla de alerta frente a los problemas del orden del espíritu y la cultura. Que no consista todo, como hasta aquí, en cemento y asfalto y hierro, tipismo y folclore. Menos tipismo y menos folclore, señores, y más envidia en las razones del progreso.

Yo creo que, con esta decisión de nuestro alcalde, el endeble argumento de “la buena acogida por parte del público arrecifeño de la con-

ferencia de Camilo José Cela” toma consistencia, queda reforzado. ¿No lo ven ustedes así? Yo sí lo veo así. Por lo menos a través de un argumento y del otro se ve —o se vislumbra— una esperanza. Falta ahora que el alcalde cumpla su palabra y los otros alcaldes que le suced[a]n sigan la pauta.

El Puente, remozado

A todo le llega su fin porque todo en la vida, como dice cantarina-mente Julio Viera en una de sus canciones —la titulada “Caramba, caramba”— tiene principio y tiene su fin.

Pero el fin de las cosas puede aplazarse si el hombre se interesa por la conservación de esas cosas. Es el caso del Puente de las Bolas. Con los cantos carcomidos y su armazón de piedra desnuda, maltrecha por los años y la erosión, si no se le echa una mano, pronto nos íbamos a quedar sin Puente de las Bolas. Nuestros ediles lo han comprendido bien y se han lanzado sin pérdida de tiempo a una eficaz y rápida restauración. Vayan mis aplausos sinceros a nuestros ediles... Y hablemos ahora un poco del viejo Puente, que yo creo que se lo merece.

Poetas arrecifeños como Leopoldo Díaz Suárez y escritores como Rafael Medina Armas —¿quién no se acuerda de aquel primer semanario de la posguerra titulado *Pronósticos* y en el que, con el seudónimo de

Fidel Roca, don Rafael tanto nos deleitó?— cantaron al Puente de las Bolas. Otros poetas y otros escritores en distintas épocas también le dedicaron canciones y narraciones, algunas veces en tono jocoso porque el Puente, con su silueta anciana y esmirriada y su sumidero a la espalda, se prestaba a ello. Como quiera que sea, del Puente se ha hablado lo bastante para ahora yo atajarme en el intento de decir algo nuevo. Diré, por tanto, más o menos lo mismo, aunque a mi modo, a mi manera y estilo de expresarme.

No le cabe a nadie duda de que el Puente de las Bolas es lo más auténtico y genuino de nuestra capital, lo que más carácter le da de puerto viejo, o viejo puerto, lo que salta a la vista y se eleva en el paisaje arrecifeño con propiedad absoluta de vestigio histórico, arquitectónico, castrense y otras cosas muchas más de un pasado que se aleja y se pierde en los albores de la conquista de la Isla y los avatares bélicos por los que pasó la Isla después de la conquista... Pero no nos metamos en engorros y especulaciones historiográficas, con citas de libros y autores, a lo que algunos recurren siempre cuando escriben, faltos de imaginación y de numen. No “semos” doctos, y fuera los doctos. Abordemos el tema desnudamente, de frente, sin subterfugios ni marrullerías intelectuales y baratas literaturas, sin adornos de frases prestadas, sin el recurso disimulado de la memoria de lo leído, sin la ojeada al libro o la revista, sin copia...

El Puente de las Bolas es de lo poco que queda del viejo Arrecife. Con el Castillo, que también se conservará —dicen—, será lo único que nos quede cuando de un día a otro desaparezca el Charco. Siempre estuvo resumido Arrecife en sus tres escuetos elementos: Puente de las Bolas, Castillo, Charco de San Ginés. Tres argumentos, tres razones muy personales y muy poderosas del Puerto de Arrecife en su trayectoria histórica, y humana, y paisajística. Y, sin duda, según mi modo óptico de ver y observar, de estas tres razones la del Puente impera. Porque a Arrecife se le quita el Charco, que ya se piensa en eso, y seguirá siendo Arrecife, nuestro Arrecife de siempre con sus más o menos edificios modernos y monumentos y sus menos olores. Y se le quita el Castillo,

vamos a suponer, y seguirá también siendo Arrecife, con su atractivo náutico y marinero de plácido mar azul y llanos horizontes. Pero si un día, por lo que sea —vamos también a suponerlo—, el Puente desaparece, entonces sí que Arrecife queda quebrantado del todo, partido, jorobado, mutilado de verdad para siempre. Por esto he dicho que hay que alabar esa sana decisión de restaurarlo, remozarlo... Lo mismo debió [...] hacerse con el Quiosco de la Música, que, aunque fuera de madera, la madera también perdura si se la cuida, y era de tea. Pero lo destrozaron, al pobre Quiosco lo hicieron leña. ¿A quién se le ocurrió la idea? Yo no quiero ni saberlo, y por eso no he preguntado, prefiriendo ignorarlo. Con el Quiosco de la Música de Arrecife y con la Mareta de tierra bermeja y roja de la Villa se ha cometido un terrible desafuero. Creo que han sido los dos casos de destrucción del paisaje —paisaje histórico y humano— más nefastos que se han llevado a cabo en la Isla. Pero... dejemos lo que ya no tiene remedio y volvamos al Puente.

No sé si alguien habrá reparado en que lo más bello del Puente son sus ojos. Los ojos del Puente, reflejados en la mar y hundidos en la mar, que se agrandan en la noche con el brillo de la Luna, cuando la hay; que se achican de día, con la pleamar y la tormenta; que son cruzados constantemente por la corriente y por la barca a remos que de vez en cuando remonta la corriente; que fueron tantas veces testigos de la acrobática pirueta juvenil y de la torpe zambullida del forastero ignaro, como fue la ocasión aquella en que el sargento *Lámpara* se ahogaba y unos cuantos chiquillos intrépidos tuvimos que sacarlo cuando ya estaba embuchado, casi ahogado del todo... Muchos, muchos recuerdos guardan del arcaico Puente las viejas generaciones, y las más nuevas también.

Columnas de Hércules en miniatura, el Puente sostiene las dos bolas simbólicas del mundo. Orientadas esféricamente hacia poniente y levante, ahí están los dos mundos: el oriental y el occidental, donde no se posa ninguna paloma de la paz, sino la veleidosa gaviota que chija y chilla...

El Puente guarda otras significaciones más en su estampa material de piedra viva y calicanto. Todas están a la vista. Lo que hay es que saber-

las ver, y apreciarlas, y valorarlas. Dejo la tarea a otros más avispados que yo. Hay por ahí muchos avispados, de la Isla y foráneos. Que agucen la imaginación y, con un poco de voluntad y otro poco de vena poética, verán como ven. Porque yo sólo he querido, en estas líneas, congratularme de que a nuestro viejo Puente se le haya echado una mano para que siga resistiendo al tiempo, y al viento, y a las tormentas, y a las marejadas y las chijadas perennes de las gaviotas.



Entrada al Muelle Comercial y Puente de las Bolas, años 60.

Foto: Francisco Rojas Fariña.

San Ginés *el Bueno*

Todos los santos son buenos. Y es verdad. Por eso son santos. Pero hay santos más simpáticos y santos menos simpáticos. Y también es verdad. Porque siempre se ha dicho que los pintores y los imagineros suelen aplicarle los rasgos propios de la personal fisonomía al retrato, a la imagen. Y sabido es, también, que hay artistas —pintores, escultores, imagineros— que son poco menos que babiecas, en ocasiones hasta más que babiecas, generalmente tipos rajalvíos de expresión insulsa y mirar “esvaído”.

Yo no sé si a ustedes —los que me leen— les habrá sucedido igual, pero de mí sé decir que, en cierta ocasión de ir a postrarme de rodillas ante una imagen para rezar un padrenuestro, de repente sentí que el rezo se me quebraba en la garganta, se me anudaba y retorció y no quería salir... El santo, que era de palo, era un santo desigual, antiestético, de expresión insulsa y mirada torva, la misma expresión y la misma mirada del imaginero que la imaginó, a la imagen. Es cuando no se puede rezar,

cuando el rezo se corta porque el santo —o su imagen— nos resultó antipático...

San Ginés es aparte. Nuestro Santo Patrón constituye un caso excepcional en la amplia y vasta y policroma fisonomía del arte imaginero universal. San Ginés es único en su sencilla expresión de santo bueno, sincero, natural, original, generoso, complaciente... Hay pocos santos en las iglesias del mundo, seguramente, como San Ginés.

Vayan hoy, con motivo de las fiestas patronales, estas líneas de devoción y homenaje al patrono de Arrecife, a ese gran San Ginés venido de Francia como los primeros conquistadores y que todavía no se ha aclarado si fue el obispo de Arlés o si fue el otro, también francés, que no era obispo y sí santo y mártir nacido en Clermont, pero que para el caso es lo mismo puesto que todos los arrecifeños estamos muy contentos con el que es, tal cual es, y así lo veneramos y lo festejamos todos los meses de agosto entregándonos una semana entera al olvido de nuestras penas y al regocijo de nuestros cuerpos y nuestras almas... Y yo creo que él, nuestro Santo Patrón, se lo merece, y nosotros también. Él por ser un santo sencillo, de modesto bastón, humilde, y nosotros los arrecifeños porque de él hemos aprendido la humildad, la sencillez, la modestia y otras cosas más.

Y al hablar del Santo Patrón por razón de las Fiestas, se hace necesario ahora también hablar de Arrecife. Es natural.

En Arrecife —pueblo “chato y aplastado y sin color”, que decía Espinosa— todo es mansedumbre, ecuanimidad, hombría de bien. Las arrogancias fueron siempre desterradas. Todo el que trató de empinar el pescuezo con afán pendulante, o pedantesco, y falsa virtud personal fue rechazado, relingado, dado de lado... Nuestros padres y nuestros abuelos fueron así y nosotros queremos seguir siendo así. O, por lo menos, yo lo pienso así.

En estos días de fiestas, todo el mundo podrá verlo. A Arrecife ven-

drán muchas gentes de fuera a divertirse y no habrá discriminación. Todos serán tratados por el mismo rasero de la buena acogida, la hermandad, la fraternidad, a excepción del que aparezca hinchado el mofoleto del insano orgullo y petulancias. Vendrán, seguro que vendrán a nuestras Fiestas encopetados caballeros y elegantes damas, mujeres humildes del pueblo que trabaja y hombres sufridos del trabajo, feriantes que se buscan el sustento y algún aventurero entreverado, que de todo hay, y todos se llevarán de Lanzarote el mismo recuerdo de los hijos de Arrecife: el buen trato, la atención, la invitación y, si se ofrece, hasta el espontáneo regalo típico del temple construido en Tegüise, o la mochila de lana de oveja confeccionada a mano en Las Breñas, o el zurrón de cuero de baifo amamantado en Soo, o la sombrera de palma hecha en Haría, o el mantel calado de rosetas bordado en cualquier pueblo... y otras tantas cosas de hondo sabor primitivo que los hijos de Lanzarote todavía saben hacer.

¿Qué más podré yo decir en esta ocasión de la gran fiesta de San Ginés de este año de 1972? Queda sin duda mucho por decir, aunque sea repitiendo lo que tantas veces otros han dicho. Pero no importa la repetición. A veces, las repeticiones son buenas y necesarias.

Repetiré, pues, sin jactancias y con orgullo y a pesar de lo que un día dije y afirmé del “alma que se quedó atrás”, que Arrecife, al amparo de su patrono y santo, se ha encaramado sobre sí mismo y hoy, con el natural regocijo de sus hijos, va “palante” enganchado al carro del progreso. Y yo creo —y no quiero exagerar— que en este enganchamiento de carro y en este avance, el ejemplo de Arrecife no tiene parangón en la historia de los pueblos españoles de la última década. Las pruebas están ahí, palpables, patentes: en unos pocos años, la ciudad creció vertiginosamente, se ensanchó, dobló el número de sus moradas y superó en el doble las listas de apellidos por orden alfabético del padrón municipal; construyó otro muelle de atraque más amplio, más mariner, donde pueden hacer maniobra los barcos de superior tonelaje; fabricó hoteles más altos que la torre de la iglesia, que sigue igual —y esto a San Ginés, humilde santo, sé que no le importará—, y, ganándole terreno al

mar, edificó la gran avenida poblada de árboles exóticos y muchas chumberas; adecentó y amplió las playas, antes reductos sucios de cacharros oxidados y porquerías de chiquillos; y, como un “no va más espléndido y rotundo”, realizó el proyecto del internacional aeródromo cercano a la urbe, donde aparatos de todas las naciones posan diariamente sus alas de acero sin miedo a las tormentas...

¿Qué más se puede pedir? ¿Y qué más se puede decir de este Arrecife que evoluciona y crece y progresa y se empina sobre sí mismo heroicamente, urbanísticamente? Acaso que siguen lo mismo el Puente de las Bolas, el Castillo y el Charco de San Ginés, con sus olores. Pero esto no importa —lo de los olores—, quizá sea mejor. Lo importante es que estas tres razones fundamentales del alma rezagada de Arrecife —Puente, Castillo, Charco— persistan.

Y que persistan también las fiestas de San Ginés con toda la exaltación popular de las épocas pasadas. Que todo cambie, que se transforme todo: calles, plazas, avenidas, monumentos...; pero que perduren las Fiestas, que no les desbaraten su ancestral fisonomía, la de siempre, la de los ventorrillos con sacos rotos y esteras, la de las verbenas al aire libre frente al mar, la de las parrandas de roncotes con acordeón de tres teclas y un solo fuelle y las danzas de las máscaras de buche con sus cintas de colores, alpargatas y monteras...

Mientras perdure esto, Arrecife seguirá siendo Arrecife frente a los embates del progreso, que todo lo arrolla, y... con la ayuda del Santo, de nuestro Santo Patrón San Ginés, San Ginés *el Bueno*.

Cuando se siente la muerte

Me llegó con un poco de retraso la noticia: Manollo Millares ha muerto. Por eso van con retraso estas líneas de recuerdo y ofrenda al amigo, y al artista, y al hombre, que Manolo Millares lo fue de verdad, de los que pocos se encuentran a lo largo de una vida.

Al recibir la noticia, me quedé pensando un rato, divagando a mi manera sobre la vida y la muerte, sobre el absurdo existencial que envuelve al ser humano desde que nace y se adentra por los caminos del sentimiento y la razón... “Está visto —me dije— que la parca no perdona al genio, sobre todo cuando el genio es auténtico y auténtico el hombre que lo sustenta, que lo inflama... Y por ahí mientras tanto, por ahí mientras tanto, todos esos fantasmas del arte, esas plagas de mediocridades, todos esos personajes de paja o de cartón, engreídos y contentos de haber nacido y de seguir viviendo...”. Y dejé de pensar.

Después empecé a recordar y, como una película, se me echó enci-

ma el pasado con todo el peso de los años vencidos. Y vi a Manolo Millares niño jugando en la playa de El Reducto y haciendo con sus manos dibujos sobre la arena. Y lo vi jugando a dibujar, con lápices baratos de colores, en el patio del viejo caserón de La Plazuela, donde sus padres vivieron, hoy cuartel de la Guardia Civil de Arrecife. Y lo vi más tarde, siendo yo ya hombre y él imberbe adolescente, en su casa de Las Palmas frente al barranco —el desaparecido Guiniguada—, oteando el Risco y otros barrios altos con sus ojos azules intensos como el mar, llenos de avidez y misterios y colores... Era esta época su época de acuarelista y me regaló una, que aún conservo en lugar seguro. Y lo vi después, años después, cuando me fui de valía a vivir en la capital, en su estudio de Guanarteme, envuelto y revuelto de libros y lienzos, y allí conocí a Elvireta, su gran compañera. Había ido a pedirle unos dibujos para ilustrar unos cuentos que tenía escritos y aún me parece verle la cara llena de regocijo al poder servir al amigo y poder al mismo tiempo hablar de Arrecife, pueblo de su niñez venturosa, pueblo al que tanto amó... Y lo vi más tarde, una tarde en la galería Wiot inaugurando su exposición de óleos de tema porteño... El puerto de La Luz estaba allí, todo entero, íntegramente recogido en su total integridad de barcos grandes y chicos y chalanas y vida intensa marinera y luchas y alcohol y orgías y pasiones. En una docena escasa de lienzos en los que lo abstracto se apuntaba ya, pero no imperaba todavía, el joven pintor canario había simbolizado con el pincel magistralmente toda la vida marinera y oceánica del Puerto...

No volví a ver a Manolo Millares hasta pasados muchos años. Él se fue a Madrid y yo me expatrié. Era lo mejor para los dos, dadas las circunstancias de vida y de lucha por la vida de los dos. Y desde el exilio forzado y voluntario fui teniendo noticias de sus triunfos al paso de los años.

Al desembarcar en Arrecife a mi regreso del extranjero, muchos, muchos años después, Manolo Millares estaba allí, en Arrecife, adonde había llegado llamado por el cariño hondo que siempre tuvo a la tierra conejera. Fue la última vez que lo vi. Posteriormente supe que estaba enfermo y hoy, de repente, que se nos fue para siempre.

Hasta aquí los recuerdos. Y yo quisiera decir algo más que no sea sólo recuerdos, pero no sé. Mi pluma en estos instantes está torpe. Y quizá sea que está torpe porque está la mente triste. No lo sé bien...

Lo que sí sé, Manolo Millares, amigo mío, lo que sí sé muy bien es que las cosas habituales que me rodean —la mesa, la silla, el ropero, el gato, la petaca, el perro vagabundo que un día encontré en la calle y traje a mi casa...— no tienen hoy la faz de ayer. Y es porque tú te has muerto.

Hoy ya he sabido que cuando se muere un amigo y este amigo fue a más de artista un hombre de verdad es cuando de verdad se siente la muerte. Hoy lo he sabido.

Moros en el Charco

Por un lado, la noticia de que Marruecos va a prolongar sus aguas territoriales a setenta millas y, por otro, la de que el Ayuntamiento de Arrecife proyecta reformar el Charco de San Ginés y sus aledaños de forma tal que las aguas aprisionadas entre Puerto Naos y El Lomo quedarán bastante reducidas, me ha[n] hecho pensar que, de una manera o la otra, por uno u otro motivo, pronto nos quedaremos sin Charco. Porque si los marroquíes llevan a efecto esa pretensión de las aguas territoriales, como las costas orientales de Lanzarote distan de Marruecos apenas sesenta y cinco millas, el Charco, como “trozo de mar”, les pertenecerá, y nosotros los conejeros no podremos entonces pescar lisas en sus aguas y ni siquiera coger miñoca.

Moros en la costa, moros en el Charco... Después de desaparecidos *Los Moros Notables* al tiempo que desapareció el Casino, y cuando ya nos habíamos olvidado de los moros con turbante y chilaba con que nuestras madres y abuelas nos asustaban para que fuéramos buenos, lo que nos

faltaba ahora es verlos recalar por el Charco, montados en sus lanchas...

Como quiera que sea, el Charco parece estar condenado a desaparecer y, si no ocurre un sortilegio o algo parecido, lo perderemos de vista para siempre, porque la piqueta municipal es la piqueta municipal y el progreso es el progreso y así es el prurito humano de transformarlo todo. Si el Ayuntamiento se lanza a realizar el proyecto, hay que aceptarlo, hay que acatarlo. Que se le meta de una vez mano al Charco, antes de que vengan los moros. Que se estrangule ya de una vez y definitivamente a quien le cortaron de cuajo la respiración y apesta y huele ya a cadáver. ¿Qué le vamos a hacer? Sabemos que Arrecife perderá uno de sus más pintorescos y románticos encantos, su más —quizá— sensible cuerda poética, su más firme piedra de toque en el atractivo fisonómico y el embrujante estilo de pueblo marinero y oceánico, eminentemente roncotil. ¿Qué le vamos a hacer? Seguro que no nos vamos a morir por eso, los viejos, aunque lloremos lágrimas vivas de nostalgia... Y siempre nos quedará un consuelo. Nos quedará el consuelo del Puente de las Bolas y el Castillo, como pilares perennes del viejo Arrecife, que se resiste a morir. Es la tragedia del ser y del no ser.

Arrecife va poco a poco —o mucho a mucho— dejando de ser, queriendo ser otro y siendo irremisiblemente otro. Todo ha sucedido con sus pasos contados, fatalmente, inexorablemente. Ya no existe el muelle de Las Cebollas, aquel terregoso muelle chato de contornos negros en las escalinatas olientes de orines y residuos de ron y rabos de pejines, porque sobre él levantaron un vergel; ya no existe el viejo Quiosco colorado, ni señor Pepe, porque lo hicieron leña; ya no existe el viejo Casino, con hilera, en la acera, de sillas de mimbre con *Moro Notable*... Por esto es por lo que nos conformaremos con lo que nos queda. Nos conformaremos con el Puente de las Bolas, que para eso últimamente lo han remozado, y con la estampa de piedra del anciano Castillo, ahora que se nos llevan el Charco... Porque de todas maneras es preferible que se lo lleven, que lo desaparezcan del todo del paisaje arrecifeño, antes que dejarnos un Charco chiquitito, un Charco achicado en sus vitales dimensiones de gaviotas pescando en el aire, los bar-

quillos panza arriba tumbados en el fango y los roncotes con sus bichocas trincando la miñoca... Preferible que hagan un parque o un *parking*, un amplio estacionamiento de vehículos antes que verlo chiquitito, reducido, convertido en un feto de charco o en un aborto del Charco. Sí, un parque o *parking*, antes de que los moros aparezcan navegando...



Charco de San Ginés, 1935.

Foto: Centro Fotográfico y Cartográfico del Ejército del Aire.

El viejo caserón

Ya van desapareciendo los viejos caserones. Ya quedan menos. Cada año que pasa, la silueta del viejo caserón se achica, se achanta, se comprime entre las altas moles de cemento y cristal de múltiples pisos superpuestos del mismo color, todos iguales, de la misma faquía, de la misma talla, colmenas humanas apretadas, aplanadas, ufanas...

En Arrecife son pocos los viejos caserones que van quedando. Va escapando el anciano Casino porque allí se instaló el Ayuntamiento, y los ayuntamientos, si huelen a antigüedad y a papeles amarillentos y polvorientos, mucho mejor. Va escapando también alguna que otra vetusta mansión señorial —¿señorial?— en la Calle Real, en la calle Fajardo, en la avenida floreada frente al mar.

Antes de que desaparezcan del todo del paisaje urbano arrecifeño, yo quiero hacerles hoy un canto a los viejos caserones que heroicamente han resistido a la piqueta y siguen resistiéndose. Un canto a mi

manera, prosaicamente, rutinariamente, sin versos ni entonaciones rítmicas y acentuadas porque para eso están los poetas. Yo soy prosista y no puedo hacer otra cosa que brindarles mi prosa escueta, mi prosa desbarajustada, desquiciada; pero... —ténganlo por seguro— hinchada de sentimientos y querencias y añoranzas prendidas a las desgarraduras del tiempo que se va y no retrocede, barranqueras de la vida, rastrojeras de la muerte que sepultan la huella de la juventud lejana, huidiza, arrepentida, parálitica...

Para un canto de esta traza, hay que prescindir —opino yo— de la descriptiva arquitectónica, del estilo y de la época. No me importa que el edificio, por su configuración interior y exterior, pertenezca al gótico, románico, barroco, colonial o andaluz. Prescindo de los cánones estéticos de la piedra y el cemento y me voy lejos, hacia lo humano, a lo que salta por encima de lo material y geométrico, y matemático, y analítico, y alcanza el alma.

El alma de los viejos caserones... Oh esa alma, la de la piedra del muro carcomido por los siglos, la de los cuartos de paredes agrietadas, de los patios y los traspatios; y el alma de las azoteas de cal y barro y amores nocturnos de gatos; y de las chimeneas bizantinas; y el alma de la canal de duro roble y del aljibe y de la persiana y de la taramela... Oh esas almas, y las otras, las de los roperos empotrados y las alacenas y las destiladeras con bernegal y culantrillo y las del tragaluz de las buhardillas en penumbra y el ventanillo alto de los retretes profundos... Cómo huelen estos viejos caserones antiguos, cómo se les rezuma el tiempo, cómo respiran tiempo al través de las vigas anchas de tea de los pisos y los techos y los escalones de cajón de las escaleras que crujen con alfombra y sin alfombra... Cuántas, cuántas remembranzas y cuántas contradanzas del pensamiento circunferencial encajonado en las telas de araña inciertas que tejieron los años y la vida y la soledad, y el amor, y la misma muerte...

Para ti, viejo caserón inerme, guardo en el fondo de mi corazón rajado un verdadero sentimiento, una ofrenda, un homenaje. Hacia ti

mis mejores, mis más nobles pensamientos. A ti, viejo caserón abandonado, como el náufrago al leño me aferro, porque así quiero salvarme de este naufragio real en el que voy poco a poco y precipitadamente hundiéndome después de tanta lucha, tanto fracaso y tanta quimera humana y tantos sueños.

El Charco en litigio

Por la información que nos da Guillermo Topham, ya hemos quedado enterados todos los lanzaroteños del proyecto municipal sobre el Charco de San Ginés denominado “Proyecto del Plan Parcial de la Zona Sexta de Arrecife”.

Muy bien ese proyecto, muy bonito, estupendamente concebido y mejor expuesto, perfectamente expuesto; pero a mí no me convence. Y no me convence porque ya estoy viendo la transformación total del Charco. Realizado ese proyecto, aun con la más estricta norma de ajuste de la práctica a la teoría, cosa que no hay por qué poner en duda, yo no pongo tampoco en duda que el Charco de San Ginés, nuestro viejo y entrañable y poético y marinero Charco de San Ginés, será otro Charco. Un Charco distinto. Un Charco que resplandecerá, como bien se dice en el informe municipal, de “paseo marítimo y aparcamiento cubierto”, de “espacios libres ajardinados”, de “parques infantiles y deportes de pequeña superficie”, destacando así su “incorporación al

paisaje urbano”, etc., etc. Pero será otro Charco. Y esto es lo que a mí en verdad me importa, lo que no me convence.

Sé que esta opinión mía no tiene mayor valor, o no tiene más valor que la de cualquier otro hijo de Arrecife que opine así, y por eso la expongo. Sé que lo que se irá a hacer se hará, y ojalá se haga lo que mejor convenga, lo que más interese al pueblo y le dé importancia y lo embellezca y lo enaltezca.

Mis únicas consideraciones son las siguientes, muy simples: que Arrecife es llano y cuenta con mucho terreno, sobre todo en sus extremos oeste y sur —del viejo cementerio “pallá” se pierde la vista en la llanura— para su prolongación y crecimiento y para levantar avenidas y parques y aparcamientos y zonas verdes y demás, y demás...; que Arrecife no tiene por qué crecer “parriba”, como, por ejemplo, Las Palmas irremediablemente por mor del Risco, ni amazotarse y asfixiarse bajo el cemento y el hierro en su viejo casco urbano, porque Arrecife es plano y abierto, horizontal y acostado, chato, como proclamó Espinosa; que, en las modernas ciudades europeas que yo conozco, como, por ejemplo, Bruselas, la norma ha sido, y es, el crecimiento en planos horizontales y dejar quieto, como estaba, como siempre fue, el núcleo primigenio, el anciano casco, o cascarón —el cascarón del huevo—; que todas las capitales que se precian de históricas así como al mismo tiempo de futuristas tienen su zona moderna y su zona vieja, su zona antigua, a la que respetan y cuidan y miman como un legado primoroso e incanjeable —ejemplo más cercano: Las Palmas, con su reliquia de Vegueta, donde se fundó El Real, y hoy declarada Monumento Histórico Artístico Nacional, o sea, intocable—; que a Arrecife, de seguir las cosas así, poco le quedará de su ancestral fisonomía, al habérsele ya desbaratado la estampa a muchas calles y la genuina estampa aquella que presentaba su cara marinera, con el colorado Quiosco de la Música al centro, sus escalerillas musgosas al mar, su Caseta de Baños y su pequeño paseo adoquinado con bancos de madera y bancos de piedra, de arquitectura arcaica; que eso de los aparcamientos, o sea, de crear cobijos, sean bajos o altos, para equis cantidad de coches en el Charco, yo lo comprendo muy bien, pues-

to que aliviaría las congojas de muchos usuarios del volante; pero eso, hoy, en Arrecife, pequeña ciudad todavía —yo soy capaz de recorrerla a pie, en su mayor extremidad, caminando, en menos de cinco minutos— no constituye problema vital, por cuanto se puede construir un gran *parking* municipal en las afueras, y caminar es bueno; pues... ¿hay algo más saludable que caminar cinco minutos, diez minutos, antes de irse a su casa a dormir, o a comer, o a echar la siesta, digo yo?

Podría seguir con alguna que otra consideración más, con algún que otro argumento de mayor o menor cuantía, pero ¿para qué? Creo que con lo expuesto basta.

No obstante, sí quiero decir, o no quiero dejar de decir, que si al Charco de San Ginés lo limpian, eso estaría bien. Y si le abren cancha, para su vista, desde alguna transversal de León y Castillo, también estaría bien. Y lo [mejor] de todo, creo yo, sería si le abrieran respiradero, el mismo que tenía, o sea, la corriente que le taponaron por Puerto Naos. ¿Qué menos pedir que las aguas vuelvan a su sitio y corran “después de los años mil, por donde solían dir”?

Una fiesta marinera

Ahora que el Charco de San Ginés está en litigio y no se sabe adónde irá a parar la controversia, yo suelo pasearme por sus aledaños tratando de contemplar lo que tantas veces mis ojos contemplaron siendo niño y después hombre. Quiero ver, en estos paseos, algo nuevo, alguna razón distinta que incline la balanza de la duda hacia el lado favorable a mis esperanzas, que es la salvación del Charco, o sea, que el Charco perdure, que continúe en su actual y eterna fisonomía, en su faz originaria y personal, con sus barquillos varados, sus rocas por el Norte relucientes, su fango y su musgo, sus gaviotas, sus chiquillos desnudos con los ombligos al sol jugando en las orillas, sus casas terreras de pescadores por la banda de El Lomo y Puerto Naos, y sus traseras de casas, algunas altas, por la banda del Arrecife propiamente dicho. Estos paseos míos por el Charco no tienen hora. Tanto en la noche alta si hay luna como en la madrugada penumbrosa o como en la tarde indecisa, yo voy allí, suelo ir allí, empujado por un sentimiento de rememoranzas y de nostalgias del pasado, del Arrecife que fue y ya no es, del ambiente aquel

marinero y roncotel que [prendía] en el Charco y se extendía por la ciudad llenándola de sabor hondo a sal y a mar y a navegaciones y mil y una peripecias náuticas.

Alongado en la muralla que bordea el sendero curvado entre los puentes, oigo de repente una voz conocida que suena a mis espaldas. Me vuelvo y frente a mí está Blas Mesa, amigo de la niñez, el buen amigo de la juventud. Y Blas me dice: “Hoy no te escapas. Hoy vamos a pasar un rato juntos, un rato que te agradará”.

A los pocos minutos estábamos en la Escuela de Pesca. Entramos. Me extraña ver tanta gente que entra y sale. Pregunto y es cuando Blas me dice que va a empezar la fiesta, una fiesta que él ha organizado para celebrar el final de curso.

Han pasado unos días y aún suenan en mis oídos las cuerdas del timble, y de las guitarras, y los resoplidos del acordeón. La fiesta fue magnífica, llena de alegría. Una fiesta marinera con todo el colorido de las épocas pasadas. Una fiesta verdadera como hacía años, muchos años que no gozaba. Fiesta de juventud. Fiesta donde el nervio marinero de la Isla imperó y se impuso en todo instante. Oyendo la parranda de Los Buches comprendí todo el entrañable valor de la música popular nuestra, de la isa, de las folías, de las malagueñas... El acordeón, instrumento que se arruga como las olas del mar, tan porteño y tan marinero, daba la nota “costera y pescaora” entre el timble y la guitarra y la voz del “cantaor” y el pito de agua, instrumento de caña y de soplido único en el mundo, como queriendo zambullirse en los trasfondos marinos más allá del folclore de pacotilla, de ese que tanto abunda en todas partes para divertimento de niños y turistas despistados. Alfredo Kraus, ese tenor del mundo orgullo de las Islas, que regocijado comió sardinas asadas y regocijado escuchó en todos los instantes la parranda, con su gesto de franca complacencia corroboró las primicias marineras del acordeón y del pito de agua.

Que por qué no digo las salas de fiestas y los millonarios —número y cantidad— que hay en Lanzarote, se me ha objetado. Pues porque no era ése mi objetivo al escribir y porque realmente no lo sé. ¿O voy ahora a estar contando los sitios donde la gente va a solazarse —dicen ellos— y a dedicarme a investigar cual sabueso policial las rentas anuales de todos los metidos en el negocio turístico y otros negocios? Estaría bueno...

No obstante, sí puedo decir que en Lanzarote hay gentes millonarias, gentes que se embolsan millones todos los años, y también salas de fiestas donde la gente va a bailar, a beber y a todo lo que se va a esos sitios. En Arrecife, sobre todo, capital en pujanza de una isla de lleno entregada a la fiebre del negocio y la especulación, el tono de vida va acorde con las circunstancias. Ricos y millonarios dan la pauta. Ricos y millonarios de aquí, ricos y millonarios de allá, venidos de otras comarcas y regiones lejanas unas, más próximas otras. Y dan la pauta porque

los ricos y los millonarios, donde quiera que estén, tienen un proceder característico, bastante común, y ellos son los que pueden sostener con su dinero esos lugares del lujo y los placeres. La *dolce vita* en este *mondo cane*, que los italianos tan bien han sabido plasmar en celuloide, no hay que ir[la] a buscar lejos, también [la] tenemos aquí, en el escenario isleño enmarcado por el mar y la típica piedra volcánica. Para eso están los millonarios y los otros, los que todavía no lo son y ya proceden como si lo fueran, frecuentando lugares, dándose tono, contoneándose como pavos reales o pavos mocos... ¿Que cuántos son? No es necesario contarlos, sino verlos, dentro y fuera de las salas de fiestas. Dentro y fuera es igual, se distinguen enseguida por la arrogancia, por el paso y la pose del pavo y por otros rasgos que es mejor no señalarlos aquí.

Cómo ha cambiado el panorama, qué distinta la vida de antes en Lanzarote y qué distintas las personas. Antes, los millonarios en Lanzarote brillaban por su ausencia porque no existían y, si había ricos, éstos podían contarse con los dedos de la mano, ricos de la agricultura y de la industria pesquera, que habían, con sus manos, ellos mismos labrado su riqueza emigrando a América o empuñando el arado sobre la tierra retorcida o aferrándose al timón del frágil velero que faenaba frente a las costas morunas. Qué distintos estos ricos, que no eran millonarios, a los de hoy, y qué distinta la vida. Por eso no había salas de fiestas, sino ranchos adonde iban a parar en la noche sabática ricos y pobres, patronos y obreros, y cada cual alcanzaba lo suyo. Me acuerdo del primer rancho instalado en Arrecife allá por el comienzo de la década de los años treinta —anteriormente sólo se conocían las casas particulares de prostitutas—, que abrió y patroneó Alfonsito el *Churrero*, conocido también por el apodo de *Al Capone*. Estaba ubicado en la calle de La Porra, si mal no recuerdo, en una casa terrera con patio y traspatio donde los clientes hacían cola, sobre todo los sábados. La orquesta se componía de un solo músico, un pianista peninsular que no descansaba un minuto en toda la noche de darle a la tecla. Las muchachas “de alterne y descorche”, como se les llama ahora, no pasaban de cuatro y tampoco descansaban. Un día el pianista amaneció engarrotado, hinchado de ron —se había bebido de un tirón una botella— y el rancho tuvo que cerrar

sus puertas por falta de música, hasta que llegó importado de la Península otro pianista.

Así era la vida nocturna antes en Arrecife, cuando no había millonarios, sino unos cuantos ricos contados con los dedos de la mano. Las tres sociedades principales, denominadas Casino, Democracia y Culantrillo, ésta con organillo —las otras con piano—, celebraban bailes los domingos, y la gente, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, todos se contentaban. ¿Para qué bailar noche tras noche? Con una vez a la semana bastaba y sobraba. Y lo mismo sucedía en los campos. En los campos, los bailes de candil aguantaban hasta el amanecer, y muchos mozos y mozas de allí se iban jilados a las duras faenas de la labranza, todos regocijados, todos contentos.

Sí, esto de las salas de fiestas es cosa de millonarios. A más millonarios, más salas de fiestas, y a más salas de fiestas, más millonarios. Ocurre aquí, y en Gran Canaria, y en todas las otras Islas. Y hay quien diga que para las ochocientas que funcionan en nuestra provincia, ciento treinta y siete millonarios son pocos, que tiene que haber más millonarios, escondidos, agazapados, que no declaran. Y yo en esto no me meto, como no me meto en si en Lanzarote hay pocas o muchas de estas salas y en si hay más o hay menos individuos de éstos de un millón al año, dos millones o más millones. Porque hay cosas que, como decía el chino, es mejor no “menealo”.

La gran zambullida

Sigo con el tema marinero. El tema marinero para mí, sobre todo tratado desde tierra firme, tiene un interés especial. Siempre lo tuvo. Cuando viví en el puerto de La Luz largos años, estuve inmerso en el ambiente marinero y porteño y allí durante años fui feliz. Era yo joven y tenía salud y me creía valiente, que esto vale mucho. Por La Isleta, por El Confital, por El Refugio, por entre los varaderos y los muelles y las dársenas, yo deambulaba a diario respirando el aire salino impregnado de románticas aventuras náuticas en busca de mi propio yo, piloto arrepentido, frustrado marinero en tierra. A diario yo hablaba con viejos lobos de mar, siempre tan locuaces e imaginativos, y de esta manera aliviaba mis ansias, remendaba así las roturas de las velas de la ilusión, plegadas en el fondo de mí mismo, sin despliegue posible en mi circunstancia personal de náufrago fallido. Los viejos hablaban, yo escuchaba, y a través de sus narraciones yo me sentía renacer, revivir, resucitar reencarnado en sus propias peripecias oceánicas. Así fui tirando atrás los años, con el desconuelo engarzado al alma, pero feliz, porque

era joven y tenía salud y me creía valiente.

Hoy, siempre que puedo merodeo por los rincones costeros de esta isla mía natal, a veces con la caña auestas, a veces sin caña, pero con una gran ilusión de olas, y singladuras, y rumbos, y pleamares, y bajamares auestas. Yo, internado tierra adentro, necesito más que nadie ver el mar, y ése es mi sino. ¡Ah ese sino de los hombres, de algunos hombres! ¡Oh Prometeo encadenado! Y ¡oh imaginación, grandiosa imaginación salvadora de los hombres, de algunos hombres! Gracias a la imaginación muchas personas se salvan, unas de la locura, otras de la amargura, otras de la inutilidad total y de la chifladura. Hay quienes han llegado hasta imaginar a Dios, a imaginárselo quién es y cómo es. Es cuando la imaginación simple se convierte en imaginación creadora, que es lo mismo que salvadora.

Sin pretender aferrarme a la imaginación creadora, que esto ya es más difícil, yo me imagino desde aquí, en este refugio de mi cráter, tierra adentro, la zambullida. Y lo primero que hago es volver a la niñez. O mejor que a la niñez, a la pubertad, pues éramos púberes entonces. Desde lo más alto del Puente de las Bolas, Domingo Noda, mozalbete y galletón atrevido como nadie, dio un salto y se lanzó de cabeza al mar. Fue una gran zambullida, grande por lo menos de altura. Cuando salió a flote amoratado y casi asfixiado, poco menos que muerto, todos los chiquillos aplaudimos, admirados, enardecidos. Y Domingo Noda, hoy jefe de parque con vara membrillera en ristre, se convirtió enseguida en nuestro jefe de pandilla.

Pero no es ésta la zambullida a la que quiero referirme en el título. La gran zambullida es otra. La gran zambullida es esa otra que estoy atisbando desde aquí, donde me encuentro encaramado, en la roca más escarpada de mi cráter. Nadie me ve, pero yo estoy viendo muchas cosas, entre las que destaca ella, la gran zambullida.

No quisiera ser motejado de malagorero, derrotista u otros mote por el estilo; pero tengo que decir que la gran zambullida a la que me

refiero no es otra que la zambullida toda entera de la Isla. ¿Indicios, motivos? Están a la vista de todo el que los quiera ver.

A Lanzarote la están hundiendo. Así como salió del mar, según la teoría de la Atlántida, volverá a hundirse irremediablemente bajo el mar. ¿O es que —pregunto yo— podrá soportar la Isla el peso de tanto cemento y tanto hierro?

La razón más patente, y más contundente, y más reciente: el agua. Por poquito hemos escapado de ahogarnos en sed. Esta es la zambullida. No se ha pensado en otra cosa que en construir, en construir más y más, porque la construcción es el negocio más rentable, y todo quisque construye, porque todo quisque quiere ser propietario y ganar más, cada vez más...

Ya me parece que lo cité, en otra ocasión, al refrán ese que dice que la ambición rompe el saco. En Lanzarote, como continúen las cosas así, va a haber mucho saco roto. Hay que ir despacio, amigos. Hay que detenerse un poco a pensar en las consecuencias, lejanas o más o menos cercanas, de tanta ambición, de tanto afán de lucro, de tanta fiebre de ganancias, de tanta locura.

Lo del agua quizás haya sido un aviso. Hay que frenarse, amigos. ¿Qué me dicen ustedes si de repente, por las causas que sean, se frena la corriente turística? Al que cogió acelerado, el frenazo lo hunde, lo zambulle definitivamente.

Ésta y no otra es la gran zambullida a la que está expuesta la Isla toda entera de no tenerse más conciencia real de los hechos, de la vida, de lo que en sí constituye y debe ser la vida humana: digna, austera, solidaria, cristiana...

El perro roncote

A través del canuto esquinado que sale de mi cráter, canuto lávico, estoy contemplando un perro. Corre el perro, o corretea más bien, por las calles de Arrecife, por callejones, por los parques con flores y por la vieja Plazuela seca y por los muladares del extrarradio, basureros de los barrios olientes y malolientes, chiqueros de la pobreza humana y la desidia. Otros perros se ven también, sin ser éste que señalo, corriquiando por la ciudad, parados en las esquinas, levantando la pata en los portales y las ruedas de los coches. Éste que señalo, o sea, el que veo a través del tubo lávico, parece distinto, más humanizado, mejor recortado en su silueta perruna de animal que no se conforma con la suerte común de sus hermanos, al fin y al cabo aislados, y salta y brinca a veces y hasta baila cuando le parece y le viene en gana. Éste es el perro que he querido llamar perro roncote. Y ustedes verán el porqué del calificativo.

Me costó dar con su amo. Le seguí el rastro al perro por toda la

capital, indagando, preguntando, hasta que al fin me tropecé con Maximino. Y Maximino me dijo: “Ese perro es mi perro”. Y Maximino me contó: “Apareció el perro en mi casa como aparecen todos los perros: porque sí, o como si tal cosa. Total, me dije, un perro siempre es un perro y no hay por qué darle patadas ni matarlo, y lo dejé. Era chiquito y juguetón, y yo me divertía viéndolo jugar aunque mi mujer no era de la misma opinión, pues los perros siempre ensucian y las mujeres son las mujeres. Y el perro fue creciendo y yo me fui acostumbrando al perro, a sus juegos, a sus travesuras, y a su mirar humano, o casi humano, o más que humano... En fin, que un día llegó a mi casa y echo de menos al perro. Lo busqué por todo Arrecife, y por las afueras, y por los campos. Nada, me dije, a éste se lo cargaron, seguramente murió bajo las ruedas de un coche, con tanto coche... No fue así, pues pasarían unos tres meses y ya estaba conformado a no tener más perro cuando, de repente, sin más ni más, el perro que entra por la puerta, tan campante. Venía gordo, casi rollizo, y bastante contento, pues empezó a bailar enseguida y a acariciarnos a todos con su hocico respingón y sus ojos vivarachos. Pues nada, me dije y se lo dije a mi mujer, a éste seguramente lo han tenido encerrado en una casa donde se ve que no falta la comida, una especie de rapto perruno... Pero pasaron unos quince o veinte días, poco más o menos, y, de repente, el perro que vuelve a desaparecer, de la noche a la mañana, como la otra vez. No me preocupé [de] estarlo buscando, ¿para qué? Y esperé. A los tres meses, día más día menos, el perro que entra tan campante por la casa, gordo, planchado, contento, aunque un poco oliendo a pescado o a marisco, eso sí. Caramba, me dije, esto ya me está escamando. Y aceché al perro. Lo aceché día y noche durante semanas enteras hasta que lo trinqué. Lo oí trasponer de madrugada casualmente, pues estaba durmiendo, y me salí corriendo en calzoncillos, cogí el coche y lo seguí, sin que él se diera cuenta. Gracias a que a esa hora no funcionaban los semáforos, pude controlarle la distancia y tenerlo siempre a la vista. Y veo, a la vuelta de una esquina, que el perro coge por la Calle Real y embica por la boca del muelle pesquero. Aceleré y pude llegar a tiempo de ver cómo de un brinco saltaba a bordo de un barco y se ponía a bailar, sobre cubierta, haciéndole corro un grupo de marineros. Me pareció que el barco, uno de los pesqueros

que faenan en la costa de África, no esperaba sino la llegada del perro para zarpar, pues soltó amarras enseguida y se alejó del muelle...”.

Felicité a Maximino por su perro y me volví a mi cráter. Un perro roncote. Increíble. Qué caso más raro, qué caso más extraño y qué bello, qué bonito. Bello y bonito porque en él yo quiero ver el alma marinera de Arrecife, su alma costera y roncotil, que no se ha perdido, que aún alienta en la ciudad, en los corazones, en las azoteas de El Lomo y Puerto Naos, en las discutidas aguas del Charco de San Ginés y en el instinto de los perros vagabundos.



Boca del Muelle con la Calle Real al fondo, años 20.

Foto: Aquiles Heitz. Archivo fotográfico de Alberto Lasso.

La calle Porlier

Quizás sea la calle con más enjundia de Arrecife. Calle corta, de escueta envergadura; pero con una solera y un atavío sentimental, que pocas, muy pocas calles de Lanzarote y fuera de Lanzarote tuvieron antaño tan arraigada personalidad. Hoy es distinta. Hoy es una calle cualquiera de las tantas que abundan abarrotadas de tiendas y escaparates y ruidos y humos y banales inquietudes humanas. Está muy vistosa, eso sí, con unos edificios enormes de pisos y más pisos superpuestos que no parece sino que anduvieron a porfía los arquitectos a ver quién se empinaba más, o los dueños. Es, sin duda, la calle de Arrecife que más ha crecido hacia arriba, que a lo largo estuvo siempre impedida de crecimiento y prolongación. Y así son las cosas: si en un principio hubiese enlazado en recta con la de Fajardo, de seguro la calle Porlier, hoy Cabrera Tavío, hubiera competido en todo momento con León y Castillo, calle a la que ninguna otra jamás osó disputar el título de arteria principal de la ciudad.

Pero no es mi ánimo describir lo que para mí ya ha perdido todo interés. La calle actual no me entusiasma, no me dice nada, me es indiferente. Guarda para mí un gran respeto y una gran admiración la otra, la de antaño, la plana y chata y acostada: la calle Porlier. Y de ésta es de la que voy a hablar.

Las calles son como las personas: o tienen carácter o no lo tienen; o tienen originalidad o sólo el mimetismo de lo original; o tienen alma o no tienen sino cascarón, la cáscara del alma. La calle Porlier, sin duda, fue una calle pintoresca, con un carácter tremendamente propio, propiamente suyo, de su única incumbencia. Singular humanidad respiraba la calle Porlier por todos sus costados, por cada puerta y por cada ventana y por cada zaguán. No sé si mi numen me ayudará a captar con fidelidad los rasgos variopintos de esta humanidad. Voy a intentarlo. Y voy a empezar por arriba, por la tienda de Isabelita, ubicada en la esquina norte, frente a la latonería de don Roque.

Eran dos hermanas: Isabelita y Lolita. Isabelita era viuda y siempre se la veía detrás del mostrador, despachando azúcar y otros alimentos, con su cara llena de regocijo y su pachorra de mujer aventada de rencillas y triquiñuelas pueblerinas. Ayudada por su hermana Lolita, tan empolvada a todas horas y tan blanca, entre las dos llevaban el negocio como Dios manda, honrosamente, ganando lo puramente justo para vivir y dando vida a la vecindad no sólo con los víveres que pasaban por sus manos, sino también con los sanos consejos y las palabras de consuelo a los desdichados. Muchas desgracias personales y mucho dolor del alma mitigaron Lolita e Isabelita. Ellas sabían que el hambre del pobre es hambre amarga y por eso fiaban a los pobres...

Al otro extremo en diagonal, haciendo esquina con La Plazuela, la tienda de Vicente Torres. La pulcritud y la limpieza resplandecían. Y la educación. Jamás Vicente Torres se molestó ni alteró su voz frente al comprador brusco o ignaro que gritaba y armaba escandalera. Muy delicadamente y muy diplomáticamente él lo dominaba, lo reducía al silencio, le hacía reconocer la gamberrada y el gamberro se huía con las

orejas gachas. Muchos señores respetables allí iban a tomarse el aperitivo —la cerveza o el coñac— y aguantaban de pie horas enteras en un recodo del mostrador hablando entre sí y escuchando la palabra de Vicente Torres, parca pero siempre justa, precisa y acertada en cualquier tema aunque el tema fuera de lo más complicado y escabroso: filosófico, antropológico, político...

Los días de Correílo, martes y viernes, la calle Porlier resplandecía sus colores más vivos de arteria urbana rumorosa y bullanguera. Las gentes entraban y salían en la oficina postal a buscar sus cartas, y señor Gabriel los atendía a todos, saliendo después corriendo como un gamo a repartir a domicilio.

Mientras tanto, señor Victoriano en su cantina a mitad de la calle, frente a la del Sol, a más de vino despachaba ron, baratas bebidas populares al alcance del más pobre. Alto y delgado, con su faz de rasgos reseco a lo Greco, nadie, en el boliche de señor Victoriano, se sobrepasaba, ni siquiera el borrachito pendenciero con ínfulas de matón. Cuando la riña iba a empezar, señor Victoriano levantaba su enorme mano guanche por encima de las cabezas y decía: “En mi casa no pelea nadie porque yo no lo quiero”, quedando todos apaciguados al instante, mirándose unos a otros y mirando arrepentidos a aquel hombre que los electrizaba con el gesto y con su expresión de patriarca bíblico, o de anacoreta.

Enfrente, la pensión de doña Rosario. Allí se hospedaban los maestros de escuela que llegaban destinados, hasta que encontraban casa o se casaran, y comisionistas y viajantes. Entre los maestros estaba aquel don Pedro, peninsular, sucedáneo de Unamuno solamente por la barba, que compraba todos los días viejas secas para comerse las escamas, pues se le metió en la cabeza que las escamas de las viejas contenían un fósforo especial para el cerebro...

El fondo musical de la calle estaba a cargo de don Castín, aquel hidalgo, aquel caballero amante de las bellas letras que escribió poesía y trajo a Lanzarote el primer microsurco de gramófono. Ponía el gramó-

fono en el zaguán y a cualquier hora se formaban corros en la acera hasta la noche, en que don Castín presentaba sus excusas a la gente aglomerada y guardaba el gramófono. Gustó tanto “Ramona”, última novedad musical allá por los comienzos de los años treinta, que más de una semana estuvo en cartelera el disco. “Ramonaaa la vida pasa y se va...”. Y tanto que pasa y que se va.

La calle Porlier tenía también su actividad industrial. Por un lado, el taller de zapatería de los hermanos Saavedra —don Pepe y don Miguel— y, por otro, la latonería de don Roque. Don Pepe y don Miguel se turnaban en la dirección y control de la zapatería, donde el zapatero confeccionaba y remendaba zapatos, y ellos, por turno, vigilaban. Las tertulias en el taller eran de las más variadas especies, imperando el tema de la cacería. A veces, discutían los hermanos tratando de imponer cada cual su opinión sobre el perfecto cazador. Pero lo cierto es que en el ejercicio de la caza, siempre los dos juntos, el que cazaba era don Pepe, limitándose la labor de don Miguel a otear el paisaje con el catalejo. Subido a la morra o en el paredón, cuando columbraba a la Guardia Civil, pitaba, y don Pepe se escondía. Muchas veces la jornada de caza consistía en don Miguel pitar y don Pepe esconderse. Así todo el largo día.

Una de las figuras más originales, quizás entre todas las que florecieron en la calle Porlier, y tal vez en Arrecife y en Lanzarote, fue don Roque. Atravesaba siempre la calle muy serio y muy derecho, siempre con cuello almidonado y pajarita, abría la latonería y se ponía a remendar cacharros: calderos, regadores, foniles, escupideras... A todas horas se veía a don Roque manipulando [...] la fragua y la hojalata sin inmutarse, reluciente de blancura el cuello duro, impecable la pajarita, que jamás se quitaba. ¿Dormiría también don Roque con su cuello almidonado y su corbata de pajarita? Algunos que lo trataron y fueron sus amigos así lo afirmaban. Pero esto es algo que con certeza nunca se llegó a saber.

Y perdónenme los lectores que, contra mi costumbre, en esta crónica de la calle Porlier me haya alargado un tanto; pero es que en esta calle nació yo.

Saneamiento y descontaminación

Arrecife tendrá pronto cloacas. Menos mal. Porque si no, mal íbamos a andar. Tan mal, que de seguir las cosas así, sin la adecuada red de alcantarillado que toda ciudad requiere y exige, ya podemos suponer nos cuál sería a la postre el final de Arrecife: hundido en la pestilencia, ahogado en sus propias emanaciones de sumidero y de retrete.

Ciento cincuenta y dos millones de pesetas ha dispuesto, o va a disponer, el Ministerio de Obras Públicas para acometer la empresa. Esos ciento cincuenta y dos millones salvarán a Arrecife. Como toda ciudad moderna, la capital de Lanzarote podrá de esa manera sanearse, curarse en salud, presumir de ciudad limpia, saludable, higiénica, aséptica, que eso dice mucho de un pueblo, le da categoría, lo eleva, le da cartel... nacional e internacional.

Después, ya saneado Arrecife en su fondo y trasfondo de subsuelo y de cimientos, ya descontaminadas sus aguas ribereñas, hay enseguida

que ponerse a pensar en la descontaminación atmosférica y en la otra, en la que no es líquida ni sólida ni gaseosa, pero que tiene tanta y aun más importancia todavía: la descontaminación de las mentes, el saneamiento moral de las personas. Porque ¿qué sacamos con tener limpio el cuerpo si el alma está ensuciada? Mejor dicho, ¿de qué podemos jactarnos si en el fondo de la persona más pulcra y acicalada se esconde a lo mejor un monstruo? Y entiéndase bien que llamo monstruo, o para mí es un monstruo, todo aquél que con tal de enriquecerse no repara en el procedimiento. Se ha cometido tanto atropello en Lanzarote, se han hecho tantos negocios sucios “incautándose” de tierras que pertenecían a pobres gentes y engañando y explotando a pobres gentes, que se impone una fumigación total del ambiente, una desinfección plena del ente moral, un dragado a fondo de las conciencias.

Muchos creen que a mí me gusta zaherir. Muchos, a través de mis escritos, han llegado a creerse que soy un aguafiestas, una de esas personas derrotistas y con mala uva que todo lo encuentran mal, que no se conforman, que tiran acá y allá los tiestos rotos por el simple gusto de tirar, de molestar. Es posible que yo, como cualquier otro isleño, tenga mis ratos de malhumor, incluso hasta mis personales paranoias —tan propiciatorio de las islas, al decir de neurólogos y psiquiatras—. No lo discuto. Sí estoy dispuesto a discutir que mis crónicas sean, como muchos —o algunos— dicen, el producto de una sistemática actitud, pensada y meditada, de atacar por el placer mismo de atacar. Aunque el hombre en sí y por su propia naturaleza es un ser agresivo y pendenciero —¡oh las guerras, tanta guerra como ha sufrido la humanidad, y tanta riña casera, y tanta gresca cotidiana entre vecinos y entre hermanos!—, al respecto quiero manifestar que no soy ni nunca fui hombre de pelea; más bien —y puedo demostrarlo— un pacifista, amante de la ecuanimidad y la ponderación. Aunque no —eso sí— un manso en el sentido ese que da el libro bíblico al vocablo de... masedumbre a ultranza.

Aclarado esto, en evitación de equívocos, vuelvo al tema de las cloacas y la moral. Y digo o, mejor, insisto en que después de que Arrecife quede limpio y descontaminado en su configuración material de casas,

calles, plazas, avenidas, playas y marismas, hay que limpiarlo interiormente, alma adentro. Para ello no se necesita dinero ni recurrir a los altos poderes públicos, sino simplemente una actitud de dignidad colectiva —voy a denominarlo así— por parte del pueblo, de los hombres y las mujeres de Lanzarote que aún, ¡y gracias a Dios!, no se han dejado arrastrar por la corriente esa materialista y depravante que de unos años acá azota y barre a la Isla como un vendaval.

Esa actitud de dignidad colectiva ya pueden suponerse ustedes cuál será: el desprecio, el aborrecimiento hacia todo aquél que en Lanzarote no se ha preocupado sino de sí mismo, de su medro y de su lucro, sin importarle un pito los intereses generales de la Isla; el desprecio y el aborrecimiento claramente manifestados en las relaciones y trato social a todo aquél que se enriqueció con artimañas a costa del desvalido o del ignorante; el desprecio personal y el aborrecimiento de tú a tú, cara a cara, al oportunista, al logrero, al que se aprovechó de unas circunstancias para apropiarse de lo que no le pertenecía... Media isla de Lanzarote, o casi media isla, ha sido malvendida, con trucos de propiedad camuflada, con usurpaciones de derechos y viles e ignominiosos procedimientos... Que ha sido así, que ha sucedido así para vergüenza y escarnio de los aprovechados, es público en Lanzarote, *vox populi* no solamente en Arrecife sino en todos los pueblos de la Isla. A esto me atengo yo. Porque sólo he querido, en esta crónica, reflejar la verdad imperante, esa verdad que está a la vista de todos y que nadie hasta hoy se ha lanzado a propagarla a través de un órgano informativo.

La Plazuela

La Plazuela también va transfigurándose. Ya se la llevan a más de la mitad desbaratada. Dentro de poco, en cuanto echen abajo el vetusto caserón que da albergue al cuartel del benemérito cuerpo —la Guardia Civil—, adiós muy buenas, adiós Plazuela.

La Plazuela, antes, tenía un particular encanto. La Plazuela guardaba en su periferia de casas chatas una impronta, un marchamo inconfundible, un sello especial de dibujo y color, que muchas plazas verdes impecablemente trazadas para sí quisieran su prestancia, y su desvío, y su albedrío. No tenía un solo arbolito y, cuando el tiempo sur arreciaba con tormenta, en las mareas altas La Plazuela se inundaba, quedaba nagada, y allí los chiquillos, si queríamos, jugábamos a barquitos de vela y hojalata y a la pesca improvisada del cabozo. El oleaje entraba por el callejón del Casino, llegaba a La Plazuela y en el remanso se encharcaba formando un lago aprisionado entre zaguán y zaguán y el achaflanado chaplón de piedra viva. Bueno..., más que lago voy a decir laguneta, que ya está bien.

Sólo tres edificios se alzaban en dos plantas: la casa de don Manuel Camejo —o, por lo menos, donde él vivió—, la hoy cuartel de la Guardia Civil y la de Eduardito *el Relojero*. Así, el sol batía el empedrado de la mañana a la noche. Las casas terreras utilizaban todas la clásica persiana y por eso, cuando uno pasaba, se sentía como bañado por una lluvia de ojos. Las altas, las de dos plantas, que, como he dicho, eran solamente tres, no necesitaban persiana para vigilar. El espectáculo, a veces solitario y sin un alma, de La Plazuela acostada y dormida se oteaba desde arriba, sin dar la cara, que era lo principal. Ver sin ser visto.

La casa de don Manuel Camejo, situada al poniente, como un barco apotlado en calma chicha presidía arquitecturalmente y estilizadamente el conglomerado urbano. A un lado, Canalejas, ancha y alargada hasta alcanzar El Reducto; y al otro, el callejón del Riego, y un poco más allá, el Liso —el de don Bartolo Rijo—. La casa de Camejo entre ellos camaronaba el paisaje. Encabezaba, por su situación y por su estampa, el cortejo pétreo de las mansiones bajas de albañilería arcaica, primitivas edificaciones de gruesas paredes de cal y barro, de anchos portales y ventanales cumplidos.

Qué distinta la actual fisonomía... Con sus altos aleros y sus ventanas achatadas y sus amplios escaparates comerciales, hoy La Plazuela es un trozo urbano más de una calle cualquiera de cualquier ciudad moderna o de un pueblo cualquiera. No dice nada, no significa nada, no proyecta al cielo abierto nada que huela a vida intensa y honda, a ideal, a pensamiento y meditación y lucubraciones detrás de la persiana.

Con la barbería de Toledo en los bajos del popular Culantrillo —sociedad de bailes y recreo—, la de Guadalupe, en La Plazuela, por hallarse más próxima al Casino seguramente tenía empaque de rancia aristocracia. Los hermanos Guadalupe manejaban la tijera y la navaja con una seriedad impenetrable, rasando rostros y repelando testas que, si no coronadas, sí pudiéramos decir privilegiadas, ya que ellas constituían la coronación intelectual del todo Arrecife. Yo no he visto barbería más silenciosa. Allí nadie hablaba. El saludo de llegada y el adiós de des-

pedida eran palabras únicas. Y es que La Plazuela parecía imponer en todos los contornos el hondo recato íntimo de su alma adormilada y siempre vigilante. Los pasos de los señores sin capa ni espada por el callejón del Casino resonaban en La Plazuela como ecos de un andar fantasmal en la noche sin estrellas. De día, los ecos se perdían en lontananza con el rumor del mar..

Y no diré nada más de La Plazuela. No está todo dicho ni mucho menos, y su misterio sigue dormido en el tiempo y la memoria. Y no diré nada más porque hay cosas que es mejor callar, y yo las callo. Lo que no puedo callar es la lástima que siento ante el destartalamiento total de la faquía ancestral de La Plazuela. Y digo, y pregunto: ¿por qué todas esas moles insulas de cemento no las levantaron allá, más lejos, hacia El Reducto, por allá del cementerio, cabe “La Gufona”, por ejemplo? Que crezca la ciudad hacia el Sur o hacia el Norte o hacia donde sea, pero no hacia arriba, matando lo verdadero, que es lo viejo... ¿O acaso no?



La Plazuela, años 20.

Foto: Aquiles Heitz. Archivo fotográfico de Alberto Lasso.

La escalinata y el farol

En esas deambulancias a contrarrumbo y sin dirección única que acostumbro hacer de un extremo al otro del caparazón arrecifeño, inconscientemente, mis pasos a menudo buscan el mar, las orillas del mar, los aledaños ribereños frente a los arrecifes rocosos, que resaltan en la marea baja flotando en las marismas y en los charcos de aguas blancas a veces, no tan blancas otras, que el verdinoso encenagamiento de los fondos alfombrados de algas y musgos suele dar la tónica cromática a los reflejos del sol bajo las olas. Es mi afición marinera. Es mi soterada y redomada inclinación a las faenas náuticas, mi enclave anímico, mi *entretien* vital. ¿O no será mi *hobby*, acaso? Quién lo sabe... Al menos, esos paseos cara al océano sé que me sirven de evasión o, quizás sería mejor decir, de liberación del pensamiento cuando el pensamiento se retuerce encadenado.

Y me hallo, de pronto, intuitivamente, en el diminuto y antiguo muelle de la no menos antigua y ya desaparecida Pescadería, que el Casi-

no Club Náutico vino un día a suplantar. Y junto al farol soñé porque tenía que soñar. Y allí, contemplando de arriba hacia abajo la escalinata de cantos acanutados por el tiempo, empezaron las rememoranzas.

¡Qué distinto todo, alrededor del solitario farol! El farol sigue allí montado en su poste, cabeza de poste que tantas noches alumbró con sus mortecinos destellos de petróleo el embarque y desembarque del roncote fornido, de pies encallecidos, de callos carcomidos y bichocas. Al lado del farol, y como remando hacia atrás en el tiempo, en un[a] ciaboga fecund[a] y milagrer[a], donde los yates anclados y los barquitos deportivos de juguete relucen sus arboladuras primorosas, veo yo fondeados a potala honda los veleros rudos del esfuerzo, y las lanchas, y las chalanas, y los barquillos de pesca de dos proas con el palo de la vela tendido y el remo acostado a una banda, agarrotado. Y veo subir por la escalinata, resbaladiza y mugiente, la cara colorada del roncote que jadea con la cesta al hombro, rebosante de besugos, y zalemas, y sargos, y fulas, y bogas, y chopas y bocinegros vivitos todos, oliendo todos a mar, a olas, a vientos y a brisas y a vida sana mental y estomacal que viene de allá dentro del océano y se extiende como una convólula por el cuerpo de la población arrecifeña, aún dormida en la madrugada de siempre, en el amanecer de cada día.

Y en la Pescadería, hoy Casino Club Náutico que levanta sus muros en el mismo enclave, las mujeres vendedoras y las amas de casa —y algún “amo”— que vienen a la compra. Y nada de hielo, porque no había hielo. Pero había la cachucha. El pescado, como estaba vivo y se vendía vivo, el que no se vendía iba a parar a la cachucha, y al siguiente día o al otro se vendía vivo. Nada de neveras ni frigos ni otros modernos y utilitarios artefactos. El pescado se mataba coleando para guisarlo. Y como el pescado, la res, el cerdo, la cabra. Y también el pollo, la paloma, el gallo. Y el conejo y el cordero. Y el pavo moco.

Al lado del farol y mirando la escalinata por donde todavía suben chiquillos que se bañan y se zambullen como antaño, me doy cuenta de que esta escalinata y este farol son algo que aún queda —de lo poco

que ya queda— del viejo Arrecife. Porque el islote de Fermina, llamado por algunos del Francés y, no sé por qué, también islote del Amor, está desapareciendo o lo van desapareciendo. En ángulo marino, entre farol y farola —la heroica farola del antiguo muelle comercial—, el islote de Fermina relucía amarillo y dichoso, y ya no luce ni amarillo ni nada. No sé lo que van a hacer con él, pero lo que sé es que ya no luce como islote, sino como cabo o promontorio a base de cemento y bloques. Se han empeñado en ir desbaratando lo natural y sustituyéndolo por lo artificial, que ya no sabe uno qué decir ni qué pensar...

Y después de ver estas cosas y otras cosas allí, junto al farol y la escalinata, como si fuéramos tres amigos y ellos me hablaran, me vuelvo a mi cráter porque creo que, llegado el momento, donde uno mejor está es escondido, apartado, agazapado... en un cráter de volcán o en cualquier parte. Como decía el atormentado poeta parisién, “lo esencial es irse, a donde sea, pero que sea lejos”. Y yo me voy a mi cráter.

Las Cuatro Esquinas

Todavía queda en Arrecife algo del viejo Arrecife. Todavía están ahí, firmes contra el tiempo y las circunstancias y la vida, las Cuatro Esquinas. Son cuatro, cuatro nada más, ¡pero qué esquinas!

Una abre la calle que se lanza hacia Puerto Naos bordeando casi el Charco y dándole sentido urbano al barrio roncotil por excelencia —El Lomo, donde el olor a pescado seco y a brea se cuelga aún de las narices—, y las otras —las otras tres—, cada cual a su manera enmarcando la circulación de coches y peatones que orientan su rumbo hacia la Villa, por la carretera, o hacia el viejo molino destartalado en lo alto del morro rocoso solitario, o hacia el entronque de la carretera del centro por Cienfuegos, o hacia el marismeño parque municipal por la comercial y fenicia Calle Real —León y Castillo—, arteria principal de la ciudad, que se remata aquí, en el enclave de las Cuatro Esquinas, corazón indiscutible del cuerpo urbano arrecifeño.

Y al llegar aquí, a estas lindes del relato, y de repente, no se me ocurre otra cosa que un símil fisiológico. Permítaseme este símil fisiológico. Para ello se hace necesario mirar a Arrecife como si fuera un animal, un mamífero, un vertebrado. Su cuerpo material vibra, se sacude, se estremece, se congestiona y descongiona igual que cualquier otro animal en sus necesidades vitales de pervivencia, orgánicas de nutrición y excrementales. Bien. Ahora no falta ya sino mirar a Arrecife de arriba abajo, con ojos engafados de galeno, o de simple curandero —curandero de pueblo—. Enseguida salta a la vista la función vital o, mejor dicho, el órgano vital de la función anímica total del conjunto fisiológico: el corazón. En ningún otro lugar puede estar este corazón, el corazón de Arrecife, sino en las Cuatro Esquinas. Sin lugar a dudas, está ahí, ni más ni menos. ¿O acaso no lo ven ustedes así? Observen bien: arteria principal, donde, si se produce la arterioesclerosis y sobreviene el infarto, éste es mortal, la Calle Real; arterias secundarias, pero también importantes, las calles de Jacinto Borges y de Cienfuegos, que, si llegan a taponarse, inmediatamente Arrecife queda sufriendo de insuficiencia circulatoria, parcial y a las bandas.

Y aquí hay que hacer de nuevo un alto para decir que no fue mi intención, al ponerme a escribir, salirme con esto del corazón. No. Todo lo contrario. Mi intención era bastante dispar, o desapareja. Era describir el ambiente, las personas, la vida que late y rebulle y se retranca en el *endroit*, en el lugar, en la parcela urbana de las Cuatro Esquinas, de tanta parsimonia antigua y tanta alegría y tanta vida honda y tanta humanidad y tanto pleito entre roncotes y paletos... “¡Pleito en las Cuatro Esquinas!”, y todos los chiquillos salíamos corriendo.

Los pleitos en las Cuatro Esquinas entre hombres de la mar de Arrecife y hombres de la agricultura de los campos, y a veces entre éstos y aquéllos y algún señorito, sí que eran pleitos de verdad. Nada de pantomimas de amenazas y de insultos baratos. Los contendientes, sin ofenderse demasiado sino desafiantes, arremetían el uno contra el otro como el toro al trapo, ciego en la pelea, o tuerto, como el gallo inglés de raza. Después de hincharse los morros al puñetazo, empezaban los tras-

piés, las patadas y las mordidas, hasta que al fin uno de los dos pedía auxilio para que lo llevaran al hospital o a su casa, donde la mujer era enfermera fiel y con unturas y tazas de tila recuperaba a su hombre.

“¡Pleito en las Cuatro Esquinas!”. Aún me parece estar oyendo el grito que nos hacía correr para llegar a tiempo y coger buen puesto de espectador retrasado. Los pleitos solían durar una hora y más, y en este tiempo los espectadores, los mirones, iban apareciendo como hormigas en fila por todas partes. Aquello parecía un circo romano, lo que sin asientos. Al final, cuando el pleito terminaba, los comentarios duraban hasta el siguiente día, o varios días hasta que hubiera otro pleito. Igual que ahora con el fútbol, que no se callan la boca hasta el siguiente partido.

Ya no hay pleitos en las Cuatro Esquinas. Ya los hombres, roncotes y no roncotes, no pelean, limitándose al insulto personal y al desafío que generalmente concluye en una simple bofetada o en el simple amago de agresión camuflada. Ahora los hombres de Arrecife, roncotes y no roncotes, se dedican a estafarse, a explotarse, a denigrarse unos a otros porque lo que cuenta es el dinero, el negocio, la ganancia... Al pleito entre hombres ha sucedido el engaño entre los hombres.

“¡Pleito en las Cuatro Esquinas!”. Aún me parece estar oyendo aquel grito que hacía de Arrecife un pueblo noble, viril, caballeresco y glorioso, a pesar de la miseria, y a las Cuatro Esquinas el enclave de más sabor popular y humano de la ciudad dichosa, a pesar del hambre que reinaba y la miseria.

El último café-bar

Qué gran sorpresa y qué desilusión me llevé cuando lo vi cerrado, al único bar con prestancia, al único café que en Arrecife todavía guardaba rasgos de los cafés de antaño... Más tarde volví por allí y las puertas estaban abiertas; pero en vez de ver los corros habituales de contertulios tomando su copita o su café con leche, vi una serie de aparatos raros con bolas, que no descansaban en el ruido ensordecedor, y una serie de ejemplares humanos, en su mayoría galletones —galletón, de gallo: pollanco—, que, con sus patadas y gritos al acertar la jugada, no parecía sino que se estaban jugando la vida entera, o poco menos.

Los que todavía no hemos entrado por todas esas vías modernistas del actual vivir y nos resistimos a claudicar ante tamaña avalancha de innovaciones y exóticas costumbres, nos condolemos, nos maguamos. Yo he sentido condolencia y magua ante la desaparición del bar Janubio. Le tenía cariño. Me parecía, estando allí entre el humo de los cigarros y el aroma del café servido por Artiles —tan atento siempre, igual que

cuando servía en la vieja Democracia allá por los años treinta—, que todavía Arrecife era respirable. O me explicaré mejor: me parecía que todavía en Arrecife no había muerto del todo aquel ambiente de café, copa y puro al compás de la tertulia, que tanto caracterizó a la sociedad arrecifeña de hace unas décadas, o acaso de una sola década nada más. No era el Janubio un café de Bonilla ni mucho menos, pero sí guardaba algo de la ancestral idiosincrasia arrecifeña. Y yo me conformaba con este algo.

¿Hoy, adónde vamos? ¿Dónde podemos reunirnos algunos amigos a hablar y tomar café —o copas— sintiéndonos nosotros mismos? ¿Dónde encontrar un decorado parecido al de aquellos bares y cantinas de nuestra juventud? No lo hay. El mismo Casino Club Náutico es diferente al otro, al de antes, al de las tertulias de *Los Moros Notables* y su conserje Vicente atendiendo diligente siempre a los socios, pese a los callos. Y lo mismo puedo decir de la otra sociedad centenaria, el Círculo Mercantil. Sí, muy bonito todo, muy espacioso, muy funcional, muy moderno... Pero la vieja Democracia, con sus balcones y sus anchas escaleras de tea y sus pasillos y su patio, tenía un encanto que todas esas bonituras modernas no podrán jamás alcanzar. Los viejos caserones... Ya escribí una vez sobre los viejos caserones y dije lo que tenía que decir. Tanto el Casino como la Democracia [se] albergaban en viejos caserones, quizás los caserones más caserones de Arrecife. Que Dios los guarde. Que sus dueños traten de conservarlos como fueron, yo les aconsejo, porque ellos son algo más que un edificio, porque son reliquia. ¡Oh si yo tuviera dinero! No se me escapaban. Compraba todos los viejos caserones que aún quedan, y cuidado con que nadie los tocara. En último caso, me conformaría con uno solo, con la anciana Democracia, por ejemplo, y allí me encerraba, allí me encastillaba hasta la muerte, defendiéndome de todos los ruidos y todas las pantomimas de la calle, viviendo mi vida propia arrinconada, riéndome de todos los engaños y pillerías y subterfugios y baladronadas de esta civilización de consumo que nos ahoga y atosiga, y asomándome de vez en cuando a la ventana donde don Manuel Molina solía asomarse para desde allí contemplar, desde la altura, los bichitos humanos deambulando calle arriba y calle abajo...

Pero como soy un hombre pobre —¡cuidado: hombre pobre, no pobre hombre, no confundan!— entonces no tengo más remedio que jerin-garme en estas ilusiones del querer y el soñar...

Sin soñar, y sin querer, me he desviado un tanto de lo que intentaba decir. Y es que cuando se tiene un local abierto al público y este público, al través de los años, ha mantenido y ha beneficiado el negocio, no se debe, no se puede liquidar el negocio así por las buenas, o transformarlo, y al público que lo parta un rayo. Hay unas razones de tipo ético o moral. Hay que guardar un cierto respeto y una cierta consideración a la sociedad donde se vive. Porque todo en la vida, y en la misma vida comercial, no va a consistir en ganar, ganar y siempre ganar, en tener más, en engrosar cada día más la pella dineral —tradúzcase cuenta bancaria—. Porque... hay casos en que lo que no se gana en dinero se gana en estimación personal, en el aprecio de las gentes, en el agradecimiento de un pueblo a la persona.

El Echadero de los Camellos

Era una estación de transportes única en su género. Mercancías y viajeros se amontonaban a un lado y otro esperando la salida o la llegada. Los camellos, unos echados y otros de pie, esperaban pacientes la orden del camellero para dejar de rumiar y emprender la marcha con su carga a cuestras. Era un transporte lento, pero seguro. Las carreteras y los caminos vecinales de la Isla eran cruzados constantemente por estos “paquidermos enjutos” de estampa bíblica, y no había accidentes. Nadie murió nunca en accidente de camello por las rutas polvorientas de Lanzarote. Solamente una vez, según cuentan los más viejos, perdió la vida una anciana viajando de Tinajo a Arrecife al caerse de la joroba del camello donde iba acostada en cruz. Parece ser que el camello se espantó al ver cruzar el primer coche llegado a Lanzarote, un fotingo de pedal y alta capota colorada, y la vieja salió por los aires partiéndose la cabeza contra una piedra. El primero y único accidente mortal de la circulación a camello provocado por el primer coche que rodó por la Isla.

En el Echadero de los Camellos la gente no se impacientaba. Todos esperaban tranquilos a que les llegara su turno, y las mercancías iban siendo entongadas en el serón, o en la silla, o en el vaso. Arriba, en la cruz, iba el hombre, y atrás, enganchado a la trajarra, el chiquillo. La mujer solía ir en el burro, especie de prolongación hacia atrás del camello o, mejor dicho, especie de rabo prolongado del camello, que hacía de remolque, o servía de remolque. El burro venía a ser algo así como la trastienda del camello, donde se depositaba —viajaba— la carga sobrante o la mujer. Otra cosa era el camello sólo para viajeros. Entonces se enjaezaba con la silla de barandas y estribos, y las señoras y los señores iban cómodamente balanceándose y hablando de sus cosas, contemplando el paisaje, sin nervios y sin zozobras y sin prisas por llegar.

No había hora de salida ni de llegada. En cualquier momento que uno llegara al Echadero, allí estaba siempre el camello. Pero generalmente el viaje hacia los campos se efectuaba por la tarde, después del mediodía. Rara vez salía alguno antes de las doce, a no ser que se tratara de un caso de urgencia o enfermedad. Entonces se veía al camello caminar pausadamente con el enfermo apalancado en la joroba envuelto en una manta, o con el muerto, o con el cajón del muerto.

Pero todavía no he dicho dónde estuvo este Echadero de los Camellos. Sé que los de mi edad no tienen necesidad de que se los diga. Los más jóvenes, sí. Los más jóvenes no saben que el Echadero de los Camellos de Arrecife estaba ubicado en un punto clave de la ciudad. Es decir, no podía estar en mejor sitio que en el que estaba: en el mismo centro de Arrecife. Era, pues, una verdadera estación central.

El Echadero de los Camellos de Arrecife estaba en un terreno o solar que cogía el trozo de la calle Francos que va de Hermanos Zero-lo a Colegio y el grupo de casas que por el lado sur se alza entre ambas. Allí mismo. No sé qué extensión tendría, pero sí sé que los camellos, tuchidos unos y empinados otros, todos cabían. No quiero equivocarme, pero me parece que una vez conté, al ir a la escuela de don Jaime, en la calle Zerolo, más de cuarenta. Supónganse ustedes que cada came-

llo necesitara, para él y sus aperos, unos diez metros cuadrados, por lo que resulta que el Echadero de los Camellos venía a tener una superficie de unos cuatrocientos metros cuadrados, más o menos. No era mucho, más bien poco, aunque, a como está hoy el metro de solar en Arrecife, estoy seguro [de] que para más de un especulador constituiría, si llegara el caso, una apetitosa breva que no dejaría escapar por nada del mundo.

Ahora que el Ayuntamiento de Arrecife parece al fin tener conciencia de lo que es o debe ser una ciudad con categoría de capital —capital de isla—, que crece y se ensancha y se prolonga, yo he pensado si no sería posible un parque allí, una zona verde en lo que fue Echadero de los Camellos, o al lado. En todas las capitales que se precian de tales se ha visto cómo la piqueta de repente arremete y arrasa una manzana de casas y allí se plantan árboles y se clavan unos bancos para que los viejos reposen y respiren, y los niños jueguen y respiren. Sí, yo he pensado que el Ayuntamiento de Arrecife, como otros ayuntamientos, puede y debe expropiar también lo que haya que expropiar en vistas al bien común, para darle a la ciudad respiradero, para el bienestar y salud de todos los habitantes, de todos los ciudadanos...

Ánimo y manos a la obra. Fuera las viejas casas ya de por sí desmoronadas que se amontonan en triángulo entre las calles Zero, Francos y Colegio. Y que luzca allí un frondoso parque para regocijo de todos, para solaz y para orgullo de todos los arrecifeños. Si a esto un día se llega, al ir a bautizar el parque, que será sin duda un parque hermoso, yo propongo el nombre de “parque del Echadero”, o “parque del Camello”.

El Lomo

De cualquier manera que se mire al Lomo, siempre encontraremos en El Lomo el alma roncotal de la ciudad. En su época fue emporio de ganancias en el desafío pesquero entre armadores y patrones, habiendo familias, a las cuales no quiero citar, cuyas cuentas corrientes en los bancos eran abultadas y cuyo nivel de vida económica igualaba y hasta sobrepasaba el de los terratenientes y potentados de tierra adentro. Aquéllos contaban con el roncote fiel, siempre abnegado y siempre sacrificado, y éstos con el labriego rudo, sumiso y obediente siempre a la orden caciquil. Al roncote, si yo fuera pintor —simbólico o abstracto—, lo representaría simplemente como una gran bichoca, una bichoca todo su cuerpo supurante y retorcido, con miñocas —miñocas del Charco de San Ginés— saliéndole por los dedos de los pies y las uñas de las manos; al labriego lanzaroteño, como un callo inmenso toda su faz y toda su piel, con las espaldas encorvadas como corcovas de camellos. A base de estas bichocas y estos callos, los armadores y los terratenientes amasaban sus cuentas bancarias y se daban la vida que se daban,

la vida padre. Aunque hay que decir, en honor a la verdad, que terratenientes los había humanos, que no solamente a los labriegos trataban como seres humanos que eran, sino que incluso ellos mismos trabajaban la tierra y lucían callos en sus palmas, como Bartolito Bethencourt, de La Vegueta, por ejemplo. Armadores los había también conscientes de la verdad del prójimo y ellos mismos iban a La Costa y compartían con los marineros las duras faenas del arrastre de la corvina y pesca honda, como, por ejemplo, Antonio Márquez, de El Lomo. Pero éstos eran los menos. Los más eran los otros, los que no miraban la realidad circundante de pobrezas y abandonos, y no les importaba otra cosa que el propio medro personal y la riqueza.

Cuando se llega a El Lomo, barrio roncotil por excelencia, la vista se le vuelve al visitante hacia los callejones en cuesta que descienden y van a parar al Charco. Porque aquí, en los aledaños del Charco de San Ginés por su zona norte, es donde se agazapa la vida y el latir de este barrio tremendamente marinero y pescador, enormemente laborioso, pintorescamente alegre en los días enfiestados de la Pascua navideña, de San Ginés, de la Virgen del Carmen, de los mismos Carnavales. ¡Oh cómo gozábamos viendo y oyendo y contemplando las parrandas de los roncotes de El Lomo! El foritofó —el acordeón— lanzaba sus notas estridentes y monocordes al compás de la isa interminable, la alegre isa costera, y las máscaras de buche abrían paso a la parranda que recorría las calles de la ciudad llenando el aire de mil rumores marineros. De El Lomo subían y bajaban las parrandas por las Cuatro Esquinas, y los viejos y las viejas, los hombres y las mujeres, los chiquillos y las chiquillas, se mezclaban [en el] cortejo y todos participaban del regocijo común. No era un carnaval de Río ni mucho menos, ni siquiera en miniatura; pero, en cambio, se respiraba una euforia y una diversión de tal manera auténticas y simples, que yo no sé si en Río de Janeiro la alegría pura y salvaje del hombre carioca podría igualársele a la del hombre de El Lomo, de este Lomo nuestro arrecifeño, carnavalesco y roncotil.

El olor a pescado salado, a jareas secas y a mariscos es aroma perenne en el barrio, por dondequiera que se camine, por cualquier

calle que se cruce. Sé que a muchas personas no les gusta, o les desagrada, el olor a pescado; prefieren el de la carne, aunque ésta sea de res vieja, y arrugan la nariz al pasar por una marisquería o al pasar frente a ellos un roncote. Yo no se lo tengo a mal. Los gustos son los gustos y hay que respetarlos. Lo que no respeto es esa opinión de algunos referente a que la vida marinera —la del roncote— es una vida sucia porque huelen a pescado, o bien a engodo, o a carnada, los roncotes. En El Lomo, los chiquillos, antiguamente, iban desnudos por la calle con la panza al aire. Después se fueron vistiendo. Hoy los chiquillos de El Lomo son chiquillos tan bien vestidos y tan bonitos como los niños de Arrecife hijos de papás adinerados. Los tiempos han cambiado que ha sido una barbaridad...

En El Lomo, las mujeres ya no gritan ni pelean tirándose de las greñas. No tienen necesidad de pelear. La envidia se ha suavizado y los hombres beben güisqui como cualquier señorito encorbatado de Las Palmas o Madrid. En El Lomo, la radio y la televisión han hecho el milagro de la cultura popular incrustada a domicilio con el novelón rosa y la propaganda comercial. Y no es poco. Hay que alabarlo. No obstante, sigo añorando [...] El Lomo viejo. Sigo sintiendo por El Lomo de antes una especie de admiración equiparable a la admiración que se siente frente a una obra de arte, o cosa así. Aquellos hombres y aquellas mujeres guardan para mí un valor más que humano, a pesar de sus querellas y a pesar de sus parrandas. Ellos representaban en la comedia de la vida un papel único, un papel de fuerza primaria de la especie que muchos novelistas y muchos directores de cine para sí quisieran como argumento base de sus producciones artísticas, de fondo antropológico y social.

Pero eso se ha perdido. El Lomo ya no es El Lomo. Con los moto-pesqueros, las traíñas y los modernos aparejos, el roncote perdió su sentido vocacional y ya no le salen bichocas en las manos. Con los electrodomésticos, las mujeres de los roncotes ya no lucen sus robustas curvaturas de matronas romanas, y los chiquillos ya no son chiquillos, sino niños acicalados que van al colegio como Dios manda. Ni el acordeón se oye ya con su “foritofó-fo-foritofó” endemoniado y machacón

que rasgaba las noches oscuras lanzando al aire sus notas llenas de sal, y olas, y mil sinsabores y añoranzas.

Yo no quisiera más sino que un día, en cualquier lugar de El Lomo, luciera algo que recordara al roncote. No abogo por un “monumento al Roncote”, que esto es harto difícil, sino por algo más simple: por una “plaza del Roncote” o una “calle del Roncote”. Y esto no es tan difícil.

La Recova

Sin más ni más, yo pienso que la influencia mora en Lanzarote es patente. Ninguna otra isla fue tan visitada por nuestros vecinos africanos como Lanzarote. Que yo sepa, las correrías del morato Arráez y otros moratos se limitaron a nuestro territorio insular, librándose de ellas las otras Islas, incluyendo Fuerteventura. Tuvo, pues, Lanzarote un signo adverso de país invadido en su historia y antes de su historia. Esto, al menos, la diferencia de sus hermanas privilegiadas: su temor moruno. Este temor ha hecho al conejero algo desconfiado, como es notorio, desconfiado y alerta de sus propios horizontes. Todavía se ve en algunos pueblos del interior, cuando llega el forastero, una cierta desconfianza extraña en el rostro campesino. Son los resabios de las *razzias* morunas.

Otros elementos de esta influencia africana que se notan en Lanzarote se lo[s] debemos al marqués de Herrera, a quien no se le ocurrió nada mejor que apresar moros en la costa vecina y traerlos a Lanzarote para que le trabajaran las tierras. Los moros —dicen— tra-

bajaban como negros y coadyuvaban con su sudor a la prosperidad agrícola de la Isla. En pago, dicen que el Marqués, sintiéndose en cierta manera agradecido, les fue concediendo privilegios, tales como poder casarse con nativas y tener hijos y tomar la ciudadanía lanzaroteña; pero con ciertas condiciones, como, por ejemplo, que ni ellos ni sus descendientes salieran de Soo o de Goíme, lugares de confinamiento. La mayor influencia moruna en Lanzarote parte de estos moros libertos. No se iban a quedar para siempre en Soo o en Goíme, no eran bobos. Se fueron echando fuera, poco a poco, hasta regarse por todos los contornos de la Isla. Rasgos raciales morunos se observan en todos los pagos y pueblos, no solamente en Soo y en Goíme. Arrecife, la capital, tampoco escapa.

En Arrecife, a más del elemento étnico característico —tez morena, labio ancho, pelo fule (rizado), ojos saltones de mirada esquinada, etc.—, está la Recova como expresión inequívoca del sello moruno grabado a fuego en la piel conejera. No hay nada más africano y moruno en toda Lanzarote como la Recova de Arrecife. Pero eso no importa. Que el estilo sea árabe, gótico o mudéjar, eso no importa para que yo, hoy, pretenda decir unas cuantas cosas sobre lo que fue y significó la Recova en el Arrecife de antes, en el Arrecife antiguo y parrandal de mis amores.

Desde el amanecer, iban llegando las mujeres morenas con el sombrero de paja y el pañuelo tapándoles el rostro, montadas en sus burros, las alforjas repletas de rábanos y otras hortalizas y frutos frescos de la huerta arenera, o del jable. Los chiquillos acechábamos y, según iban llegando las mujeres, les ayudábamos a descargar las alforjas y, montados en el burro, galopábamos por detrás del Matadero hasta las cuadras, frente al Charco de San Ginés. Después, comiéndonos el durazno o el membrillo que recibíamos en pago, esperábamos la hora de la escuela. Aún sigue el grupo escolar en el mismo sitio donde, pegado a la Recova, don Mario y don Benito ejercitaban la tableta y sus personales dotes pedagógicas que salvaron de la ignorancia a tantas generaciones de chiquillos de El Lomo y Puerto Naos, y a mí. A las doce, al salir de la escuela, salíamos todos de nuevo corriendo a llevarle a cada mujer su burro.

Miguel Mancilla, el hijo del guardia, Pepote, Domingo *el Catorro*, Melito, Augusto *el Chole*... todos galopábamos y, al despedirnos de la mujer con su burro ya cargado, recibíamos otra vez el membrillo o el durazno. Y hasta el día siguiente. La Recova entonces quedaba como muerta, regando su olor a tomillo y yerba huerto por todos los contornos, más allá del Charco, por encima del Morro de la Cruz, donde las gaviotas anidaban antes de elevarse allí las factorías con sus pestilencias.

Pero la Recova tenía también sus días festivos y domingos pintorescos. Era cuando se celebraban en su coso las luchadas. Especie de circo romano en miniatura, sobre la arena fina se fechaban los hombres y apalancaban hasta extenuarse cuando un bando, a falta de luchadores, sacaba al forzudo. Así, Luis Rocha, de La Vegueta, llegó a doblegar por tierra a más de un experto luchador venido de Las Palmas: a fuerza de apalancar para atrás en un tremendo garabato, única lucha que sabía y con la cual —el garabato— los iba doblando hasta caer como costales, él siempre encima. *El Pollo de Uga* tuvo allí grandes tardes, gloriosas tardes, y otros afamados luchadores de la Isla cuyo recuerdo perdura en la memoria desvencijada de los más viejos.

La Recova, con su cariz moruno de templo de la verdura y la vitamina fresca, que servía los domingos de ruedo competitivo del deporte vernáculo y que tantas horas de alivio en el encierro brindó a los borrachitos que el guardia municipal llevaba al “cuarto de los ratones” para que allí refrescaran, tiene una significación honda en el corazón de Arrecife. A través de las rejas que separaban el “cuarto de los ratones” del patio a cielo abierto de la Recova, los borrachitos y los otros desperdigados de la sociedad arrecifeña que la autoridad municipal castigaba con uno o varios días de reposo eran felices. Y si no felices, al menos estaban bien alimentados al no faltarles la vitamina pura. Ellos pegaban la cara a la reja, y las buenas mujeres, condolidas, les daban conversación para alegrarlos y les daban el fruto jugoso de sus manos, desde el tomate al higo tuno, desde el membrillo amarillento a la breva colorada...

¿Esta Recova de Arrecife no debe ser tenida en cuenta y considera-

da, o declarada, monumento histórico o algo parecido? Es lo que me pregunto yo, sin afirmar nada. La Recova está pegada en el mismo bloque arquitectural que las aulas que formaron el primer grupo escolar de Arrecife. Ambos, la Recova y el grupo, funcionan, siguen cumpliendo su cometido, pegados, unidos, como manteniéndose firmes frente al tiempo y unas circunstancias que no perdonan. Yo pido desde aquí que se le perdone la vida por lo menos a la Recova. Y cuando se instale en Arrecife un gran mercado central, porque ese momento llegará, que se conserve la Recova como símbolo y expresión genuina de unas costumbres que se fueron y ya nunca volverán.

Puerto Naos

Barquitos de papel, muchos barquitos de papel. Barquitos de paja. Barquitos de palo, muchos barquitos de palo, estopa y lonas. Así estaba pintado Puerto Naos en la acuarela ignorada de los recuerdos inconcebibles, en el desván de la memoria de los nautas que ya murieron, que no existieron nunca, o no nacieron.

Juguete de puerto atlántico. Baratija de puerto. Perfil diminuto de puerto isleño sin muelle ni diques ni norays, sino con simple dársena natural abrigada de todas las tormentas, menos las del Sur. Siempre fue así. Pequeña cala, barra inexistente, bahía infantil para jugar barquitos de papel, barquitos de paja, barquitos de palo. Los palos lucían airosos y multiplicativos en el paisaje marino que abarcaba el ojo por acá del Castillo de San José. Palos altos, enfilados, esbeltos, y medios palos. El balandro y la balandra y la goleta y el pailebote recortaban sus siluetas mitológicas frente al Puente de Palo, o muelle imberbe de palo. ¡Cuántos huracanes el roncote rudo lanzaroteño sorteó entrando a la vela en

Puerto de Naos! Yo me acuerdo que las proas parecían sudar cuando llegaban los barquitos, y suspirar las popas, y rugir como dragones las quillas embistiéndoles a las olas. Las jarcias y los trinquetes y los botalones y las carlingas y las potalas y todo el casco desnudo de las embarcaciones parecían crujir despiadadamente, como invocando a Neptuno y renegando de todos los dioses míticos que se gozaban vomitando su furia contra los hombres. Pero el roncote conejero bien sabía de luchas contra el mar y se reía de Neptuno en su ignorancia atávica y se refugiaba en Puerto Naos cuando podía, porque, cuando no podía, sobrevinía la tragedia. ¡Oh roncote, roncote rudo, roncote fiel! ¡Cuántas fueron tus desgracias! ¡Y cuántas tus tristezas, y tus dudas, y tus castas remembranzas a través de las carcomidas quimeras en lo hondo del cráneo córneo, como caparazón de crustáceo sin repulsa posible en la guerra de los celos por la distancia prolongada y el tiempo distante!...

Toca ahora ver la otra cara de Puerto Naos, la actual del motor y la técnica y los adelantos náuticos de navegación y captura pesquera a cortas y largas singladuras. Ahora está encenagada la bahía, y huele mal. La bahía de Naos quedó estrangulada en su corriente y expele hacia el Charco las heces de su digestión maltrecha y sus ardores de tripa. La náusea de la bahía hace nauseabundo al Charco, y esto es lo malo, y lo que reclama urgente remedio. Puerto de refugio natural, la técnica naval se preocupó de darle más abrigo y lo consiguió. Es verdad que hoy Puerto Naos está más seguro que antes, el tiempo sur casi no le hace mella y por fuerte que venga el vendaval los barcos apotalados se sienten a salvo. Quedó Puerto Naos, como si dijéramos, anclado para siempre en el marisco firme de todas las seguridades frente a la bravura de la mar oceánica. Pero... se le descuidó la respiración, fuelle eólico, y se está asfixiando. Doble asfixiadera, con la que le viene del otro lado, de la costa africana, de las llamadas aguas jurisdiccionales. El *dahir*, ese dichoso *dahir* marroquí, ha venido a ser algo así como el tiro de gracia. ¿Se arreglará un día, habrá cura un día para ese mal que padece Puerto Naos —el de la doble asfixiadera del *dahir* y las aguas contaminadas—? Es lo que quisiéramos saber los que aún no nos damos por vencidos y aspiramos a una próspera y floreciente industria pesquera lanzaroteña.

En el pasado, y a tenor de los tiempos y las circunstancias, Lanzarote pudo vanagloriarse de ser algo así como una especie de cabeza de puente en la batalla de las Islas frente al mar. No existía el hielo y el pescado se salaba. La salazón era una industria próspera. Los barcos recalaban abarrotados y el pescado salpreso —corvinas, samas, chernes, tasartes...— inundaba[...] los comercios y los hogares como el alimento diario obligado e insustituible durante todo el año, exportándose el sobrante por toneladas a las otras Islas y al mismo continente de donde procedía, al negro continente africano.

No quiero terminar esta visión de Puerto Naos sin un recuerdo emocionado hacia aquellos hombres que dignificaron el oficio —el de roncote— y lo enaltecieron con su actuación personal y profesional. Ya he citado a Antonio Márquez en otro capítulo, al hablar de El Lomo. Hoy debo citar a Tomás Toledo, que como patrón y armador batió metas insoslayables a través de toda una vida de entrega y sacrificio por los suyos, la gran familia roncotil arrecifeña. Hombre de una austeridad equiparable a la de los pescadores bíblicos —y no me refiero precisamente a San Pedro, roncote, primer Papa—, Tomás Toledo nunca entró en un bar a tomarse una copa, pero como le gustaba que sus vástagos, o sea, los roncotes —todos los roncotes—, se regocijaran a su manera y bebieran ron, desde la calle invitaba a los que estaban dentro del bar. Y como nunca llevaba dinero en el bolsillo porque no le interesaba el dinero y no diferenciaba un duro de una peseta, mandaba después a sus hijos a pagar la deuda de su invitación. Hombre de un sentido religioso y de una fe inquebrantables, si Semana Santa le cogía en la mar faenando, mandaba levar las redes en el instante en que el Cristo era clavado en la cruz y allí nadie trabajaba hasta el Sábado de Gloria. Después que el Cristo resucitaba, a trabajar todo el mundo como está mandado, esto no sin antes hacer que cada marinero le pidiera la bendición a la hora de acostarse, pues como patrón se consideraba responsable de la fe de los que iban en su barco y, en cierta manera, sacerdote y padre de todos. ¿Lo hacen los demás patrones así o lo hacían? ¿Existen patrones de pesca hoy como Tomás Toledo? Yo estoy seguro de que, si existieran unos cuantos como él, Puerto Naos no apestaría como apesta y la crisis pesquera en Lanzarote no sería tan aguda, tan aguda...



Puerto Naos, comienzos de los años 60.
Foto: Archivo de La Provincia.

La Barraca

Una mona asomada a la ventana. Un monito pequeño dando saltos en la ventana, sonriéndole a la gente que pasaba por la calle. Dentro, en aquella habitación llena de herramientas y colgaduras —habitación-taller—, maestro Alejandro, con su barba unamunesca, con su amplia frente y su profunda expresión de filósofo a la antigua en la mirada. Era El Tercio. Era donde se reunían los caballeros a pasar un rato de charla con maestro Alejandro, siempre tan ocurrente, siempre tan sagaz, siempre tan chistoso. De allí, de labios de maestro Alejandro, salieron los apodos más pintiparados: *Carita de Belladona*, *El Alforjas*, *El Bisagra*, *Carajito*, *Hurón Destetado* y tantos y tantos.

El Tercio lucía su nombre en fuertes letras enmarcadas al fondo del ancho cuarto. Se llamaba así en honor al talento militar de Primo de Rivera, el general que fue jefe de Gobierno durante la Monarquía, allá por los años veinte, y de quien maestro Alejandro era incondicional admirador. Se cuenta que, al sobrevenir la República, un día llegaron unos

individuos con caras de pocos amigos y le dijeron a maestro Alejandro, señalando a la pared: “O lo quitas o te metemos en la cárcel”. Pero el cartel siguió allí y las reuniones en El Tercio también. Y es que, a más de un gran humorista, maestro Alejandro era un hombre de mucho coraje.

Don Pepe Miranda, que fue alcalde de Arrecife tantos años, vivía cerca de El Tercio. También don Ginés Díaz, don Tomás Lubary y don Ruperto González, prototipos de hidalguía y personal sensatez, fueron vecinos de maestro Alejandro y cultivaron su amistad, admirando al hombre. La intelectualidad y el buen tono en cotejo diario, mano a mano, con la inteligencia natural y la humilde condición. Las tertulias simbolizaban la verdadera democracia compulsada de mente a mente, de persona a persona, enfrentándose los ideales a veces en la discusión que no llegaba nunca a romper los lazos del respeto mutuo y el aprecio personal.

Puede considerarse al Tercio, por su enclave, como la avanzadilla urbana hacia el encopetado casco capitalitano de La Barraca, llamado también este sector, quizás más propiamente, La Destila. El nombre de La Barraca se hizo popular y así lo llamábamos siempre la joven generación que, junto a la carcomida y nunca acabada ermita levantada sobre las tumbas del viejo cementerio —el primer cementerio de Arrecife, hoy nuevo y ya viejo Instituto de Enseñanza Media—, teníamos nuestro campo de fútbol. “Vamos a jugar a La Barraca” —decíamos—, y todo el que podía pasaba por la calle del Campo —Canalejas— para contemplar y admirar al mono de maestro Alejandro encaramado en la ventana.

La Barraca, con su peculiar fisonomía de mezcla entre barrio de pescadores a barquillo y a la caña y de profesores, comerciantes y oficinistas, vivió en cierta ocasión unas horas de angustia que se extendió de casa en casa, de azotea en azotea, de palo de la luz en palo de la luz. El suceso puso a lo vivo la solidaridad de todos los vecinos de La Barraca. No hubo hombre ni mujer, por dispar que fuera su fortuna y dispareja su condición social, que, al enterarse de lo que había pasado, no hiciera como suya propia la tragedia. Tragedia que no culminó en tragedia, y ni siquiera en drama, pero que pudo serlo. ¿Qué había pasado? Pues ni más

ni menos sino que el *Mangli*, un chimpancé que le habían traído a maestro Alejandro de África, se había escapado de El Tercio y, colándose por una ventana de la casa de don Virgilio Cabrera Martinón, se metió en la alcoba donde dormía Virgilito, de meses, arrancándolo de la cuna y lanzándose desaforadamente a correr con él en brazos por las azoteas y subiéndose a los postes de la luz. La persecución fue tenaz. Toda La Barraca entera se aprestó a darle caza al chimpancé. Pero, claro, el temor estaba, y lo difícil era, en capturar al simio sin que el niño sufriera daño. Lo consiguió Tabares. Gracias a Pepe Tabares, experto cazador, don Virgilio Cabrera, el maestro de EGB, hoy vive —¿camino ya de la sesentena?— y continúa su clase diaria ejerciendo la digna profesión y gozándose sus partiditos de fútbol televisado los domingos, que para eso la afición es la afición.

La Vega

Así como El Lomo personalizó el sentir marinero y pescador de Arrecife y allí aún sigue manifestándose la tradición roncotal de unos hombres que nacieron para amar el mar y luchar con el mar, así La Vega representó la idiosincrasia, el perfil, el trasfondo agrario y campesino de la ciudad, que, alongada al mar y de cara al mar, miró siempre, sin embargo, a la montaña y al paisaje quemado de tierra adentro porque en ellos la economía isleña se sustentaba, y el grano —el gofio—, por encima de todo, significaba el alimento básico que salvaguardaba la salud del pobre, la fuerza vital del hombre que a la capital llegaba en busca de trabajo y mejores perspectivas. Muchos pobres del campo fueron bajando a Arrecife y en La Vega encontraron acomodo, una vivienda humilde o un solar donde ir construyendo los domingos su casa con la ayuda del amigo, mano a mano en el tajo cordial y sudoroso de la penuria cotidiana y el desvelo del músculo incansable. Algunos iban llegando a Arrecife tocando por delante al burro, al par de cabras y al macho cabrío, al cerdo y también al camello, que ya no araba, pero sí cargaba pesadas barri-

cas de agua para repartir a domicilio. La Vega patentizó el nervio campesino de Lanzarote incrustado en el cascarón urbano arrecifeño con empuje viril de arado, de rejón de arado y punta de pitón de pitera envejecida. Todavía hoy, en La Vega se ven —o hasta hace pocos días se veían— jairas de ubres tambaleantes en la azotea y burra con cría en el corral, resabios de un ambiente campesino que se resiste a dejar de ser definitivamente y da coletazos estertóricos en medio del torbellino urbano que arremete y arrolla y aniquila la pachorra ciudadana con el ruido del motor, el humo del motor, las peripecias del motor y la rueda esclavizante.

En La Vega perduró, al través de los años, un folclore típicamente rústico. Los bailes de candil se prolongaban hasta el amanecer, como en el pago apartado del interior, y el timple y la guitarra lanzaban sus notas bajo el cielo arrecifeño impregnando el aire de trinos campestres y voces montaraces que proyectaban la estrofa de la isa y la folía más allá de Argana, o más acá del Puente de las Bolas o el Morro de la Cruz. A Fernando Rocha, aquel hombre todo un hombre al que nunca el dolor le doblegó el ánimo, le gustaban mucho los bailes de candil de La Vega y, después de que volvió de la guerra con una pierna de menos, allá se iba los sábados arrastrando su pesado miembro ortopédico y pedía baile, y bailaba al son de la isa pinchona, y después invitaba a las mozas a sardinas asadas y a mistela... Y aquí, sin cursilerías, no tengo más remedio que exclamar, con el latino: *O tempora! O mores!* Aunque a algunos les jeringue la exclamación latina.

Los hombres del barrio de La Vega, en un principio jornaleros de la construcción y otros trabajos duros de carga y descarga, pronto se fueron manumitiendo del servilismo y la esclavitud del trabajo a jornal, siempre mal pagado, y se dedicaron al transporte de mercancías de los almacenes al muelle y del muelle a los comercios, empleando para ello el burro y la carreta. Los días de Correílo, por la calle León y Castillo, las carretas de La Vega cruzaban en caravana cargadas de sacos, cajas, colchones, bidones. A veces algún burro se atascaba impotente en el bache inesperado y entonces el carrero pegaba el hombro y ayudaba a

su bestia a salir del paso. Así, señor Hilario decía que a veces él hacía más “pujidos” que su burro, y era verdad. También Nicasio Rosa y Alfonso Camejo fueron carreros dignos de recordación por el doble concepto de la seriedad profesional de transportistas intachables y la compleción física de hombres forzudos y valientes. Existía entre ellos una especie de noble competición deportiva y, cuando por azar se encontraban sobre la ruta en la misma dirección, aquello había que verlo. Nicasio animaba a su burro, y Alfonso hacía igual, con gritos de entusiasmo y palmadas en las corvas. Después, si el burro flaqueaba en la cuesta, empleaban el látigo y, por último, se empleaban ellos mismos con todas sus fuerzas tirando a la par del burro y profiriendo exclamaciones de victoria el que llegaba victorioso, o sea, el primero, a la meta señalada del improvisado maratón.

Más tarde, cuando el motor de explosión fue suplantando a la pezuña, el barrio de La Vega siguió manteniendo su hegemonía en los servicios de transporte, y de la carreta se pasó a la camioneta. Quiero citar a los hermanos Miguel y Antonio de León, que tanta sed mitigaron transportando agua de los campos a Arrecife. Época de escaseces y miserias de la posguerra, a veces no se conseguía ni un cacho de goma para ensoletar la rueda rajada, y los camiones marchaban despacio temiendo el reventón. Las mangueras a veces parecían regaderas, y las calles de Arrecife, cuando pasaba el camión con los bidones abollados y escurriendo el chorro, quedaban bañadas, aprovechándose los perros para beber en algún charco.

Y ya que ha surgido el tema del agua, por asociación de ideas voy a concluir mencionando [...] la Mareta del Estado y a un hombre que, al ser aquélla inaugurada, se encaramó al plano de la popularidad espontáneamente. Me refiero a Asensio Rosa, de La Vega. No existían por entonces los camiones ni las carretas, y el transporte se hacía a camello, transporte de mercancías y personas. Y avisan a Asensio Rosa un día diciéndole que a tal hora se encontrara con su camello en el muelle comercial para “un servicio personal”, que llevara el camello bien enjaezado con la silla de viajeros. Al principio, Asensio se escamó un poco,

pues al llegar al muelle estaba atracando un barco de guerra y allí había mucha gente, mucho caballero encopetado y damas elegantes con ramos de flores. Asensio Rosa tuchó el camello donde le dijeron y esperó. Al rato, bajan por la escalera unos señores y la gente empieza a apartarse, abriendo paso hasta donde él estaba con su camello. Y se acerca el alcalde y le dice: “Mira, Asensio, este caballero es el ministro de Fomento, que viene a inaugurar la Mareta. Como tú eres el mejor camellero de Arrecife, tú lo llevarás a la Mareta, y cuidado con el camello, no se espante”. “Descuide, señor alcalde”, respondió Asensio secamente. Y llegó el ministro y se montó en el camello, y Asensio lo tocó “palante”. Al llegar a la Mareta, por encima de La Vega, Asensio de un varazo hizo tuchir al camello rápidamente y con la máxima perfección. El ministro, al bajarse, se le quedó mirando, y Asensio lo miró también. Después de mirarse los dos cara a cara largo rato, fue cuando el ministro, apartando a un lado al alcalde y demás personas del séquito, se acercó a Asensio y le dijo: “Tú eres Asensio, ¿no me recuerdas?” Y Asensio lo recordó. Recordó cuando en la guerra de Cuba aquel hombre —el ministro— era coronel y él —Asensio— su asistente. Después el ministro le dio una tarjeta y le dijo que no titubeara en escribirle a Madrid y pedirle lo que quisiera.

Asensio nunca le escribió ni le pidió nada. Y cuando los amigos y vecinos le decían que no fuera bobo, que le escribiera al ministro, él contestaba: “No sé escribir y, si supiera, tampoco lo hacía, porque un hombre no debe nunca valerse del favor de otro hombre para tener más y ser más en la vida”...

La calle de La Porra

Arrecife, para no ser menos que cualquiera otra ciudad con cartel latino, tiene también su barrio chino. Este barrio chino arrecifeño estuvo concentrado, o condensado, en la calle de La Porra, hoy Otilia Díaz. Actualmente se ha trasladado a las afueras del casco capitalino, allá por encima de Tahíche Chico, y a las dos bandas de la carretera que conduce a Teguisse, y [...] ha sido bautizado con el nombre de Las Rapaduras. Bonito nombre.

La calle de La Porra, en sus tiempos gloriosos, no tuvo que envidiar a las de Canalejas, en Las Palmas, y de Miraflores, en Santa Cruz de Tenerife. La única diferencia consistía en que en Canalejas, por ejemplo, se llegó a contactar un censo de unas cinco mil prostitutas, mientras que en La Porra, si acaso, el número de mujeres viejas y menos viejas que ejercitaban día y noche el oficio femenino más antiguo del mundo no pasaba de la docena.

Heroicas rameras las rameras de la calle de La Porra. Aquí cabe la churchiliana frase aquella, lanzada bajo el cielo londinense en plena guerra mundial, refiriéndose a los jóvenes aviadores ingleses, de “nunca tan pocos hicieron tanto por tantos”... Una docena escasa de mujeres enfrentadas a toda una población masculina enardecida que allí, en la calle de La Porra, iba a buscar lo que en esos sitios el hombre siempre busca: parranda, alcohol, borrachera, sexo. Y después estaban los forasteros. A más de la población viril lanzaroteña, hay que contar a los forasteros, a los que en el Correílo llegaban a Lanzarote para negociar y otras cosas, sin dejar atrás ni olvidarse del paseito nocturno obligado a la calle de La Porra. Cuando llegó el barco de guerra aquel alemán, allá por los años treinta, que enviara Hitler en misión de confraternidad germano-canaria, los marineros coparon materialmente la calle, sin necesidad de que los celadores hicieran en ningún momento uso de sus porras, arma municipal convincente que ya por entonces empezaba a sustituir al clásico sable de metal y empuñadura de hojalata. Noche tras noche, mientras duró el barco en puerto, aquellas mujeres se batieron ardorosamente contentándolos a todos, para que no se dijera. Había que atender por encima de todo al visitante, al extranjero, haciendo alarde de hospitalidad y buenas mañas. Aunque alguna, valga la verdad, a partir de entonces no recobró más la salud. Pero había que cumplir con un deber —¡oh el deber profesional, oh, oh!— y ellas cumplieron. No recibieron medallas al esfuerzo porque en aquella época todavía no se había puesto de moda eso de la medalla y la condecoración ciudadana, que si no, que si no...

La calle de La Porra de Arrecife no se quedaba chica ante ninguna otra calle del género en Canarias como en la Península. Chica era en su expresión natural y urbana, pero ¡qué grande en la enjundia, qué aparatosa, qué portentosa! Desde que oscurecía hasta el amanecer no descansaba la calle, que parecía dormida en la oscuridad, y, sin embargo, ¡cuánta pasión, cuánta gana y desgana, cuánto gusto de la carne derrochado en el deseo machuno imprevisible y el contagio!

Después de la visita del destructor alemán, ya acabada la guerra, apa-

recieron los batallones, y ahí tienen ustedes a la calle de La Porra militarizada totalmente. Las hetairas tenían que vérselas cada noche con compañías enteras de movilizadores hombres rudos que habían conocido los rigores de las trincheras y se atrincheraban en la calle de La Porra como desquite al infortunio de sus vidas desgajadas de la sociedad civil normal. Algunos se atrincheraron tanto, se aferraron tanto a las delicias que les brindaba la calle de La Porra, que de allí salieron para la Península, ya desmovilizados, con la esposa legítima enganchada al brazo. El matrimonio del soldado con la ramera enalteció a la calle de La Porra, sin duda alguna, comentándose el hecho con toda clase de conjeturas y tomando desde ese momento la calle una categoría de vía sacra arrecifeña que cualquier ciudad gloriosa en el mundo quisiera para sí, incluso Roma.

La calle de La Porra, como calle del vicio y la corrupción, tuvo una virtud especial comparada con las otras calles de otras poblaciones dedicadas a lo mismo. En Madrid, y en Barcelona, y en Santa Cruz, y en Las Palmas, las calles dedicadas a la explotación del lupanar contaron siempre con el chulo, por un lado, y el patrón o la patrona del negocio, por otro, beneficiarios directos de la renta que cada muchacha rendía en la jornada diaria del trabajo. En Arrecife, no había chulos, o no se conoció ningún chulo de oficio que reclamara su parte en el jornal. Todo el que iba allí pagaba y, si no pagaba, tampoco cobraba, y ésta fue la gran ventaja de la calle de La Porra en comparación con sus hermanas de otras capitales. Ésta fue su gran virtud, que digo.

No era recta ni lo es. La calle de La Porra era tortuosa, ancha y estrecha a la vez, y cambalacheada como rabo de reptil, acallejonada. Pero tenía su gracia, a pesar de los olores. Yo me acuerdo de aquel joven juez que llegó a Las Palmas y tanto le hablaban de la calle Canalejas —sector de Lugo—, que una noche, montado en tartana, se decidió a dar un paseo por la calle. Al rato, después de ver lo que vio —al borracho dando tumbos, al chulo acechando y al proxeneta acechando, a la vieja manisera con las greñas sueltas y a la joven prostituta bien peinada enzarzada en acalorada discusión de celos con la otra de la esquina...—, el joven juez, con los ojos queriéndosele[...] saltar de la cara del asom-

bro, se precipitó dentro de la tartana y dijo en tono de orden tajante: “Tartanero, rápido, muy rápido, póngame usted a una considerable distancia de estos lugares”. Si en vez de ir a Canalejas hubiese ido a La Porra, a lo mejor el joven juez en vez de salir disparado se queda un ratito por allí, porque La Porra tenía su gracia, como he dicho, su atractivo, su particular encanto nocturno a pesar de los olores. Quién lo sabe...

En la calle de La Porra, hasta que llegó Alfonsito *el Churrero*, y modernizó el procedimiento abriendo sala con música —piano y pianista— y trayendo de la Península cocotas de más o menos rumbo, de mayor o menor desplante, todo pasaba como siempre había pasado. El fulano llegaba, tocaba a la puerta, y le abrían o no le abrían. Si le abrían, ya se sabe, la fulana decía tanto cuesta, y rápidamente se realizaba la operación. Si no le abrían, el fulano se iba y volvía más tarde, a ver si tenía más suerte. Así, día y noche. Así, hora tras hora, en un continuo entrar y salir, hasta la madrugada, que aquello parecía un desfile inacabable de sombras nocturnas, especie de aquelarre mudo y silencioso, especie de conspiración de fantasmas conjurados por un ideal común de vida, de pasión, de clandestinidad, de gozo y de dolor también cuando llegaba la enfermedad vergonzante y ponzoñosa.

Pero cuando llegó Alfonsito y plantó el primer cabaré, el primer rancho, la cosa cambió de tono. La calle de La Porra se vistió de gala y dejó oír su música en las notas del piano solitario, piano bravo, piano inquebrantable en la tecla machacada endiabladamente y el ritmo feroz del tango arrabalero. Las sombras nocturnas escurriendo el bulto ya no fueron tantas, y la magua del que tocaba a la puerta y no le abrían ya no era tanta, pues tenía el recurso de irse a bailar al cabaré, aunque aquí también la mayoría de las veces se hacía cola...

Creo que la calle de La Porra, al igual que otros sectores urbanos de Arrecife, merecía un recuerdo, y ahí está. Si no he logrado captar su ambiente con absoluta justeza, mala suerte. Yo he querido cumplir con un deber —deber de cronista imparcial de mi pueblo— y lo escrito ahí está, escrito queda.

Luto por mi primo Leandro

Luto sincero, del bueno, del que se lleva en el corazón prendido con los alfileres como ganchos del recuerdo. Este luto lo llevo enganchado a mí mismo y a mi pena desde el pasado domingo día veinticuatro —noviembre [de] 1974—, en que, a la media mañana volteada en el silencio de la capital lanzaroteña todavía dormida, o somnolienta, dejó de existir. Fue simbólica la hora. Arrecife se despierta tarde los domingos y en estos días la ciudad se nota liberada del ajetreo y los ruidos de los coches que se alejan carretera adelante, algunos desde el sábado, para no volver hasta entrada la noche o hasta el lunes al comienzo de la jornada laboral. Propicio el momento de quietud ciudadana para irse hacia lo eterno silenciosamente, calladamente, quien tanto ansió en la vida la paz de su alma y la paz y concordia entre las almas.

Pocos hombres como Leandro Fajardo Perdomo, mi entrañable primo Leandro, he conocido yo, a todo lo largo de mi vida, que se interesaran tanto y les preocupara tanto el bien ajeno como el propio bien. El

mundo es egoísta y el ser humano por su naturaleza misma es egoísta. Mi primo Leandro luchó entre egoístas por no serlo y lo consiguió. Supremo galardón. Con los dedos de la mano se cuentan en cada ciudad y cada pueblo los hombres que pueden ostentarlo, [...] ese galardón. Trampas, envidias y engaños es lo que impera por todas partes. Mi primo Leandro sufría por eso. Le dolía la humanidad. Se sentía herido en el trato obligado con los humanos al verlos como son: esclavos del egoísmo y las pasiones, el medro, el lucro, el dulce vivir. Él supo estar muy por encima. Le importaba el dinero porque es necesario para vivir, para subsistir; pero nada más.

Fue un hombre sufrido y abnegado. Quizás no le temiera a la muerte y la deseara y últimamente hasta la amara porque estaba acostumbrado a ella, a dialogar con ella, a luchar contra ella. Desde muy joven sufrió una delicada enfermedad que lo postró en cama varios años, y la sobrellevó estoicamente, resignándose a las privaciones que, como joven, tenían que dolerle en el alma, al no poder compartir y sentir las alegrías que depara la vida a los jóvenes de siempre. Después llevó una existencia sosegada de padre de familia consciente de sus obligaciones con la familia y con la sociedad en torno, la más allegada y la más apartada, pues sufría con los sufrimientos de los pueblos esclavizados y se alegraba con las alegrías de los pueblos liberados de yugos opresores. Al tanto en todo instante de lo que sucedía en el mundo, se interesaba por la política y se sentía afectado incluso por los reveses de los pueblos más apartados del enclave vital suyo propio, de esta isla atormentada de Lanzarote, de donde pudiera decirse que jamás se alejó.

Político y culturalista —político a su manera, pasivamente, de pensamiento y sentimiento—, pocas personas he conocido que hicieran tan suyo el pensamiento espinosiano de “hombre soy, nada de lo que al hombre afecte me es ajeno”, y pocas, también, que se deleitaran tanto con un libro abierto entre las manos. El mejor regalo para él era un libro, y él prestaba libros, sentía placer en ello, con la condición de que los leyeran del principio al fin y no se los perdieran. En este aspecto, yo

le debo mucho. Él fue mi maestro. Fue quien me inició siendo adolescente en las serias lecturas. Orteguiano de pies a cabeza, yo creo que se sabía de memoria toda la obra principal de Ortega y Gasset, al que siempre citaba en sus frases y sentencias filosóficas como maestro infalible, el que nunca se equivocaba, como él decía, “y acierta siempre en la perfección de la cláusula literaria y en la exposición del pensamiento de la razón vital”. Unamuno, Pérez de Ayala, Pío Baroja, Valle-Inclán, Azorín y los poetas Neruda, Alberti, Hernández —Miguel— y García Lorca eran sus autores preferidos entre tantos y tantos innumerables, de acá y de más allá de las fronteras del lenguaje hispano, del habla castellana. Todo lo mejor leyó y todo lo asimiló en un alarde que yo jamás he visto de conocimientos y de cultura. Y, sin embargo, no podía escribir, no dejó nada escrito. Cuando yo le instaba a que escribiera sus ocurrencias, sus pensamientos, sus teorías, él me decía que lo había intentado varias veces con “íntimo y maguado fracaso”, porque era tal el cúmulo de ideas que se le agolpaban y entrecruzaban en la mente, que se reconocía incapaz de ordenarlas y darles forma y vida en la palabra escrita. “¿Lo ves —le decía yo entonces—, ves cómo estás empachado de tanta lectura, completamente embuchado?”. Y él desconsoladamente se sonreía y me decía, en el mejor tono humorístico, que escribiera yo, que no tenía nada en la cabeza, y volvía a sonreírse buenamente, humorísticamente, brillándole en la mirada aniñada y buena el afán que siempre tuvo de hacer gracia en la conversación y agradar a los amigos. Y esto, el humorismo, yo pienso que le ayudó mucho a ser como era, a ser tan bondadoso y a saber soportar los trances adversos y enfermizos de su suerte. Los cuentos de *maestro* Rempuje en La Vegueta —su Vegueta del alma, vital y existencial— los contaba con una gracia inigualada, y las anécdotas de nuestro bisabuelo don Marcial, *El Indiano del Peñón*, las narraba con un colorido y un realismo que parecía que las había vivido él mismo.

Y no sé cómo he podido escribir estas líneas desapasionadamente. Llevo el luto de mi primo Leandro enganchado hondo en el corazón, como si fuera un hermano, que a los primos buenos se quieren como a hermanos, sobre todo cuando a más de los lazos de sangre median los

de la amistad, la comprensión y el ideal común de una vida mejor para los expoliados del mundo que se debaten frente a la opresión y la miseria que les imponen los potentados, donde quiera que estén.

Un tanto descreído en etapas anteriores, no practicó religión alguna. Últimamente parecía estar poseído de una fe inquebrantable, muy personal, muy suya, en la existencia extraterrenal de un espíritu único fuera del tiempo y la materia, donde las almas de los mortales se van integrando y van engrandeciéndolo. Ojalá sea así y no la nada absoluta. Ojalá ese espíritu cosmogónico y universal te haya acogido y allá estés, primo Leandro, eternamente vivo en pensamiento y alma, que tú mereces eso y más, sin duda alguna.

Los tres callejones

Hay más de tres, pero yo me voy a limitar a solamente tres.

Yo amé mucho, desde chinijo, a los callejones. En un callejón sin salida y con portón de rejas, por atrás de la calle Porlier, dando a La Porra, me crié. O, mejor que me crié, me recreé jugando a la pelota con los hijos de señor Victoriano y de señor Marcelo *el Caminero*, y otros chiquillos, y cuidando quíqueres. Sí, allí teníamos una gallera de quíqueres, [estimulados] por las fieras peleas de gallos ingleses de nuestros padres. Y si no que se lo digan a Enrique Miranda y a Gonzalo Cabrera, que lloraban siendo ya galletones, y yo lloraba con ellos frente al quíquere preferido perdido, ensangrentado de degüello o huido, que esto era la vergüenza del dueño del quíquere. Lucha canaria, fútbol con pelota de trapo recosida con hilo carreto y alpargatas recosidas con alambre de pescar, y riñas de quíqueres: éstos eran nuestros deportes infantiles en el callejón, el mismo callejón que aún existe, pero sin portón y sin chiquillos que jueguen, vacío, mustio, muerto en el silencio y la soledad de

algún coche que allí aparca y de algún perro que allí mea.

Pero voyme a los tres callejones, intención de la presente crónica. Los tres callejones sobre los que quiero hablar y quiero cantar con la palabra muda escrita son el callejón Liso, el callejón de don Chano y el callejón de La Porra. Aquél, o sea, el Liso, existe. El de don Chano también, aunque a medias, por mor de la urbanización de la manzana del bar La Marina, y el de La Porra no existe: lo liquidaron, lo taponaron, se lo cargaron. Y quizás éste fuera más importante, el más callejón entre todos los callejones de Arrecife.

Al callejón Liso lo llamábamos así porque por él cualquiera se deslizaba sobre su piso de cemento firme y pulido, limpio, brillante, lustrado. Desembocaba —y desemboca—, igual que el de don Chano, en La Marina. Casi se puede decir que desde el callejón saltábamos de golpe a la marisma, antes del relleno donde hoy florecen plantas y luce un hermoso parque. El mar batía frente al callejón los días de tormenta, y cuando no había tormenta y la mar estaba baja, en los charcos pescábamos cabozos. Cuando la mar estaba alta y no había tormenta, nadábamos, tirándonos por cualquier sitio de la primitiva muralla, braceando hasta la Caseta de Baño con sus persianas, frente al Casino, y a veces desde lo alto de la Caseta nos lanzábamos de cabeza al mar para que las niñas —ya señoritas— nos vieran desde dentro de la Caseta por las rendijas de las persianas, a las que a veces nos acercábamos buceando, queriendo también mirar.

El callejón de don Chano, al contrario que el Liso, era de tierra; pero tenía también su atractivo: el de correr y darle vuelta a la manzana y escondernos cuando le hacíamos alguna perrería a señor Juan *el Dulce-ro*, con sus bigotes levantados como guías de fotingo, en competición con los bigotes-guías de señor Juan *Prim*, el del Quiosco abarrotado siempre de roncotes y olor a pejines y a ron.

Los dos callejones, el Liso y el de don Chano, eran —y son— paralelos, y los dos tenían en común el aire marinero que por ellos se cola-

ba y el misterio de las noches sin luna cuando alguna sombra se escurría furtiva y fantasmal por las esquinas sin nombre de la ciudad dormida. Tenían su encanto y su embrujamiento, su duende. De día eran lo que eran, a veces alegres y bullangueros con los juegos infantiles y a veces callados y tristes a la hora de la siesta. De noche eran siempre iguales cuando a la medianoche se apagaba la luz: misteriosos, solemnes, arrepentidos del mito biológico del ser y el no ser.

Y queda el callejón de La Porra. A este callejón lo he dejado para lo último en el relato porque este callejón, que ya no existe, como he dicho, porque lo tapiaron a cemento y canto, tenía algo distinto, era distinto a los otros, resoplaba otro aire, otro aliento, otra vida.

El callejón de La Porra, entre la calle del mismo nombre y La Plazuela, con sus rapaduras en los extremos y sus extremados olores de orines de perros y de gatos y orines humanos, tenía algo tan propio, tan personal, que es mejor no contarlos. Voy a contar solamente que allí se asentaba o por allí circulaba el impulso intenso de los apetitos carnales reprimidos de las noches de los hombres huérfanos de amor. Lo digo así y podría decirlo de otra manera más concreta, pero espero que se me entienda. Allí, en el callejón de La Porra, a través de sus piedras y entre las paredes y por las esquinas, muchas ansias y muchos deseos irreprimibles tuvieron alivio, tuvieron su consuelo en las noches oscuras y en las noches con luna, antes y después de la medianoche, y en los crepúsculos y en las albas, [e] incluso hasta en el mismo pleno día soleado y luminoso, ya que la calle de La Porra no descansaba en su comercio de la carne palpitante y viva que arrastra al hombre en su busca.

Callejón más bien tranquilo a la luz del sol, el de La Porra, en cuanto el sol desaparecía se iniciaba el tráfico, que iba intensificándose al avanzar la noche. Lo imponía la impunidad. No se podía dar la cara abiertamente a la intención del hombre apremiado de desahogos instintivos y se imponía la clandestinidad, el escurrirse bajo las sombras de la noche hacia la calle malfamada, sirviendo el callejón de coladera, o de tapadera.

Así llegó a darse el caso de oírse desde dentro de la morada la voz soñolienta de la mujer demandando identificación, y a la contestación apagada, pero sonora, de “soy fulano de tal” —nombre de pila de la sombra agazapada en el callejón—, resonar en la calle desde atrás, como un eco: “A fulano de tal lo dejan quieto, que es un hombre honrado y está durmiendo en su casa”.

Este callejón de La Porra está tapiado, aniquilado. ¿Por qué? Yo pienso que debería ser abierto, restituido a la circulación y al paso de peatones entre La Plazuela y la calle de José Molina, que, aunque su antigua misión de pasarela de fantasmas nocturnos no tiene ya razón de ser al adecentarse la calle de La Porra y ser otra, el callejón tiene su historia y la historia siempre, por pequeña que sea y por burda y por ramplona, al fin y al cabo ha sido historia y debe respetarse. Sobre todo, cuando no hay una razón contundente para el taponaje, como es el caso. El Ayuntamiento tiene ahora la palabra.

La calle de Juan *el Bobo*

Cada pueblo tiene su bobo, o debe tenerlo. Un pueblo sin bobo pierde carácter, personalidad, peculiaridad, particularidad... Por el bobo del pueblo se juzga al pueblo, a las gentes, a los hombres y las mujeres que constituyen el pueblo. Y hay pueblos sin bobo, que eso es lo malo —para el pueblo—, y los hay, ¡ya lo creo que los hay!, pueblos con muchos bobos, que es peor todavía. En definitiva, que en cada pueblo no debe faltar el bobo del pueblo, y ¡ay del pueblo que tenga muchos bobos, y no su bobo!

Arrecife tuvo siempre su bobo, su individuo “corto de entenderas y de capacidad” —según el diccionario—, que lo caracterizaba, generación tras generación. Hoy, en la actual generación, yo no sé si lo tiene pues no moro en el seno de la sociedad arrecifeña y cuando a Arrecife voy, de vez en cuando, no [...] he reparado [en ello]. Aunque Ramón *el Carajito* sigue pateando al compás de su pata mocha por calles y plazas y avenidas, Ramón *el Carajito* pertenece al pasado, no representa al pre-

sente, es de otra época. No cuenta, pues, en los días que corren, Ramón *el Carajito*, como bobo representativo de Arrecife. Tiene que ser otro, que yo no lo veo. ¿O es que no tiene el Arrecife de hoy su bobo? Mal asunto, entonces, pues puede llegarse a pensar que tenga varios, anónimos y anodinos, de éstos a los que suele llamárseles tontaina o totorota, memo, menguado o mentecato. Si ocurre así, hay que darle la razón al extranjero aquel que definió Arrecife como “pueblo sin cara”, refiriéndose a que no es ni pueblo ni ciudad, sino algo confuso, difuso, sin personalidad propia, sin temple, ente en transición...

El Arrecife del ayer inmediato, no lejano, aquel Arrecife que, a través de los siglos —sí, siglos—, fue forjándose y llegó a ser la capital lanzaroteña por mérito indiscutible, y después, al correr de los años veinte y treinta y cuarenta, adquirió una peculiaridad propia inconfundible en el amplio marco del retablo social isleño —de todo el Archipiélago—, aquel Arrecife “con cara”, hasta que después empezaron a desbaratársela, tuvo su bobo único, un bobo como pocos pueblos jactanciosos de sí mismos pueden jactarse: Juan *el Bobo*. Y de éste es del que voy a hablar.

Contemporáneos de Juan *el Bobo* fueron Celedonio y Jerónimo *el Preñado*, que no llegaron a la categoría de bobo del pueblo, como Juan, al ser uno un poco idiota y el otro bastante imbécil, y Ramón *el Carajito*, jovencito, empezaba a destacarse. Después estaba una caterva de pillos y baladrones, escasos completamente de meollo, a los que no se les daba oídos porque no lo merecían, como ocurre hoy mismo no solamente en Arrecife sino en algún pueblo importante y con solera del interior, donde abunda, y está, el baladrón lenguaraz sin gracia ninguna y una alta dosis de memez y mala leche. Éstos no cuentan para nada en la sociedad, en las comunidades humanas. Son bichos más bien despreciables, repugnantes, repulsivos, que deben ser rechazados y que, sin embargo, generalmente la sociedad acepta o contempla por mor del dinero, cuando tienen dinero, que a veces suele haberlos hasta ricos, bastante adinerados.

El bobo del pueblo es otra cosa. El bobo del pueblo es un individuo con cartel, con estirpe, con solera de bobo integral y sin tapujos; o sea, sin pillerías ni baladronadas. Así fue Juan el Bobo: bueno, sencillo, simpático, honrado y trabajador. Y alegre humorista, a pesar de su expresión diabólica en aquella cara renegrida y retorcida de soles y brutales fuegos de fragua. Cuando pasaba por delante del viejo Casino camino de su trabajo de herrero en Puerto Naos, *Los Moros Notables* lo saludaban siempre complacidos, y él contestaba el saludo caballerosamente, bañados los labios de un regocijo infinito. Todos lo estimaban. Señores y señoras del más rancio abolengo lanzaroteño —abolengo de apellido y de categoría mental, intelectual— le daban bromas, lo querían, lo respetaban. Menos los chiquillos. Los chiquillos son siempre los chiquillos y le hacían perrerías. Entonces él empleaba su arma defensiva —y ofensiva—: la mascada. Juan mascaba tabaco y siempre llevaba una bola del nicotínico elemento amasada y disimulada en la boca. Si el ofensor mozalbete estaba cerca, le disparaba soplando, y si lejos, escupía en el hoyo de la mano y lanzaba el tiro como si fuera una honda. Al que agarraba lo tumbaba, sin herirlo, o lo dejaba todo manchurriado al impacto del viscoso y pegajoso proyectil: la mascada.

Cuando Juan el Bobo, murió, ya bastante viejo —toda una vida de trabajo y honradez y simpatía—, maestro Alfredo, el herrero, su patrón, lloró. Y lloraron muchos arrecifeños conscientes de la pérdida para siempre de un hombre de bien. Se vistieron de luto por unos instantes los mástiles de los barcos anclados en Puerto Naos y lloraron las anclas lágrimas de sal. Muchos señores fueron al entierro. Muchos hombres se quitaron el sombrero al paso del ataúd donde se llevaban a Juan y muchos caballeros acompañaron al cortejo fúnebre hasta la misma necrópolis. Me parece estar viendo a don Eugenio Rijo sombrero en mano y un rictus de tristeza en la frente mirando fijo el féretro infeliz, y a don Polo Díaz, y a don Andrés Fajardo y a tantos caballeros más, todos serios, arrepentidos, solemnes...

Así como a Andrés el Ratón, de Las Palmas, se le dedicó una calle en su ciudad natal, yo me supongo que debírase también dedicarle una

calle en Arrecife a Juan *el Bobo*. Ambos, por sus vidas sin trampas y llenas de inocencia, solamente por eso, merecen la inmortalidad en este mundo tramposo de hoy.

Las borrachas

Velázquez pintó *Los Borrachos*, plasmando en el lienzo con geniales trazos la expresión del rostro del hombre español cuando el hombre español se siente eufórico o más que eufórico después de la alegre libación alcohólica. Un pintor lanzaroteño, si lo hubiera de verdad, debería pintar *Las Borrachas*, inspirándose en aquellas mujeres que fueron desgraciadas y ya murieron y que dieron a Arrecife, hasta hace unos años, cierto sabor callejero a vino y cierta fama de pueblo de féminas arregostadas a la bebida, adictas a Baco. Voy a citar solamente aquéllas de las que yo me acuerdo, más representativas: Señá Agustina, que vivía en la calle de La Porra, sola, siempre colorada como un tomate, asomada a la ventana y siempre en sus labios el rictus triste del abandono y la miseria, y en sus ojos el brillo turbio de una esperanza de vida a través de la botella de vino; a *Las Papas Menudas*, madre e hija, Juana y Rafaela, me parece que se llamaban, y a Enriqueta *la Maganza*, alta, esbelta, seca, que cruzaba las calles con paso tardo de gacela herida, y, cuando se tambaleaba, parecía un poste de luz sacudido por la tormenta... Podría citar a

otras, como a *Arabia*, por ejemplo, o a Victoria y a algunas más; pero voy a limitarme a la descripción de las tres primeras, que será suficiente para que un pintor, si logra trasladar fielmente al lienzo sus facciones ateridas, sus miradas y sus muecas, alcance gloria definitiva e inmortal, a lo Velázquez o a lo Goya.

Seña Agustina hacía mandados, y entre lo que las buenas señoras amas de casa de Arrecife le daban por los mandados y entre lo que ella sisaba a las buenas señoras, tenía para comer —seguramente gofio y pejines y, si acaso, alguna aceituna— y beber. ¿Cuántas botellas de vino se bebía diariamente seña Agustina? Yo no lo sé. Algunos decían que llegaba a jincarse hasta cuatro y cinco botellas en el trayecto que va del alba al oscurecer, hora en que caía rendida y se dormía hasta la nueva alba. Lo cierto es que seña Agustina vivió siempre borracha, a cualquier hora del día estaba siempre borracha, y ella se defendía, ella vivía, tenía su vida, llevaba su vida propia muy exclusiva y muy personal, hasta que murió ya anciana. La encontraron una tarde de verano en su pocilga de la calle La Porra engruñada, retorcida, hecha un ovillo entre el colchón de paja en el suelo y la manta enfangada de orines, putrefacta, maloliente, con la botella escurrida, pegada al labio sediento, los ojos tremendamente abiertos y tremendante suplicantes en el estertor —último estertor seguramente— de la mísera muerte. Seña Agustina vistió siempre de negro y usaba pañoleta, también negra, y algunos chiquillos decían, y creían, que era bruja. Y no era bruja. Yo aseguro que no era bruja. Tal vez, eso sí, resultara al andar un poco coruja. Pero nada más.

Las Papas Menudas, Juana y Rafaela, madre e hija, eran simpáticas. Siempre iban juntas por la calle y siempre estaban juntas en la casa, dos viejos cuartos destartados, sucios y pestilentes, allá por La Destila. Se decía que “hacían favores” para poder beber, y se decía que tenían, tanto la madre como la hija, sus atractivos, sus encantos —carne rosadas y blancas y piel aterciopelada como las margaritas silvestres del borde de los caminos—, y que no se acostaban con cualquiera, sobre todo si este cualquiera llegaba borracho. Ellas se permitían la borrachera a ellas mismas, y a nadie más. Cuando un borracho les tocaba a la puerta, lo

echaban [con] cajas destempladas gritándole: “¡Apártate de nuestro lado, borracho desgraciado!”. Y como eran caprichosas y refinadas en sus gustos y no le abrían la puerta sino a quien ellas consideraban una persona decente, se dio el caso de más de uno colarse con nombre falso contestando al “quién es” con el apellido suavemente pronunciado en las sombras de la noche de un respetable señor o rico señorito de la ciudad. Ya dentro, el fulano se las veía y se las deseaba para convencerlas de que no les importara que él no fuera el señor o señorito, de que se “dejaran amar”, que él se portaría bien, como el señor o el señorito más encopetado de Arrecife... Tenían una perrita canela que siempre por las calles llevaban en brazos, como si fuera un niño, y más de una vez se vio a Juana o a Rafaela con la animalita —la perrita— cargada en un brazo y en el otro la botella, dándose el caso de que, estando la animalita en época calenturienta, un batallón de perros, casi todos los perros de Arrecife, seguían a las dos mujeres, y aquello parecía un cortejo carnavalesco de una extraña *troupe* circense. Cuando murió la madre, dicen que la hija se fue aburriendo y entristeciéndose cada vez más, sin dejar nunca de beber, hasta que la internaron en un centro hospitalario y allí me parece —me han dicho— que vive del recuerdo de aquel viejo Arrecife ya desaparecido, donde el humor imperaba y de las mismas tragedias ciudadanas se hacían comedias palpitantes de alegre vivir.

La Maganza es un caso aparte. Enriqueta *la Maganza* fue seguramente, cuando joven, hasta que la desgraciaron —yo la conocí ya vieja— una mujer hermosa. Alta, estilizada, languidizada en los ademanes y el mirar —turbio y arrobador mirar—, acaso por los efectos del vino y también porque ella era así, a ciertas horas de la noche, asomada al postigo de su cuchitril de la calle de La Porra, semejaba una escultura viviente, stampa fiel de las calladas y múltiples frustraciones femeninas, un cuadro de factura goyesca, sin duda alguna, con pinceladas velazqueñas. La sonrisa amarga y beoda de *La Maganza*, yo creo que ha sido igualada en la vida de las mujeres perdidas y en el mismo arte real e imaginativo de la pintura española de los distintos tiempos.

Pobre Enriqueta *la Maganza*... que no tuvo un pintor que la inmor-

talizara. Fue siempre desgraciada después que de joven la desgraciaron, y borracha, verdaderamente borracha, cuando le mataron al hijo de su virginal desgracia. Celio murió a los pocos meses de llegar al frente, en plena guerra civil, y a partir de entonces Enriqueta no llegó a ser jamás la Enriqueta de antes, moderada en el beber y en el trato con los hombres, sino despiadada, desequilibrada en el vivir y en el beber. “Celio, mi Celio, mi niño, que me lo mataron en la guerra y se parecía todo a su padre”, repetía constantemente en las borracheras intensas, en las mamadas más aparatosas. Dicen que murió borracha, en los labios una mueca graciosa de niña pícaro y traviesa, pronunciando el nombre de su hijo de veinte años muerto precipitadamente en la guerra. Pero esto yo no lo aseguro. Yo no la vi morir. A mí me lo han contado.

¿No es magua —les pregunto yo ahora a ustedes, los lectores, después de conocer así por encima y superficialmente a estas mujeres borrachas de Arrecife—, no es una magua que un pintor lanzaroteño, inspirándose en Velázquez, en sus *Borrachos*, de Madrid, no se atreviera a pintar *Las Borrachas*, de Arrecife? ¿Hay tiempo todavía de que surja ese pintor? ¿Dónde está ese pintor?

La ausencia eterna de Domingo Noda

Se nos fue para siempre, definitivamente, rotundamente. A los cincuenta y tres años de edad, en esa edad madura del hombre en que la vida se arraiga en el tiempo presente, tambaleante entre la juventud arrebatada y la sosegada senectud, se nos fue Domingo Rodríguez Noda. Y se nos fue para siempre, inesperadamente, pudiérase decir de salto, él que tanto de niño saltó en alardes heroicos de acrobacia náutica desde el Puente de las Bolas y los otros puentes. De manera callada, sin ruido, nos dejó en un instante: rotunda ausencia definitiva. Y digo nos dejó, porque en el entierro, en el cortejo fúnebre, quedó demostrado que Domingo era nuestro y muy nuestro, de todos los arrecifeños, del pueblo entero de Arrecife. Profesionales titulados y obreros, hombres de sólida posición económica y simples jornaleros, sin discriminación, allí se congregaron para acompañar a Domingo a la última morada en masiva manifestación de homenaje al hombre de bien, al hombre que, por sus cualidades de honradez y simpatía personal, supo ganarse el aprecio de la total comunidad arrecifeña.

“Pero es que parece el entierro de un gran señor, tanta gente aglomerada”, oí según avanzaba el cortejo camino de San Román. Y era verdad. Era verdad porque Domingo Rodríguez Noda, modesto vigilante de parque —Parque Municipal de Arrecife—, por sus sentimientos y por su integridad moral y su cordialidad y su caballerosa sencillez, tenía arreos de gran señor.

Fue, sin duda alguna, Domingo Rodríguez Noda, un hombre de bien. En todo momento mantuvo una rectitud moral y una honradez a toda prueba, él, que tantos sinsabores pasó de chiquillo y de adolescente y tantas privacionesapuró en su condición de hijo del pueblo desheredado de medios de fortuna y otros privilegios. Así fue Domingo: servicial, atento, educado, simpático, ocurrente, inteligente y, sobre todo, generoso, tremendamente generoso: la mejor cualidad en quien no tuvo otro patrimonio que la cuna humilde donde nació, y, cuando un día llegó a tener casa propia, no vivió en ella, para que allí vivieran de gracia otros, marchándose él resignadamente a un cuarto pagado de pensión.

Mostraba ternura por todo y hacia todo lo que le rodeaba: hombres, animales, mujeres, niños, árboles, flores, piedras... del parque. Él se paseaba con su cachucha y su vara para imponer respeto a la infantil manada, y nunca utilizó la vara, sí las buenas palabras y las gentiles maneras, aunque algunos así no lo apreciaran.

Yo sé, Domingo, amigo, que ahí donde estás definitivamente yerto, en tu nicho de San Román orientado al Norte, te llegan los rumores del Parque, donde tanto te paseaste con tu cachucha y tu vara; y que te llegan los susurros revoloteantes de las gaviotas por los morros, y los olores del Charco, y los embates de las olas los días de tormenta marinera, y los ecos mudos de los vientos invisibles que entre el Castillo y los puentes recorren las tardes tibias del verano sahárico, y los amaneceres, y los crepúsculos y todos los instantes del Arrecife perenne, de tu Arrecife soñado... Yo sé, Domingo Rodríguez Noda, amigo mío de la infancia, que ahí encerrado en tu nicho a cal y canto y al resguardo de la brisa y de los clamores del mundo, de este mundo loco, lejano y cerca-

no, tú acechas, vigilas, sigues velando y vigilando al través del sueño eterno sin ensueños porque amaste de corazón a tu pueblo y ninguna falsedad ni lucro ni egoísmo te guió nunca los pasos de hombre de bien por la tierra, de esta tierra tuya doliente, seca, arrecifeña y conejera.



Arrecife, 1929.

Foto: Centro Fotográfico y Cartográfico del Ejército del Aire.

Aquellos celadores de Arrecife

Eran tres: señor Manuel, señor Pepe y señor Antonio. Tres dignos guardias municipales, que llamábamos celadores, y que con sus descoloridos uniformes amarillos —amarillo verdinoso—, sus cachuchas de alongadas viseras y sus prolongados sables, parecían generales, o a los chiquillos nos parecían entonces poco menos que aguerridos generales ascendidos allá en los ensangrentados campos de Cuba —Cubita la bella—.

Hablo de antes de la contienda fratricida que asoló España en los años aquellos primeros de la década de los treinta, en plena República recién estrenada. Arrecife contaba ya con casi una decena de miles de almas. Y los tres celadores bastaban y sobraban. Bastaban y sobraban para mantener al pueblo en calma, en tranquila convivencia pacífica de sus ciudadanos y de los forasteros que cada semana trasegaban los correillos.

Señor Manuel era el más viejo, que hacía de cabo, de jefe, y señor

Pepe y señor Antonio obedecían las órdenes tajantes y oportunas de su jefe, que no fallaba nunca en la personal táctica policial: medida en las intervenciones de los pleitos callejeros, vigilancia prudente y a distancia tanto de día como de noche y, sobre todo, “cuidado con los borrachitos, mucho cuidado; no hay que pegarle al borracho aunque se muestre majadero; el borracho es como un enfermo y al borracho hay que saberlo manejar, saberlo llevar con amañitos y por las buenas, sin violencias, hasta el ‘cuarto de los ratones’”. Eran las instrucciones de señor Manuel que señor Pepe y señor Antonio cumplían a rajatabla. “Y cuidado con sacar el sable sin más ni más, y mayor cuidado todavía si en desenvainando el sable por necesidad: no dar de filo, sino siempre de lado, de plano”.

Yo me acuerdo de señor Pepe, que se vio acorralado en las Cuatro Esquinas un día de fiesta de San Ginés y no tuvo más remedio que desenfundar el largo sable, que casi lo arrastraba por el suelo, y había que ver el jeito que se daba manejándolo a mandoble limpio, siempre de lado, sin equivocarse una sola vez en el golpe certero contra el totizo del roncote, pues si se equivocaba, si se le va el sable de filo, listo: cabeza fuera. Por eso recomendaba también el cabo a sus subordinados que no amolaran nunca el sable, que se olvidaran de ello aunque se pusiera ferrugiento. Pero señor Antonio lo amolaba, seguramente por la costumbre de tener siempre limpia el arma allá en los campos de Marruecos, donde se batió como soldado de Infantería contra los moros. De señor Pepe, en cambio, se decía que muy pocas veces en su larga vida de celador limpió el sable, que nunca lo amoló, por lo que le costaba gran trabajo sacarlo de la vaina y, cuando inesperadamente se veía precisado a intervenir con rapidez, manejaba el sable juntamente con la vaina, o sea, que lo usaba en una sola pieza, sable y vaina, a modo de palo o garrote, instrumento contundente. Pero después que sobrevino la contienda bélica española —guerra civil— los falangistas impusieron el uso de la porra, y el sable municipal entró en decadencia hasta por completo desaparecer. Y fue una magua. A mí me gustaría ver a los guardias municipales de hoy con sus chafarotes a rastras, y no con esos salchichones embetunados colgándoles a un lado garrotescamente, antiestéti-

camente. Al sable lo considero más digno, más serio y más categórico. ¿Se han imaginado ustedes al *Pollo de Arrecife* con su uniforme de gala dominguera y el clásico sable colgado a la cintura? Resultaría sin duda más apuesto, más marcial, más policial.

Al hablar de aquellos celadores de los años veinte y treinta, no me guía otra intención que rendir homenaje a los hombres que tan noblemente supieron cumplir con su deber, dignificando el oficio, y para que sirva de estímulo a los jóvenes guardias municipales de hoy, que, con tanto coche, tanto gamberrismo y tantos borrachitos majaderos, se las ven y se las desean para meterlos en collera, no sabiendo muchas veces qué hacer y, al no saberlo, emplean procedimientos un tanto ambiguos, no del todo ajustados al momento este actual que vivimos, supercivili-
zado, culturalizado, futbolizado y ampliamente metalizado.

Antiguamente, con tres celadores bastaba para mantener tranquila una ciudad con varios miles de habitantes. Hoy los celadores se han multiplicado por diez y más y los habitantes de la ciudad escasamente por cuatro, si acaso, y, sin embargo, el hurto, la gamberrada y el incidente callejero, no voy a decir que imperan, pero sí que proliferan. Por esto, y con la mejor intención y alabando siempre la sacrificada vida de los mantenedores del orden municipal, voy a atreverme a darles un consejo a los jóvenes guardias que sirven a las órdenes del sargento Niz —*Pollo de Arrecife*—, ya dos veces condecorado por sus reconocidas cualidades profesionales: que sigan siempre las instrucciones de su jefe y que, al mismo tiempo, se inspiren en las ejemplares actuaciones de aquellos tres celadores de antaño, también llamados guindillas, que fueron señor Manuel, señor Pepe y señor Antonio. Se mortificarán menos y, con toda seguridad, menos serán los delitos reiterados del borrachito, el raterillo, el gamberro, el golfo y el baladrón.

El caso de la hermana de María Cruz

La foto está en la primera página del periódico. El periódico lo tengo en mis manos. A veces los periódicos suelen publicar fotos por puro procedimiento ilustrativo, por simple estética tipográfica, para que el lector se regodee un poco en el mirar, y nada más. Esta vez yo creo que no ha sido así, o por lo menos a mí no me ha sucedido así, no me he regodeado, puesto que la foto no es de las que pudiérase decir del todo bella, o atractiva, o sugerente. Es una foto cualquiera, de estampa más bien vulgar, en la que se ve a una mujer negra muy fea entre un hombre blanco y otra mujer también negra, no tan fea. Leo las líneas que sirven de soporte o pie a la foto y me entero de que esa mujer negra y fea y relativamente joven que va del brazo del blanco y de la otra negra acaba de ser absuelta en un juicio por asesinato, por lo que se le nota en la expresión una cierta satisfacción justificada. Y al enterarme, según leo, de que esa mujer mató al celador que la custodiaba porque trató de abusar de ella, de violentarla sexualmente, de violarla, espontáneamente me he dicho a mí mismo: “Bien. Muy bien. Mató al sádico en defensa de

su virginidad y ha sido absuelta, eso es lo justo... que matara al sádico y que fuera absuelta”. Y al instante se me viene a la memoria, por ese proceso de asociación de ideas a que está sujeta la mente humana, el caso de María Cruz o, mejor dicho, el caso de la hermana de María Cruz, sucedido en Lanzarote hace ya algún tiempo, allá por los años veinte, si no caigo en error.

Les voy a contar a ustedes el caso de la hermana de María Cruz para que sientan en lo más hondo de ustedes mismos surgir la indignación, o la exasperación y la ira, como me sucede a mí en estos mismos instantes [en] que escribo, recordando el ignominioso caso. ¿No es tan digno, acaso, como el hecho de transmitir a otros el sentimiento de piedad y amor, el de transmitirles el del odio y la indignación cuando éstos están justificados? Yo así lo creo y por eso escribo.

María Cruz apareció degollada en su casa, y las autoridades judiciales isleñas, sin pérdida de tiempo, empezaron las investigaciones para el esclarecimiento del asesinato. Vecinos, gentes más o menos allegadas a la víctima, personas relacionadas con la actividad a que se dedicaba —tenía una tiendita— fueron interrogadas, llamadas a declarar. Nada. No se daba con el asesino, no había indicios, no había pista alguna, hasta que recayeron las sospechas sobre la hermana de la muerta porque personalmente entre las hermanas había habido alguna rencilla y no se llevaban bien, nada más que por eso. Y procesan a la hermana de María Cruz y la condenan y la meten en la cárcel, y aquí, en la cárcel de Arrecife, fue donde después se cometió el más horrendo crimen que registran los anales de la criminología lanzaroteña, según mi modo de ver.

En el transcurso de los años se demostró que la hermana de María Cruz era inocente, al recibirse una carta fechada en Buenos Aires y en la que un individuo, sintiéndose enfermo de muerte, arrepentido, se declaraba culpable, junto con dos más, de la muerte de María Cruz. Y lo terrible, lo trágico, lo ignominioso, lo bochornoso, lo espeluznante del caso y lo que no tiene nombre es que en el tiempo transcurrido, la hermana de María Cruz, encarcelada durante años, no solamente había ya

muerto sino que a través de estos años sufrió lo que pocas mujeres en el mundo han sufrido, o han sido capaces de sufrir. Véanlo ustedes.

A la hermana de María Cruz, siendo inocente, la volvieron loca en la cárcel. Un celador o unos celadores —esto no lo sé bien, no sé si fue uno o fueron varios— de noche, en la soledad de la celda, la asustaban con ruidos macabros y voces que simulaban la voz de ultratumba de María Cruz acusándola de ser ella la asesina, hasta que terminó perdiendo la razón. Luego, no contentos con esto, la violaron, seguramente múltiples veces, preñándola y haciéndola parir. Así hasta que sucumbió, hasta que murió, como he dicho antes, enajenada, loca.

Este caso de la hermana de María Cruz se me ha venido a la memoria leyendo ese otro caso de la mujer negra que mató al carcelero que quiso abusar de ella. Éste sucedió en América del Norte, en Estados Unidos; aquél, en Lanzarote, en Arrecife. Hay mucha distancia entre Lanzarote y Estados Unidos, como la hay en el tiempo transcurrido del uno al otro caso. En lo que no hay distancia es en la indignación, en el coraje que se siente cuando uno ve el atropello del fuerte frente al débil, cuando uno rememora esos hechos atroces cometidos por la bestia humana en la época que fuera, haya pasado el tiempo que haya pasado. No hay distancias, en el tiempo y en el espacio, para indignarse y gritar su indignación frente a la acción vil cometida por la bestia humana, esa bestia genéricamente denominada hombre. Si cuando a la infeliz que culparon de la muerte de su hermana y la condenaron y la encarcelaron y la enloquecieron y la violaron y la hicieron parir nadie gritó, nadie se atrevió a gritar su indignación, hoy lo hago yo sin tener en cuenta el tiempo, sin importarme para nada el tiempo transcurrido ni la distancia del hecho en el tiempo.

Los tripudos del volante

El coche marcha carretera adelante deslizándose serenamente, sin balanceos, sin saltos, sin ni siquiera un simple movimiento contradictorio. Es la suprema estabilidad. A tal perfección se ha llegado en eso de los muelles y la suspensión, que ya en algunas marcas de vehículos ir en el asiento de adelante o de atrás es lo mismo que estar en la casa sentado en cómodo sofá, adormilado o entontecido.

Por Tao y por Tiagua habíamos pasado, y yo me había quedado fijo largo rato mirando a un burro, que todavía queda alguno, con su viajante a lomos y sus alforjas. El burro iba trotando y yo pensé al verlo: “Ese hombre que va montado llegará, sin duda, a donde quiera que vaya, y ese hombre es un privilegiado pues no solamente está exento del accidente, leve o mortal, sino que además va haciendo un ejercicio muy bueno y muy sano con el pinchoneo del burro. A ése no le crecerá la tripa, no será un barrigudo, un panzudo”.

Con la imagen todavía en mi mente del hombre trotando en su burro allá por Tao y Tiagua, al ir llegando a Arrecife, de repente, los que viajábamos en el coche nos fuimos hacia delante bruscamente. El chófer había frenado casi en seco. A unos metros de nosotros otro coche y un furgón que venían de frente se encontraban parados, muy cerca uno del otro. Y veo que se bajan rápidamente unos hombres de ambos vehículos y recogen a un niño que yacía por tierra sin conocimiento. Un accidente, un atropello. Una víctima más del tráfico rodado... Al niño lo metieron en el furgón y cuando éste ya arrancaba para transportar al herido al hospital, una mujer que llega despavorida grita y se cuelga del furgón: "Mi hijo, es mi hijo, pobre hijo, qué le pasa a mi hijo".

Nosotros seguimos y no supimos más. Al niño se lo llevaron, y a la madre que gritaba también. Y entramos en Arrecife, y la imagen del niño y de la madre en mi imaginación se interponía a intervalos a la del hombre trotando en su burro entre Tiagua y Tao. Y como tardamos tanto en llegar del barrio de Santa Coloma a la avenida del mar como de Tiagua a Arrecife, frente a tanto coche que se interponía y que frenaba y que se cruzaba y avanzaba en canal por entre las filas enormes, interminables, de los aparcados, yo tuve tiempo de envidiar al hombre del burro, y añoré la época aquella no tan lejana en que Arrecife contaba apenas con una docena de vehículos a motor y el burro era el medio adecuado de transporte, con el camello. Envidié al hombre del burro y envidié a los hombres que por la época del burro podían caminar por las calles de la ciudad a sus anchas, sin temor al zarpazo criminal de la rueda y sin temor al ruido acelerado y ensordecedor del motor y a la asfixiadera nasal de los humos. Pero, claro, como el progreso es el progreso y al progreso no hay quien lo detenga, según algunos, no puede uno oponerse al progreso, y hay que resignarse, hay que aceptarlo, resignarse, reconocerlo, admitirlo... Está bien, yo no lo discutí. Únicamente digo o, mejor dicho, me limito a decir: pero a qué costa, amigo. Aquella madre colgada del furgón llorando y todas las madres que han perdido un hijo frente al fragor del cada vez más intenso tráfico motorizado maldecirán mientras vivan el progreso, [...] ese progreso de la rueda y el coche y la prisa y la estupidez de los que no pueden

ya vivir sin estar a cualquier hora del día pegados al volante, que son los más.

Después, por otro lado, en medio de tanto progreso mecánico y motorizado, a más de los que toda su vida llorarán al familiar muerto bajo la rueda, están aquellos otros que, sin darse cuenta y sin accidente leve o mortal, se van poco a poco hinchando, abultándoseles el vientre de tantas horas diarias sedentarias frente al manillar. Son los tripudos del volante. Son los que no quieren caminar. Los que para ir de una esquina a la otra no son capaces de utilizar los pies, que tan saludable es. Los que, si un día, por lo que sea, se ven impedidos de conducir un vehículo, son capaces hasta de morirse. Los que utilizan el coche a toda hora, como una necesidad perentoria de vida o muerte... Éstos y no otros, que desgraciadamente no son los menos, sino los más —y desgraciadamente para ellos mismos—, son los que yo llamo, sin intención de insultar sino todo lo contrario, de salvar... [...] éstos son a los que yo llamo los tripudos del volante. Porque quieran o no quieran, con tanta sentada y tan poco caminar, quiéranlo o no, se les abultará la tripa, se les inflará, se les soplará, se les hinchará.

La salvación del cura y *El Torto*

La farola no había empezado a destellar en la punta del muelle, pero estaba a punto. La tarde moría. En el muelle, en la misma punta, un hombre, el mismo de siempre, tiraba la caña indolente, indiferente, tumbada a un lado la cabeza contra el soco de la farola, como adormilado, esperando la mordedura del pez que sería su sustento, el sustento de cada día, el de él y el de su mujer. Este hombre era Isidro *el Torto*, cachucha parda de visera ladeada en la cabeza, colilla del virginio entre los dientes y una sonrisa mustia a todo lo largo del rostro curtido de soles y brisas y alientos marineros y estrellas, que también las estrellas lo acompañaban en las albas y en los crepúsculos, límites del tiempo en su diaria faena de pescador sin otro elemento que su caña, de pescador sin chalana ni barco, de pescador de tierra, de muelle, de orilla.

Por aquella época, finales de la década de los años veinte, Arrecife puede decirse que se alimentaba de lo que le llegaba de la mar, de las profundidades del mar, o sea, de la pesca. Y, así, había hombres pobres,

marineros muy pobres como Isidro *el Torto*, que sólo contaba con su caña para hacerle frente a la vida. Otros más favorecidos contaban con su embarcación, chalana o barquillo, y éstos eran una especie de privilegiados de la fortuna, especie de clase acomodada en la gran familia marinera de Arrecife. Los de barquillo y chalana salían a la mar unas horas antes de romper el día y regresaban al puerto a la media mañana, o antes, donde sus mujeres los esperaban con los cestos para cargar y proceder a la venta. Los de tierra u orilla, como Isidro, salían caña al hombro con las primeras luces del alba y hasta el oscurecer se prolongaba la faena. Aquéllos trabajaban si acaso seis horas, ocho horas a lo más; pertenecían al gremio de los privilegiados. Éstos tenían que batallar de sol a sol, o sea, de doce a catorce horas, si querían cubrir un jornal mínimo digno que les permitiera vivir sin hambres; eran los desventurados, los miserables, los indigentes, como lo era Isidro *el Torto*.

Y una tarde, una de esas tardes plácidas del verano en que Arrecife parece encogerse sobre sí mismo en el marco de una tarjeta postal —Puente de las Bolas, Castillo, arrecifes rocosos y gaviotas—, una de esas tardes en que se contempla incendiado el horizonte marino con la caída del sol y resplandeciente de azul profundo el cielo ribereño, como si hubiera sido una pincelada propicia para vivificar el paisaje, se ve a un cura que camina por la senda de los puentes hacia el muelle. El negro de la sotana resalta en la transparencia de la placidez de la tarde. Don Matías se llamaba el cura, párroco de la ciudad, y don Matías acostumbraba [a] ir leyendo el periódico en sus vespertinos paseos porteños, abstraído a veces en la lectura, como ésta en que, leyendo y caminando, no se apercibe de que va llegando al final del espigón y sigue caminando y se manda de cabeza al mar.

Antes de dar don Matías el taponazo contra las olas, ya Isidro *el Torto*, que pescaba en la misma punta del muelle asocado por atrás de la farola, se había percatado e instintivamente había levantado la caña. Y, con la caña levantada, Isidro mira desde arriba a don Matías, que bracea y lucha por mantenerse a flote, y muy correctamente, como siempre hacía cuando se lo tropezaba en la calle, lo saluda: “¿Qué tal,

cómo le va, don Matías?”.

Al principio, mientras la sotana no se empapó del todo, don Matías se mantuvo a flote; pero al rato empezó a hundirse y fue cuando se entabló el siguiente diálogo:

CURA (gritando).—¡Échame la caña, Isidro, por el amor de Dios!

ISIDRO.—No, don Matías, que me la parte.

CURA.—¡Yo te la pago si se parte. Te pago el doble de lo que vale!

ISIDRO.—No, yo no quiero que me pague nada y no me interesa otra caña que la mía, ésta (y la golpeaba con su mano callosa), ésta que es la que me da todos los días de comer...

CURA (medio asfixiado ya y tragando agua).—¡Alóngame la caña, Isidro, que me estoy ahogando! ¡Yo soy un cura bueno y yo te absuelvo de todos tus pecados!

ISIDRO (sin inmutarse y sin moverse).—No, don Matías, yo no le echo la caña, y a mis pecados déjelos quietos, que a los que tiene que perdonar es a los suyos, que ya le queda poco.

CURA (con voz cada vez más fuerte).—¡Que me ahogo, que me muero! ¡Ten compasión, Isidro, piedad para este pecador!

ISIDRO (dándole potencia ahora a la garganta).—¡Ah lo reconoce, eh! ¡Pues húndase con sus pecados y muera como un hombre!

CURA.—¡Sálvame, Isidro! ¡Échame la caña y yo te daré lo que me pidas!

ISIDRO.—Yo no quiero nada. Y ya le dije que no le echo la caña porque me la parte.

CURA (saliendo a flote y braceando desesperadamente).—¡Por lo que más quieras, Isidro, no me dejes que me hunda!

ISIDRO (ahuecando la voz en la palma de la mano).—¡Si se hunde, a mí me importa un pito!

CURA (ya en las últimas).—¡Isidro, que me estoy chijando, échame la caña!

ISIDRO (con toda la potencia de su voz y tuteándolo ahora).—¡Pues chíjate y muérete de una vez, desgraciado! ¡Y muere como un mártir! ¡Muérete digno de la misma palabra tuya en los sermones predi-

cando la santidad! ¡Ahora tienes la ocasión de demostrarlo muriéndote como se mueren los santos, aunque te mueras “cagao”!...

A don Matías lo salvaron unos pescadores de barquillo que llegaron a tiempo de cogerlo por los pelos cuando ya se hundía, por última vez, o sea, la tercera de sacar la cabeza a flote. Y don Matías siguió en la parroquia de Arrecife. Y fíjense ustedes si era hombre bueno, que perdonó a Isidro. Y cuando alguien, después de pasado el tiempo, con intención o sin intención, le recordaba el percance y le nombraba a *El Torto*, él respondía: “Buen muchacho, Isidro *el Torto* es un buen muchacho”...

Esa mortífera rueda

Ya le dediqué en otras ocasiones unas líneas al tema. Hoy insisto. Porque tantos son los estragos que está causando la rueda, que, sin tratar de ser exagerados, puede decirse que, entre los Jinetes del Apocalipsis actuales, la rueda no se viene a menos frente al cáncer, el terrorismo, el alcohol, las drogas y las enfermedades cardiovasculares.

Todos éstos que no piensan sino en vivir lo más cómodamente posible y lo más jacarandosamente y divertidamente posible arrepollinados en el asiento, fechados al manillar, deberían pensar un poco en los estragos de la rueda, de tanta rueda. Ya en Arrecife no hay calle por la que el ciudadano pueda caminar tranquilamente. Y, como en Arrecife, ocurre en Las Palmas y en Santa Cruz de Tenerife y en tantas y tantas ciudades peninsulares. Pero en Arrecife parece que el fenómeno se agudiza cada día. Cada día más y más coches, ya no caben en la chata ciudad aplanada y ajetreante. No hay ya donde aparcar y el peatón se las ve y se las desea para cruzar la esquina y difícilmente andar por lo que en sí le per-

tenece, por las aceras, cubiertas en su mayor parte por la apretada fila de artefactos motorizados.

Pero esto es lo de menos. El sufrido ciudadano lo aguantará todo, ruidos, jumaseras y embestidas, con tal de que la ciudad trepide y haga honor a su rango capitalino. Hay que sacrificarlo todo al progreso, dicen muchos, sin pensar en que muy pronto, si no se busca remedio a tiempo, la ciudad se convulsionará ahogada en el tráfigo continuo de la rueda y el motor. ¿Soluciones? Al parecer no hay ninguna, a no ser que se tomen medidas de prohibición de entrar en la ciudad a los vehículos procedentes de los campos —que los dejen fuera del casco urbano y entren a pie, a excepción de las guaguas y los camiones de carga— o que se imponga la ley de pares e impares, o sea, de que circulen un día sí y otro no, según el número par o impar de la matrícula.

Pero esto, asimismo, es lo de menos. Lo de más es de otro rango. Porque, al fin y al cabo, no dejará de ser *peccata minuta* esa cuestión del abarrotamiento circulatorio al lado de lo que más importa: el dolor que está regando por todas partes la maldita rueda. Esto sí que es lo de más. Porque ¿cuántos accidentes mortales se producen en las carreteras del país diariamente? A los entusiastas o, mejor sería decir, viciosos del volante, a todos éstos que viven más dentro del coche que dentro de la casa, a todos los que no viven sino por el coche y para el coche, a fin de persuadirlos de que amen un poco menos el coche y un poco más la vida, sus propias vidas, yo los haría a la fuerza visitar los hospitales y recorrer las salas donde yacen inválidos tantos jóvenes, donde se retuercen de dolor —dolor del miembro amputado y dolor del alma— tantas personas malaventuradas que un día cayeron trágicamente heridas bajo la rueda.

Maldita rueda. Cuántas madres, cuántos hijos y hermanos y amigos lloran diariamente la pérdida del ser querido al que atropelló la rueda. Cuántos hombres y cuántas mujeres que pudieron vivir sus vidas sin mayores penas arrastran hoy su existencia cuales fantasmas del dolor después del día aquel en que la mortífera rueda se les echó encima

trágicamente, despiadadamente...

Y, sin embargo, hay quienes no pueden vivir sin el coche, quienes, si les quitan el coche, son capaces hasta de morirse, de suicidarse.



Calle Real, años 60.
Foto: Francisco Rojas Fariña.

¡Pero fuertes babiecas!

Pronósticos y *Antena* fueron los dos periódicos editados en Lanzarote después de la guerra. No ha habido más. El último de antes de la guerra, que hubo varios, fue *Tiempos Nuevos*, dirigido por don Rafael Medina Armas, pluma ágil y polémica, que más tarde colaboraría en *Pronósticos* y en *Antena* bajo el seudónimo de *Fidel Roca* y que tanto prestigio dio al modesto periodismo lanzaroteño.

Hablando con Guillermo Topham, a quien me encontré días pasados en una de las calles apestosas de Arrecife, al despedirme y desearle salud en aquel ambiente contaminado y de malos olores de la capital envuelta en fétida atmósfera irrespirable, Guillermo me dijo: “Por cierto, estoy leyendo tu ‘Anecdótico’, y he pensado que pudieras sacar alguna anécdota de las muchas que tanto tú, como director de *Pronósticos*, y yo, como director de *Antena*, vivimos, tuvimos que vivir”. Le contesté que sí, que miraría a ver, que buscaría en el recuerdo y escogería lo que me pareciera más adecuado.

Lo más adecuado, con respecto a *Pronósticos*, fue cuando en pleno trabajo de redacción y composición en la imprenta, de repente entró en los talleres como una exhalación un tal Florentino, peninsular afincado en la Isla que se dedicaba al arreglo de máquinas de escribir. En aquel momento se encontraban allí conmigo Guillermo Topham, redactor-jefe, y Luis Fajardo, colaborador asiduo. Sin decir esta boca es mía, Florentino dio un salto y quedó sobre la mesa engurruñado como un hurón. Con aquellos ojos redondos y abultados que espantaban, nos miró a los tres y, sacando del bolsillo una pesada llave inglesa, empezó a gritar: “¡El que haya sido, a ése me lo cargo, a ver si yo soy un mono con cara de simio o soy un hombre! ¡Que salga ‘pa’ fuera el que ha escrito que yo soy un orangután, que salga, que salga!”. Luis Fajardo miraba a *Guito* y *Guito* me miraba a mí y yo los miraba a ellos y ninguno decíamos palabra, atosigados, añusgados, hasta que Florentino se fue calmando y se bajó de la mesa y desapareció. Ya tranquilos y fuera del peligro de la brutal agresión, los tres a un tiempo nos echamos a reír, pues Florentino, en verdad, parecía un mono con su mono azul de vestimenta y sus ojos redondos y su pelambrera abundante por cara y cogote y orejas. Y no había pasado otra cosa sino que en una sección que estábamos publicando titulada “Siluetas populares”, se habló de un mono que se había escapado y andaba suelto por las calles de Arrecife, y él se sintió aludido, o algún socarrón le dijo que el escrito se refería a él, y veláis el berrinche de Florentino, el arreglador de máquinas de escribir peninsular, que a partir de aquel día hizo sus bártulos y desapareció para siempre de Lanzarote, y fue una lástima, ya que Arrecife se quedó sin técnico en máquinas de escribir y aún hoy no se encuentra uno del oficio, y al que se le rompe la máquina tiene que arreglarla él mismo o mandarla a Las Palmas.

Muchas otras anécdotas de toda índole tuvieron lugar en la corta vida de *Pronósticos* —unos dos años escasos— como fueron las acaecidas en la campaña contra el estraperlo, en la que director como redactores fuimos amenazados por opíparos comerciantes pudientes y estraperlistas; la polémica de *Fidel Roca* con *P. Pito* sobre el aeródromo de Fuerteventura; la de Luis Fajardo con *Vendimión* sobre don Blas Cabrera Felipe; el malhadado artículo titulado “Sobre el godismo”, que

hizo tambalear la existencia del periódico, dada la enorme cantidad de bajas como suscriptores de gente peninsular y allegados, etc.

Desapareció *Pronósticos*, pasaron unos años y Guillermo Topham, redactor-jefe de aquél, en el año 53 funda *Antena*, al que sostiene y dirige durante más de veinte años. Desde el mismo día de la aparición del periódico surgió el lance. Me cuenta Guillermo: “Llevábamos Virgilio Cabrera y yo una semana sin parar, corre arriba corre abajo, abordando todos los inconvenientes de imprenta y redacción para que el primer número saliera en la fecha prevista, esforzándonos en la mejor presentación de formato y textos. La noche anterior apenas dormimos unas horas, nerviosos como estábamos y cuidando los más mínimos detalles tipográficos. Y salieron los primeros ejemplares a la calle, y Virgilio y yo salimos también con el regocijo pintado en el rostro, satisfechos de nuestra tarea, llenos de entusiasmo por la labor realizada y porque Lanzarote volvía a contar con un órgano de prensa propio. Y nos encaminamos a la barbería del callejón del Casino, pues ni siquiera tiempo para afeitarnos habíamos tenido en aquellas jornadas ajetreadas y precipitadas en nuestra difícil tarea de periodistas improvisados. Y entramos en la barbería y lo primero que saltó a nuestros ojos fue la silueta de un señor que, muy repantigado en su sillón, hojeaba y leía fijamente *Antena*. Virgilio y yo nos miramos uno al otro como en complicidad, comunicándonos al través de la mirada el íntimo regocijo que nos embargaba. Y nos sentamos y esperamos turno para ocupar el sillón giratorio, cuando el señor muy serio que leía, a nuestro parecer, bastante interesado, levantándose y relingando el periódico a un lado, exclamó: “¡Qué basurra! ¿Pero es posible que haya en este pueblo gente tan babieca que haga un periódico así! ¡Pero fuertes babiecas!”.

Pero... ¡qué garganta!

A Guillermo Topham, *Guito*

Me pide Guillermo Topham “algo” para las páginas especiales de *La Provincia* con motivo de las fiestas patronales de San Ginés. No puedo negarme. Guillermo Topham ha entregado su vida al quehacer periodístico y, a través de este quehacer, mucho ha sido lo que ha aportado al engrandecimiento y prestigio de la Isla. Y todos debemos estarle agradecidos, todos los conejeros y los que, sin ser conejeros, viven aquí y aman a Lanzarote como a la patria chica suya propia. Ahí va, pues, amigo Guillermo, ese “algo” que me pides, en reconocimiento a lo que con tu pluma tanto has hecho por tu isla, por nuestra isla.

Las fiestas de San Ginés ya no son lo que eran. Ya nada en Lanzarote es lo que hace cuarenta, cincuenta años, era. Hasta el amor, ese sentimiento eterno y perenne entre el hombre y la mujer, hoy es diferente, tiene otras bases, otros procedimientos, otras formas, aquí como allá. Ha cambiado tanto la fisonomía insular en unas pocas décadas, que el mismo Arrecife, si no fuera por el Castillo de San Gabriel enhiesto y el

Puente de las Bolas y el Charco de San Ginés, que siguen iguales, no sería reconocible por nuestros propios padres si revivieran. Y es una lástima. Porque Arrecife, el antiguo Arrecife chato y aplastado y sin un árbol, tenía, a pesar de todo, sus encantos.

Para mí uno de estos encantos, sin duda alguna, era la explanada del muelle de Las Cebollas, con su quiosco de palo colorado al centro y su piso de tierra bermeja, apisonada con el salitre y las pisadas de los roncotes descalzos en las madrugadas marineras de la pesca a barquillo y a caña por las orillas costeras. En esta explanada era donde se centraba el fragor de la fiesta, donde culminaban el calor y el entusiasmo de un pueblo entregado día y noche, durante una semana entera, a festejar a su patrono bebiendo y cantando sin descanso en los ventorrillos de tablas de cajón y sacos viejos pintados, que se apretujaban alrededor del anciano Quiosco. El Quiosco, siempre colorado, de tablas coloradas, era como el anfitrión, el que acogía a las múltiples casetas de distinto tipo y tamaño llamadas ventorrillos. Y en los ventorrillos no cesaba la juerga, ni de día ni de noche, mezclándose las parrandas unas con otras al filo de las madrugadas, el timple llevando siempre la voz cantante, porque el timple, en la parranda conejera, fue siempre nervio y alma.

Y si no, que se lo digan a Guillermo Topham. En una de estas parrandas ventorrilleras de unos San Ginés de allá por los años treinta, Guillermo Topham una noche amaneció aferrado al timple sin soltarlo, cantando isas y folías con su voz abaritonada y su peculiar oído finísimo. Las gentes se maravillaban oyéndolo cantar hora tras hora, y no podían menos de exclamar: "Pero... ¡qué garganta!". Y es que, cuando todos creían que irremediablemente el tanto cantar le produciría una tremenda ronquera o afonía, sucedía lo contrario: su voz cada vez era más diáfana y segura, más entonada.

Y así son las genialidades de algunos órganos vitales de los privilegiados seres humanos. Las cuerdas vocales de Guillermo Topham, después de más de cincuenta años, siguen las mismas. O sea, que Guillermo Topham canta las isas y las folías hoy igual o mejor que allá por la déca-

da de los años treinta, cuando amaneció un día de San Ginés, con la cabeza gacha, aferrado al timble en un ventorrillo, cantando durante toda la noche, y su voz era cada vez más clara. Pero... ¡qué garganta!

Ésta es una faceta y una cualidad del gran periodista lanzaroteño que muchos desconocen. Siempre la hemos sabido unos cuantos amigos íntimos: Esteban Armas, Alfredo Matallana, Pepe Arencibia, Ginés Díaz, Enrique Quintana, Pepe Molina, Federico Coll, Maximiano Páez, Pancho Fajardo y yo y unos pocos más.

Sí, a Guillermo Topham, el gran periodista canario, ya sexagenario, le fallarán las piernas, pero... ¡qué garganta!

Inmortal en tu isla

Dame una gran pasión y te daré una gran obra. Esto me parece que lo dijo un filósofo griego hace siglos, y yo lo repito ahora con ocasión del homenaje que en estos días se ofrece al conejero que más ha hecho por su isla en todos los tiempos: Guillermo Topham.

Sin duda, nadie como Guillermo Topham ha hecho tanto por su isla natal. Ha habido otros que han laborado en pro de los intereses generales de la isla seca y volcánica en las distintas épocas; pero también es verdad que muchos de ellos se han enriquecido, y eso no vale, a mí no me vale. Guillermo Topham, después de cuarenta años entregado totalmente al servicio de su isla a través de la información, sigue pobre, o a mí no me consta que haya dejado de ser pobre, y eso avala mucho a un hombre, lo enaltece, lo sobrevalora en su dimensión humana y personal. Con humildad, con la mayor sencillez, con la sonrisa siempre a flor de labio y los ojitos canelos tintineándole, que ése es su talante y su talento, se ha esforzado durante una vida entera en proyectar la imagen de la

tierra que lo vio nacer en todas direcciones, la cultural, social, política y humana imagen de una isla atormentada eternamente por los vaivenes climatológicos y de otra índole. Y esto lo ha hecho con pasión, apasionadamente, impelido por una desmesurada vocación periodística, y ahí está el triunfo, la gran obra del hombre.

Con la pluma relingada a un lado desde hace años, hoy, con este tan merecido homenaje a *Guito*, la empuño de nuevo en un afán íntimo de sumarme al vocerío común que lo aclama. Me noto torpe, naturalmente, pero eso no importa cuando se siente hondo el impulso de aplaudir una gesta, que no otra cosa ha sido la labor de Guillermo Topham al correr de los años: labor de gesta, con heroicidad manifiesta.

Amigo Guillermo, recibe desde aquí, desde esta vieja capital isleña donde los años y otras circunstancias van tumbando a uno “patrás”, mi felicitación y mi contentura por tu homenaje en vida. No han esperado los organizadores a que te murieras, y ése ha sido un acierto. Después de muerto, el muerto suele siempre ser bueno. Y hay que ser bueno en vida, cuando se está vivo, como tú, que sigues pegando el hombro diariamente y minuto a minuto a la labor informativa después de tantos años, igual que en aquellos inicios a mediados de los años cuarenta, cuando jóvenes y llenos de pujanza emprendimos juntos el camino periodístico a través de las páginas amarillentas, por la escasez, de *Pro-nósticos*, aquel primer semanario de la posguerra que al poco sucumbió en medio de la miseria reinante. Y ya ves, yo me embarranqué y tú seguiste, esforzadamente, heroicamente, igual que lo hacen los héroes legendarios. Por eso hoy está bien que recibas el clamor del homenaje en vida y que después de muertos se los hagan a otros. De ti sé que pasarán los años y la venideras generaciones te recordarán con cariño y con admiración, lo que no se puede decir de aquellos otros que, por su riqueza, por sus dineros amasados en la Isla, los recordarán, si acaso, sus nietos y bisnietos en línea directa, y esto si es que la herencia les llegó a los bolsillos. Tú..., tú ya eres inmortal en tu isla.

Ni tan silenciosas ni tan viejas

Esto me ha dicho un viejales que aún vive tan rozagante en uno de los pueblos de esta isla portentosa. Me ha dicho:

—Cuando apareció por aquí Alfonsito *el Churrero*, sobrenombrado también *Al Capone*, trajo con él una sarta de buenas hembras. Acuérdesse usted de *Abisinia*, aquella morena de pelo rizado y tez endrina que le quitaba el jipío a cualquiera, y las otras, todas andaluzas.

—Sí, pero eso fue antes del 36 —le contesté—, antes de estallar la guerra civil. Después fue cuando el primer gobierno militar proclamado en Burgos —la pandilla de generales— impuso sus normas de represión sexual contundentes y el solo hecho de besar a una mujer en la calle o cogerle la mano en la esquina o en el portal era un delito y, si te veía el guardia, ya quedabas arreglado, eso un guardia cualquiera, guindilla o sin ser guindilla.

—De acuerdo, pero yo me refiero a la categoría y hermosura de las hembras. No eran tan viles, tan canijas como usted trata de decir en su

crónica. Claro que había alguna ya mayor y media encanijada, pero otras, amigo..., otras había que destocarse el sombrero ante ellas cuando se desnudaban. Acuérdesese si no de Pepita *la Sevillana*.

—Me acuerdo, pues claro que me acuerdo... Pero era la rara excepción. ¿Cuántas más Pepitas había? Haga memoria y verá que Pepita era única y no estaba al alcance de todos. Para todos estaban las encanijadas, como usted dice: *La Maganza, La Potra, La Farola, La Canela, La Melilla, Cristobalina, La Pitera, Las Papas Menudas*, hija y madre, y tantas y tantas que no daban a basto.

Mi amigo el viejales rozagante se echó hacia atrás en la silla y, como aceptando mi argumento, suspiró. Fue un suspiro hondo, bronco, casi turbulento. Musitó apenas:

—Qué tiempos aquellos... A pesar de la miseria y el papanatismo valía la pena vivir. Había humanidad. Nos faltaba amor, pero había humanidad...

No siguió y yo no quise seguir. No quise revolver en el pasado de un hombre que fue joven y no se resigna a no poder amar ahora que el amor florece en cada esquina, en cada rincón del parque, en cada recoveco en sombras, en la playa, en la montaña, al borde del camino... Al irme, le oí decir por lo bajo, como reprochándose a sí mismo y queriendo gritar:

—La democracia tuvo que llegar cuarenta años antes, mucho antes de uno envejecer y no poder amar, ahora que el amor abunda como las amapolas en el campo...

Y ahora, y para que esta crónica no resulte algo sentimental o sentimentaloides, voy a referir dos anécdotas verídicas que al mismo tiempo corroboran el argumento expuesto de la terrible represión sexual a la que los españoles nos vimos sometidos en la época.

Había entre todas en la calle La Porra una a la que le decían *La Boquina* porque le faltaba media boca, ya vieja, ya arrugada y también sucia. Pues bien, ésta también funcionaba. Cuando después de toda la

noche la cola de machos seguía, *La Boquina* hacía su negocio. Y fue cuando uno que estaba a lo último de la cola vio la puerta de *La Boquina* abierta y por allí se coló. Total, que entre la borrachera y las sacudidas que le dio *La Boquina* el hombre se quedó dormido. Al despertar por la mañana y verse dónde estaba, desnudo y frente a aquella cara con media boca nada más, abierta y enseñando los dientes canelos, salió corriendo casi sin vestirse y no paró hasta el Reducto, se tiró al agua como enloquecido y casi se ahoga. El interfecto este todavía vive y es un caballero de Arrecife.

La otra es aquélla del cartero. Había un cartero llamado Gabriel que casi no dormía y se dedicaba por las noches a recorrer las calles de Arrecife como una sombra, fisgoneando por las esquinas y los portales. Pues bien, una noche después de la luz apagada —el motor de la luz se paraba a las doce de la noche—, un señor de los respetables de Arrecife se encaminó a la calle La Porra y, al tocar en la puerta de *La Pitera*, vio que el cartero se escurría en la oscuridad siguiéndole el paso.

—¿Quién es? —respondió *La Pitera* desde dentro.

—¡Abre pronto, que vengo apurado y soy Gabriel! —dijo el respetable señor con voz fuerte.

En medio de la oscuridad y el silencio, resonó desde el callejón cercano la voz del cartero:

—¡A Gabriel lo dejan quieto, que está durmiendo en su casa!

Como ven ustedes, hay algo de verdad en lo que dice mi amigo el viejales reluciente de que no era la calle La Porra tan silenciosa ni las que en ella moraban tan viejas.

La democracia y el amor

Sí, la democracia y el amor, porque la democracia, entre otros bienes o ventajas que nos ha traído —al lado de algunos males—, es la esplendorosa expansión y libertad del amor, libertad para amar y ser amado, libertad para entregarse de lleno, todo entero uno —él y ella, los dos— a las delicias y arrumacos y turbulencias, también, del amor. No voy a hablar de los males de la democracia —libertinaje a porfía, inseguridad ciudadana, terrorismo a mansalva, proliferación de juegos de azar que ya da pena y hasta vergüenza, y algunas cosas más—, sino [de] lo que a mí me parece que ha sido lo mejor y más positivo y bueno que la democracia en sí encierra: el amor; la rotura de cadenas, férreas cadenas, a las que estaba encadenado con la dictadura el amor.

Fue muy desgraciada nuestra juventud de la guerra y la posguerra. A más de las escaseces de alimentos y las penurias económicas a que nos véamos sometidos, sin un trabajo digno y sin recursos para sobre- llevar una vida digna, estaban los impedimentos, las trabas sociales, los

obstáculos y barreras que se encontraba el joven enamorado para amar libremente, integralmente, a la mujer elegida. El que lograba besar a una muchacha, fuera su novia o no, tenía que hacerlo a escondidas, esperando la ocasión de la sombra o la tiniebla en el encuentro fugaz, acechando como un perro de caza el rastro del conejo o como un gato en la azotea la aparición propicia de la hembra inexistente. Fueron muchas penurias, muchos tormentos los que pasamos los jóvenes de aquellos años, largos años de desconsuelos y miserias. Nos conformábamos con cogerle la mano un instante a la muchacha, hasta que llegara el beso en el rincón o en el portal solitario del zaguán adormecido. Y tenía que ser así porque Dios nos libre [de] que cogieran a la pareja besándose, abrazados; ya ella estaba lista, desahuciada de la sociedad, criticada en el peor sentido de mujer liviana y escandalosa, ligera de cascos, proclive a las bajas pasiones de la carne y el pecado. Y nosotros los machos, que sabíamos esto, nos cuidábamos muy mucho de velar por el buen nombre de ella, de la muchacha amada, o deseada, o ansiada, poniendo un cuidado especial en el trato y las relaciones, tantas veces a distancia, tantas veces platónicamente embelesados.

Por eso nos gustaba tanto el baile. En el baile teníamos la ocasión no solamente de cogerle la mano un rato, sino de, a veces, apretar su cintura y plegarla a ella, joven y primorosa y tibia en todo su cuerpo, contra el propio cuerpo desesperado de proyección en el espacio, al compás del pasodoble o la milonga arrabalera. Alguna se dejaba apretar —un poco, siempre un poco— y a veces, cuando sentíamos los pechos duros como piedras incrustarse en nuestros huesos cual dos embestidas de fiera indomable domesticada, ya nos parecía que el mundo giraba mejor que nunca sobre su eje indefinido, pero incierto. Y cuando los muslos, también a veces, se entrecruzaban en la melodía de las notas del acordeón ausente —sólo había piano y violín, trompeta y saxofón, cuando no piano solo con tambor— entonces la felicidad rayaba en lo celeste, o celestial. Era cuando intentábamos decirle al pianista por lo bajo pasando lo más cerca: “Aguanta la pieza, macho”. Y era también cuando el pianista, mirando de reojo desconsolado, paraba la pieza de golpe. En Guatiza, me acuerdo que el pianista —era piano solo, sin tambor— en

una ocasión me paró el pasodoble de repente y me dieron ganas de matarlo, creo que casi llegué a matarlo, al cachetón con él cuando terminó el baile y salió “pa fuera”. Porque en aquellos años teníamos muchas veces que ir a los campos si queríamos bailar, pues en Arrecife, si al cura le daba la gana, prohibía el baile y estábamos listos. El Casino y el Culantrillo y la Democracia cerrados, muchos domingos nos tirábamos al campo y después, al regreso, casi siempre de madrugada, a la calle de La Porra, a desfogar.

Era terrible. Fue muy terrible y desgraciada nuestra juventud en estas cuestiones del amor, de las relaciones, del contacto macho-hembra. Por eso hoy yo digo que los jóvenes actualmente, después del advenimiento de la democracia, no saben la riqueza que tienen, comparando con nosotros. Hoy no se pasa el hambre que nosotros pasábamos, sobre todo hambre de amor, hambre de hembra. Y para mí, que no soy político o no ejerzo la actividad política, la democracia ha sido una verdadera panacea solamente por eso, por la libertad que tiene el joven para amar, para bailar, para acostarse con una mujer cuando la ama de verdad y la quiere. Allá por mis años mozos, el hombre tenía que casarse, irremediablemente casarse si quería probar mujer. Claro, se sobreentiende que, al decir “probar mujer” quiero decir una mujer no usada, virgen, o virginal, o candorosa, pudorosa, primorosa. Que las usadas siempre las hubo, siempre estaban a mano, ya que la prostitución, eso sí, esta[ba] a la orden del día. En Las Palmas, yo me acuerdo, allá por la década de los años cuarenta, que las casas de trato —las casas de putas— se multiplicaban como las hormigas; con la miseria y la escasez de todo, estas casas estaban abarrotadas, llenas de buenas hembras jóvenes y guapas —acuérdense de *Las Carmelitas*—, la mayoría empujadas por la pobreza atroz y otras, también bastantes, al ser desgraciadas —entiéndase desfloradas, violadas— por el señorito adinerado y por el militar y el policía y el falangista encaramados y por el cura, que también los había de cuidado, los mismos que nos prohibían los bailes los domingos... Por esto digo, jóvenes de hoy, que no se dan cuenta ustedes de la suerte que han tenido, pese al paro y otras circunstancias adversas, con el arribo de la democracia. Y no sean bobos: amen, ámense todo lo que

puedan, totalmente, íntegramente, de arriba abajo, como desquite a lo que sufrieron [sus] padres a través de la larga y nefasta dictadura.

Los rendijeros

Sonaban las doce campanadas en el reloj del Cabildo, cuando sonaban, y las calles de Arrecife se hundían en sombras. Y es que el motor de la luz dejaba de roncar —rugir más bien— y la ciudad se apagaba. Y digo ciudad porque Arrecife, a pesar de ser pequeño, un pueblo pequeño y engruñado y agachado, de apenas una decena de miles de habitantes, era la capital de la Isla y era, como lo es hoy, una ciudad capitalina, con sus centros oficiales, sus comercios, sus muelles marineros y porteros, ribereños: el pesquero de Naos, el comercial más allá del Castillo y el de Las Cebollas, con su Quiosco colorado en la explanada y las escalinatas resbaladizas del musgo, que servían de urinarios improvisados y a veces hasta de retrete. Pero llenaba la marea y todo quedaba limpio.

A la última campanada de la medianoche, digo, se quedaba la ciudad a oscuras. Si había luna, o una media luna, o simplemente un cuerno de luna, el ciudadano no necesitaba linterna ni farol para andar por las calles, se podía caminar en la penumbra. Pero cuando el satélite no bri-

llaba, cuando se ocultaba plenamente, entonces se hacía difícil el tránsito, el desplazamiento. No obstante, había quienes se deslizaban por la calle, de una esquina a la otra y de un portal al otro, como si tal cosa, como pez en el agua: eran los rendijeros. ¿Y cómo eran, quiénes eran estos rendijeros, esta especie de humanos ya desaparecidos, ya extinguidos después que la luz eléctrica permanece y funciona y alumbraba desde el anochecer al alba? Para que se enteren, voy a decirles algo sobre los rendijeros.

Los rendijeros, en Arrecife, actuaban de la medianoche para el día, y en los pueblos, en los campos, toda la noche, desde que oscurecía hasta el mismo amanecer. Había luz eléctrica solamente en la capital y, como he dicho, la luz se apagaba a la medianoche y era cuando los rendijeros se lanzaban al ataque. Como vampiros, iban apareciendo, o se les iba viendo igual que sombras —sombras humanas— o como bultos difuminados en la noche que se movían lentamente, avanzando de una esquina a la otra, deteniéndose en los portales. Había rendijeros que tenían su sector propio y no permitían que otro rendijero les pisara su campo de acción. Y había rendijeros de barrio y rendijeros del casco, del centro urbano. El Lomo y La Vega eran los barrios de más rendijeros, o donde a los rendijeros más les gustaba actuar, y había una razón. Esta razón la comprenderán ustedes ahora mismo, en cuanto les diga —a los que no lo sepan— en qué consistía la labor del rendijero, cuál era su cometido o qué les impulsaba a ir en medio de la noche oscura de rendija en rendija de las ventanas y puertas de las casas. En El Lomo y en La Vega, barrios humildes de construcciones baratas, las rendijas eran más grandes, o más anchas, y el rendijero podía meter el ojo más a fondo y abarcar una panorámica más amplia, más completa del cuarto o habitación de dormir, objetivo único y exclusivo del rendijero.

Y voy a decirles ya de una vez en qué consistía y quién era de verdad un rendijero. Por lo escrito hasta aquí, aun el más ignorante o el menos “espabilao” se habrá dado cuenta, sin equivocación ni dudas, de lo que venía a ser un rendijero. Pues... ni más ni menos que un individuo al que la visión de una mujer dormida, desnuda o tapada, más desnuda

que tapada, lo colmaba de felicidad. Tal era la emoción y la pasión de ver a una mujer desnuda, o medio desnuda, en la intimidad del sueño, o sin sueño de ninguna especie, que el individuo, el rendijero, se sacrificaba horas y horas —tantas como durara la noche— pegado a la puerta o a la ventana, así lloviera o hiciera tormenta y el vendaval y el frío le constriñera[n] los huesos. Hubo rendijeros que llegaron a amanecer ateridos, entumidos por la posición del cuerpo empujando el ojo en la rendija, y a algunos tuvo que llevárseles al hospital para desentumecerlos.

Y había también, entre los rendijeros, categorías. Estaban los que acabo de decir que se llenaban de dicha al contemplar a la hembra sola tumbada en su intimidad, acostada, o sentada, o como fuera, y había los que no se conformaban con la estampa solitaria de la mujer consigo misma, sino que ansiaban más, deseaban mucho más: ver a la hembra en compañía y en actividad amorosa, en el ejercicio amoroso del sexo y la pasión, abrazada al hombre, marido, querido, novio, macho circunstancial y de paso, que al parecer de todo había. Echen ustedes cuenta [de] lo que tenía que pasar el rendijero hasta lograr, con el ojo, enfocar una de estas escenas, horas al acecho, noches y noches inmensas pegado el ojo a la rendija hasta que al fin, por casualidad o sin casualidad, se encendía la vela o el candil en la habitación y el rendijero podía contemplar la escena del acto amoroso a lo vivo. Ese día, esa noche, el rendijero había llegado al culmen —de culminar, culminación— del paroxismo y se consideraba el bicho más feliz de la tierra. Y esto lo sé yo de buena fuente por las confidencias de un rendijero que se hizo amigo mío y yo apreciaba, a pesar de las repulsas del estragado y humano vicio. Humano porque, que yo sepa, ningún animal ha sido en su vida rendijero.

Hoy, ya ven ustedes, los rendijeros han muerto, no existen, se extinguieron frente al avance de la civilización y la ciencia. Hasta en el último pago de Lanzarote impera la luz eléctrica y no hay lugar ni rincón en la Isla donde la noche no sea igual al día, brillando la luz artificial tanto o más que la solar en todo momento, en todo instante del tiempo vital de las ciudades y los pueblos. Los rendijeros han muerto y ha sido una magua, pues solían ser buenas personas y constituían un espécimen

humano que ya no volverá a verse en toda la extensa redondez de la Isla. Hoy, si acaso existe algún individuo con aficiones a rendijero, yo me supongo que se consolará yendo al cine, que las películas de desnudos, eróticas y pornográficas, servirán de sucedáneo [de] aquellas películas que a lo vivo se gozaba el rendijero al través de la rendija.

Como se le dice al rey, o a los reyes, y aun a sabiendas de que no habrá sucesión, voy a decir aquí, exclamando: ¡El rendijero ha muerto! ¡Viva el rendijero!



Calle Real, años 20.

Foto: Aquiles Heitz. Archivo fotográfico de Alberto Lasso.

Las orquestas de San Ginés

Venían en el Correílo un viernes para irse al otro viernes. Una semana entera. Una semana [en] que nosotros, los jóvenes, no parábamos de bailar, mañana, tarde y noche. Las dos eran a cual mejor, la de la Sociedad Democracia y la del Casino. Por la mañana, a la salida de misa —durante las Fiestas había misa cada día, por orden del obispo cuando no del cura— y de las once más o menos, quedábamos fajados bailando hasta la una, la hora del almuerzo; después el asalto, por la tarde, y a la noche, nada más terminar la cena, a la Democracia otra vez, o al Casino, sonando aquellas orquestas horas y horas, a veces hasta el amanecer.

Aquéllos sí eran músicos. Aquellos hombres, verdaderos artistas de la nota y el pentagrama, eran incansables, poco menos que héroes o casi héroes. Y eran músicos de verdad. Cada uno tocaba varios instrumentos, no a la vez, claro, sino cuando se cansaban de soplar —el saxofón, la trompeta, el trombón de vara— se cambiaban al violín, a la viola, al contrabajo. El que cantaba generalmente era el del jazz, o el del piano,

poniendo como ejemplo a Padilla y a los hermanos Cordero. Pero voy a citarlos a todos, o a los que hoy todavía yo me acuerdo, porque todos se merecen un recuerdo, porque todos eran verdaderos artistas y eran heroicos, fueron heroicos, porque todos, casi sin excepción, murieron con las botas puestas, o sea, tocando, sonando, soplando, pulsando, cantando. Todos fueron muriendo uno tras otro todavía jóvenes, y ninguno se echó atrás, ninguno nunca rehusó el contrato y el compromiso de tocar como fuera y donde fuera, hasta el agotamiento, hasta la enfermedad y, al fin, la muerte. Muerte prematura todos. Menos los hermanos Cordero, que creo que aún vive uno en Las Palmas, y éstos escaparon porque su misión en la orquesta era cantar más que otra cosa. Pero como he dicho, voy a estampar los nombres de todos aquí como homenaje y recuerdo, y según yo me acuerdo. Pepe Pérez, o los dos Pepe Pérez, pianistas los dos y los dos a cual mejor; los hermanos Cordero, ya dichos; Batista, el trompetista; Periañez, el violinista; Dámaso, el del contrabajo; Tarca, el acordeonista; Osorio, también jazz y canto por la bocina; *Guanche*, trompetista que hacía maravillas con la sordina y al que asesinaron los falangistas de Las Palmas en la Península; y tantos otros más que formaban las dos orquestas y cuyos nombres se me han borrado de la memoria, que el tiempo no pasa en balde y ya hace de esto más de cuarenta años.

Y, claro, yo pienso que algunos o muchos se preguntarán el porqué eso de morir jóvenes. Y tiene su explicación. Por aquellos tiempos, años de la posguerra arramblados y calamitosos y canallas, como tantas veces he repetido —y seguiré mil veces repitiendo— se pasaba hambre, mucha hambre, eran miserables, eran canijos. Muchos obreros, del campo y de la ciudad, sucumbían tuberculosos por la falta de alimento y el excesivo trabajo de sol a sol, que explotaban los caciques, los potentados, que antes como ahora siempre han sido los mismos, chupones, mamones del sudor del desvalido. Y los músicos de orquesta, que para subsistir tenían que tocar y tocar el instrumento día y noche, cada año que pasaba venían a San Ginés, cada vez más flacos. Ellos querían venir porque amaban a Lanzarote y les entusiasmaban las Fiestas, participando también a su manera echándose sus clanques en los descansos de la

orquesta. Me acuerdo de que Dámaso, que era fuerte como un toro, una tarde estaba borracho como una cuba, y don Eugenio Rijo, presidente del Casino, se quedó asombrado cuando Dámaso se estiró en un sillón de la sala de billar y durmió apenas una hora, levantándose fresco completamente, y seguidamente se agarró al contrabajo y no paró de darle a la cuerda en toda la noche. Así eran aquellos hombres, cumplidores, serios, esforzados y artistas de verdad. Y la muerte prematura les iba llegando porque en Las Palmas, contratados en la Banda Municipal con miseros sueldos, tenían que trabajar por las noches en los cabarés —Nublo, en Las Palmas, y Taoro, en el Puerto, eran los principales— y aquella vida nocturna y bohemia y de copas los fue minando, muriendo todos relativamente jóvenes, a excepción, como he dicho, de uno de los hermanos Cordero, que no bebía y se cuidaba como un gallo inglés. A este Cordero la última vez que lo vi en Las Palmas venía de Berlín, de vacaciones, donde estaba contratado como director de una de las orquestas más prestigiosas de la gran capital germana.

Y así eran las fiestas de San Ginés para nosotros allá por los años cuarenta: bailar y bailar en la Democracia y en el Casino, al son de aquellas admirables orquestas. Entre baile y baile, si acaso, nos dábamos alguna vuelta por los ventorrillos de la explanada, alrededor del Quiosco, para comer carne de cochino en adobo —el que tenía perras— y echarnos unos terregazos de vino perrero recalentado al sol bajo los techos de fardo[s] de sacos viejos de los ventorrillos.

Pero los bailes eran nuestra delicia. Una semana entera bailando a toda hora, de día y de noche. Porque después, en el resto del año, a veces ni los domingos siquiera, porque si al cura o al obispo se les ocurría decir que no, que no había baile, que estaba prohibido, ya estábamos listos. Y eso que nosotros nos conformábamos con apretarle un poco la mano a la pareja y, cuando podíamos, apretarle también el busto, los pechos contra uno, y también un poco los muslos, y ya éramos felices. Claro, felices cuando con la que bailábamos era la preferida, o estábamos enamorados de ella.

Así eran para nosotros, jóvenes, nuestras fiestas de San Ginés. Para los jóvenes de hoy, que tienen San Ginés todos los días, porque si lo quieren todos los días bailan, yo no sé como serán las Fiestas; pero me supongo que, para muchos, no consistirán en otra cosa que en beber, fumar —porros y no porros—, hacer el amor —como se dice ahora, antes era conejar—, y el baile en sí mismo, por ser baile, no les interesa. Por eso bailan separados, o les gusta bailar cada uno por su lado, dando saltitos. Nosotros, en cambio, nos aferrábamos a la hembra como la lapa en la roca, si nos dejaban, y no parábamos sino cuando la orquesta paraba y teníamos que soltarla. Si no la soltábamos enseguida, las viejas, madres y abuelas que nos vigilaban, nos echaban el ojo encima y ya estábamos listos, muy difícil se hacía después repetir la pieza con la misma pareja.

Así eran nuestros San Ginés, y así era la vida. Los San Ginés hoy, y la vida de hoy, qué distintos. Mundos completamente distintos, como son distintas la música, y las orquestas, y todo lo que nos rodea.

Y menos mal que al fin he terminado. Se me ha pedido algo referente a las fiestas de San Ginés y no se me ha ocurrido otra cosa.

Las botas del muerto

(Recuerdos de un día de Navidad)

La pelota es para el niño el mejor juguete. La pelota fue para nosotros, los chiquillos de allá de los años veinte y treinta, el mejor regalo de Reyes. “¿Qué le pides a los Reyes Magos?”. Y el muchacho pobre, el hijo de padres esmirriados, contestaba sin reparos: “Una pelota”. Los niños ricos, los niños de papá, pedían generalmente una bicicleta. Y se la ponían. Los que pedíamos una pelota y nos conformábamos no siempre recibíamos la pelota, sino un trompo o un pito, trompo de a perra gorda y pito de a perra chica. Y entonces recurriamos al trapo, a la pelota de trapo grande y pesada recosida por dentro con calcetines viejos sudados, que, a veces, al chutar, quedábamos con el pie desbaratado.

Después, más mayorcitos, adolescentes de catorce y quince años, cuando Ginés de la Hoz —el mismo que llegó con el tiempo a ser alcalde de Arrecife— formó un equipo juvenil, pasamos de la pelota de trapo a la pelota de goma y al balón. Domingo *el Catorro* y yo, amigos de siempre, no lo queríamos creer: darle patadas a un balón de verdad, de

cuero, había sido nuestra mayor aspiración y lo habíamos conseguido. Mirábamos a Ginés de la Hoz como a un dios que nos proporcionó camiseta y zapatos para defender los colores del C. D. Arrecife, yo de extremo izquierda, *El Catorro* de medio central. Pero antes hay que ver las peripecias que pasamos al querer ser futbolistas de verdad, jugando con un balón de verdad, de cuero. Íbamos a La Barraca, campo de fútbol abierto donde hoy está el Instituto Agustín Espinosa, y allí nos pasábamos horas y horas en reñidas competiciones entre equipos formados al azar, pasando toda clase de penurias y siendo la peor, la más dolorosa, la falta de zapatos. *El Catorro* jugaba casi siempre descalzo, y yo, con alpargatas viejas y rotas, de suelas de goma de ruedas de camión, que me hacían sudar los pies como a una bestia, tantas veces recosidas con hilo de bala o alambre de pescar. Éramos tan desgraciados y ansiábamos tanto jugar con zapatos, aunque fueran viejos y rotos, que, cuando lográbamos, por las mañan que fueran, conseguir un par, lo compartíamos. Él jugaba con un pie descalzo y el otro enzapatado, y yo, la alpargata en uno y el zapato en otro. Cuando llegaba el descanso, hacíamos el cambio de pie, izquierdo por derecho y derecho por izquierdo. Tan desesperados estábamos por poder jugar como los niños ricos, todos con zapatos o botas relucientes, que un día llega Domingo y me dice: “Ya está, en adelante tendremos zapatos, pues se me ha ocurrido una gran idea...”. La gran idea de mi amigo no era otra que ir al cementerio a suministrarnos desvalijando a los muertos, o sea, robándoles los zapatos. Y así fue como, estando un amanecer con los primeros claros del alba arrancándole las botas a un viejo que habían enterrado el día antes, cuando ya le teníamos un pie fuera de la tierra, la mala fortuna hizo que de repente apareciera el sepulturero, que se nos vino arriba con un palo y casi nos mata. No volvimos más al cementerio en busca de zapatos, dado el fracaso de la primera intentona, y henos aquí al *Catorro* y a mí jugando, descalzo él y yo con la alpargata, un día y otro día, todos los días.

Era tanta la importancia que tenía el zapato en el fútbol para nosotros, los chiquillos de los años veinte y treinta arramblados y sin una perra para ir al cine los domingos a ver las películas de Tom Mix y Tom Tyler, los cowboys de aquella época, que un día casi nos morimos de la

envidia al ver llegar al campo de La Barraca a Panchito *el Negro* con unos flamantes zapatos de charol y diciéndonos en cuanto nos vio: “Hoy sí que meto yo goles, hoy me hincho, hoy ganamos seguro, gana nuestro equipo...”. Y vaya si ganó el equipo y ganó Panchito. Cuando la madre se enteró [de] que le había quitado los zapatos que tenía escondidos en un baúl para ir a misa los domingos y Panchito les serruchó los tacones, por poco no lo mata...

Así fue nuestra niñez y nuestra adolescencia: sacrificada, desgarrada, sin tener siquiera unos zapatos viejos remendados para jugar al fútbol ni otras tantas cosas que a los chiquillos de hoy les sobran. No les falta nada, nada de nada, y todavía protestan y le mandan al porro.

El amanecer en que Domingo *el Catorro* y yo le arrancábamos los zapatos al muerto fue un día de Navidad de 1935. En las siguientes Navidades, las de 1936, España entera estaba bañada en sangre.

Pepita la Sevillana

A la ciudad de Sevilla,
con motivo de la presente Feria de Abril,
y a todos los sevillanos en su conjunto
—machos y hembras—, porque se lo merecen.

Los revuelos que ha armado mi crónica “El beso fúnebre”, por la dedicatoria: “A Pepita la Sevillana, aquella prostituta sublime que no era puta, tan besucona, si aún vive y Dios sabe por dónde andará”. Yo no creía que uno de estos escritos míos que semanalmente aparecen en *Lancelot* —porque al director no le importa— pudiera alcanzar tantas cotas de discusión y controversia y, voy a decirlo de una vez, de rechazo. Jamás me lo creí. Jamás lo sospeché. Y todo por una simple dedicatoria: “Pues eso es lo que nos faltaba ahora también, en esta democracia libertaria y pornográfica que estamos viviendo: que hasta en los periódicos se haga el elogio de las putas. Qué vergüenza”... Este párrafo, así, tan crudo y tan claro, lo saco de una de las misivas anónimas que respecto al susodicho escrito mío de marras me han echado por debajo de la puerta del zaguán, pues no tengo buzón —no tengo buzón pero tengo zaguán, todavía hay en Lanzarote quien tenga zaguán—.

Voy a ver si le digo algo a este desconocido comunicante. Aunque

no es mi costumbre contestar a nadie de los que, al parecer, de repente les entra la rabia de meterse conmigo, esta vez voy a hacer una excepción, voy a echarle unas líneas al asunto, sin utilizar desde luego el procedimiento ese tan común de la prensa isleña de empezar enseguida [con el] insulto personal y vituperio del que tiene su opinión y no piensa como tú y generalmente dice, para sí mismo, en un regodeo íntimo y gozoso y masturboso: “Pues ya te caíste, macho, ya te diste con la trompa en el suelo, escucha bien lo que te voy a decir”... Y el individuo tira de bolígrafo y empieza enseguida dale que te dale insulto tras insulto, sin poder parar, echando “pa fuera” todo el rencor y la envidia, hasta que al fin, cuando le parece, corta y se queda tan contento, creyéndose que ha hecho una gran cosa y felicitándose para sus adentros a sí mismo y sonriendo con el labio a un lado al pegar el sobre y llevarlo al correo...

No tengo la menor duda de que el que me escribió es uno de éstos: un carca. Llámese como se llame y viva donde viva, para mí no es otra cosa que un puro carca, uno de esos moralistas de tres al cuarto que tanto abundaron y que todavía se ven por la calle como especímenes de un clan que se resiste a desaparecer por completo en la actual sociedad liberal y abierta que, pese a los males que aún nos atosigan, económicos y sin ser económicos, nos ha llegado con la democracia.

Como es verdad que yo no podía ver a esos moralistas de estilo falangista y curatil que condenaban a rajatabla la menor libertad del hombre y más aún la libertad amorosa —acuérdense de la frase “esos países podridos en el amor libre del Este”—, que anatemizaban el acto sexual y lo catalogaban como inspiración y práctica de Lucifer, mientras ellos, a las calladas, se dedicaban a desvirgar y desgraciar a las pobres mujeres supeditadas a su mando, criadas de casa y otras que, si se resistían, si defendían con uñas y dientes su virgo, ya estaban listas, perdían el empleo y por tanto el pan que llevar a sus casas; como no podía verlos, a esos moralistas de santurronería repelente y práctica encubierta de los usos que en sus prédicas y apostura social condenaban; como no podía verlos, repito, procuraba alejarme de ellos y despreciarlos igual que a ratas —ratas falangistas—, por lo que algunos me tachaban de pri-

mitivo, de incivilizado y hasta de cavernario. Pues no es nada, cavernario..., siendo la verdad que yo estaba dispuesto y prefería vivir en una covacha —como lo hice un tiempo en Las Palmas— con tal de no verlos, a ellos, con sus arrogancias, sus dineros y sus viles tropelías.

Época aquella enflaquecida y descangallada. Época encanallada de los años cuarenta y cincuenta. Época mocosa de la dictadura sucia y ruin. Pero era uno joven y eso nos salvaba. La fuerza, la entereza de la juventud nos salvaba, a mí y a los que eran como yo o pensaban como yo, que eran pocos, por cierto, pero alguno había. Alguno había porque, en años anteriores, en plena guerra civil, en Arrecife todos los chiquillos eran balillas, con su fusil de palo y la camisa azul, todos menos yo y dos más: Dominguito el *Catorro* y Pepito Molina. Ya lo ven, sólo tres entre cientos. Con esto pueden darse cuenta ustedes cómo andaba la cosa por aquellos años llenos de ignominia, de cinismo, de estupidez, sobre todo de estupidez, pues a los niños llamados balillas o flechas que desfilaban por las calles fusil de palo al hombro, se sumaban los ancianos que marchaban por la Calle Real con el fusil de palo también al hombro o, más que al hombro, sobre la panza, recostado en la barriga. Y todos, los ancianos como los jovencitos, en el fondo de sí mismos nos despreciaban a nosotros, a los que no teníamos fusil de palo y no desfilábamos al compás del tambor militar y la corneta...

¿Pero lo ven? Ya me aparté del tema completamente. Procuraré coger otra vez el tranco. Y lo haré diciendo que si dediqué mi crónica a una prostituta, a Pepita *la Sevillana*, es porque Pepita *la Sevillana*, aunque ejercía la prostitución, no era puta.

Putas son todas las mujeres que comercian con su cuerpo. Pepita *la Sevillana* no comerciaba con su cuerpo ni con nada. Llegó a tener una arramblada cantinita en el callejón de La Porra, y nada más. No cobraba de antemano por su amor. Si le daban algo, ella lo aceptaba porque tenía que comer y también comprarse algún trajito barato de crespón y alguna braga de vez en cuando —sostén no usaba—. Si el que se enamoraba de ella no tenía dinero, era lo mismo; de todos modos, ella lo com-

placía, lo satisfacía, se acostaba con él y lo amaba como si fuera su novio o su chulo, aunque ella no tuvo nunca chulo sino amante.

Tan hermosa, tan bondadosa, tan andaluza y tan salerosa era Pepita *la Sevillana*, que no tardó en aparecer por Arrecife un apuesto militar y se casó con ella. Los desposados partieron el mismo día para la Península en un vapor de alta chimenea humeante. Me acuerdo que los pitidos del barco al alejarse del puerto me taladraban los oídos como si fueran barrenos, porque yo fui uno de los que también la amó, con locura, juvenilmente, carnal y románticamente, qué quieren que les diga, y su marcha, como a tantos otros, me desaló el alma.

Pepita *la Sevillana*, con los años gran señora en una importante ciudad de la Península, respetada y muy querida en la sociedad civil y militar de entonces, no sé si aún vive, si tiene hijos, si tiene nietos. De todas las maneras, y como quiera que sea, yo me ratifico en la dedicatoria.

Entierros de ricos, entierros de pobres

Por *Lancelot* se enter a uno de muchas cosas. Por *Lancelot* me he enterado [de] lo que vale un entierro, no [de] lo que vale un peine. Por *Lancelot* he venido a darme cuenta que incluso en la misma muerte el hombre discrimina al hombre, o mejor dicho, que el hombre con su cuerpo ya podrido, inerme y podrido y apestándole toda la carne putrefacta, maloliente, se diferencia o trata de diferenciarse del prójimo, de ser más que su prójimo, de echarle la pata por arriba hasta en el mismo postrero trance último al vecino, a su semejante, a su congénere, a su hermano. Por esto es que hay entierros ricos y entierros pobres.

Según *Lancelot*, el precio de un entierro modesto anda alrededor de las ochenta mil pesetas, mucho más que el jornal mensual de un obrero, menos, mucho menos que el sueldo de un maestro de escuela, y menos todavía —no llega a una tercera parte— de lo que gana un diputado a Cortes o alcalde o presidente de Cabildo y concejales y consejeros liberados —los de dedicación exclusiva, creo que los llaman—. El cajón

de estos entierros modestos es de palo barato, de forro liso barnizado. En contraposición, un entierro de los llamados de lujo le cuesta al muerto, o a los familiares del muerto, que es lo mismo, unas trescientas treinta y ocho mil pesetas, más de tres veces más que el del pobre, por lo que un pobre, un obrero, tendría que estar trabajando por lo menos cinco meses seguidos sin gastar ni una perra chica en nada, ni en comer, si quiere que lo entierren como entierran al rico, en arca de lujo con tapa de cristal y carroza fúnebre engalanada, y con instalación de capilla ardiente y otros requisitos de misas y curas y oraciones y el incienso humeante, oloroso, de volutas tenues ovoidales, de volanderas nubes caprichosas. Siempre fue así. Y si no, acuérdense del caso aquel ocurrido allá por los años treinta, en que estaba maestro Paco *el Velero* en la Calle Real —así lo cuenta su hijo Cipriano, el político— frente a la sombrerería de don Abraham Arencibia y pasó un entierro. Como no se había quitado la cachucha, el cura lo increpó: “Destóquese, hombre, al paso de la Santa Cruz”. A lo que *El Velero* replicó, interrogando: “¿Y cuántas cruces hay?”. “Una, una sola Cruz para todos los mortales. ¿O no lo sabías?” —sentenció el cura. “ ¡Mentiras! —gritó entonces desgañitándose *El Velero*—. Mentiras, porque cuando mi padre murió costó el entierro una peseta con veinticinco céntimos, y el de don Fernando Pereyra costó cinco pesetas. ¿Hay una sola Cruz para todos o hay una ‘pal’ pobre, cochino macho, y otra ‘pal’ rico?” (“Cochino macho” le decían al cura los roncotes de Puerto Naos).

Dice el periódico, y yo no lo sabía, que hay en nuestra isla tres funerarias y que las tres se hacen la competencia, como cualquier negocio. Así que las tres se van a la caza del muerto, como puede ir el vendedor de pipas y chicles y caramelos a la captura del chiquillo goloso y marrullero. Esto por no poner otros ejemplos.

Y miren por dónde una cosa trae la otra. En cuanto me enteré [de] que tres funerarias se disputan las perras del muerto en su conducción al cementerio, se me vino a la mente enseguida la funeraria única que había en Arrecife allá por los años de la juventud de uno, alejada ya, y bastante, del presente, años treinta, años cuarenta. Había una sola

funeraria y no había por tanto competencia; pero había categorías, había cajones de ricos y cajones de pobres. Al más pobre, por pobre que fuera, no le faltaba el cajón, aunque fuera de tablas viejas encontradas en la marea pintadas de negro. Este entierro del más pobre, su cortejo fúnebre, consistía a veces en el fotingo de bigotes de Pepito *el Cojo*, cruzando la Calle Real a toda prisa, y mi tío Pancho, único acompañante, corriendo atrás para llegar a tiempo al cementerio, donde le rezaba al muerto un padrenuestro y se volvía a su casa satisfecho. Mi tío era así, no se perdía un entierro. No hacía distingos. Rico o pobre, él acompañaba al cadáver hasta el final y le rezaba sobre la tumba.

Y ahora, para que vean cómo se las manejaba el empresario fúnebre, el dueño de la única funeraria de la Isla, voyles a contar algo que dice mucho, o dice bastante, del carácter y modo de ser —hoy se dice talante— de nuestros padres, nuestros abuelos. Y es que, apurado el hombre, el funerario —cuando pasaba un tiempo sin alguien morirse—, para comer, pues no vivía de otra cosa, tenía que mandar a pedir a un amigo de Las Palmas los féretros fiados. Estos féretros se los traían los hermanos Rodríguez, dueños y patrones de *La Pesquera*, velero de cabotaje entre las Islas. Y un día, al momento de zarpar, llega al muelle el funerario y le entrega al patrón una carta muy urgente y muy reservada para su amigo el funerario de Las Palmas. Los hermanos Rodríguez, intrigados y también algo preocupados, durante la travesía, y aguijoneados por la curiosidad, decidieron abrir la carta y, olvidándose de la ética y las buenas maneras, [...] cerraron los ojos pidiendo perdón a los Santos Inocentes y leyeron la carta: “Amigo mío por ésta que te va a mano del patrón de *La Pesquera*, te mando cien duros para que vayas amortiguando la deuda, y, mira, mándame muchos angelitos blancos decorativos porque dicen los médicos que este año la tuberculosis se llevará por delante a todos los chiquillos pobres de los barrios, y, claro, a mí me gusta ponerle al cajoncito blanco por lo menos dos angelitos que lo adornen. Sobre los cajones de ricos que me mandaste y no te los he pagado, este año será seguro, pues hay dos pejes gordos que, por la edad y jeringados como están, si hay suerte, ninguno de los dos se escapa este año. Recibe de este tu amigo los cien duros para que amortigües

el débito, y ya te avisaré cuando esté a la vista otro entierro de rico para que me mandes el cajón, que, como tú sabes, es donde uno se gana alguna perra. Me han dicho que en el campo, en Haría, hay por lo menos uno que para el próximo año no escapa”...

Había una sola funeraria, y con los entierros de ricos, ésos de más de trescientas mil pesetas de hoy, y que en aquella época no pasaban seguramente de treinta duros, el funerario iba viviendo, ganaba para comer. Los entierros de pobres le significaban cambiar el dinero por cambiarlo, cuando no perdía, debido al sablazo o [a que] se moría también el familiar responsable.

Hoy las tres funerarias se disputan el negocio, a la caza del muerto, y, según me han dicho, las tres son un buen negocio. Un negocio bonito, que no es lo mismo [que] decir bonito negocio.

A la vuelta con San Ginés (El ventorrillo de dos pisos)

Digo a la vuelta otra vez porque no sé cuántas veces ya han venido aquí por Tegui —la Villa vieja— a decirme: “se acercan las Fiestas y tienes que hacer algo para el periódico, como otros años”. Y yo no sé ya qué decir. Yo les contesto que no tengo argumentos, que ya lo he dicho todo al través de los años, que se me terminó el repertorio, que ya estoy listo, que se acabó el cuento —siempre verídico—, que, si me apuran, no tendré más remedio que inventar, y eso a mí no me gusta pues, cuando escribo, me baso siempre en la realidad, en lo que acontece, en lo que ha sucedido, en lo que ha pasado. Qué va... “Pues debes escribir, hombre, que siempre habrá algo que no se ha dicho, que no se ha escrito. Busca y rebusca en la memoria y verás cómo encuentras”...

Y aquí me tienen ustedes buscando y rebuscando en la memoria. Y pasan por mi mente aquellos años de los Sanginés gloriosos —hambrientos pero gloriosos— en los que las flamantes orquestas de Las Palmas llegaban en el Correílo y se metían en el Casino y la Democracia y

el Culantrillo —las tres sociedades— y no salían ni de día ni de noche durante toda la semana, toca que te toca sin descanso, y nosotros, jóvenes impetuosos y deseosos, no parábamos de bailar. La fiesta para nosotros casi no consistía en otra cosa que [en] bailar y dar alguna vuelta por el Muelle Chico —muelle de Las Cebollas— a pisquiar y empinar el vaso de vino caliente en los ventorrillos. Y se me viene al recuerdo, como un torbellino y con una nostalgia inmensa, aquel ventorrillo distinto a todos los demás, más alto, más empinado que los otros: el ventorrillo de dos pisos. Se le había ocurrido la idea a Tomás Chacón, y me parece que lo instalaron, para explotarlo entre él y Pepe Toledo, frente al Quiosco, donde señor Juan *Prim* baldeaba ron a toda hora en los gaznates resequidos de los roncotes.

En el ventorrillo de dos pisos estábamos arriba, porque no cabíamos abajo, haciendo espera y jincándonos el trago para volver corriendo al baile, cuando notamos que una brisa inesperada se colaba por entre las lonas y fardos que constituían las paredes, y, de repente, el fuerte viento, caliente, asirocado, con trepidantes remolinos. Para qué fue aquello... No se imaginan ustedes el balanceo y el movimiento de una banda a la otra. Aferrados al vaso y al madero, y unos contra otros sin saber bien lo que pasaba, oímos de repente la voz de Tomás Chacón, que venía desde abajo sonora y autoritaria: “¡Agárrense como puedan, que esto es un vendaval! ¡Agárrense, que el ventorrillo aguanta!”. Digo si aguantó. Más de media hora estuvimos en lo alto fechados capeando el temporal y con la magua en el corazón de estar allí aprisionados sin poder bailar con la muchacha que uno quería el pasodoble, el tango, el *fox-trot*, el charlestón. Me acuerdo bien que a nuestras orejas llegaban los sonos melodiosos de Los Huaracheros, en El Teide —caseta-bar de Manuel, el del pito de agua de la parranda de Los Buches—, instalado junto al paseo frente al Café de Bonilla. Y de más allá, de un ventorrillo próximo a la escalinata oliente de vomiteras y orines y la caglera de algún chiquillo, oíamos el furrungueo incansable del timple, seguramente el mismo que don Pedro Schwartz oyó durante cuatro noches seguidas con sus días sin una parada en el furrungueo, sino cada cuatro o cinco horas para la meada obligada del tocador, probablemente de Tinajo,

o de Tiagua, o de Muñique. Mientras, los bandazos se iban haciendo cada vez más violentos al compás de las voces de Chacón, que nos daba ánimos: “¡Sujétense como puedan, que esto pasa pronto, es una borrasca!”. Al terminar de decir borrasca, fue el taponazo. Los fardos volaron más allá de la Caseta de Baños del Casino, y los palos fueron a dar encima de otros ventorrillos, y señor Juan *Prim* asomó los bigotes —eran enormes— por un ventanillo del Quiosco, y el cuerpo mío con todo el esqueleto vino a caer precisamente debajo del ventanillo. Casi perdí el conocimiento del dolor en una rodilla, pues caí tuchido, y me acuerdo como si fuera ahora de la estentórea carcajada del señor Juan al tiempo que se retorció con furia los bigotes.

Aquel día de San Ginés no lo he olvidado nunca. Yo andaba detrás de una moza que me tenía casi sin poder dormir de lo buena que estaba, y no quiero acordarme de los sufrimientos viéndola bailar con otros mientras yo, con la rodilla hinchada, la contemplaba como un babieca desde el salón de viejos del Casino, inútil, cojo, sintiéndome el ser más desgraciado de la Tierra.

Quizás ahora que llevo enfilado el escrito, rematándolo, le voy a dar la razón a quien me dijo que buscara y rebuscara en la memoria, que siempre habrá algo que no se ha escrito sobre las fiestas de San Ginés. Pueden ustedes estar seguros de que esta vez tampoco he inventado. Pregúntenle[s] a los arrecifeños de más o menos mi edad por el ventorrillo de dos pisos de Tomás Chacón y verán que digo la verdad. Yo no invento nada, aunque algunos crean lo contrario.



Arrecife, 1929.

Foto: Centro Fotográfico y Cartográfico del Ejército del Aire.

Agustín de la Hoz y la generosidad

Yo me voy a lo humano, al hombre, a la persona. Dejo la obra, el quehacer, lo hecho, para los entendidos, los intelectuales, los doctos. Que éstos hablen de la significación y la importancia, a todas luces patente, que para Lanzarote guarda la obra de Agustín de la Hoz, en su doble dimensión histórica y literaria. Pocos, o casi ninguno, para mí ninguno, ha hecho como Agustín de la Hoz tanto por Lanzarote en el campo de las letras y la investigación histórica, y tan desinteresadamente, tan generosamente, sin tener en cuenta para nada la ganancia, el provecho, el beneficio económico. Y aquí está el mérito, su principal virtud y por ende la calidad humana que yo valoro por encima de todos los otros valores en la condición esencial del hombre. A mí ya pueden traérmelos cargados, a los humanos, de cualidades y dones y títulos y categorías, que si no vienen éstos avalados por el desinterés —el monetario, ¡oh la moneda, el billete, el dinerito!— y en ellos no veo o no capto con toda certitud la prodigalidad en la acción, para mí... quítame “pallá” esa laja, por muchas aureolas de éxitos y premios y triunfos y laureles y trofeos que lo acompañen, al indi-

viduo. Me lo pueden traer, al individuo, muy listo, muy inteligente, muy capacitado y hasta muy culto y pletórico de talentos que, si en el fondo de todo y por lo que quiera que sea le atisbo o le columbro el gesto judaico del egoísmo y la jimería, listo, ya para mí se mandó contra el suelo, no sirve para nada, no vale, no significa nada. Al ególatra y codicioso, al avaro, al tacaño, en una palabra, al jimero, nunca pude ni verlo, me refracta, me repulsa. Por eso, cuando veo a alguien que no tiene en cuenta su bolsillo propio, su cartera, sino que antepone a las delicias del dinero el bien de los demás, me destoco enseguida ante él, lo acato, me quito la cachucha, lo valoro, lo aprecio. Y éste es el caso de Agustín de la Hoz. Nunca le movió el interés, nunca pensó en el cobro cuando se solicitaron sus servicios: una conferencia, un artículo periodístico, una colaboración literaria, un asesoramiento. En esta sociedad metalizada y bursátil y mercantilista y fieramente egoísta que nos ahoga —o mejor sería quizá decir añuga— a cada paso, y que no parece sino que la más grande aspiración del ser humano es el dinero, la ganancia, la manducancia, hombres como Agustín de la Hoz deberían ser empujados al escalón más alto de la estimación de un pueblo, y es lo que trato yo aquí de hacer uniéndome al sentimiento de *Lancelot* de reclamar para él el título de Hijo Predilecto del pueblo que lo vio nacer, Arrecife o, mejor todavía, la isla entera de Lanzarote.

Su obra, histórica y literaria, está más que reconocida. Su desprendimiento, su generosidad, ya lo he dicho, ha sido perenne a todo lo largo de su vida, y esta virtud nubla y anula los posibles humanos defectos inherentes a toda persona, a todo bicho viviente, a todo hijo de madre. Porque hay individuos que son generosos a ratos, según las circunstancias, según el embate vital del momento, del minuto feliz que les embarga, cual puede ser la esplendidez del borrachito que te invita muy efusivamente mientras le dura la euforia vinícola, o alcohólica; el mismo que se aferra a la cartera en su habitual comportamiento ciudadano. Agustín de la Hoz siempre, en las circunstancias que fueran, estuvo dispuesto a compartir sus caudales con el vecino, regalando sus conocimientos adquiridos a fuerza de sacrificios al primero que le ha tocado a la puerta en demanda de un dato, una fecha, una orientación, un indicio en el acontecer histórico de la Isla, que para eso ha reunido él en sus archi-

vos y documentación unas dos mil fichas y notas indagadas día a día a través de los años, muchos años. Y en el otro aspecto, en el de echar mano al bolsillo para socorrer al menesteroso, se mostró también en todo momento espléndido. Y yo lo sé bien.

En el puerto de La Luz, donde una bohemia obligada y circunstancial nos unió allá por los años jóvenes de la posguerra, siempre estaba dispuesto Agustín, si lo tenía, a largarle el duro al desvalido —o la peseta, o la perra gorda—, al hambriento, que tanto abundaban en la época por los alrededores del Parque —Santa Catalina— y la calle Ripoché, aquella calle llena de pensiones y bares, y alegre y triste, donde los marginados y desesperados de la vida se arremolinaban y se acercaban a nosotros, los conejeros expatriados, pocos, unos cuantos más: Agustín, Paco Fierro, Ramón el *Carajito* —sobrino—, *El Pollo de Arrecife* y algún que otro roncote que recalaba porque perdía el embarque a última hora en la travesía rumbo a La Costa... Nos unía además, a Agustín y a mí, el hecho de haber sido directores de un semanario, yo en Lanzarote, él en África, en Sidi Ifni, encontrándonos allí, en el puerto de La Luz y en la calle Ripoché, en la misma situación precaria de una economía esmirriada por no doblegarnos al mandato del mandarín de turno engreído y fachentoso —fachentoso de facha, falangista—. Fue cuando él decidió volverse a su isla, reintegrarse al terruño, y yo emprender el vuelo largo de la emigración y el exilio más allá de las fronteras patrias, las hispanas, las peninsulares, las godas, y no solamente las marítimas de acá, más pequeñas, las isleñas... Cuando volvimos a encontrarnos, peinando canas ya en las sienes, él seguía el mismo: tendiendo su mano al necesitado de saber, entregado enteramente a la investigación de hechos y cosas en los aconteceres de la Isla, sin tener en cuenta para nada el dinero, sin cobrar un duro por su arduo trabajo.

En este homenaje que culminará en la denominación de Hijo Predilecto, a iniciativa de *Lancelot*, me queda por decir que ninguno tan merecido, porque Agustín de la Hoz fue siempre así: desinteresado, generoso, dadivoso, sacrificándose y preocupado siempre por la cultura y el prestigio cerebral de su isla.

El poeta y los tuchidos

Hoy me he acordado del vate Viera. Hoy, con motivo de la festividad de Los Remedios, allá en Yaiza, pensando en los cambios experimentados mondongo adentro del pintoresco pueblo sureño —cada vez más rico y, más conflictivo—, se me tropezó en la memoria la figura desmantelada de barco al paio de aquel anciano que se arrastraba con su bastón por las calles de Arrecife colindantes al Charco. Llevaba siempre su raído gabán desteñido, que no se quitaba nunca —¿acaso para dormir?— ni en invierno ni en verano, y el gabán parecía mismamente el velamen de los viejos pesqueros costeros de la corvina africana que arribaban al Puerto de Naos después de la tormenta. Hoy, en un arranque imaginativo de rememoranzas de una vida que ya se fue y que nunca volverá, se me apareció delante, cual fantasma de los tiempos, la imagen estricta de un hombre desinflado por los años y las correrías por América, que no se resignaba a la vulgar placidez de unas circunstancias isleñas constreñidas, y remoleaba por la ciudad como queriendo echarse fuera del entorno y de sí mismo.

Me parece estar viéndolo como si hubiese sido ayer, y ha pasado ya medio siglo, más de medio siglo. Entró en la lonja y, acercándose con su bastón al grupo de jóvenes que hablábamos, unos sentados en el mostrador y otros de pie, empezó: “A ver, tú, quién y de quién eres, y tú y tú”... El poeta nos miraba de arriba abajo al interrogarnos, y nosotros, respetuosos con el anciano y más respetuosos todavía y reverentes frente al poeta, le fuimos contestando: “Yo soy Pepe Arencibia, hijo de don Manuel; y yo, Alfredo Matallana, hijo de don Paco; y yo, Ginés Díaz, hijo de don Ginés; y yo, Leandro Perdomo, hijo de don Justiniano; y yo, Luis Bordón, hijo de don Antonio”... Y el poeta, el anciano poeta, mirando fijo a este último, que era flaco como un cangallo y de cara afilada como un puñal isleño, le espetó, dándose la vuelta rápido y desapareciendo tras la puerta: “Pues estás arreglado, que si tú eres el Bordón cómo será la prima”... Así era don Isaac Viera, ocurrente, sagaz, impertinente; poeta que improvisaba, o sea, poeta de verdad y no de esos que trabajan el verso y la palabra hasta la extenuación. Otra vez lo encontramos en el muelle de Las Cebollas, frente al Quiosco, y, en un alarde resplandeciente de poeta auténtico, improvisó un soneto. Como la memoria me falla ya bastante, no me acuerdo exactamente del soneto en su integridad, pero sí del primer cuarteto, pues del segundo nada, ni la más remota idea, aunque estoy seguro de que seguía la misma línea cortante y desafiante del primero, que decía así:

No me arredran las iras del tirano
ni me causan pavor las calumnias viles,
yo sé cómo muerden los reptiles
y conozco el venero del pantano.

Los dos tercetos, si no cometo equivocación, me parece que eran éstos:

De acá, desde el Olimpo del desprecio,
veo a tanto presumido, a tanto necio
que funda su saber en la diatriba,

que por oro de ley nos venden cobre,
que insolentes se muestran con el pobre
y adulan siempre a los que están arriba.

Como pueden ver ustedes por estos versos, improvisados, fue don Isaac Viera, nuestro vate conejero —hijo ilustre de Yaiza, quizás el más ilustre—, un hombre que, cuando decía lo que tenía que decir, no se andaba con chiquitas: largaba por el labio lo que sentía y según él lo veía, sin miedo ninguno y sin reparos, sin aspavientos, sin blandenguerías, y así se vio tantas veces acosado por el desprecio de un sector de la sociedad y por el hambre, que bastante fue la que pasó en sus correrías por tierras americanas y españolas, y aquí, en su isla natal, que si no es por su hermana, que lo acogió y lo agasajó, seguro que muere esmirriado y flaco como un can callejero abandonado.

Fue don Isaac Viera, sin duda, a más de vate inspirado, un hombre conocedor de la canallesca condición humana de determinados sectores prepotentes de la sociedad. Prepotentes y sin ser prepotentes, claro, que la vileza y la cobardía y la canallada es algo extensivo a todas las capas sociales en estos lares nuestros isleños y de más allá, de otras zonas y otras tierras, que el bicho humano en esencia es el mismo en todos sitios.

Hoy, después de tantos años, me pregunto yo cómo y por qué improvisó don Isaac aquellos versos arremetedores, siendo ya viejo y encontrándose arrinconado aquí en la Isla, sin salida ninguna y perspectiva ninguna de llegar a ser alguien y mejorar su vida. Como he dicho, fue en la explanada del muelle de Las Cebollas, frente al Quiosco, un atardecer cualquiera de un día cualquiera, allá antes de la guerra aquella endemoniada y sangrienta y estúpida que después asolaría España. Me pregunto yo qué fue lo que inspiró a don Isaac en aquellos instantes de la tarde que se extinguía frente a los islotes y el Castillo y las gaviotas. Seguramente, no se me ocurre pensar otra cosa, fue que en medio de su hambre que pasaba —a él le gustó siempre comer bien, sobre todo carne de alados, como a veces decía— y en medio de unos individuos que

no albergaban en sus mentes de perinquén otra preocupación que la de medrar y darse la vida padre a costa del sudor de los demás, el poeta se sublevaba, se indignaba, y de ahí las expresiones esas del desprecio que sentía por los comerciantes bandoleros “que por oro de ley nos venden cobre” —echar gato por liebre— y los que se muestran insolentes con el pobre y los que se tuchen y alaban y adulan siempre al pudiente, al encaramado, al que está por arriba.

Y yo, a estas alturas, después de más de cincuenta años, pienso que don Isaac conocía bien a su pueblo, y conocía hasta la misma médula al isleño —isleño de dentro y de fuera—; en definitiva, a sus paisanos y compatriotas. Porque después de tantos años, después de más de medio siglo, las apreciaciones de nuestro vate siguen imperando, siguen siendo ciertas, de todo rigor y actualidad. Y si no, mírenle[s] a las caras a los comerciantes y negociantes y especuladores, y mírenle[s] a los ojos, a la mirada, a ver si en ellos no se ve lo que decía don Isaac, a ver cuál es el que no nos echa cobre por oro, y miren también cómo proliferan por toda la Isla, al mismo tiempo, los tuchidos, los adulones, los fragilones.

Fuerte mujer honrada

Hoy va una de roncotes. Me he dedicado estos días a indagar algo sobre la vida roncotil de antes, de cuando los veleros se lanzaban a la costa africana a arrancarle al mar marroquí y no marroquí el sustento y la vida, la entera vida misma de una isla que, cuando no llovía, el hambre acorralaba al pobre que sólo se alimentaba del sancocho, batatas —o raíces de batatas—, sama o cherne salados y el gofio, ese esqueleto de pan que decía Unamuno en su destierro majorero. Hoy el sancocho, sobre todo el de sama y el de cherne, es comida de ricos. Antes era el condumio diario del pobre, del desarrapado. Muchos pobres desarrapados escapaban gracias a la lucha feroz del roncote frente a las costas de África, que, en sus pequeños barcos de un palo —balandra—, palo y medio —balandro— y dos palos —goleta—, hacía[n] que en Lanzarote no faltara el mínimo alimento necesario. La vida era dura. La lucha por la vida era feroz, y los hombres de la mar, con las manos llenas de bichocas y la piel curtida por soles y vientos y tormentas, regresaban al hogar después de meses de ausencia encanijados, como los guerreros antiguos

después de la derrota, con el sable caído, desnudos, ateridos. Estos hombres de la mar, los siempre llamados roncotes —de ron, que le pegaban al ron para matar la melancolía—, se merecían como nadie el descanso del guerrero, y lo tenían, a la vuelta a la Isla, una semana, dos, tres, entregados a la vida plácida y hogareña, tocando el acordeón en las noches sin luna del Charco, frente a la bahía en calma del puerto, donde los veleros apotalados semejaban tritones heroicos en reposo, descanso obligado y compensado después de la batalla.

Los roncotes mitigaron mucha hambre, y eran alegres, saliendo de parranda en grupos con la botella de ron y el armonio incansable del “forito, fo, fo, forito, fo” de la isa machacona a la entrada de Puerto Naos. Estos roncotes se merecían todos los elogios porque sobre ellos pesaba la pesadumbre de una comunidad humana pendiente de mejores augurios económicos. Y estos roncotes, tan valientes, tan sufridos, tan esforzados, a veces eran muy mal pagados. No ya económicamente, que durante la zafra a la mujer y los hijos no les faltaba el pecunio diario para la cesta de la compra, o bien el tendero, siempre confiado, fiaba; sino que los aprovechados, que, en toda época, en Lanzarote como en cualquier lugar nunca faltan, bastante que se aprovecharon de las circunstancias de la vida del roncote, sobre todo de la ausencia prolongada del roncote. En cuanto éste se enrolaba y el barco desaparecía en el horizonte, ya la mujer del roncote se veía requerida, sitiada. Un día, dos, cinco, veinte y más tiempo, la mujer se aguantaba, hasta que ya por el tendero, que fiaba, o el dueño de la casa de alquiler, o bien por el mismo propietario del barco, el armador, el cerco se comprimía hasta que la fortaleza se derrumbaba, se venía abajo con todas las consecuencias cabroniles para el pobre roncote que, para disipar la melancolía, se afeurraba como un burgao en la laja a la botella del ron, sin sospecharse, el muy carnero, que, mientras él tiraba del trasmallo, otro, a lo mejor al mismo tiempo, se estaba tirando a la sumisa y fiel esposa.

Yo me acuerdo de chiquillo oír cuentos de amoríos y cornamentas allá por El Lomo y el Charco y Puerto Naos que ni las novelas sicalípticas de Pedro Mata y *El Caballero Audaz* superaban en la triquiñuela ama-

toria, o trama conejeril —conejiril de conejanza, palabra conejera vindicativa del coito, de la fornicancia, hoy hacer el amor—. Entre los tranques o percances tan variados y múltiples, voy a referirme a aquél en que el roncote, de [improviso], recalca a media noche en su casa después de un viaje que se hizo más corto que lo acostumbrado. Llega el hombre casi a la carrera y toca a la puerta precipitadamente, como si estuviera apurado por entrar, cosa razonable por las largas abstinencias, por la separación pantalántica de la pareja.

Toca el hombre a la puerta y oye la voz:

—¿Quién es, a esta hora?

—Soy yo, mujer. ¿Pero no me conoces la voz? Soy tu marido, que este viaje se adelantó el viaje...

No se hizo esperar la respuesta:

—¿Tú, mi marido? Que te crees tú eso. Mi marido está en La Costa.

—Te juro que soy yo, mujer, anda, abre, no seas boba.

—Ni boba ni nada. Yo no me fío. Yo no le abro la puerta a nadie sino a mi marido, que está en La Costa...

Y el roncote repetía y repetía que era él, que el barco adelantó el viaje, que la voz no era de otro sino la de él mismo. Y se hizo una pausa, hasta que la mujer volvió a hablar, desde el fondo de la habitación:

—Pues mira, como yo soy muy honrada y no me fío, vete a casa de mi padre y vienes con él, y entonces sí que te abro la puerta.

En el tiempo que el roncote fue en busca de su suegro, don Manuel J., armador dueño del barco, tuvo tiempo de vestirse y echarse fuera de la casa escabulléndose por los callejones de El Lomo, bajo las sombras de la noche plácida. Y al siguiente día, al llegar don Manuel al muelle de Puerto Naos, donde estaba atracado su barco, el roncote que se le acerca y le dice, muy confidencialmente y orgullosamente:

—Vaya una mujer honrada que tengo, don Manuel. Puede usted cre-
erme, como era de noche no me quiso abrir hasta que fui en busca de
su padre y, al conocer la voz, entonces fue cuando abrió. Fuerte mujer
honrada que tengo, don Manuel.

No se sabe, o al menos yo no lo sé, lo que le contestó don Manuel
ni la cara que puso. Pero yo me lo supongo.

Los tres alcaldes Ramírez

A veces hay que hablar de la historia pequeña, la callejera, la que no trasciende [a] los textos académicos y libros de enseñanza, la que se compone de hechos y sucedidos y comportamientos de hombres que, sin ser ilustres, tuvieron una vida digna y si no paradigmática, sí ejemplarizante en el quehacer humano y social en el pueblo que los vio nacer, vivieron y fenecieron. Es lo que voy a hacer ahora. Dice el encabezamiento tres alcaldes, y, efectivamente, voy a decir algunas cosas, entre tantas de las que podría hablarse, de tres alcaldes de Arrecife del mismo apellido, Ramírez, los tres emparentados por vía paterna. Fueron don Rafael Ramírez Vega, don Domingo Ramírez Ferrer y don José Ramírez Cerdá —Pepín—. De éste será muy poco lo que tenga que decir ya que todo el pueblo de Lanzarote, toda la Isla, conoció y vivió su trayectoria política en los distintos cargos que ejerció, haciendo en su condición de alcalde de Arrecife una labor efectiva que le abrió el camino a la presidencia cabildicia, donde su actuación demostrado está que culminó en los mejores logros para Lanzarote. De don Domingo Ramírez Ferrer, tío

carnal de Pepín, que a veces él nombraba en las campañas electorales, consta que fue un alcalde —socialista— justo y virtuoso hasta los extremos del personal sacrificio económico y significándose por su preocupación constante [por] el tema docente, [por] la enseñanza escolar sobre todo, abriendo escuelas que acogieran en su integridad a los chiquillos de la población y manifestando en todo momento su bienquerencia hacia aquellos de siempre marginados barrios de pobre, barrios obreros roncotiles como El Lomo y Puerto Naos, y los de origen rústico y campestre, como era La Vega.

Dichas estas escasas palabras sobre la actuación alcaldicia de tío y sobrino, me extenderé un algo sobre el abuelo —de Pepín—, don Rafael Ramírez Vega. Originario o, mejor dicho, nacido en Tegui, ostentaba cierta fama de cacique, al ser hermano de don José Ramírez Vega, el prestamista que ya cité en crónica anterior refiriendo el caso aquel del pobre emigrante [a quien], al volver de Cuba enfermo y arruinado, don José le devolvió las tierras que había hipotecado para poder marcharse. Como alcalde de Arrecife, don Rafael se significó por el hondo sentido de la justicia y sus desvelos en pro del bien de los ciudadanos, de todos, ricos y pobres, gordos y flacos, sin distinción. Y como sería prolijo enumerar los aciertos que como edil municipal —dueño de la vara alcaldicia— obtuvo durante su mandato, voy a limitarme a una sola anécdota.

Ya cité, en una de mis crónicas también, a don Leandro Fajardo, que da nombre con su apellido a una de las antiguas calles principales de Arrecife y que fue un lanzaroteño de pro, un prohombre, abogado ilustre y político de relieve —Partido Liberal, creo—, que fue asesinado la noche antes del día señalado para las elecciones en la Isla. Cuéntame que estaba don Rafael Ramírez presidiendo el duelo mortuorio del insigne político cuando de entre los reunidos surge una voz que dice, un algo por lo bajo: “Fajardo, te mataron y te jeringaron”. Abriéndose paso entre los congregados, decididamente se dirige a unos guardias y les ordena: “Detengan a ese individuo, que es el asesino”. Y era el asesino, fue el asesino, un tal Díaz Monfort, que fue juzgado y condenado a la pena máxima de garrote vil. Pero don Rafael Ramírez, hombre justiciero

al tiempo que de una humanidad honda acreditada a todo lo largo de su vida, utilizó los recursos más fuertes que le daba su autoridad como alcalde y hombre de bien y logró salvarlo de la muerte, del garrote vil. Unas horas antes del momento señalado para la ejecución, llegó de Madrid la concesión de indulto para Díaz Monfort. Decía don Rafael Ramírez que si se jactaba, en su labor de alcalde, de haber hecho algo bueno, había sido salvar al asesino de don Leandro Fajardo del garrote macabro, con gran disgusto —me supongo yo y lo dijeron algunos— del verdugo que en la plaza de la Constitución tenía ya preparado el tinglado para la ejecución. Y al escribir esto se me viene a la memoria *El Corredero*, a quien no hubo autoridad pequeña ni grande que lograra escaparle del garrote en la cárcel de Barranco Seco, de Las Palmas, a pesar de los múltiples intentos de altas personalidades de dentro y fuera de las Islas, y es que “el caudillo salvador de la patria” para eso de las penas de muerte fue hasta sus últimos momentos ciegamente implacable.

El tal Díaz Monfort —me cuenta don Eduardo, que va ya para los noventa años fuerte como una roca y arregla todavía viejos relojes descancanados— fue condenado a cadena perpetua y trasladado al penal de Ceuta. Allí, castigado por una falta mínima a limpiar un retrete de hondo pozo negro, cayó al fondo de cabeza y murió ahogado por los gases tumefactos humanos, excrementos humanos. Y me dice también don Eduardo que el tal Monfort estaba enlazado familiarmente con su víctima, don Leandro, al matrimoniarse con una prima suya, y que no solamente los móviles del crimen fueron estrictamente políticos, sino que mediaron también ciertos intereses de índole familiar, o al menos esto circuló como rumor en la época.

José Ramírez Cerdá, Domingo Ramírez Ferrer, Rafael Ramírez Vega, tres alcaldes de Arrecife que lo fueron y dignificaron la corporación municipal de la capital lanzaroteña. ¿Cuándo aparecerá otro Ramírez alcalde de Arrecife? ¿Aparecerá? ¿Será descendiente de abuelo, tío y nieto —Pepín—, que tanto hicieron por la ciudad y más allá de la ciudad, por la Isla entera? Y si no se es descendiente y no es Ramírez, eso no importa, lo principal es que aparezca, que es hora ya de que Arrecife ten-

ga el alcalde que se merece, como dijo don Camilo, otro alcalde del que ya un día habrá que ocuparse de él porque fue un alcalde muy original y muy particular. Borracho como una cuba, congregó a todos los ciudadanos frente al Ayuntamiento y desde el balcón, con voz gangosa pero altisonante, dijo, gritando a voz en cuello: “¡Pueblo..., pueblo mío de Arrecife, el más querido, aquí tenéis al alcalde que os merecéis!”.

Los calvos y las pelucas

Ahora que se va ya listo el año, no se me ocurre otra cosa, en esta última crónica del 89, que hablar un poco de humor. Tantos temas periodísticos tratados en los medios de comunicación en lo tocante al año que se va y al nuevo, y a mí, sin más ni más, que me da por el humor, el canario humor, porque estuve unos días en la gran capital del Archipiélago, Las Palmas de Gran Canaria, y he visto que todavía no se ha distinguido en su ámbito la sonrisa y el gesto y el dime y direte de Pepe Monagas, al que tan bien supo inmortalizar *Pancho Guerra* y recrear Pepe Castellano, ambos desaparecidos va ya tiempo y ambos recordados por el humor certero de esquina a esquina del insular canarión.

Es verdad que el golpe canario, las salidas del canario, la socarronería y la cachondonería del hombre canario, que lo pospone todo con tal de darle la quintada al compañero, al vecino, al propio amigo, sigue a flor de piel, aunque no mucho ni tanto como antes del turismo y tantas otras cosas dispareas y ajenas al turismo. Buenamente es así, ocurre así.

Evitando siempre el golpe bajo y ruin y sin llegar a ridiculizar plenamente al prójimo. Buscando más que nada el gesto de humor, el trance burlesco y picaresco, festivo y jocoso. Todavía se ven por las calles y en las esquinas de la cosmopolita y bullanguera capital atlántica los tipos Monagas, como dicen que se ven en México los tipos *Cantinflas* con el gesto y el chapurreo que recreó tan popularmente Mario Moreno. Pero hay que reconocer, no obstante, que en Canarias el Monagas de hoy, y después de las avalanchas turísticas, ya no es el mismo exactamente que el de ayer, ha cambiado un tanto, hay que admitirlo, y abunda menos. Se da hoy el más chistero, quizás al estilo andaluz, muy distinto al de aquí, con otro sentido del humor. Voy a citar dos casos, uno de antes y otro de ahora, con respecto al mismo motivo, para que se vea la diferencia. El motivo de antes es el peluquín o, mejor dicho, la peluca, prenda o atuendo que tanto se ha prestado al chascarrillo y al chiste burletero. A ese zorro viejo de la política que usó peluquín en su etapa de lucha en la clandestinidad, don Santiago Carrillo, escondiéndose por las calles y los barrios de Madrid, los nostálgicos de la Dictadura —¡que aún quedan tantos!— querían difamarlo y, como difícilmente podían hacerlo, incluso hasta nombrándole la matanza de Paracuellos, se aferraron muchos al peluquín, tratando de rebajarle méritos al hombre porque para disimular tenía que disfrazarse y plantarse en la cabeza unos pelos que no eran suyos. Siempre ha sido la peluca motivo de escarnio y burla, como si el ser calvo y disimular la [pelonera] denigrara al calvo.

Pues bien, ahí van los dos casos ciertos que he dicho, uno de hace tiempo y otro de ahora, que reflejan los distintos tonos de humor del isleño respecto a la peluca. El uno cómico burlesco, el otro trágico cómico. El de ahora se refiere al hecho de haber aparecido por Lanzarote un representante o vendedor de pelucas. Yo lo conocía de Las Palmas y, al tropezarme en un bar, me saludó muy atento, como suelen ser los representantes y los vendedores. A mi lado estaba un amigo de Teguiise, pequeño él y con grandes entradas frente atrás, que le llegaban a la misma coronilla. Al percatarse el de Las Palmas, quedó actuando enseguida. “A usted le vendría bien un peluquín de los que yo vendo. Muchos años se quitaría al instante de encima”, dijo apenas nada más

presentarlos. El de Tegui se, que es perro viejo en lances callejeros y bastante desconfiado, con buenas palabras le dijo que se encontraba bien así, que no necesitaba disimular la calvicie porque no le importaba en absoluto la falta de pelos en la pelona. Y siguió la conversación banal de cosas de acá y de allá entre los tres —yo entre los dos— hasta que el de Las Palmas se agachó por no sé qué y fue entonces que el de Tegui se dio cuenta de la falta de pelo del otro, bastante alto. Es cuando el de Tegui se volvió al tema y le dijo muy serio: “Hombre, me he dado cuenta de que usted no está tampoco muy abundante de cabellos que digamos, y me extraña que me recomiende a mí un peluquín cuando tanta falta o más le hace a usted, vamos, eso creo yo”... La respuesta del de Las Palmas fue inmediata: “Es que yo tengo mi peluca, lo que pasa es que no la llevo puesta porque la mandé a Madrid para lavarla, ¿comprende?”. Y no pasó nada, no se habló más del asunto. Pero yo me quedé sorprendido de la habilidad del vendedor de pelucas, queriendo atisbarle en el rostro cierta sonrisita socarrona que no pudo disimular. Este es el humor canario actual, cargado de inocente marrullería.

El otro caso, el de hace tiempo, fue distinto, como verán ustedes.

Llega a Arrecife un aficionado al teatro, del pueblo de Haría, y le pregunta a su amigo capitalino dónde podría encontrar una peluca para la caracterización de un personaje de la comedia que estaban ensayando en Haría. Y el amigo, muy en su papel de hombre grave, le recomienda a un barbero que por aquel entonces usaba peluca y a toda costa lo disimulaba, y pocos eran los parroquianos que estaban en el ajo del uso de la peluca por el barbero. Me parece estar viéndole la cara al barbero y la cara al de Haría cuando éste va y se presenta en la barbería y delante del que estaba en el sillón afeitándose y de los otros que esperaban su turno, va y dice, con esa humildad simple del que se dispone a pedir su favor: “Usted perdone, pero me han dicho que usted tiene una peluca y vengo aquí para, si no le importa, prestármela para una representación”. Casi hay un duelo aquel día, porque tal fue la reacción del barbero, que el de Haría tuvo que correr como un galgo para escapar de la embestida del otro, que lo persiguió con la barbera en la mano por

las calles y callejones de la ciudad. Y casi hay un duelo porque, si lo coge, seguro que le cercena el pescuezo de un tajo, que tal era el coraje y la rabia del perseguidor en pos del perseguido. Aunque en verdad que duelo lo hubo más tarde, años después, al no reponerse el barbero del *shock* recibido al nombrarle el de Haría la peluca delante de la gente, aquella peluca que era su misma intimidad y que él disimulaba tan meticulosamente. Quedó el hombre totalmente traumatizado y a partir de aquel momento no volvió a tener salud en la vida, terminando sus días en el manicomio, loco rematado.

Así eran los canarios de antes, cuando no había fútbol ni televisión y los ocios hacían que los hombres estuvieran siempre pendientes del chascarrillo, del chiste y la broma. Algunos se sobrepasaban, como en este caso de la peluca del barbero, que a punto estuvo de costarle la vida a uno en el mismo instante y le costó la salud al otro, aunque mejor pudiera decirse que le costó realmente la vida.

Y a todas éstas yo pienso en qué es lo que tienen la peluca y el peluquín dichosos de ridículo en el hombre canario, en el hombre conejero, que ahí está el caso del antiguo barbero de Arrecife y ahí están todos esos calvos que se ven a todas horas por las calles de la ciudad. Podrían todos usar sus postizos tan campantes, como se usa el sombrero y, sin embargo, no lo hacen. Y yo sigo preguntándome por qué será...



Arrecife, 1969.

Foto: Centro Fotográfico y Cartográfico del Ejército del Aire.

Apéndice de voces canarias

Se añade a la edición un apéndice léxico en el que se recogen palabras propias del español de Canarias empleadas por Leandro Perdomo en sus crónicas.

Se trata de un glosario elemental cuya única finalidad es facilitar la lectura de los artículos incluidos en la antología.

Junto al término, se hace constar solamente el significado específico que la voz tiene en el texto, según el uso que le da el cronista, y se anota el contexto literario de aparición.

Arramblado. Miserio, con lo mínimo. // “Llegó a tener una arramblada cantinita en el callejón de La Porra y nada más”.

Arregostado. Acostumbrado. // “[...] que dieron a Arrecife, hasta hace unos años, cierto sabor callejero a vino y cierta fama de pueblo de féminas arregostadas a la bebida, adictas a Baco”.

Arrepollinado. Repantigado, arrellanado. // “Todos éstos que no piensan sino en vivir lo más cómodamente y lo más jacarandosamente y divertidamente

posible arrepollinados en su asiento, fechados al manillar, deberían pensar un poco en los estragos de la rueda [...].”

Babieca. Bobo, tontaina. // “[...] y no quiero acordarme de los sufrimientos viéndola bailar con otros mientras yo, con la rodilla hinchada, la contemplaba como un babieca desde el salón de viejos del Casino, inútil, cojo, sintiéndome el ser más desgraciado de la Tierra”.

Baifo. Cabrito. // “[...] o el zurrón de cuero de baifo amamantado en Soo [...]”.

Baile de candil. Baile nocturno que se hacía a la luz de un candil con música de timple, guitarra o acordeón. // “En los campos, los bailes de candil aguantaban hasta el amanecer, y muchos mozos y mozas de allí se iban jilados a las duras faenas de la labranza, todos regocijados, todos contentos”.

Baladrón. Granuja, truhán. // “Después estaba una caterva de pillos y baladrones, escasos completamente de meollo, a los que no se les daba oídos porque no lo merecían [...]”.

Baladronamente. Con engaño, artimañas o argucias. // “Así se ve cómo, igual que en Arrecife, en pueblos de allá y de acá, el arte, por no ser arte, se ha deshumanizado, evadiéndose muy baladronamente hacia la abstracción, al tiempo que el deporte y los negocios en la pobre mente humana se han conflagrado también baladronamente, malandrinamente”...

Balilla. Niño, joven perteneciente a la Falange. // “Alguno había porque, en años anteriores, en plena guerra civil, en Arrecife todos los chiquillos eran balillas, con su fusil de palo y su camisa azul, todos menos yo y dos más: Dominguito el *Catorro* y Pepito Molina”.

Bichoca. Llaga, grieta en alguna parte del cuerpo de los pescadores producida por las faenas propias de la pesca. // “[...] el embarque y desembarque del roncote fornido, de pies encallecidos, de callos carcomidos y bichocas”.

Boliche. Barucho, cantina. // “Alto y delgado, con su faz de rasgos reseco a lo Greco, nadie, en el boliche de señor Victoriano, se sobrepasaba [...]”.

Burgao. Bígaro. // “[...] el pobre roncote que, para disipar la melancolía, se aferraba como un burgao en la laja a la botella de ron [...]”.

Burletero. Burlón, bromista. // “El motivo de antes es el peluquín o, mejor dicho, la peluca, prenda o atuendo que tanto se ha prestado al chascarrillo y al chiste burletero”.

Cabozo. Caboso. Pez de pequeño tamaño, de cabeza grande y color oscuro, que se cría en los charcos marinos y en las aguas litorales. // “[...] en las mareas altas La Plazuela se inundaba, quedaba nagada, y allí los chiquillos, si queríamos, jugábamos a barquitos de vela y hojalata y a la pesca improvisada del cabozo”.

Cachucha. 1. Vivero de peces confeccionado con madera protegida con una imprimación, que se instala en el puerto. // “Y nada de hielo, porque no había hielo. Pero había la cachucha. El pescado, como estaba vivo y se vendía vivo, el que no se vendía iba a parar a la cachucha y al siguiente día o al otro se vendía vivo”. / 2. Gorra con visera. // “[...] en tu nicho de San Román orientado al Norte, te llegan los rumores del Parque, donde tanto te paseaste con tu cachucha y tu vara [...]”.

Cambalacheada. Torcida, cambada. // “La calle de La Porra era tortuosa, ancha y estrecha a la vez, y cambalacheada como rabo de reptil, acallejonada”.

Canelo. De color marrón o castaño. // “Tenían una perrita canela que siempre por las calles llevaban en brazos, como si fuera un niño [...]”.

Cangallo. Persona o animal flaco. // “Y el poeta, el anciano poeta, mirando fijo a este último, que era flaco como un cangallo y de cara flaca como un puñal isleño, le espetó [...]: ‘Pues estás arreglado, que si tú eres el Bordón cómo será la prima’”.

Celador. Guardia municipal. // “Tres dignos guardias municipales, que llamábamos celadores, y que con sus descoloridos uniformes amarillos —amarillo verdinoso—, sus cachuchas de alongadas viseras y sus prolongados sables, parecían generales [...]”.

Clanque. Copa de alguna bebida. // “Ellos querían venir porque amaban a Lanzarote y les entusiasmaban las Fiestas, participando también a su manera echándose unos clanques en los descansos de la orquesta”.

Cochino macho. Cura. // “¿Hay una sola Cruz para todos o hay una ‘pal’ pobre, cochino macho, y otra ‘pal’ rico? (‘Cochino macho’ le decían al cura los roncotes de Puerto Naos)”.

Collera (meter en). Meter en cintura. // “[...] y para que sirva de estímulo a los jóvenes guardias municipales de hoy, que, con tanto coche, tanto gamberrismo y tantos borrachitos majaderos, se las ven y se las desean para meterlos en collera [...]”.

Conejar. Copular. // “[...] yo no sé cómo serán las Fiestas; pero me supongo que, para muchos, no consistirán en otra cosa que en beber, fumar —porros y no porros—, hacer el amor —como se dice ahora, antes era conejar—, y el baile en sí mismo, por ser baile, no les interesa”.

Convólvulo. Convólula. // “[...] y se extiende como un convólvulo por el cuerpo de la población arrecifeña [...]”.

Corcova. Joroba. // “[...] [si yo fuera pintor] al labriego lanzaroteño [lo representaría] como un callo inmenso toda su faz y toda su piel, con las espaldas encorvadas como corcovas de camellos”.

Correílo. Barco de vapor, de pasajeros y de carga, que comunicaba regularmente las Islas entre sí. Lanzarote estaba unida con Gran Canaria por el Correílo los martes y los viernes. // “A más de la población viril lanzaroteña, hay que contar a los forasteros, a los que en el Correílo llegaban a Lanzarote para negociar y otras cosas, sin dejar atrás ni olvidarse del paseíto nocturno obligado a la calle de La Porra”.

Corriquiar. Corretear. Moverse de un lado a otro. // “Otros perros se ven también, sin ser éste que señalo, corriquiando por la ciudad, parados en las esquinas, levantando la pata en los portales y las ruedas de los coches”.

Coruja. 1. Búho. Lechuza. / 2. fig. Mujer vieja de mala apariencia. // “Seña Agustina vistió siempre de negro y usaba pañoleta, también negra, y algunos chiquillos decían, y creían, que era bruja. Y no era bruja. Yo aseguro que no era bruja. Tal vez, eso sí, resultara un poco coruja”.

Cruz. Parte alta de la silla del camello, donde se unen las dos piezas del arnés. // “Todos esperaban tranquilos a que les llegara su turno, y las mercancías iban siendo entongadas en el serón, o en la silla, o en el vaso. Arriba, en la cruz, iba el hombre y atrás, enganchado a la trajarra, el chiquillo”.

Culantrillo. Planta de la familia de los helechos que crece en las destiladeras del bernegal. // “Oh esas almas, y las otras, las de los roperos empotrados y las alacenas y las destiladeras con bernegal y culantrillo [...]”.

Chalana. Embarcación de fondo plano y de remos utilizada como auxiliar de los barcos. // “La chalana es esa chalana que el Correillo utiliza para carga y descarga en los puertos sin muelle [de El] Hierro y La Gomera. Esa chalana, el viernes último, saliéndose de sus funciones puramente cargueras, hizo en Arrecife nada menos que de guagua”.

Chaplón. Escalón frente a una puerta. // “El oleaje entraba por el callejón del Casino, llegaba a La Plazuela y en el remanso se encharcaba formando un lago aprisionado entre zaguán y zaguán y el achafanado chaplón de piedra viva”.

Chijarse. 1. Evacuar el vientre. / 2. Asustarse mucho. // “¡Isidro, que me estoy chijando, échame la caña!”.

Chijada. Excremento. // “Porque yo sólo he querido, en estas líneas, congratularme de que a nuestro viejo Puente se le haya echado una mano para que siga resistiendo al tiempo y al viento y a las tormentas y a las marejadas y las chijadas perennes de las gaviotas”.

Chinijo. Niño. // “Yo amé mucho, desde chinijo, a los callejones”.

Desalar. Acongojar, apenar. // “ [...] qué quieren que les diga, y su marcha, como a tantos otros, me desaló el alma”.

Descancanado. Estropeado, averiado. // “[...] me cuenta don Eduardo, que va ya para los noventa años fuerte como una roca y arregla todavía viejos relojes descancanados [...]”.

Descangallado. Descoyuntado, descompuesto. // “Época aquella enflaquecida y descangallada. Época encanallada de los años cuarenta y cincuenta”.

Embicar. Enfilar. // “Y veo, a la vuelta de una esquina, que el perro coge por la Calle Real y embica por la boca del muelle pesquero”.

Embuchado. Con la boca llena de comida. Empachado, ahito. // “¿Lo ves —le decía yo entonces—, ves cómo estás empachado de tanta lectura, completamente embuchado?”.

Engarrotado. Agarrotado, tieso. // “Un día el pianista apareció engarrotado, hinchado de ron —se había bebido de un tirón una botella— [...]”.

Engodo. 1. Cebo que los pescadores vierten al mar para atraer al pescado. // “Lo que no respeto es esa opinión de algunos referente a que la vida marinera —la del roncote— es una vida sucia porque huelen a pescado, o bien a engodo, o a carnada, los roncotes”. / 2. fig. Señuelo, engaño.

Engruñado. Encogido, arrugado. // [...] “Y digo ciudad porque Arrecife, a pesar de ser un pueblo pequeño y engruñado y agachado, de apenas una decena de miles de habitantes, era la capital de la Isla y era, como lo es hoy, una ciudad capitalina [...]”.

Enguruñado. Engruñado. Encogido. // “[...] Florentino dio un salto y quedó sobre la mesa enguruñado como un hurón”.

Ensoletar. Reparar una cubierta aplicando un trozo de este mismo material en el punto dañado. // “Época de escaseces y miserias de la posguerra, a veces no se conseguía ni un cacho de goma para ensoletar la rueda rajada, y los camiones marchaban despacio temiendo el reventón”.

Entumido. Entumecido. // “Hubo rendijeros que llegaron a amanecer ateriados, entumidos por la posición del cuerpo empujando el ojo en la rendija [...]”.

Faquía. Porte, apariencia. // “Cada año que pasa, la silueta del viejo caserón se achica, se achanta, se comprime entre las altas moles de cemento y cristal de múltiples pisos superpuestos del mismo color, todos iguales, de la misma faquía, de la misma talla [...]”.

Fecharse. Agarrarse. // “Especie de circo romano en miniatura, sobre la arena se fechaban los hombres y apalancaban hasta extenuarse cuando un bando, a falta de luchadores, sacaba al forzado”.

Ferrugiento. Herrumbroso, oxidado. // “Por eso recomendaba también el cabo a sus subordinados que no amolaran nunca el sable, que se olvidaran de ello aunque se pusiera ferrugiento”.

Fonil. Embudo. // “Atravesaba siempre la calle muy serio y muy derecho, siempre con cuello almidonado y pajarita, abría la latonería y se ponía a remendar cacharros: calderos, regadores, foniles, escupideras...”.

Foritofó. Acordeón. // “El foritofó —el acordeón— lanzaba sus notas estridentes y monocordes al compás de la isa interminable [...]”.

Fotingo. Coche viejo. // “Parece ser que el camello se espantó al ver cruzar el primer coche llegado a Lanzarote, un fotingo de pedal y alta capota colorada [...]”.

Fragilón. Tonto. // “[...] y miren también cómo proliferan por toda la Isla, al mismo tiempo, los tuchidos, los adulones, los fragilones”.

Fule. Rizado. // “En Arrecife, a más del elemento étnico característico —tez morena, labio ancho, pelo fule (rizado), ojos saltones de mirada esquinada, etc.—, está la Recova como expresión inequívoca del sello moruno grabado a fuego en la piel conejera”.

Furrungueo. Sonido procedente de un instrumento tocado con torpeza. // “[...] oíamos el furrungueo incansable del timple [...]”.

Galletón. Muchacho, adolescente. // “[...] y si no que se lo digan a Enrique Miranda y a Gonzalo Cabrera, que lloraban siendo ya galletones [...]”.

Garabato. Técnica empleada en la lucha canaria para derribar al adversario enganchándolo con el pie por la tibia. // “[...] a fuerza de apalancar para atrás en un tremendo garabato, única lucha que sabía y con la cual —el garabato— los iba doblando hasta caer como costales [...]”.

Hilo carreto. Cuerda fina de cáñamo. // “Lucha canaria, fútbol con pelota de trapo recosida con hilo carreto y alpargatas recosidas con alambre de pescar, y riñas de quíqueres: éstos eran nuestros deportes infantiles en el callejón [...]”.

Isa pinchona. Isa de ritmo acelerado, en cuyo baile se salta más de lo habitual. // “[...] le gustaban mucho los bailes de candil de La Vega, y después [de] que volvió de la guerra con una pierna de menos, allá se iba los sábados arrastrando su pesado miembro ortopédico y pedía baile, y bailaba al son de la isa pinchona [...]”.

Jaira. Cabra doméstica. // “[...] en La Vega se ven —o hasta hace pocos días se veían— jairas de ubres tambaleantes en la azotea [...]”.

Jeito. Maña, habilidad. // “[...] y había que ver el jeito que se daba manejándolo a mandoble limpio [...]”.

Jilado. Irse derecho a un lugar, sin desviarse. // “En los campos, los bailes de candil aguantaban hasta el amanecer, y muchos mozos y mozas de allí se iban jilados a las duras faenas de la labranza, todos regocijados, todos contentos”.

Jimería. Avaricia, tacañería. // “[...] si en el fondo de todo y por lo que quiera que sea le atisbo o le columbro el gesto judaico del egoísmo y la jimería, listo, ya para mí se mandó contra el suelo, no sirve para nada, no vale, no significa nada”.

Jimero. Avaro, tacaño. // “Al ególatra y codicioso, al avaro, al tacaño, en una palabra, al jimero, nunca pude ni verlo, me refracta, me repulsa”.

Jincarse. Tomarse, beber. // “Algunos decían que llegaba a jincarse hasta cuatro y cinco botellas en el trayecto que va del alba al oscurecer [...]”.

Jira (a la). Expresión marinera utilizada para hacer referencia a la situación de movimiento controlado —como capeando— en que permanecen los barcos mientras están a la espera. // “Pudo verse muy bien que el *Palma* se acercó y hasta hizo maniobras de atraque, teniendo que dar marcha atrás y quedarse a la jira”.

Jumaserá. Humareda. // “El sufrido ciudadano lo aguantará todo, ruidos, jumaseras y embestidas, con tal de que la ciudad trepide y haga honor a su rango capitalino”.

Laja. Individuo poco recomendable. Persona falsa. // “A mí ya pueden traérmelos cargados, a los humanos, de cualidades y dones y títulos y categorías, que si no vienen éstos avalados por el desinterés —el monetario, ¡oh la moneda, el billete, el dinerito!— y en ellos no veo o no capto con toda certitud la prodigalidad en la acción, para mí... quítame ‘pallá’ esa laja [...]”.

Magua. Desconsuelo, pena. // “Más de media hora estuvimos en lo alto fechados capeando el temporal y con la magua en el corazón de estar allí aprisionados sin poder bailar con la muchacha que uno quería el pasodoble [...]”.

Maguarse. Desconsolarse, apenarse. // “Los que todavía no hemos entrado por todas esas vías modernistas del actual vivir y nos resistimos a claudicar ante tamaña avalancha de innovaciones y exóticas costumbres, nos condolemos, nos maguamos”.

Malagorero. Aguafiestas, gafe. // “No quisiera ser motejado de malagorero, derrotista u otros motes por el estilo [...]”.

Malfamado. Con mala reputación. // “[...] y se imponía la clandestinidad, el escurrirse bajo las sombras de la noche hacia la calle malfamada, sirviendo el callejón de coladera, o de tapadera”.

Manchurriado. Manchado. // “Al que agarraba lo tumbaba, sin herirlo, o lo dejaba todo manchurriado al impacto del viscoso y pegajoso proyectil: la mascada”.

Marisco. Fondo rocoso. Orilla rocosa. // “Quedó Puerto Naos, como si dijéramos, anclado para siempre en el marisco firme de todas las seguridades frente a la bravura de la mar oceánica”.

Máscara de buche. Máscara de carnaval que se acompaña de una vejiga de pescado o buche de gran tamaño, previamente curtida e inflada, con la que golpea a las personas. // “[...] y las máscaras de buche abrían paso a la parranda que recorría las calles de la ciudad llenando el aire de mil rumores marineros”.

Miñoca. Lombriz que tiene su hábitat en el fango del mar y que se utiliza como carnada para pescar. // “[...] el Charco, como ‘trozo de mar’, les pertenecerá, y nosotros los conejeros no podremos entonces pescar lisas en sus aguas y ni siquiera coger miñoca”.

Morra. Pequeña montaña. // “Subido a la morra o en el paredón, cuando columbraba a la Guardia Civil, pitaba, y don Pepe se escondía”.

Parrandal. De parranda. // “Que el estilo sea árabe, gótico o mudéjar, eso no importa para que yo, hoy, pretenda decir unas cuantas cosas sobre lo que fue y significó la Recova en el Arrecife de antes, en el Arrecife antiguo y parrandal de mis amores”.

Peje (gordo). Pez gordo. Persona importante. // “Sobre los cajones de ricos que me mandaste y no te los he pagado, este año será seguro, pues hay dos pejes gordos que, por la edad y jeringados como están, si hay suerte, ninguno de los dos se escapa este año”.

Pejín. Pescado pequeño, generalmente sardinilla o boquerón, secado al sol. // “[...] aquel terregoso muelle chato de contornos negros en las escalinatas olientes de orines y residuos de ron y rabos de pejines porque sobre él levantaron un vergel”.

Peliar. Pelear. Regañar. // “Es que en mi casa está mi hermano enfermo y está siempre peliando y dando gritos y a mí no me gusta verlo”.

Pella. 1. Masa apretada, de forma más o menos redonda. En Canarias, la *pella* es, por antonomasia, la masa de gofio, agua y sal. / 2. fig. Ahorros, fortuna. // “Porque todo en la vida, y en la misma vida comercial, no va a consistir en ganar, ganar y siempre ganar, en tener más, en engrosar cada día más la pella dineral —tradúzcase cuenta bancaria—”.

Perinquén. Perenquén. Salamanquesa. // “[...] y en medio de unos individuos que no albergaban en sus mentes de perinquén otra preocupación que la de medrar y darse la vida padre a costa del sudor de los demás, el poeta se sublevaba, se indignaba [...]”.

Pinchoneo. Vaivén. Bailoteo. // “[...] sino que además va haciendo un ejercicio muy bueno y muy sano con el pinchoneo del burro”.

Piola. Juego de la pídola. Juego infantil en el que uno de los participantes se coloca con la columna flexionada en ángulo recto mientras otros saltan por encima de él apoyando las manos sobre sus espaldas. // “El pensamiento se retuerce, el tópico salta y el lugar común brinca infantilmente a la piola por desolados vericuetos, trechos y recovecos del cerebro: nada”.

Pisquiar. Pizquear, pizquiar. Tomar pequeñas cantidades de comidas diferentes, picar de aquí y de allá. Tomar algunos vasos de bebida. // “La fiesta para nosotros casi no consistía en otra cosa que [en] bailar y dar alguna vuelta por el Muelle Chico —muelle de Las Cebollas— a pisquiar y empinar el vaso de vino caliente en los ventorrillos”.

Pito de agua. Instrumento musical de viento parecido a una flauta gruesa y corta, en cuyo interior hay agua. // “Alfredo Kraus, ese tenor del mundo, orgullo de las Islas, que regocijado comió sardinas asadas y regocijado escuchó en todos los instantes la parranda, con su gesto de franca complacencia corroboró las primicias marineras del acordeón y del pito de agua”.

Potala (a). Procedimiento utilizado para fondear embarcaciones consistente en emplear una piedra atada con una soga que, amarrada a la barca, se arroja al mar. // “[...] veo yo fondeados a potala honda los veleros rudos del esfuerzo, y las lanchas, y las chalanas, y los barquillos de pesca de dos proas [...]”.

Quíquere. Gallo pequeño de raza, casi de pelea. // “[...] y yo lloraba con ellos frente al quíquere preferido perdido, ensangrentado de degüello o huido, que esto era la vergüenza del dueño del quíquere”.

Rajalvío. Rejalbido. De aspecto delgado, endeble. Pálido. // “Y sabido es también que hay artistas —pintores, escultores, imagineros— que son poco menos que babiecas, en ocasiones hasta más que babiecas, generalmente tipos rajalvíos de expresión insulsa y mirar esvaído”.

Rancho. Antro en el que solía tocarse música y se ejercía la prostitución. // “Me acuerdo del primer rancho instalado en Arrecife allá por el comienzo de la década de los años treinta —anteriormente sólo se conocían las casas particulares de prostitutas—, que abrió y patroneó *Alfonsito el Churrero* [...]”.

Rapadura. Mojón que se coloca en calles y travesías para impedir el paso de vehículos. // “El callejón de La Porra, entre la calle del mismo nombre y La Plazuela, con sus rapaduras en los extremos y sus extremados olores de orines de perros y de gatos y orines humanos, tenía algo tan propio, tan personal, que es mejor no contarlos”.

Relingar. Apartar, separar. // “Todo el que trató de empinar el pescuezo con afán pendulante, o pedantesco, y falsa virtud personal, fue rechazado, relingado, dado de lado...”.

Remolear. Andar de un lado a otro sin tener ni rumbo ni destino preciso. // “[...] se me apareció delante, cual fantasma de los tiempos, la imagen estricta de un hombre desinflado por los años y las correrías por América, que no se resignaba a la vulgar placidez de unas circunstancias isleñas constreñidas y remoleaba por la ciudad como queriendo echarse fuera del entorno y de sí mismo”.

Rendijero. Mirón que, a través de las rendijas, espía a las mujeres mientras duermen, se visten o desvisten, o en el momento de mantener relaciones sexuales. // “Y voy a decirles ya de una vez en qué consistía y quién era de verdad un rendijero. [...] Pues... ni más ni menos que un individuo al que la visión de una mujer dormida, desnuda o tapada, más desnuda que tapada, lo colmaba de felicidad”.

Resequido. Muy seco. // “[...] donde señor Juan *Prim* baldeaba ron a toda hora en los gaznates resequidos de los roncotes”.

Roncote. Marinero que pesca en La Costa africana. // “Pero el roncote conejero bien sabía de luchas contra el mar y se reía de Neptuno en su ignorancia atávica y se refugiaba en Puerto Naos cuando podía [...]”.

Roncotil. Perteneciente o relativo a los roncotes. // “Cuando se llega a El Lomo, barrio roncotil por excelencia, la vista se le vuelve al visitante hacia los callejones en cuesta que descienden y van a parar al Charco”.

Serruchar. Serrar. // “Cuando la madre se enteró [de] que le había quitado los zapatos que tenía escondidos en un baúl para ir a misa los domingos, y Panchito les serruchó los tacones, por poco no lo mata...”.

Seña. Apócope de *señora*, característico del habla popular. // “[...] Seña Agustina, que vivía en la calle de La Porra, sola, siempre colorada como un tomate [...]”.

Serón. Aparejo del camello consistente en dos cajas de madera unidas por su parte superior. // “Todos esperaban tranquilos a que les llegara su turno, y las mercancías iban siendo entongadas en el serón, o en la silla, o en el vaso”.

Soco. Abrigo, protección contra el viento u otra adversidad atmosférica. // “[...] tiraba la caña indolente, indiferente, tumbada a un lado la cabeza contra el soco de la farola, como adormilado [...]”.

Taponazo. I. Golpe, caída. // “Antes de dar don Matías el taponazo contra las

olas, ya Isidro *el Torto*, que pescaba en la misma punta del muelle asociado por atrás de la farola, se había percatado [...]” / **2.** fig. Ruina, quiebra.

Tasarte. Pez de la familia de los túnidos. // “Los barcos recalaban abarrotados y el pescado salpreso —corvinas, samas, chernes, tasartes...— inundaba[...] los comercios y los hogares [...]”.

Taramela. Aldabilla. Tarabilla para cerrar puertas y ventanas. // “[...] y el alma de la canal de duro roble y del aljibe y de la persiana y de la taramela...”.

Terregazo. Trago de vino, vaso de vino. // “Entre baile y baile, si acaso, nos dábamos alguna vuelta por los ventorrillos de la explanada, alrededor del Quiosco, para comer carne de cochino en adobo —el que tenía perras— y echarnos unos terregazos de vino perrero recalentado al sol bajo los techos de fardo[s] de sacos viejos de los ventorrillos”.

Totizo. Cogote. // “[...] sin equivocarse una sola vez en el golpe certero contra el totizo del roncote, pues si se equivocaba, si se le va el sable de filo, listo: cabeza fuera”.

Trajarra. Tajarra. Especie de cincha, normalmente forrada de badana, que rodea las ancas de la caballería, pasa por debajo de la cola y queda sujeta a la parte trasera de la silla o el aparejo. // “Arriba, en la cruz, iba el hombre, y atrás, enganchado a la trajarra, el chiquillo”.

Trompo. Peonza. // “Los que pedíamos una pelota y nos conformábamos no siempre recibíamos la pelota, sino un trompo o un pito, trompo de a perra gorda y pito de a perra chica”.

Tuchir. Flexionar las patas el camello para tumbarse. Echarse. // “No sé qué extensión tendría, pero sí sé que los camellos, tuchidos unos y empinados otros, todos cabían”.

Vaso. Aparejo del camello consistente en el conjunto formado por las dos barcinas, la angarilla y la silla. // “Todos esperaban tranquilos a que les llegara su

turno, y las mercancías iban siendo entongadas en el serón, o en la silla, o en el vaso”.

Valía (irse de). Marcharse a un lugar sin tener un propósito concreto, sin tener nada que hacer. Irse de diversión. // “Y lo vi después, años después, cuando me fui de valía a vivir en la capital, en su estudio de Guanarteme [...]”.

Veláis. Especie de interjección equivalente a las expresiones intensificadoras *tenían (teníais) que haber visto... o si vieran (vierais)...* El Diccionario de la Real Academia Española recoge la interjección *¡velay! / ¡velahí!* (de *velo ahí*) con el significado aseverativo de *¡claro!*, *¡naturalmente!*; en ocasiones significa también resignación o indiferencia. // “[...] y él se sintió aludido, o algún socarrón le dijo que el escrito se refería a él, y veláis el berrinche de Florentino [...]”.

Ventorrillo. Puesto de bebidas y tapas en las fiestas populares, construido normalmente con cañas y sacos o telas. // “[...] pero que perduren las Fiestas, que no les desbaraten su ancestral fisonomía, la de siempre, la de los ventorrillos con sacos rotos y esteras, la de las verbenas al aire libre frente al mar [...]”.

Vino perrero. Vino peleón. // “[...] y echarnos unos terregazos de vino perre-ro recalentado al sol bajo los techos de fardo[s] de sacos viejos de los ventorrillos”.

Virginio. Cigarro de tabaco negro de sabor fuerte, normalmente sin filtro. // “Este hombre era Isidro *el Torto*, cachucha parda de visera ladeada en la cabeza, colilla del virginio entre los dientes [...]”.

Yerba huerto. Hierbabuena. // “La Recova entonces quedaba como muerta, regando su olor a tomillo y yerba huerto por todos los contornos [...]”.

Zalema. Salema. // “[...] rebosante de besugos, y zalemas, y sargos, y fulas, y bogas, y chopas y bocinegros, vivitos todos, oliendo todos a mar [...]”.

F.G.A

Referencias bibliográficas de las crónicas

Junto a los títulos de las crónicas se indica el lugar y la fecha de publicación. El orden es cronológico.

Dolor y miseria en nuestros barrios. *Pronósticos*, n.º 31, 30.7.46.

La chalana. *Falange*, 24.1.53.

El chapuzón. *Antena*, 7.4.53.

Era un creyente. *Antena*, 21.7.53.

El cementerio. *Falange*, 7.8.56; y *Antena*, 7.8.56.

Nuestro Arrecife, hoy. *Antena*, 8.10.57.

¿Dónde está el poeta? *La Provincia*, 14.4.72; y en *Lanzarote y yo*, págs. 25-26.

El alma atrás. *La Provincia*, 7.4.72; y en *Lanzarote y yo*, págs. 23-24.

Una esperanza. *La Provincia*, 19.4.72; y en *Lanzarote y yo*, págs. 27-28.

El Puente, remozado. *La Provincia*, 3.6.72; y en *Lanzarote y yo*, págs. 31-33.

San Ginés *el Bueno*. *La Provincia*, 19.8.72; y en *Lanzarote y yo*, págs. 35-37.

Cuando se siente la muerte. *La Provincia*, 24.8.72; y en *Lanzarote y yo*, págs. 107-108.

Moros en el Charco. *La Provincia*, 16.12.72; y en *Lanzarote y yo*, págs. 43-44.

El viejo caserón. *La Provincia*, 22.3.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 9-10.

El Charco en litigio. *La Provincia*, 6.7.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 133-135.

Una fiesta marinera. *La Provincia*, 18.7.73.

137 son pocos. *La Provincia*, 19.8.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 110-112.

La gran zambullida. *La Provincia*, 29.8.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 136-138.

El perro roncote. *La Provincia*, 27.9.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 16-18.

La calle Porlier. *La Provincia*, 1.11.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 139-142.

Saneamiento y descontaminación. *La Provincia*, 30.11.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 130-132.

La Plazuela. *La Provincia*, 12.12.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 143-145.

La escalinata y el farol. *La Provincia*, 20.12.73; y en *Desde mi cráter*, págs. 146-148.

Las Cuatro Esquinas. *La Provincia*, 9.1.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 149-151.

El último café-bar. *La Provincia*, 16.1.74.

El Echadero de los Camellos. *La Provincia*, 26.1.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 155-157.

El Lomo. *La Provincia*, 20.2.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 158-160.

La Recova. *La Provincia*, 2.3.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 161-163.

Puerto Naos. *La Provincia*, 14.3.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 164-166.

La Barraca. *La Provincia*, 31.3.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 167-168.

La Vega. *La Provincia*, 20.4.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 169-172.

La calle de La Porra. *La Provincia*, 24.8.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 173-176.

Luto por mi primo Leandro. *La Provincia*, 27.11.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 117-120.

Los tres callejones. *La Provincia*, 25.12.74; y en *Desde mi cráter*, págs. 152-154.

La calle de Juan el Bobo. *La Provincia*, 19.1.75; y en *Desde mi cráter*, págs. 81-184.

Las borrachas. *La Provincia*, 29.1.75; y en *Desde mi cráter*, págs. 177-180.

La ausencia eterna de Domingo Noda. *La Provincia*, 2.8.75. Publicado también con el título *La usencia definitiva de un arrecifeño de bien*, Domingo Rodríguez Noda, *el Catorro*, *El Eco de Canarias*, 8.5.75.

Aquellos celadores de Arrecife. *La Provincia*, 27.8.75.

El caso de la hermana de María Cruz. *La Provincia*, 29.8.75; y en *Crónicas isleñas*, págs. 47-49.

Los tripudos del volante. *La Provincia*, 1.11.75; y en *Crónicas isleñas*, págs. 15-17.

La salvación del cura y *El Torto*. *La Provincia*, 14.11.75; y en *Crónicas isleñas*, págs. 12-14.

Esa mortífera rueda. *La Provincia*, 29.1.78; y en *Crónicas isleñas*, págs. 18-19.

¡Pero fuertes habiecas! *La Provincia*, 26.8.80.

Pero... ¡qué garganta! *La Provincia*, 13.8.82.

Inmortal en tu isla. *Lancelot*, n.º 89, 23-29.11.84.

Ni tan silenciosas ni tan viejas. *Lancelot*, n.º 148, 6.3.86.

La democracia y el amor. *Lancelot*, n.º 204, 24.4.87.

Los rendijeros. *Lancelot*, n.º 215, 11.7.87.

Las orquestas de San Ginés. *Lancelot*, n.º 220, 15.8.87.

Las botas del muerto (Recuerdos de un día de Navidad). *Lancelot*, n.º 239, 26.12.87.

Pepita *la Sevillana*. *Lancelot*, n.º 257, 30.4.88.

Entierros de ricos, entierros de pobres. *Lancelot*, n.º 261, 28.5.88.

A la vuelta con San Ginés (El ventorrillo de dos pisos). *Lancelot*, n.º 273, 20.8.88.

Agustín de la Hoz y la generosidad. *Lancelot*, n.º 273, 20.8.88.

El poeta y los tuchidos. *Lancelot*, n.º 275, 3.9.88.

Fuerte mujer honrada. *Lancelot*, n.º 276, 10.9.88.

Los tres alcaldes Ramírez. *Lancelot*, n.º 305, 8.4.89.

Los calvos y las pelucas. *Lancelot*, n.º 343, 30.12.89.

Arrecife, antología de crónicas de Leandro Perdomo
realizada por Fernando Gómez Aguilera,
es el quinto título de la colección TORCUSA,
editada por la Fundación César Manrique.
Se acabó de imprimir el día 15 de diciembre de 1999.